EL INGENIOSO

HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA,

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



SEGUNDA PARTE.



BARCELONA,
IMPRENTA DE TOMÁS GORCHS, EDITOR.
1859.

DEDICATORIA

AL CONDE DE LEMOS.

Enviando á V. E. los dias pasados mis comedias, antes impresas que representadas, si bien me acuerdo dije, que Don Quijote quedaba calzadas las espuelas para ir á besar las manos á V. E.; y ahora digo, que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega me parece que habré hecho algun servicio á V. E., porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envie, para quitar el ámago y la náusea que ha causado otro Don Quijote, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe: y el que mas ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque queria fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y queria que el libro que se leyese fuese el de la historia de Don Quijote: juntamente con esto me decia que fuese yo á ser el rector del tal colegio. Preguntéle al portador, si su majestad le habia dado para mi alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podeis volver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros: y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que sin tantos titulillos de colegios ni rectorías me sustenta, me ampara y hace mas merced que la que yo acierto á desear. Con esto le despedí, y con esto me despido, ofreciendo á V. E. los trabajos de Persiles y Sigismunda, libro á quien daré fin dentro de cuatro meses, *Deo volente:* el cual ha de ser, ó el mas malo, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento: y digo que me arrepiento de baber dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible. Venga V. E. con la salud que es deseado, que ya estará Persiles para besarle las manos, y yo los piés, como criado que soy de V. E. De Madrid último de octubre de mil seiscientos y quince.



Criado de V. E.
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



PRÓLOGO AL LECTOR.



ÁLAME Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, ó quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas, y vituperios del autor del segundo Don Quijote: digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la cólera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimacion de los que saben donde se cobraron: que el soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga: y es esto en mí de manera,

que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guian á los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza: y hase de advertir, que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido tambien que me llame invidioso, y que como á ignorante me describa qué cosa sea la invidia, que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser familiar del santo oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupacion continua y virtuosa. Pero en efecto le agradezco á este señor autor el decir que mis novelas son mas satíricas que ejemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo. Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir afliccion al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traicion de lesa majestad. Si por ventura llegares á conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama; y para confirmacion desto quiero que en tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento.

Habia en Sevilla un loco, que dió en el mas gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo. Y fué, que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin; y en cogiendo algun perro en la calle, ó en cualquiera otra parte, con el un pié le cogia el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podia le acomodaba el cañuto en la parte que soplándole, le ponia redondo como una pelota, y en teniéndolo desta suerte le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba diciendo á los circunstantes (que siempre eran muchos): pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro. Pensará vuestra merced ahora que es poco trabajo hacer un libro. Y si este cuento no le cuadrare, dirásle, lector amigo, este, que tambien es de loco y de perro.

Habia en Córdoba otro loco, que tenia por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, ó un canto no muy liviano, y en topando algun perro descuidado se le ponia junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos no paraba en tres calles. Sucedió pues, que entre los perros que descargó la carga fué uno un perro de un bonetero, á quien queria mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, vióle y sintiólo su amo; asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano, y á cada palo que le daba decia: perro ladron, ¿á mi podenco? ¿no viste, cruel, que era podenco mi perro? y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en mas de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invencion y con mas carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer, ni atreverse á descargar la piedra, decia: este es podenco, ¡guarda! En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decia que eran podencos, y así no soltó mas el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer á este historiador, que no se atreverá á soltar mas la presa de su ingenio en libros, que en siendo malos son mas duros que las peñas. Dile tambien que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodándome al entremés famoso de la Perendenga, le respondo, que me viva el Veinticuatro mi señor, y Cristo con todos: viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tiene en pié: y vívame la suma caridad del ilustrísimo de

Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí mas libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, sin que los solicite adulacion mia, ni otro género de aplauso, por sola su bondad han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por mas dichoso y mas rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra puédela tener el pobre, pero nó el vicioso: la pobreza puede anublar á la nobleza, pero nó escurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida: y no le digas mas, ni yo quiero decirte mas á tí, sino advertirte que consideres que esta segunda parte de Don Quijote que te ofrezco, es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera, y que en ella te doy á Don Quijote dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta tambien que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas: que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía, aun de las malas, se estima en algo. Olvidábaseme de decirte, que esperes el Persiles, que ya estoy acabando, y la segunda parte de Galatea.



SEGUNDA PARTE.



CUENTA Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia, y tercera salida de Don Quijote, que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero nó por esto dejaron de visitar á su sobrina y á su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazon y el celebro, de donde procedia, segun buen discurso, toda su mala ventura; las cuales dijeron que así lo hacian, y lo harian con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio: de lo cual recibieron los dos gran contento por parecerles que habian acertado en haberle traido encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia en

su último capítulo; y así determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenian casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningun punto de la andante caballería por no ponerse á peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban. Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde con un bonete colorado toledano, y estaba tan seco y amojamado, que no parecia sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recebidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y de ella con mucho juicio y con muy elegantes palabras; y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razon de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno ó un Solon flamante; y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron; y habló Don Quijote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio. Halláronse presentes á la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de Don Quijote era falsa ó verdadera; y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que habian venido de la corte, y entre otras dijo que se tenia por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabia su designio ni adónde habia de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y su Majestad habia hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta. Á esto respondió Don Quijote: Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercebido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo que usara de una prevencion, de la cual su Majestad la hora de agora debe estar muy ajeno de pensar en ella. Apenas oyó esto el cura cuando dijo entre sí: Dios te tenga de su mano, pobre Don Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el barbero, que ya habia dado en el mesmo pensamiento que el cura, preguntó á Don Quijote cuál era la advertencia de la prevencion que decia era bien se hiciese; quizá podria ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes. El mio, señor rapador, dijo Don Quijote, no será impertinente sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los mas arbitrios que se dan á su Majestad, ó son imposibles ó disparatados, ó en daño del rey ó del reino. Pues el mio, respondió Don Quijote, ni es imposible ni disparatado, sino el mas fácil,

el mas justo y el mas mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno. Ya tarda en decirle vuesa merced, señor Don Quijote, dijo el cura. No querria, dijo Don Quijote, que le dijese yo aquí agora, y amaneciese mañana en los oidos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo. Por mí, dijo el barbero, doy la palabra para aquí y para delante de Dios de no decir lo que vuesa merced dijere á rey ni á Roque, ni á hombre terrenal: juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladron que le habia robado las cien doblas y la su mula la andariega. No sé historias, dijo Don Quijote; pero sé que es bueno ese juramento en fe de que sé que es hombre de bien el señor barbero. Cuando no lo fuera, dijo el cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado. ¿Y á vuesa merced quién le fia, señor cura? dijo Don Quijote. Mi profesion, respondió el cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal, dijo á esta sazon Don Quijote, ¿hay mas sino mandar su Majestad por público pregon que se junten en la corte para un dia señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco? Esténme vuesas mercedes atentos y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique? Sino díganme, ¿cuántas historias están llenas destas maravillas? Habia, enhoramala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso don Belianis, ó alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula, que si alguno destos hoy viviera, y con el Turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que si nó tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo menos no les será inferior en el ánimo; y Dios me entiende, y no digo mas. ¡Ay! dijo á este punto la sobrina, que me maten si no quiere mi señor volver á ser caballero andante. Á lo que dijo Don Quijote: Caballero andante he de morir, y baje ó suba el Turco cuando él quisiere y cuan poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende. Á esta sazon dijo el barbero: Suplico á vuesas mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde me da gana de contarle. Dió la licencia Don Quijote, y el cura y los demás le prestaron atencion, y él comenzó desta manera:

En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre á quien sus parientes habian puesto allí por falto de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, segun opinion de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginacion escribió al arzobispo supli-

cándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios habia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes por gozar de la parte de su hacienda le tenian allí, y á pesar de la verdad querian que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del retor de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribia, y que asimesmo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenia juicio le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el capellan, y el retor le dijo que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podia hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellan, y poniéndole con el loco habló con él una hora y mas, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razon torcida ni disparatada, antes habló tan atentadamente, que el capellan fué forzado á creer que el loco estaba cuerdo; y entre otras cosas que el loco le dijo fué que el retor le tenia ojeriza por no perder los regalos que sus parientes le hacian porque dijese que aun estaba loco y con lúcidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenia era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos ponian dolo y dudaban de la merced que nuestro Señor le habia hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el capellan se determinó á llevársele consigo á que el arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe el buen capellan pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí habia entrado el licenciado: volvió á decir el retor que mirase lo que hacia, porque sin duda alguna el licenciado aun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellan las prevenciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle: obedeció el retor viendo ser órden del arzobispo; pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellan que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El capellan dijo que él le queria acompañar y ver los locos que en la casa habia. Subieron en efeto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: Hermano mio, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me ha vuelto á mi primero estado, tambien le volverá á él si en él confia: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso,

que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los celebros llenos de aire: esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula frontero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió: Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decis, licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco; sosegad el pié, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta. Yo sé que estoy bueno, replicó el licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estaciones. ¿Vos bueno? dijo el loco: agora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros desta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amen. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover, como pensar ahorcarme. Á las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellan y asiéndole de las manos, le dijo: No tenga vuesa merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter, y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. Á lo que respondió el capellan: Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro dia, cuando haya mas comodidad y mas espacio, volveremos por vuesa merced. Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellan: desnudaron al licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento. ¿Pues este es el cuento, señor barbero, dijo Don Quijote, que por venir aquí como de molde no podia dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje son siempre odiosas y mal recebidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; solo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está en no

renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la órden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los mas de los caballeros que agora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los piés á la cabeza; y ya no hay quien sin sacar los piés de los estribos, arrimado á su lanza, solo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacian los caballeros andantes: ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las mas veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazon se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y mas leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida le suceden cosas dignas de estar escritas, nó en pergaminos, sino en bronces; mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Sino díganme, ¿quién mas honesto y mas valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿quién mas discreto que Palmerin de Inglaterra? ¿quién mas acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿quién mas galan que Lisuarte de Grecia? ¿quién mas acuchillado ni acuchillador que don Belianis? ¿quién mas intrépido que Perion de Gaula? ó ¿quién mas acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania? ó ¿quién mas sincero que Esplandian? ¿quién mas arrojado que don Cirongilio de Tracia? ¿quién mas bravo que Rodamonte? ¿quién mas prudente que el rey Sobrino? ¿quién mas atrevido que Reinaldos? ¿quién mas invencible que Roldan? y ¿quién mas gallardo y mas cortés que Rugero, de quien decienden hoy los duques de Ferrara, segun Turpin en su cosmografía? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, su Majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellan della; y si Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto porque sepa el señor bacía que le entiendo. En verdad, señor Don Quijote, dijo el barbero, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios

como fué buena mi intencion, y que no debe vuesa merced sentirse. Si puedo sentirme ó nó, respondió Don Quijote, yo me lo sé. Á esto dijo el cura: Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor Don Quijote ha dicho. Para otras cosas mas, respondió Don Quijote, tiene licencia el señor cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con ese beneplácito, respondió el cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes que vuesa merced, señor Don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes imagino que todo es ficcion, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir medio dormidos. Ese es otro error, respondió Don Quijote, en que han caido muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intencion, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad: la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos ví á Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado á Amadís pudiera á mi parecer pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias en el orbe [1], que por la aprension que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron se pueden sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas. ¿Qué tan grande le parece á vuesa merced, mi señor Don Quijote, preguntó el barbero, debia de ser el gigante Morgante? En esto de gigantes, respondió Don Quijote, hay diferentes opiniones si los ha habido ó nó en el mundo; pero la santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golías, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres; que la geometría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto: y muéveme á ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debajo de techado; y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza. Así es, dijo el cura; el cual gustando de oirle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentia acerca de los rostros de Reinaldos de Montalvan y de don Roldan,

y de los demás doce pares de Francia, pues todos habian sido caballeros andantes. De Reinaldos, respondió Don Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldan, ó Rotolando, ó Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias) soy de parecer y me afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. Si no fué Roldan mas gentil hombre que vuesa merced ha dicho, replicó el cura, no fué maravilla que la señora Angélica la bella le desdeñase y dejase por la gala, brio y donaire que debia de tener [2] el morillo barbiponiente á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esa Angélica, respondió Don Quijote, señor cura, fué una doncella destraida, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió después de su ruin entrego, que no debieron de ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y cómo del Catay recibió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor pletro.

Y sin duda que esto fué como profecía, que los poetas tambien se llaman vates, que quiere decir adivinos. Vese esta verdad clara, porque después acá un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura.

Dígame, señor Don Quijote, dijo á esta sazon el barbero, ¿no ha habido algun poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió Don Quijote, que si Sacripante ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas fingidas, ó no fingidas, [3] en efeto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta agora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica, que trujo revuelto el mundo. Milagro, dijo el cura; y en esto oyeron que el ama y la sobrina, que ya habian dejado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.



CAPÍTULO II.

QUE TRATA DE LA NOTABLE PENDENCIA QUE SANCHO PANZA TUVO CON LA SOBRINA Y AMA DE DON QUIJOTE, CON OTROS SUCESOS GRACIOSOS.



UENTA la historia que las voces que oyeron Don Quijote, el cura y el barbero eran de la sobrina y ama que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á Don Quijote, y ellas le defendian la puerta: ¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? idos á la vuestra, hermano, que vos sois, y nó otro, el que destrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales. Á lo que Sancho respondió: Ama de Satanás, el sonsacado y el destraido y el llevado por esos andurriales soy yo, que nó tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañifas prometiéndome una ínsula que hasta agora la espero. Malas ínsulas

te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito; ¿y qué son ínsulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres? No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldes de corte. Con todo eso, dijo el ama, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias: id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos. Grande gusto recebian el cura y el barbero de oir el coloquio de los tres; pero Don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algun monton de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le llamó y hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de Don Quijote, de cuya salud desesperaron viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías; y así dijo el cura al barbero: Vos veréis, compadre, como cuando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera. No pongo yo duda en eso, respondió el barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero, como de la simplicidad del escudero, que tan creido tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dijo el cura, y estémos á la mira, veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron á los dos en una mesma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valian un ardite. Así es, dijo el barbero, y holgara mucho saber qué tratarán ahora los dos. Yo seguro, respondió el cura, que la sobrina ó el ama nos lo cuenta después, que no son de condicion que dejarán de escucharlo. En tanto Don Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dijo: Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fuí el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuímos y juntos peregrinamos: una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos: si á tí te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho, porque, segun vuesa merced dice, mas anejas son á los caballeros andantes las desgracias, que á sus escuderos. Engáñaste, Sancho, dijo Don Quijote, segun aquello: *quando caput dolet.*, etc. No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho. Quiero decir, dijo Don Quijote, que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen: y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razon el mal que á mí me toca ó tocare, á tí te ha de doler, y á mí el tuyo. Así habia de ser, dijo Sancho; pero cuando á mí me manteaban como á miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas mirándome volar por los aires sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, habia de estar obligada ella á dolerse dellos. ¿Querrás tú decir agora, Sancho,

respondió Don Quijote, que no me dolia yo cuando á tí te manteaban? y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entonces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por agora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto: y dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿en qué opinion me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía? ¿qué de mis hazañas? ¿y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada órden caballeresca? Finalmente quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oidos: y esto me has de decir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ó otro vano respeto la disminuya: y quiero que sepas, Sancho, que si á los oidos de los príncipes llegase la verdad desnuda sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron á mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quijote: bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo, dijo, es que el vulgo tiene á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen, que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto Don, y se ha arremetido á caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante. Dicen los caballeros, que no querrian que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles, que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Eso, dijo Don Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamás remendado: roto bien podria ser, y el roto mas de las armas que del tiempo. En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos dicen, loco, pero gracioso; otros, valiente, pero desgraciado; otros, cortés, pero impertinente; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni á mí nos dejan hueso sano. Mira, Sancho, dijo Don Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida; pocos ó ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitan, fué notado de ambicioso y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen

dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle. De don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fué mas que demasiadamente rijoso, y de su hermano que fué lloron. Así que, Sancho, entre las tantas calumnias de buenos bien pueden pasar las mias, como no sean mas de las que has dicho. Ahí está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho. ¿Pues hay mas? preguntó Don Quijote. Aun la cola falta por desollar, dijo Sancho: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado, mas si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca hecho bachiller, y yéndole yo á dar la bienvenida me dijo que andaba ya en libros la HISTORIA de vuesa merced, con nombre DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA: y dice que me mientan á mí en ella con mi mesmo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dijo Don Quijote, que debe de ser algun sabio encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y cómo, dijo Sancho, si era sabio y encantador, pues segun dice el bachiller Sanson Carrasco (que así se llama el que dicho tengo) que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena. Ese nombre es de moro, respondió Don Quijote. Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oido decir que los moros son amigos de berengenas. Tú debes, Sancho, dijo Don Quijote, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir señor. Bien podria ser, replicó Sancho, mas si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas. Harásme mucho placer, amigo, dijo Don Quijote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho; y dejando á su señor se fué á buscar al bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.





CAPÍTULO III.

DEL RIDÍCULO RAZONAMIENTO QUE PASÓ ENTRE DON QUIJOTE, SANCHO PANZA Y EL BACHILLER SANSON CARRASCO.





ENSATIVO además quedó Don Quijote esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de sí mismo puestas en libro, como habia dicho Sancho, y no se podia persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso imaginó que algun sabio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las mas señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo

de las mas viles que de algun vil escudero se hubiesen escrito: puesto, decia entre sí, que nunca hazañas de escuderos se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algun tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era moro, segun aquel nombre de Cide, y de los moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso: deseaba que hubiese declàrado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos; y así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien Don Quijote recibió con mucha cortesía. Era el bachiller, aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendria hasta veinte y cuatro años, cariredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condicion maliciosa, y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró en viendo á Don Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole: Déme vuestra grandeza las manos, señor Don Quijote de la Mancha, que por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los mas famosos caballeros andantes que ha habido ni aun habrá en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes. Hízole levantar Don Quijote, y dijo: Desa manera ¿verdad es que hay historia mia, y que fué moro y sabio el que la compuso? Es tan verdad, señor, dijo Sanson, que tengo para mí que el dia de hoy están impresos mas de doce mil libros de la tal historia: sino dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce que no ha de haber nacion ni lengua donde no se traduzca. Una de las cosas, dijo á esta sazon Don Quijote, que mas debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa: dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualará. Si por buena fama y si por buen nombre va, dijo el bachiller, solo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgracias, como en las heridas; la honestidad y continencia en los amores

tan platónicos de vuesa merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso. Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, he oido llamar con Don á mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objecion de importancia esa, respondió Carrasco. Nó por cierto, respondió Don Quijote; pero dígame vuesa merced, señor bachiller, ¿qué hazañas mias son las que mas se ponderan en esa historia? En eso, respondió el bachiller, hay diferentes opiniones como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á vuesa merced le parecieron Briareos y gigantes; otros á la de los batanes; este á la descripcion de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquel encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes: otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno. Dígame, señor bachiller, dijo á esta sazon Sancho, ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo? No se le quedó nada, respondió Sanson, al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y aun mas de las que yo quisiera. Á lo que yo imagino, dijo Don Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos. Con todo eso, respondió el bachiller, dicen algunos que han leido la historia, que se holgaran se les hubiera olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quijote. Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho. Tambien pudieran callarlos por equidad, dijo Don Quijote, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. Á fe que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero. Así es, replicó Sanson; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas nó como fueron, sino como debian ser, y el historiador las ha de describir nó como debian ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda á decir verdades ese señor moro, dijo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los mios, porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de todo el cuerpo; pero no hay de qué maravillarme, pues como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarron sois, Sancho, respondió Don Quijote, á fe que no os falta memoria cuando vos quereis tenerla. Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aun se están frescos en las costillas. Callad, Sancho, dijo Don

Quijote, y no interrumpais al señor bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia. Y de mí, dijo Sancho, que tambien dicen que soy yo uno de los principales presonajes della. Personajes, que nó presonajes, Sancho amigo, dijo Sanson. ¿Otro reprochador de voquibles tenemos? dijo Sancho; pues ándense á eso, y no acabaremos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia mas oiros hablar á vos, que al mas pintado de toda ella; puesto que tambien hay quien diga que anduvistes demasiadamente de crédulo en creer que podia ser verdad el gobierno de aquella ínsula ofrecida por el señor Don Quijote, que está presente. Aun hay sol en las bardas, dijo Don Quijote; y mientras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará mas idóneo y mas hábil para ser gobernador, que no está agora. Por Dios, señor, dijo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen: el daño está en que la dicha ínsula se entretiene no sé dónde, y nó en faltarme á mí el caletre para gobernarla. Encomendadlo á Dios, Sancho, dijo Don Quijote, que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dijo Sanson, que si Dios quiere no le faltarán á Sancho mil islas que gobernar, cuanto mas una. Gobernadores he visto por ahí, dijo Sancho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato, y con todo eso los llaman señoría, y se sirven con plata. Esos no son gobernadores de ínsulas, replicó Sanson, sino de otros gobiernos mas manuales; que los que gobiernan ínsulas por lo menos han de saber gramática. Con la grama bien me avendria yo, dijo Sancho, pero con la tica ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo; pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes donde mas de mí se sirva, digo, señor bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfaden [1] las cosas que de mí se cuentan: que á fe de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo como soy, que nos habian de oir los sordos. Eso fuera hacer milagros, respondió Sanson. Milagros ó no milagros, dijo Sancho, cada uno mire cómo habla ó cómo escribe de las personas, y no ponga á trochemoche lo primero que le viene al magin. Una de las tachas que ponen á la tal historia, dijo el bachiller, es que su autor puso en ella una novela intitulada *el Curioso impertinente*, nó por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor Don Quijote. Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro berzas con capachos. Ahora digo, dijo Don Quijote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algun ignorante hablador, que á tiento y sin algun discurso se puso á escribirla salga lo que saliere, como hacia Orbaneja el pintor de Úbeda, al

cual preguntándole qué pintaba, respondió: lo que saliere; tal vez pintaba un gallo de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á él *este es gallo;* y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla. Eso nó, respondió Sanson, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran; y finalmente es tan trillada y tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algun rocin flaco cuando dicen: allí va Rocinante: y los que mas se han dado á su letura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un Don Quijote: unos le toman si otros le dejan; estos le embisten, y aquellos le piden. Finalmente la tal historia es del mas gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesta, ni un pensamiento menos que católico. Á escribir de otra suerte, dijo Don Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen habian de ser quemados como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le movió al autor á valerse de novelas y cuentos ajenos habiendo tanto que escribir en los mios; sin duda se debió de atener al refran: de paja y de heno etc. Pues en verdad que en solo manifestar mis pensamientos, mis sospiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos pudiera hacer un volúmen mayor ó tan grande que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efeto lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros de cualquier suerte que sean es menester un gran juicio y un maduro entendimiento: decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad; pero no obstante esto hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos. No hay libro tan malo, dijo el bachiller, que no tenga algo bueno. No hay duda en eso, replicó Don Quijote; pero muchas veces acontece que los que tenian méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la perdieron del todo, ó la menoscabaron en algo. La causa deso es, dijo Sanson, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto mas se escudriñan cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores siempre ó las mas veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo. Eso no es de maravillar, dijo Don Quijote, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas ó sobras de los que predican. Todo eso es así, señor Don Quijote, dijo Carrasco; pero



quisiera yo que los tales censuradores fueran mas misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese; y quizá podria ser que lo que á ellos les parece mal fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así digo que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente á todos los que le leyeren. El que de mí trata, dijo Don Quijote, á pocos habrá contentado. Antes es al revés, que como de *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quién fué el ladron que hurtó el rucio á Sancho, que allí no se declara, y solo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mesmo jumento sin haber parecido: tambien dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos, ó en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra. Sancho respondió: Yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo me pondrá en la espina de santa Lucía: en casa lo tengo, mi oislo me aguarda, en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos; y sin esperar respuesta ni decir otra palabra se fué á su casa. Don Quijote pidió y rogó al bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el bachiller el envite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.





CAPÍTULO IV.

DONDE SANCHO PANZA SATISFACE AL BACHILLER SANSON CARRASCO DE SUS DUDAS Y PREGUNTAS, CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE SABERSE Y DE CONTARSE.



OLVIÓ Sancho á casa de Don Quijote, y volviendo al pasado razonamiento dijo: Á lo que el señor Sanson dijo, que se deseaba saber quién ó cómo ó cuándo se me hurtó el jumento, respondiendo digo, que la noche misma que huyendo de la santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma: especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué tuvo lugar

de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó á caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí al rucio sin que yo lo sintiese. Eso es cosa fácil, y nó acontecimiento nuevo, que lo mesmo le sucedió á Sacripante cuando estando en el cerco de Albraca con esa misma invencion le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladron llamado Brunelo. Amaneció, prosiguió Sancho, y apenas me hube estremecido cuando faltando las estacas dí conmigo en el suelo una gran caida; miré por el jumento, y no le ví: acudiéronme lágrimas á los ojos, y hice una lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuántos dias, viniendo con la señora princesa Micomicona conocí mi asno, y que venia sobre él en hábito de gitano aquel Ginés de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena. No está en eso el yerro, replicó Sanson, sino en que antes de haber parecido el jumento, dice el autor que iba á caballo Sancho en el mesmo rucio. Á eso, dijo Sancho, no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, ó ya seria descuido del impresor. Así es sin duda, dijo Sanson; pero ¿qué se hicieron los cien escudos? Deshiciéronse, respondió Sancho: yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo á mi señor Don Quijote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay mas que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mesmo rey en presona; y nadie tiene para qué meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos nó habia para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces. Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de acusar al autor de la historia que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto mas de lo que ella se está. ¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor bachiller? preguntó Don Quijote. Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas. ¿Y por ventura, dijo Don Quijote, promete el autor segunda parte? Sí promete, respondió Sanson; pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y así estamos en duda si saldrá ó nó: y así por esto como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron buenas; y otros, de las cosas de Don Quijote bastan las escritas, se duda que no ha de haber segunda parte; aunque algunos, que son mas joviales que saturninos, dicen: vengan mas quijotadas, embista Don Quijote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos. ¿Y á qué se atiene el autor? dijo Don Quijote. [5] Á que, res-

pondió Sanson, en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado mas del interés que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. Á lo que dijo Sancho: ¿Al dinero y al interés mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como sastre en vísperas de pascuas, y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfecion que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas; pues ténganos el pié al herrar, y verá del que cosqueamos: lo que yo sé decir es, que si mi señor tomase mi consejo ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros. No bien habia acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron á sus oidos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó Don Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro dias otra salida; y declarando su intento al bachiller le pidió consejo por qué parte comenzaria su jornada; el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde de allí á pocos dias se habian de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de san Jorge, en las cuales podria ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinacion, y advirtióle que anduviese mas atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras. Deso es de lo que yo reniego, señor Sanson, dijo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de badeas. Cuerpo del mundo, señor bachiller: sí, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago y cierra España: y mas que yo he oido decir, y creo que á mi señor mismo si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía; y si esto es así no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasía pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar consigo ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocare á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano á la espada aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sanson, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y mas leal escudero que jamás sirvió á caballero andante: y si mi señor Don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios,

quisiere darme alguna ínsula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios; y mas que tan bien y aun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador: y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nací, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo me deparase el cielo alguna ínsula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase, que tambien se dice: cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; y cuando viene el bien, mételo en tu casa. Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habeis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor Don Quijote, que os ha de dar un reino, nó que una ínsula. Tanto es lo de mas como lo de menos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor Carrasco, que no echara mi señor el reino que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar ínsulas; y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor. Mirad, Sancho, dijo Sanson, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que viéndoos gobernador no conociésedes á la madre que os parió. Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y nó con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo: nó, sino llegaos á mi condicion, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno. Dios lo haga, dijo Don Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos. Dicho esto rogó al bachiller que si era poeta le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos juntando las primeras letras se leyese DULCINEA DEL TOBOSO. El bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España, que decian que no eran sino tres y medio, que no dejaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete; y que si hacia cuatro castellanas de á cuatro versos sobraba una letra, y si de á cinco, á quien llaman décimas ó redondillas; faltaban tres letras; pero con todo eso procuraria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dijo Don Quijote, que si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros. Quedaron en esto y en que la partida seria de allí á ocho dias. Encargó Don Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y á maese Nicolás, y á su sobrina y al ama, porque no estorbasen

su honrada y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió encargando á Don Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en órden lo necesario para su jornada.





CAPÍTULO V.

DE LA DISCRETA Y GRACIOSA PLÁTICA QUE PASÓ ENTRE SANCHO PANZA Y SU MUJER TERESA PANZA, Y OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELICE RECORDACION.

LLEGANDO á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo por cumplir con lo que á su oficio debia, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle: ¿Qué traeis, Sancho amigo, que tan alegre venis? Á lo que él respondió: Mujer mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro. No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé qué quereis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento, que magüer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle. Mirad,

Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo Don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de tí y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pié enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podia hacer á poca costa y no mas de quererlo, claro está que mi alegría fuera mas firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte: así que dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento. Mirad, Sancho, replicó Teresa, después que os hicistes miembro de caballero andante hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demas jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oir silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, mujer, respondió Sancho, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caeria muerto. Eso nó, marido mio, dijo Teresa, viva la gallina aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habeis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis ó os llevarán á la sepultura cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y nó por eso dejan de vivir, y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvideis de mí y de vuestrós hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela si es que su tio el abad le ha de dejar hecho de la iglesia. Mirad tambien que Mari-Sancha vuestra hija no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseais veros con gobierno; y en fin en fin mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada. Á buena fe, respondió Sancho, que si Dios me llega á dar algo que de gobierno sea, que tengo de casar, mujer mia, á Mari-Sancha tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señoría. [6] Eso nó, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual, que es lo mas acertado, que si de los zuecos la sacais á chapi-

nes, y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú á una doña tal y señoría, no se ha de hallar la mochacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera. Calla, boba, dijo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que después le vendrá el señorío y la gravedad como de molde; y cuando nó, ¿qué importa? séase ella señoría, y venga lo que viniere. Medíos, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os querais alzar á mayores, y advertid al refran que dice: al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa. Por cierto que seria gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballerote, que cuando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelaruecas; nó en mis dias, marido, para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha; y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros; y nó casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá, bestia, y mujer de Barrabás, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora sin qué ni para qué estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oido decir á mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no seria bien que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que mas abajo dice Sancho, dijo el traductor de esta historia que tenia por apócrifo este capítulo.) ¿No te parece, animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pié del lodo? y casaré á Mari-Sancha con quien yo quisiere, [7] y verás como te llaman á tí doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo. Nó sino estaos siempre en un ser sin crecer ni menguar como figura de paramento; y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú mas me digas. ¿Veis cuanto decis, marido? respondió Teresa, pues con todo eso temo que este condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagais duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fuí amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamento. [8] Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas: Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra mujer me llaman Teresa Panza, que á buena razon me habian de llamar Teresa Cascajo;

pero allá van reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento sin que me le pongan un don encima que pese tanto que no le pueda llevar; y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora, que luego dirán: mirad qué entonada va la pazpuerca; ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos. Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno ó ínsulo, y entonaos á vuestro gusto: que mi hija ni yo por el siglo de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta: idos con vuestro Don Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará como seamos buenas; y yo no sé por cierto quién le puso á él don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos. Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algun familiar en ese cuerpo. ¡Válate Dios la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras sin tener piés ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha), si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta doña Urraca, tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un don y una señoría á cuestas, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo que tuvieron moros en su linaje los almohades de Marruecos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero? ¿Sabeis por qué, marido? respondió Teresa, por el refran que dice: quien te cubre te descubre: por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué á un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles á montones como enjambres de abejas. Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que agora quiero decirte, quizá no lo habrás oido en todos los dias de tu vida; y yo agora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con mas vehemencia que las cosas pasadas. (Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho son las segundas por quien dice el traductor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo:) De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerza nos

mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos á la tal persona; la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó no es, y solo es lo que vemos presente: y si este á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mesmas razones lo dijo el padre) á la alteza de su prosperidad fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino que reverencien lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura. Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisiéredes, y no me quebreis mas la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estais revuelto en hacer lo que decis..... Resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho, y nó revuelto. No os pongais á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibujos; y digo que si estais porfiando en tener gobierno, que lleveis con vos á vuestro hijo Sancho para que desde agora le enseñeis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los gobernadores cuando no los tienen; y vístele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito. En efecto quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija. El dia que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagais lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres de estar obedientes á sus maridos aunque sean unos porros; y en esto comenzó á llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á Don Quijote para dar órden en su partida.





CAPÍTULO VI.

DE LO QUE LE PASÓ Á DON QUIJOTE CON SU SOBRINA Y CON SU AMA; Y ES UNO DE LOS IMPORTANTES CAPÍTULOS DE TODA LA HISTORIA.

EN tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de Don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tio y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas, mal andante caballería. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento: pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frio: con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasaron le dijo el ama: En verdad, señor mio, que si vuesa merced no afirma el pié llano y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de que-

jar en voz y en grito [9] á Dios y al rey, que pongan remedio en ello. Á lo que respondió Don Quijote: Ama, lo que Dios responderá á tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Majestad tampoco; y solo sé que si yo fuera rey me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada dia le dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos, y así no querria yo que cosas mias le diesen pesadumbre. Á lo que dijo el ama: Díganos, señor, ¿en la corte de su Majestad no hay caballeros? Sí, respondió Don Quijote, y muchos; y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes, y para ostentacion de la majestad real. ¿Pues no seria vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pié quedo sirviesen á su rey y señor estándose en la corte? Mira, amiga, respondió Don Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros; por que los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa sin costarles blanca, ni padecer calor ni frio, hambre ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frio, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de dia, á pié y á caballo medimos toda la tierra con nuestros mismos piés; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance y en toda ocasion los acometemos sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva mas corta la lanza ó la espada, si trae sobre sí reliquias ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol ó nó, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo sí; y has de saber mas, que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no solo tocan sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino, y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazon los ha de acometer y embestir, y si fuere posible vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que son mas duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto mas de dos veces. Todo esto he dicho, ama mia, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros; y seria razon que no hubiese príncipe que no estimase en mas esta segunda, ó por mejor decir primera especie de caballeros andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud, no solo de un reino, sino de muchos.

¡Ah, señor mio! dijo á esta sazon la sobrina, advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecian que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dijo Don Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente como hija de mi misma hermana, que habia de hacer un tal castigo en tí, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿Cómo qué? ¿es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué dijera el señor Amadís si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fué el mas humilde y cortés caballero de su tiempo, y demás grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oido que no te fuera bien dello, que no todos son corteses ni bien mirados; algunos hay follones y descomedidos: ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad: hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros; y caballeros altos hay que parece que á posta mueren por parecer hombres bajos: aquellos se levantan ó con la ambicion ó con la virtud; estos se abajan ó con la flojedad ó con el vicio: y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. ¡Válame Dios! dijo la sobrina, ¿que sepa vuesa merced tanto, señor tio, que si fuese menester en una necesidad podria subir en un púlpito é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo que es caballero no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres? Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dices, respondió Don Quijote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo. Mirad, amigas: á cuatro suertes de linajes (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar á una suma grandeza; otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron; otros que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiendo diminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respeto de su basa ó asiento no es nada; otros hay, y estos son los mas, que ni tuvieron principio bueno ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron

principio humilde y subieron á la grandeza que agora conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos príncipes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni diminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos seria en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infirais, bobas mias, que es grande la confusion que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y nó el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso; nó soberbio, nó arrogante, nó murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que á campana herida da limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca deje de juzgarle y tenerle por de buena casta: y el no serlo seria milagro, y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres y llegar á ser ricos y honrados [10], el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nací, segun me inclino á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte, así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir á pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea: pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos á la andante caballería [11], sé tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto y trabajoso

acaba en vida, y nó en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.

¡Ay desdichada de mí! dijo la sobrina, que tambien mi señor es poeta; todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo, sobrina, respondió Don Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habria cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes. Á este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quién llamaba, respondió Sancho Panza que él era, y apenas le hubo conocido el ama, cuando corrió á esconderse por no verle: tanto le aborrecia. Abrióle la sobrina, salió á recebirle con los brazos abiertos su señor Don Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio que no le hace ventaja el pasado.



CAPÍTULO VII.

DE LO QUE PASÓ DON QUIJOTE CON SU ESCUDERO, CON OTROS SUCESOS FAMOSÍSIMOS.



PENAS vió el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos; y imaginando que de aquella consulta habia de salir la resolucion de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre se fué á buscar al bachiller Sanson Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor, le podria persuadir á que dejase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y viéndole se dejó caer ante sus piés trasudando y congojosa. Cuando la vió Carrasco con mues-

tras tan doloridas y sobresaltadas le dijo: ¿Qué es esto, señora ama? ¿qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sanson mio, sino que mi amo se sale, sálese sin duda. ¿Y por dónde se sale, señora? preguntó Sanson; ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos; la segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado; y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro, que para haberle de volver algun tanto en sí gasté mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir. Eso creo yo muy bien, respondió el bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra si reventasen. En efecto, señora ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor Don Quijote? Nó, señor, respondió ella. Pues no tenga pena, respondió el bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas. ¡Cuitada de mí! replicó el ama; ¿la oracion de santa Apolonia dice vuesa merced que rece? eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas, pero no lo ha sino de los cascos. Yo sé lo que digo, señora ama: váyase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay mas que bachillear, respondió Carrasco: y con esto se fué el ama, y el bachiller fué luego á buscar al cura á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo.

En el que estuvieron encerrados Don Quijote y Sancho pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relacion cuenta la historia. Dijo Sancho á su amo: Señor, ya yo tengo relucida á mi mujer á que me deje ir con vuesa merced adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir, Sancho, dijo Don Quijote, que nó relucida. Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á vuesa merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda diga: Sancho ó diablo, no te entiendo; y si yo no me declarare, entonces podrá enmendarme, que yo soy tan fócil. No te entiendo, Sancho, dijo luego Don Quijote, pues no sé qué quiere decir soy tan fócil. Tan fócil quiere decir, respondió Sancho, soy tan así. Menos te entiendo ahora, replicó Don Quijote. Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé cómo lo diga, no sé mas, y Dios sea conmigo. Ya, ya caigo, respondió Don Quijote, en ello: tú quieres decir que eres tan dócil, blando y mañero, que

tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare. Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme por oirme decir otras docientas patochadas. Podria ser, replicó Don Quijote; y en efecto ¿qué dice Teresa? Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues mas vale un toma que dos te daré: y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien, respondió Don Quijote. Decid, Sancho amigo; pasad adelante, que hablais hoy de perlas. Es el caso, replicó Sancho, que como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que hoy somos y mañana nó, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, segun es pública voz y fama, y segun nos lo dicen por esos púlpitos. Todo eso es verdad, dijo Don Quijote; pero no sé dónde vas á parar. Voy á parar, dijo Sancho, en que vuesa merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar á mercedes, que llegan tarde ó mal ó nunca; con lo mio me ayude Dios. En fin yo quiero saber lo que gano, poco ó mucho que sea; que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que así sucediese (lo cual ni lo creo ni lo espero) que vuesa merced me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal ínsula, y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho amigo, respondió Don Quijote, á las veces tan buena suele ser una gata como una rata. Ya entiendo, dijo Sancho: yo apostaré que habia de decir rata y nó gata; pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido. Y tan entendido, respondió Don Quijote, que he penetrado lo último de tus pensamientos, y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaria salario si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algun pequeño resquicio qué es lo que solian ganar cada mes ó cada año; pero yo he leido todas ó las mas de sus historias, y no me acuerdo haber leido que ningun caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero; solo sé que todos servian á merced, y que cuando menos se lo pensaban, si á sus señores les habia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula ó con otra cosa equivalente, y por lo menos quedaban con título y señoría: si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustais de volver á servirme, sea en buena hora, que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza

de la caballería andante, es pensar en lo excusado: así que, Sancho mio, volveos á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intencion; y si ella gustare y vos gustáredes de estar á merced conmigo, *bene quidem*, y sino tan amigos como de antes, que si al palomar no le falta cebo no le faltarán palomas; y advertid, hijo, que vale mas buena esperanza que ruin posesion, y buena queja que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros á entender que tambien como vos sé yo arrojar refranes como llovidos; y finalmente quiero decir, y os digo, que si no quereis venir á merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que á mí no me faltarán escuderos mas obedientes, mas solícitos, y nó tan empachados ni tan habladores como vos. Cuando Sancho oyó la firme resolucion de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazon, porque tenia creido que su señor no se iria sin él por todos los haberes del mundo; y así estando suspenso y pensativo entró Sanson Carrasco y el ama y la sobrina, deseosas de oir con qué razones persuadia á su señor que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sanson, socarron famoso, y abrazándole como la vez primera y con voz levantada, le dijo: ¡Oh flor de la andante caballería! ¡oh luz resplandeciente de las armas! ¡oh honor y espejo de la nacion española! plega á Dios todopoderoso, donde mas largamente se contiene, que la persona ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que mal [12] desearen; y volviéndose al ama le dijo: bien puede la señora ama no rezar mas la oracion de santa Apolonia, que yo sé que es determinacion precisa de las esferas que el señor Don Quijote vuelva á ejecutar sus altos y nuevos pensamientos; y yo encargaria mucho mi conciencia si no intimase y persuadiese á este caballero que no tenga mas tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas á la órden de la caballería andante. Ea, señor don Quijote mio, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuesa merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecucion, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir á su magnificencia [13] de escudero, lo tendré á felicísima ventura. Á esta sazon dijo Don Quijote volviéndose á Sancho: ¿No te dije yo, Sancho, que me habian de sobrar escuderos? Mira quien se ofrece á serlo, sino el inaudito bachiller Sanson Carrasco, perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticences, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frio, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la coluna de las

letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes: quédese el nuevo Sanson en su patria, y honrándola honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Sí digno, respondió Sancho enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: no se dirá por mí, señor mio, el pan comido y la compañía deshecha: sí que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panzas de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por mas buenas palabras el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced; y si me he puesto en cuentas de tanto mas cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi mujer, la cual cuando toma la mano á persuadir una cosa no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero en efeto el hombre ha de ser hombre y la mujer mujer; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare; y así no hay mas que hacer sino que vuestra merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolcar, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita que persuada á vuesa merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos. Admirado quedó el bachiller de oir el término y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que habia leido la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora testamento y codicilo que no se pueda revolcar, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyó todo lo que dél habia leido, y confirmólo por uno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos; y dijo entre sí, que tales dos locos como amo y mozo no se habrian visto en el mundo. Finalmente Don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos, y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres dias fuese su partida, en los cuales habria lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo Don Quijote, que la habia de llevar. Ofreciósela Sanson, porque sabia no se la negaria un amigo suyo que la tenia, puesto que estaba mas escura por el orin y el moho, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos ama y sobrina echaron al bachiller no tuvieron cuento: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quien él antes lo habia

comunicado. En resolucion, en aquellos tres dias Don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su mujer, y Don Quijote á su sobrina y á su ama, al anochecer sin que nadie lo viese sino el bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, Don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió Don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson, y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con esta ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian. Prometióselo Don Quijote; dió Sanson la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.





CAPÍTULO VIII.

DONDE SE CUENTA LO QUE LE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE YENDO Á VER Á SU SEÑORA DULCINEA DEL TOBOSO.



BENDITO sea el poderoso Alá, dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo: bendito sea Alá, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á Don Quijote y á Sancho, y que los letores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de Don Quijote y de su escudero: persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde agora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel; y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedaron Don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sanson cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque si se ha de contar la verdad, mas fueron los sospiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocin, de donde coligió Sancho que su ventura habia de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrología judiciaria que él se sabia, puesto que la historia no lo declara; solo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caia se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto ó las costillas quebradas; y aunque tonto no andaba en esto muy fuera de camino. Díjole Don Quijote: Sancho amigo, la noche se nos va entrando á mas andar, y con mas escuridad de la que habíamos menester para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendicion y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace mas valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella en parte á lo menos que pueda recebir su bendicion, si ya no se la echa desde las bardas del corral por donde yo la ví la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazon de Sierra Morena. ¿Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dijo Don Quijote, adonde ó por donde viste aquella jamás bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debian de ser sino galerías ó corredores ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios. Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mí bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria. Con todo eso vamos allá, Sancho, replicó Don Quijote, que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas, ó por resquicios ó verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazon de modo que quede único y sin igual en la discrecion y en la valentía. Pues, en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo ví ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como su merced estaba ahechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció. ¿Que todavía das, Sancho, dijo Don Quijote, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuerdan á tí, oh Sancho, aquellos versos de nuestro poeta,

donde nos pinta las labores que hacian allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contextas y tejidas: y desta manera debia de ser el de mi señora cuando tú la viste, sino que la envidia que algun mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen: y así temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algun sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose á contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raíz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias. Eso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho; y pienso que en esa leyenda ó historia que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros habia visto, debe de andar mi honra á coche acá cinchado, y como dicen, al estricote aquí y allí barriendo las calles: pues á fe de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado: bien es verdad que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mia, siempre natural y nunca artificiosa: y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debian los historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, aunque por verme puesto en libros, y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren. Eso me parece, Sancho, dijo Don Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta de estos tiempos, el cual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella á una dama que se podia dudar si lo era ó nó, la cual viendo que no estaba en la lista de las demás, se quejó al poeta diciéndole que qué habia visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche, sino que mirase para lo que habia nacido. Hízolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama aunque infame. Tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra ó por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Erostrato. Tambien alude á esto lo que sucedió al grande



emperador Carlos Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora con mejor vocacion se llama de todos los santos, y es el edificio que mas entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, claraboya redonda que está en su cima, desde la cual mirando el emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura; y habiéndose quitado de la claraboya dijo al emperador: mil veces, sacra majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra majestad, y arrojarme de aquella claraboya abajo por dejar de mí fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efeto, y de aquí en adelante no os pondré yo en ocasion que volvais á hacer prueba de vuestra lealtad, y así os mando que jamás me hableis ni esteis donde yo estuviere; y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo armado de todas armas en la profundidad del Tiber? ¿quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿quién, contra todos los agüeros que en contra se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon á César? Y con ejemplos mas modernos ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros mas habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mesmo mundo, que tiene su fin señalado: así, oh Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religion cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos, á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan sobre cristianos, famosos caballeros. Vés, aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena

fama. Todo lo que vuesa merced hasta aquí me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien; pero con todo eso querria que vuesa merced me sorhiese una duda que agora en este punto me ha venido á la memoria. Asolviese, quieres decir, Sancho, dijo Don Quijote: dí en buen hora, que yo responderé lo que supiere. Dígame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho que ya son muertos, ¿dónde están agora? Los gentiles, respondió Don Quijote, sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó están en el purgatorio ó en el cielo. Está hien, dijo Sancho; pero sepamos ahora ¿esas sepulturas donde están los cuerpos desos señorazos tienen delante de sí lámparas de plata, ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cahelleras, de piernas y de ojos de cera? y si desto nó ¿de qué están adornadas? Á lo que respondió Don Quijote: los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sohre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de san Pedro. Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Adriani*, que agora es el castillo de Santángel en Roma. La reina Artemisa sepultó á su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas ni otras muchas que tuvieron los gentiles se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estahan sepultados. Á eso voy, replicó Sancho; y dígame agora, ¿cuál es mas, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante? La respuesta está en la mano, respondió Don Quijote; mas es resucitar á un muerto. Cogido le tengo, dijo Sancho; luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los cojos y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será para este y para el otro siglo que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo. Tambien confieso esa verdad, respondió Don Quijote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobacion y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos ó sus reliquias llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus mas preciados altares. ¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo Don Quijote. Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser santos, y alcanzaremos mas brevemente la buena fama que pretendemos: y advierta, señor, que ayer ó antes de ayer (que segun ha poco se puede decir desta manera)

canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de bierro con que ceñian y atormentaban sus cuerpos se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en mas veneracion que está, segun dije, la espada de Roldan en la armería del rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mio, mas vale ser bumilde frailecito de cualquier órden que sea, que valiente y andante caballero: mas alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos. Todo eso es así, respondió Don Quijote; pero nó todos podemos ser frailes, y mucbos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo: religion es la caballería, caballeros santos hay en la gloria. Sí, respondió Sancho; pero yo he oido decir que hay mas frailes en el cielo que caballeros andantes. Eso es, respondió Don Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros. Muchos son los andantes, dijo Sancho. Muchos, respondió Don Quijote, pero pocos los que merecen nombre de caballeros. En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella nocbe y el dia siguiente sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á Don Quijote. En fin otro dia al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á Don Quijote, y se le entristecieron á Sancbo, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto, como no la habia visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué habia de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente ordenó Don Quijote entrar en la ciudad entrada la nocbe, y en tanto que la hora se llegaba se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que á cosas llegan.





CAPÍTULO IX.

DONDE SE CUENTA LO QUE EN ÉL SE VERÁ.



EDIA noche era por filo poco mas á menos cuando Don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormian y reposaban á pierna tendida como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo escura por hallar en su escuridad disculpa de su sandez. No se oia en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oidos de Don Quijote y turbaban el corazon de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero; pero con todo esto dijo á Sancho: Sancho hijo, guia al palacio

de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta. ¿Á qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo ví á su grandeza no era sino casa muy pequeña? Debia de estar retirada entonccs, respondió Don Quijote, en algun pequeño apartamiento de su alcázar solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas. Scñor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, á pesar mio, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha á llamar á casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman, y entran á cualquier hora por tarde que sea? Hallemos primero una por una el alcázar, replicó Don Quijote, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos: y advierte, Sancho, que ó yo veo poco, ó [11] aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debc de hacer el palacio de Dulcinea. Pues guie vuesa merced, respondió Sancho, quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de dia. Guió Don Quijote, y habiendo andado como docientos pasos dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglcsia principal del pueblo, y dijo: Con la iglesia hemos dado, Sancho. Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimenterios á tales horas, y mas habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dijo Don Quijotc: ¿adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así suplico á vuesa merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen, podria ser que en algun rincon topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dijo Don Quijote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho; ¿pero con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que de sola una vez que ví la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola vuesa merced, que la debe de haber visto millares de veces? Tú me harás desesperar, Sancho, dijo Don Quijote: ven acá, hereje, ¿no te he dicho mil veces, que en todos los dias de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oidas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta? Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo, que pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco. Eso no pucde ser, replicó Don

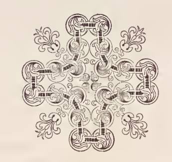


Quijote, que por lo menos ya me has dicho tú que la viste ahechando trigo cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo. No se atenga á eso, señor, respondió Sancho, porque le hago saber que tambien fué de oidas la vista y la respuesta que le truje, porque así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo. Sancho, Sancho, respondió Don Quijote, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas: nó porque yo diga que ni he visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir tambien que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes. Estando los dos en estas pláticas vieron que venia á pasar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacia el arado que arrastraba por el suelo juzgaron que debia de ser labrador, que habia madrugado antes del dia á ir á su labranza; y así fué la verdad. Venia el labrador cantando aquel romance que dice:

Mala la hubistes, franceses,
En esa de Roncesvalles.

Que me maten, Sancho, dijo en oyéndole Don Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. ¿No oyes lo que viene cantando ese villano? Sí oigo, respondió Sancho, ¿pero qué hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de Calaínos que todo fuera uno, para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, á quien Don Quijote preguntó: ¿Sabréisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso? Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y ha pocos dias que estoy en este pueblo sirviendo á un labrador rico en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristan del lugar, entrambos ó cualquier dellos sabrá dar á vuesa merced razon de esa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso, aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna, muchas señoras sí principales, que cada una en su casa puede ser princesa. Pues entre esas, dijo Don Quijote, debe de estar, amigo, esta por quien te pregunto. Podria ser, respondió el mozo, y á Dios que ya viene el alba; y dando á sus mulas no atendió á mas preguntas. Sancho, que vió suspenso á su señor y asaz mal contento, le dijo: Señor, ya se viene á mas andar el dia, y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle; mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de dia, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora: y asaz seria de desdichado si no le hallase, y hallándole hablaré con su merced, y le diré dónde y cómo queda vuesa merced esperando que le dé órden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama. Has dicho, Sancho, dijo Don Quijote, mil sen-

tencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonísima gana: ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque, que tú volverás como dices á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discrecion y cortesía espero mas que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le habia llevado á Sierra Morena, y así dió priesa á la salida, que fué luego, y á dos millas del lugar hallaron una floresta ó bosque, donde Don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvia á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atencion y nuevo crédito.





CAPÍTULO X.

DONDE SE CUENTA LA INDUSTRIA QUE SANCHO TUVO PARA ENCANTAR Á LA SEÑORA DULCINEA, Y DE OTROS SUCESOS TAN RIDÍCULOS COMO VERDADEROS.



LEGANDO el autor desta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no habia de ser creido, porque las locuras de Don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta mas allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar á la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podian ponerle de mentiroso: y tuvo razon, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua; y así prosiguiendo

su historia dice, que así como Don Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendicion para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera. Anda, hijo, replicó Don Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe; si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada; si se desasosiega y turba oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pié mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pié; si te repite la respuesta que te diere dos ó tres veces; si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa; si levanta la mano al cabello para componerle aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran cuando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mia, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas. Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced, señor mio, ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana; y considere que se suele decir, que buen corazon quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos no hay estacas, y tambien se dice, donde no se piensa salta la liebre: dígolo porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, agora que es de dia los pienso hallar cuando menos lo piense, y hallados déjenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dijo Don Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y Don Quijote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que Don Quijote no parecia, se apeó del jumento, y sentándose al pié de un árbol comenzó á hablar consigo mesmo y á decirse: Sepamos agora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algun jumento que se le haya per-

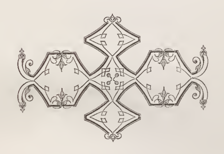
dido? Nó por cierto. ¿Pues qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adónde pensais hallar eso que decis, Sancho? ¿Adónde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habeisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás. ¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estais vos aquí con intencion de ir á sonsacarles sus princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon cuando no considerasen que soy mandado, y que *mensajero sois, amigo, no mereceis culpa, non.* No os fieis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala ventura. Oxte, puto, allá darás rayo: no sino ándeme yo buscando tres piés al gato por el gusto ajeno; y mas que así será buscar á Dulcinea por el Toboso como á Marica por Ravena, ó al Bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto que otro nó. Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué que volvió á decirse: Ahora bien, todas las cosas tienen remedio si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice: dime con quien andas, decirte he quién eres; y el otro de: nó con quien naces, sino con quien paces. Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo mas, y de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfía acabaré con él que no me envie otra vez á semejantes mensajerías viendo cuán mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador de estos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño. Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde por dar lugar á que Don Quijote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo

tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vió que del Toboso hácia donde él estaba venian tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque mas se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolucion, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor Don Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quijote le vió le dijo: ¿Qué hay, Sancho amigo? ¿podré señalar este dia con piedra blanca ó con negra? Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. De ese modo, replicó Don Quijote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene mas que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á vuesa merced. ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? dijo Don Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. ¿Qué sacaria yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verá venir á la princesa nuestra ama vestida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de mas de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay mas que ver. Hacaneas querrás decir, Sancho. Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas señoras que se puedan desear; especialmente la princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondió Don Quijote, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mias, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. Á las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto. Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió Don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las habia dejado fuera de la ciudad. ¿Cómo fuera de la ciudad? respondió: ¿por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á medio dia? Yo no veo, Sancho, dijo Don Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Agora me libre Dios del diablo, respondió Sancho; ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la

nieve, le parezcan á vuesa merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, dijo Don Quijote, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy Don Quijote, y tú Sancho Panza: á lo menos á mí tales me parecen. Calle, señor, dijo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca: y diciendo esto se adelantó á recebir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y él es el asendereado caballero Don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre *el caballero de la Triste Figura.* Á esta sazon ya se habia puesto Don Quijote de hinojos junto á Sancho y miraba con ojos desencajados y vista turbada á la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubria en ella sino una moza aldeana y nó de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante á su compañera: pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo: Apártense nora en tal del camino, y déjenmos pasar, que vamos de priesa. Á lo que respondió Sancho: Oh princesa y señora universal del Toboso, ¿cómo vuestro magnánimo corazon no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería? Oyendo lo cual otra de las dos dijo: Mas jo que te estrego, burra de mi suegro: mirad con qué se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos: vayan su camino, y déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano. Levántate, Sancho, dijo á este punto Don Quijote, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazon que te adora, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y nó para otros ha mudado y trasformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumision y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi agüelo, respondió la aldeana, amiguita soy yo de oir resquebrajos. Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos. Apar-

tóse Sancho, y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que habia hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cananea con un aguijon que en un palo traia, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del aguijon, que le fatigaba mas de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra: lo cual visto por Don Quijote acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina. Acomodada pues la albarda, y queriendo Don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora levantándose del suelo le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algun tanto atrás tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina dió con su cuerpo mas ligero que un halcon sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre, y entonces dijo Sancho: Vive Roque, que es la señora nuestra ama mas ligera que un alcotan, y que puede enseñar á subir á la gineta al mas diestro cordobés ó mejicano: el arzon trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento: y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea todas picaron tras ella y dispararon á correr sin volver la cabeza atrás por espacio de mas de media legua. Siguiólas Don Quijote con la vista, y cuando vió que no parecian, volviéndose á Sancho le dijo: Sancho, ¿qué te parece, cuán mal quisto soy de encantadores? Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser á mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna: y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y trasformado á mi Dulcinea, sino que la trasformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores: porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea (segun tú dices, que á mí me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma. ¡Oh canalla! gritó á esta sazon Sancho: ¡oh encantadores aciagos y mal intencionados, y quién os viera á todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha! Mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mas haceis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente todas sus faciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad nunca yo ví su fealdad, sino su hermosura, á la cual subia de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio

derecho á manera de bigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebras de oro y largos de mas de un palmo. Á ese lunar, dijo Don Quijote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecian allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó Don Quijote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada; y así si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, ¿aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, era silla rasa ó sillon? No era, respondió Sancho, sino silla á la gineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un reino segun es de rica. ¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! dijo Don Quijote: ahora torno á decir y diré mil veces que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa oyendo las sandeces de su amo tan delicadamente engañado. Finalmente, después de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias, y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero antes que allá llegasen les sucedieron cosas, que por muchas, grandes y nuevas merecen ser escritas y leidas, como se verá adelante.



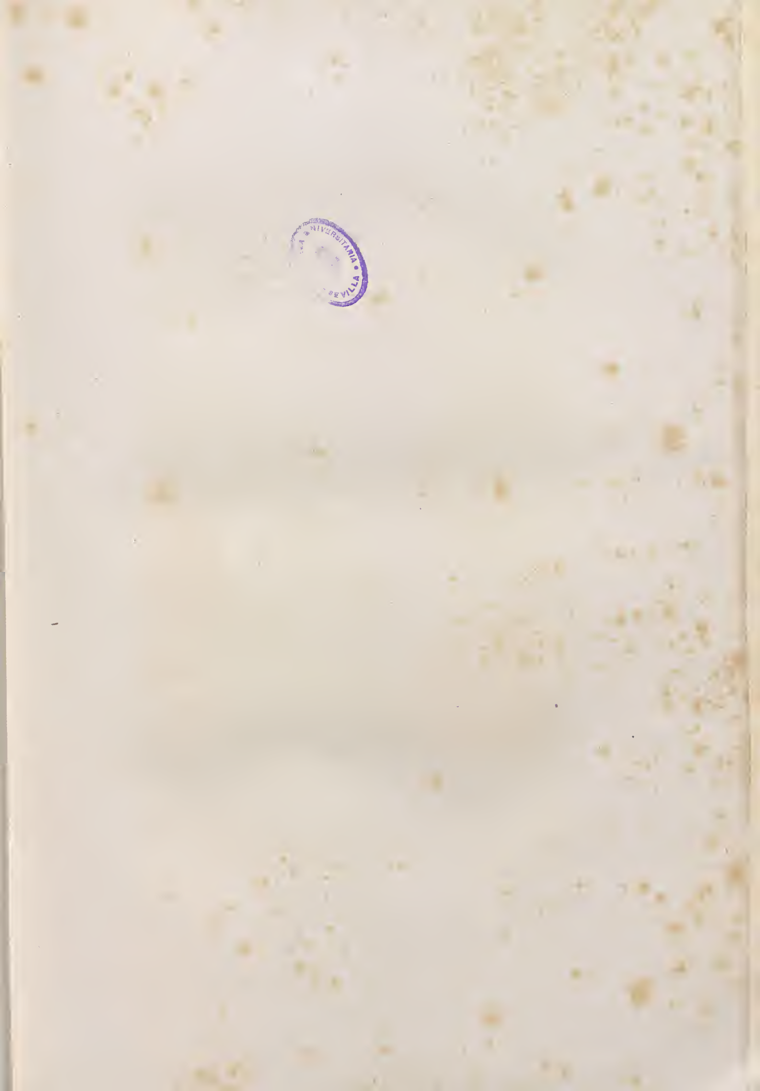


CAPÍTULO XI.

DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ AL VALEROSO DON QUIJOTE CON EL CARRO Ó CARRETA DE LAS CORTES DE LA MUERTE.

PENSATIVO además iba Don Quijote por su camino adelante considerando la mala burla que le habian hecho los encantadores volviendo á su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendria para volverla á su ser primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo soltó las riendas á Rocinante, el cual sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenia á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le volvió Sancho Panza diciéndole: Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias: vuesa merced se reporte, y vuelva en sí y coja las riendas á Rocinante, y avive y

despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto? ¿qué descaecimiento es este? ¿estamos aquí ó en Francia? Mas que se lleve Satanás á cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y transformaciones de la tierra. Calla, Sancho, respondió Don Quijote con voz no muy desmayada; calla, digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza. Así lo digo yo, respondió Sancho: quien la vido y la ve ahora, ¿cuál es el corazon que no llora? Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó Don Quijote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se extendió á turbarte la vista ni á encubrirte su belleza: contra mí solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno; mas con todo esto he caido, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura, porque si mal no me acuerdo, dijiste que tenia los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas antes son de besugo que de dama; y á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas; y esas perlas quítalas de los ojos, y pásalas á los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque tambien me turbó á mí su hermosura como á vuesa merced su fealdad; pero encomendémoslo todo á Dios, que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mio, mas que de otras, que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza algun gigante ó otro caballero, y le mande que se vaya á presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea: ¿adónde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y mísero caballero vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes, buscando á mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán mas que á mi padre. Quizá, Sancho, respondió Don Quijote, no se extenderá el encantamento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envie, haremos la experiencia si la ven ó nó, mandándoles que vuelvan á darme relacion de lo que acerca desto les hubiere sucedido. Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que vuesa merced me ha dicho, y que con ese artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos; y si es que ella á solo vuesa merced se encubre, la desgracia mas será de vuesa merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendremos y lo pasaremos lo mejor que pudiéremos buscando nuestras aventuras, y dejando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades.


NIVERSITARIA
SEVILLA


P II
C XI
C.L.Ribera

[illegible]

Responder queria Don Quijote á Sancho Panza; pero estorbóselo una carreta que salió al través del camino cargada de los mas diversos y extraños personajes y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas y servia de carretero era un feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de Don Quijote fué la de la misma muerte con rostro humano; junto á ella venia un ángel con unas grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador con una corona al parecer de oro en la cabeza; á los piés de la muerte estaba el dios que llaman Cupido sin venda en los ojos, pero con su arco carcaj y saetas; venia tambien un caballero armado de punta en blanco, excepto que no traia morrion ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores: con estas venian otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó á Don Quijote y puso miedo en el corazon de Sancho; mas luego se alegró Don Quijote, creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura; y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo: Carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quién eres, á dó vas, y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. Á lo cual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el malo; hemos hecho en un lugar que está detrás de aquella loma esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de las Cortes de la muerte, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mesmos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de muerte, el otro de ángel, aquella mujer, que es la del autor, va de reina, el otro de soldado, aquel de emperador, y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles: si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, pregúntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio todo se me alcanza. Por la fe de caballero andante, respondió Don Quijote, que así como vi este carro imaginé que alguna grande aventura se me ofrecia, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde mochacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula. Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venia vestido de bojiganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traia tres vejigas de vaca hinchadas, el cual moharracho llegándose á Don Quijote comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas, y á dar



grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle Don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con mas ligereza que jamás prometieron los huesos de su notomía. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio, y á toda priesa fué á valerle; pero cuando á él llegó ya estaba en tierra y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apenas hubo dejado su caballería Sancho para acudir á Don Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido mas que el dolor de los golpes le hizo volar por la campaña hácia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caida de su amo, y no sabia á cuál de las dos necesidades acudiria primero; pero en efecto como buen escudero y como buen criado pudo mas con él el amor de su señor que el cariño de su jumento; puesto que cada vez que veia levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos que en el mas mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulacion llegó donde estaba Don Quijote harto mas maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante le dijo: Señor, el diablo se ha llevado al rucio. ¿Qué diablo? preguntó Don Quijote. El de las vejigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó Don Quijote, si bien se encerrase con él en los mas hondos y escuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfaré la pérdida del rucio. No hay para qué hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho; vuesa merced temple su cólera, que segun me parece ya el diablo ha dejado el rucio, y vuelve á la querencia; y así era la verdad, porque habiendo caido el diablo con el rucio por imitar á Don Quijote y á Rocinante, el diablo se fué á pié al pueblo, y el jumento se volvió á su amo. Con todo eso, dijo Don Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mesmo emperador. Quítesele á vuesa merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas: sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos ó los mas en sus trajes y compostura parecen unos príncipes. Pues con todo, respondió Don Quijote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano; y diciendo esto volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, y iba dando voces diciendo: Deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas

que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de Don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltó la muerte de la carreta, y tras ella el emperador, el diablo carretero y el ángel, sin quedarse la reina ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala esperando recebir á Don Quijote en las puntas de sus guijarros. Don Quijote que los vió puestos en tan gallardo escuadron, los brazos levantados con ademan de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de qué modo los acometeria con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadron le dijo: Asaz de locura seria intentar tal empresa: considere vuesa merced, señor mio, que para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo sino es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y tambien se ha de considerar que es mas temeridad que valentía acometer un hombre solo á un ejército donde está la muerte, y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles: y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes ó emperadores, no hay ningun caballero andante. Ahora sí, dijo Don Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero: á tí, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que á tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables. No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios; cuanto mas que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los dias que los cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinacion, replicó Don Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano, y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su rucio, la muerte con todo su escuadron volante volvieron á su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerte: gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero de no menos suspension que la pasada.





CAPÍTULO XII.

DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ AL VALEROSO DON QUIJOTE CON EL BRAVO CABALLERO DE LOS ESPEJOS.



LA noche que siguió al dia del rencuentro de la muerte la pasaron Don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo á persuasion de Sancho comido Don Quijote de lo que venia en el repuesto del rucio, y entre la cena dijo Sancho á su señor: Señor, qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, antes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto mas vale pájaro en mano que buitre volando. Todavía,

respondió Don Quijote, si tú, Sancho, me dejaras acometer como yo queria, te hubieran cabido en despojos por lo menos la corona de oro de la emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel ó hoja de lata. Así es verdad, replicó Don Quijote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes como lo es la mesma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser como la comedia y los comediantes. Sino dime, ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. Sí he visto, respondió Sancho. Pues lo mesmo, dijo Don Quijote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. ¡Brava comparacion! dijo Sancho, aunque nó tan nueva que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dijo Don Quijote, te vas haciendo menos simple y mas discreto. Sí, que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuesa merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caido, la cultivacion el tiempo que ha que le sirvo y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendicion, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rióse Don Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas ó las mas veces que Sancho queria hablar de oposicion y á lo cortesano acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia: y en lo que él se mostraba mas

elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia. En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decia cuando queria dormir, y desaliñando al rucio le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desaliñase á Rocinante, antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo? guarda; y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradicion de padres á hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; mas que por guardar la decencia y decoro que á tan heróica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su prosupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban acudian á rascarse el uno al otro, y que después de cansados y satisfechos cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobraba de la otra parte mas de media vara, y mirando los dos atentamente al suelo se solian estar de aquella manera tres dias, á lo menos todo el tiempo que les dejaba [15] ó no les compelia la hambre á buscar sustento. Digo que dicen, que dejó el autor escrito que los habia comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Eurίalo, y Pílades y Orestes: y si esto es así se podia echar de ver para universal admiracion cuán firme debió ser la amistad destos pacíficos animales, y para confusion de los hombres que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dijo:

No hay amigo para amigo:
Las cañas se vuelven lanzas;

y el otro que cantó:

De amigo á amigo la chinche etc.

Y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad de estos dos animales á la de los hombres, que de las bestias han recebido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el cristel, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo. Finalmente Sancho se quedó dormido al pié de un alcornoque, y Don Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo habia pasado cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantándose con sobresalto se puso á mirar y á escuchar de dónde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á caballo, y que

el uno dejándose derribar de la silla dijo al otro: Apéate, amigo, y quita los frenos de los caballos, que á mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. El decir esto y tenderse en el suelo todo fué á un mesmo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venia armado; manifiesta señal por donde conoció Don Quijote que debia de ser caballero andante: y llegándose á Sancho, que dormia, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo: Hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dé buena, respondió Sancho; ¿y adónde está, señor mio, su merced de esa señora aventura? ¿Adónde, Sancho? replicó Don Quijote, vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que á lo que á mí se me trasluce no debe de estar demasiadamente alegre, porque le ví arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le crujieron las armas. ¿Pues en qué halla vuesa merced, dijo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondió Don Quijote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha, que á lo que parece templando está un laud ó vihuela, y segun escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo. Á buena fe que es así, respondió Sancho, y que debe de ser caballero enamorado. No hay ninguno de los andantes que no lo sea, dijo Don Quijote, y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos si es que canta, que de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar queria Sancho á su amo, pero la voz del caballero del Bosque, que no era ni muy mala ni muy buena, lo estorbó, y estando los dos atentos oyeron que lo que cantó fué este

SONETO.

Dadme, señora, un término que siga,
Conforme á vuestra voluntad cortado,
Que será de la mia así estimado,
Que por jamás un punto dél desdiga.
Si gustais que callando mi fatiga
Muera, contadme ya por acabado:
Si quereis que os la cuente en desusado
Modo, haré que el mesmo amor la diga.
Á prueba de contrarios estoy hecho
De blanda cera y de diamante duro,
Y á las leyes de amor el alma ajusto.
Blando cual es, ó fuerte ofrezco el pecho:
Entallad ó imprimid lo que os dé gusto,
Que de guardarlo eternamente juro.

Con un *ay*, arrancado al parecer de lo íntimo de su corazon, dió fin á su canto el caballero del Bosque, y de allí á un poco con voz doliente y lastimada dijo: ¡Oh la mas hermosa y la mas ingrata mujer del orbe! Cómo que ¿será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y finalmente todos los caballeros de la Mancha? Eso nó, dijo á esta sazon Don Quijote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podia ni debia confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora: y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaria. Pero escuchemos, quizá se declarará mas. Sí hará, replicó Sancho, que término lleva de quejarse un mes arreo. Pero no fué así, porque habiendo entreoido el caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentacion se puso en pié, y dijo con voz sonora y comedida: ¿Quién va allá? ¿qué gente? ¿es por ventura de la del número de los contentos, ó de la de los afligidos? [16] De los afligidos, respondió Don Quijote. Pues lléguese á mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la mesma tristeza y á la afliccion mesma. Don Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni mas ni menos. El caballero lamentador asió á Don Quijote del brazo diciendo: Sentaos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes. Á lo que respondió Don Quijote: Caballero soy de la profesion que decis; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por esto se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las ajenas desdichas: de lo que cantaste poco ha colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir del amor que teneis á aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrastes. Ya cuando esto pasaba estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del dia no se hubieran de romper las cabezas. ¿Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á Don Quijote, sois enamorado? Por desventura lo soy, respondió Don Quijote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos antes se deben tener por gracias que por desdichas. Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razon y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos parecen venganzas. Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió Don Quijote. Nó por cierto, dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca. ¿Es vuestro escudero este? preguntó el del Bosque. Sí es, respondió Don Quijote. Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su

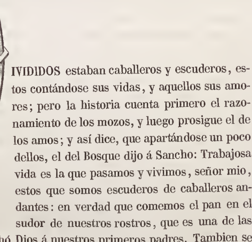
señor : á lo menos ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo. Pues á fe, dijo Sancho, que he hablado yo, y puedo bablar delante de otro tan, y aun..... quédese aquí, que es peor meneallo. El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho diciéndole: Vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto quisiéramos, y dejemos á esos señores amos nuestros que se den de las astas contándose las historias de sus amores, que á buen seguro que les ba de coger el dia en ellas, y no las han de haber acabado. Sea en buena hora, dijo Sancho, y yo le diré á vuesa merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.





CAPÍTULO XIII.

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DEL CABALLERO DEL BOSQUE, CON EL DISCRETO, NUEVO Y SUAVE COLOQUIO QUE PASÓ ENTRE LOS DOS ESCUDEROS.



DIVIDIDOS estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos; y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo á Sancho: Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de caballeros andantes: en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres. Tambien se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el hielo de nuestros cuerpos, porque ¿quién mas calor y mas frio que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aun menos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son menos; pero tal vez hay que se nos pasa un dia y dos sin desayunarnos, sino es del viento que sopla. [17] Todo eso se puede llevar y conllevar, dijo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio;

porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo menos á pocos lances se verá premiado con un hermoso gobierno de cualque ínsula, ó con un condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula; y él es tan noble y tan liberal que me le ha prometido muchas y diversas veces. Yo, dijo el del Bosque, con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. ¿Y qué tal? debe de ser, dijo Sáncho, su amo de vuesa merced caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á sus buenos escuderos; pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo cuando le querian aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador, y yo estaba entonces temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella; porque le hago saber á vuesa merced, que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad que lo yerra vuesa merced, dijo el del Bosque, á causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencónicos, y finalmente el mas erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor seria que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos á nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios mas suaves, como si dijésemos cazando ó pescando; que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo á quien le falte un rocin y un par de galgos y una caña de pescar con que entretenerse en su aldea? Á mí no me falta nada deso, respondió Sancho; verdad es que no tengo rocin, pero tengo un asno que vale dos veces mas que el caballo de mi amo: mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima: á burla tendrá vuesa merced el valor de mi rucio, que rucio es el color de mi jumento: pues galgos no me habian de faltar habiéndolos sobrados en mi pueblo, y mas que entonces es la caza mas gustosa cuando se hace á costa ajena. Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracherías de estos caballeros, y retirarme á mi aldea, y criar mis hijitos; que tengo tres como tres orientales perlas. Dos tengo yo, dijo Sancho, que se pueden presentar al papa en persona, especialmente una muchacha, á quien crio para condesa si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre. ¿Y qué edad tiene esa señora que se cria para condesa? preguntó el del Bosque. Quince años, dos mas á menos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son esas, respondió el del Bosque, no solo para ser condesa, sino para ser ninfa de verde bosque. ¡Oh hideputa puta, y qué rejo debe de tener la bellaca! Á lo que respondió Sancho algo

mohino: Ni ella es puta ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere: y háblese mas comedidamente, que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la mesma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras. Oh qué mal se le entiende á vuesa merced, replicó el del Bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero. Cómo, ¿y no sabe que cuando algun caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: oh hideputa puto, y qué bien que lo ha hecho? y aquello que parece vituperio en aquel término, es alabanza notable; y renegad vos, señor, de los hijos ó hijas que no hacen obras que merezcan se les den á sus padres loores semejantes. Sí reniego, respondió Sancho, y dese modo y por esa misma razon podia echar vuesa merced á mí y á mis hijos y á mi mujer toda una putería encima, porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas, y para volverlos á ver ruego yo á Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un dia en el corazon de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá nó, sino acullá un talego lleno de doblones, que me parece que á cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe; y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene mas de loco que de caballero. Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco; y si va á tratar dellos no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen: cuidados ajenos matan el asno, pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si después de hallado le ha de salir á los hocicos. ¿Y es enamorado por dicha? Sí, dijo el del Bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda y la mas asada señora que en todo el orbe puede hallarse; pero no cojea del pié de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello dirá antes de muchas horas. No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon ó barranco: en otras casas cuecen habas, y en la mia á calderadas: mas acompañados y paniaguados debe de tener la locura que la discrecion; mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa merced podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y mas bellaco que tonto y que valiente. Eso no es el mio, respondió Sancho: digo que no tiene nada de bellaco; antes tiene una alma como un cántaro: no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del dia, y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi

corazon, y no me amaño á dejarle por mas disparates que haga. Con todo eso, hermano y señor, dijo el del Bosque, si el ciego guia al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compás de piés, y volvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho á menudo al parecer un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo: Paréceme que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno; y levantándose volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara; y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, nó que de cabrito, lo cual visto por Sancho, dijo: ¿Y esto trae vuesa merced consigo, señor? Pues qué se pensaba, respondió el otro, ¿soy yo por ventura algun escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo cuando va de camino un general. Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á escuras bocados de nudos de suelta, y dijo: Vuesa merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo á lo menos, y nó como yo, mezquino y malaventurado, que solo traigo en mis alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante, á quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces, mercedes á la estrecheza de mi dueño, y á la opinion que tiene y órden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo. Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas, ni á piruétanos, ni á raíces de los montes: allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren; fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzon de la silla por sí ó por nó, y es tan devota mia y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos; y diciendo esto se la puso en las manos á Sancho, el cual empinándola puesta á la boca estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro dijo: ¡Oh hideputa bellaco, y como es católico! Veis ahí, dijo el del Bosque en oyendo el hideputa de Sancho, como habeis alabado este vino llamándole hideputa! Digo, respondió Sancho, que confieso que conozco que no es deshonra llamar hijo de puta á nadie cuando cae debajo del entendimiento de alabarle. Pero dígame, señor, por el siglo de lo que mas quiere, ¿este vino es de Ciudad Real? ¡Bravo mojon! respondió el del Bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. Á mí con eso, dijo Sancho, no tomeis menos sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su conocimiento. ¿No será bueno,

señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler cualquiera acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje por parte de mi padre los dos mas excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha: para prueba de lo cual les sucedió lo que ahora diré. Diéronles á los dos á probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad ó malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo mas de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabia á hierro, el segundo dijo que mas sabia á cordoban. El dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordoban. Con todo eso los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordoban: porque vea vuesa merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas. Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas no busquemos tortas, y volvámonos á nuestras chozas, que allí nos hallará Dios si él quiere. Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré, que después todos nos entenderemos.

Finalmente tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible; y así asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dejaremos por ahora por contar lo que el caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.





CAPÍTULO XIV.

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DEL CABALLERO DEL BOSQUE.

ENTRE muchas razones que pasaron Don Quijote y el caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á Don Quijote: Finalmente, señor caballero, quiero que sepais que mi destino, ó por mejor decir mi eleccion, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia: llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos, con hacerme ocupar, como su madrina á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza: pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento

de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa giganta de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la mas movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, víla, y vencíla y hícela estar queda y á raya, porque en mas de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez tambien hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando: empresas mas para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra: ¡peligro inaudito y temeroso! y que le trujese particular relacion de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los toros de Guisando, despeñéme en la sima y saqué á luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que soy el mas valiente y el mas bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo mas me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero Don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es mas hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal Don Quijote que digo los ha vencido á todos, y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado á mi persona, y

Tanto el vencedor es mas honrado,
Cuanto mas el vencido es reputado:

así que ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido Don Quijote. Admirado quedó Don Quijote de oir al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentia, y ya tuvo el *mentis* en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dijo: De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los mas caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á Don Quijote de la Mancha, póngolo en duda: podria ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan. ¿Cómo nó? replicó el del Bosque; por el cielo que nos cubre, que peleé con Don Quijote, y le vencí y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caidos: campea debajo del nombre del *caballero de la*

Triste Figura, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mia, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito á la mesma incredulidad. Sosegaos señor caballero, dijo Don Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber que ese Don Quijote que decis es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habeis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habeis vencido: por otra parte veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mesmo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra: y para confirmacion desto quiero tambien que sepais, que los tales encantadores sus contrarios no ha mas de dos dias que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado á Don Quijote: y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mesmo Don Quijote, que la sustentará con sus armas á pié ó á caballo, ó de cualquiera suerte que os agradare: y diciendo esto se levantó en pié, y se empuñó en la espada esperando qué resolucion tomaria el caballero del Bosque; el cual con voz asimismo sosegada respondió y dijo: Al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez, señor Don Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser; mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á escuras como los salteadores y rufianes, esperemos el dia para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare. Soy mas que contento desa condicion y convenencia, respondió Don Quijote; y en diciendo esto se fuéron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les salteó el sueño. Despertáronlos y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol habian de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla, á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo por las valentías que habia oido decir del suyo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fuéron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habian olido y estaban todos juntos. En el camino dijo el del Bosque á Sancho: Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los

peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen: dígolo, porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos astillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo menos yo no he oido decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería: cuanto mas, que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos, que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes: hay mas, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del Bosque: yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mesmo tamaño: tomaréis vos la una, y yo la otra, y reñiremos á talegazos con armas iguales. Desa manera sea en buena hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos. No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño. Mirad ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho, qué martas cebollinas ó qué copos de algodon cardado pone en las talegas para no quedar molidos los cascos, y hechos alheña los huesos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas sin que andemos buscando apetitos para que se acaben antes de llegar [18] su sazon y término, y que se cayan de maduras. Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora. Eso nó, respondió Sancho, no seré yo tan descortés ni tan desagradecido que con quien he comido y he bebido trabe cuestion alguna por mínima que sea; cuanto mas que estando sin cólera y sin enojo ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas? Para eso, dijo el del Bosque, yo daré un suficiente remedio, y es, que antes que comencemos la pelea yo me llegaré bonitamente á vuesa merced, y le daré tres ó cuatro bofetadas que dé con él á mis piés, con las cuales le haré despertar la cólera aunque esté con mas sueño que un liron. Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie; y cada uno

mire por el virote; aunque lo mas acertado seria dejar dormir su cólera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve tresquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en leon, yo que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme: y así desde ahora intimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare. Está bien, replicó el del Bosque: amanecerá Dios y medraremos. En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas parecia asimesmo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljófar, los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apenas dió lugar la claridad del dia para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de berrugas, de color amoratado como de berengena; bajábale dos dedos mas abajo de la boca, cuya grandeza, color, berrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó á herir de pié y de mano como niño con alferecía, y propuso en su corazon de dejarse dar docientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. Don Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traia una sobrevesta ó casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacian en grandísima manera galan y vistoso: volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas, la lanza que tenia arrimada á un árbol era grandísima y gruesa y de un hierro acerado de mas de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó Don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debia de ser de grandes fuerzas; pero nó por eso temió como Sancho Panza, antes con gentil denuedo dijo al caballero de los Espejos: Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alceis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposicion. Ó vencido ó vencedor que salgais desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago á vuestro deseo es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la

visera sin haceros confesar lo que ya sabeis que pretendo. Pues en tanto que subimos á caballo, dijo Don Quijote, bien podeis decirme si soy yo aquel Don Quijote que dijistes haber vencido. Á eso vos respondemos, dijo el de los Espejos, que pareceis, como se parece un huevo á otro, al mismo caballero que yo vencí; pero segun vos decis, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido ó nó. Eso me basta á mí, respondió Don Quijote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros dél de todo punto vengan nuestros caballos, que en menos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido Don Quijote que pensais. Con esto acortando razones subieron á caballo, y Don Quijote volvió las riendas á Rocinante para tomar lo que convenia del campo para volver á encontrar á su contrario, y lo mesmo hizo el de los Espejos; pero no se habia apartado Don Quijote veinte pasos cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo: Advertid, señor caballero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discrecion del vencedor. Ya la [19] sé, respondió Don Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería. Así se entiende, respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de Don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algun monstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, seria acabada la pendencia suya, quedando del golpe ó del miedo tendido en el suelo, y fuése tras su amo, asido á una acion de Rocinante, y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese le dijo: Suplico á vuesa merced, señor mio, que antes que vuelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver mas á mi sabor mejor que desde el suelo el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero. Antes creo, Sancho, dijo Don Quijote, que te quieres encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él. Ellas son tales, dijo Don Quijote, que á no ser yo quien soy tambien me asombraran, y así ven, ayudarte he á subir donde dices. En lo que se detuvo Don Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habria hecho Don Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era mas ligero ni de mejor parecer que Rocinante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho de-

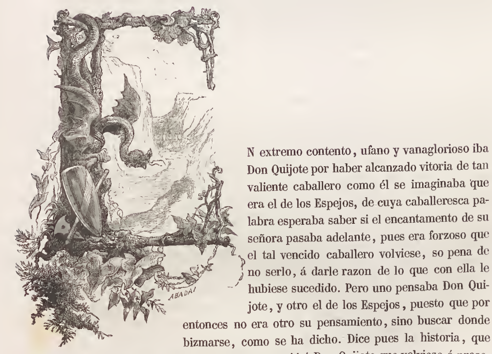
tuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, á causa que ya no podia moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venia volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trotes declarados; y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde habia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazon y coyuntura halló Don Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca ó no acertó ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salva mano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caida, que sin mover pié ni mano dió señales de que estaba muerto. Apenas le vió caido Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba, el cual apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió, ¿quién podrá decir lo que vió sin causar admiracion, maravilla y espanto á los que lo oyeren? vió, dice la historia, el rostro mesmo, la misma figura, el mesmo aspecto, la misma fisonomía, la mesma efigie, la perspectiva mesma del bachiller Sanson Carrasco, y así como la vió en altas voces dijo: Acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer: aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del bachiller Carrasco comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á Don Quijote: Soy de parecer, señor mio, que por sí ó por nó, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca á este que parece el bachiller Sanson Carrasco, quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores. No dices mal, dijo Don Quijote, porque de los enemigos los menos; y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habian hecho, y á grandes voces dijo: Mire vuesa merced lo que hace, señor Don Quijote, que ese que tiene á los piés es el bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero: y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera le dijo: ¿Y las narices? Á lo que él respondió: Aquí las tengo en la faldriquera; y echando mano á la derecha sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manifatura que quedan delineadas, y mirándole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande dijo: ¡Santa María, y valme! ¿Este no es Tomé Cecial mi vecino y mi compadre? Y cómo si lo soy, respondió el ya desnarigado escudero: Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré

los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido, y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al caballero de los Espejos, que á sus piés tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado el bachiller Sanson Carrasco nuestro compatrioto. En esto volvió en sí el de los Espejos, lo cual visto por Don Quijote le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dijo: Muerto sois, caballero, si no confesais que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia; y demás de esto habeis de prometer, si de esta contienda y caida quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habeis de volver á buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guia que os traiga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que conforme á las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería. Confieso, dijo el caido caballero, que vale mas el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas aunque limpias de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien habeis de confesar y creer, añadió Don Quijote, que aquel caballero que vencistes no fué ni pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecia, como yo confieso y creo, que vos, aunque pareceis el bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creeis, juzgais y sentis, respondió el derrengado caballero: dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caida, que asaz maltrecho me tiene. Ayudóle á levantar Don Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia; mas la aprension que en Sancho habia hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habian mudado la figura del caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y malandantes se apartaron de Don Quijote y Sancho con intencion de buscar algun lugar donde bizmarle y entablarle las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.



CAPÍTULO XV.

DONDE SE CUENTA Y DA NOTICIA DE QUIÉN ERA EL CABALLERO DE LOS ESPEJOS Y SU ESCUDERO.



N extremo contento, ufano y vanaglorioso iba Don Quijote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encantamento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba Don Quijote, y otro el de los Espejos, puesto que por entonces no era otro su pensamiento, sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice pues la historia, que cuando el bachiller Sanson Carrasco aconsejó á Don Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo con el cura y el barbero sobre qué medio se podria tomar para reducir á Don Quijote á que se

estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió por voto comun de todos y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á Don Quijote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase á merced del vencedor; y así vencido Don Quijote le habia de mandar el bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa, lo cual era claro que Don Quijote vencido cumpliria indubitablemente por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería, y podria ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen, y así siguieron el mismo viaje que llevaba Don Quijote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la muerte, y finalmente dieron con ellos en el bosque donde les sucedió todo lo que el prudente [20] ha leido; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quijote, que se dió á entender que el bachiller no era el bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros. Tomé Cecial, que vió cuán mal habia logrado sus deseos, y el mal paradero que habia tenido su camino, dijo al bachiller: Por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas veces se sale della: Don Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos pues ahora cuál es mas loco ¿el que lo es por no poder menos, ó el que lo es por su voluntad? Á lo que respondió Sanson: La diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere. Pues así es, dijo Tomé Cecial, yo fuí por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo y volverme á mi casa. Eso os cumple, respondió Sanson, porque pensar que yo he de volver á la mia hasta haber molido á palos á Don Quijote, es pensar en lo excusado; y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer mas piadosos discursos. En esto fuéron razonando los dos hasta que llegaron á un pueblo donde fué ventura hallar un algebrista con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo por no dejar de regocijarse ahora con Don Quijote.



CAPÍTULO XVI.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE CON UN DISCRETO CABALLERO DE LA MANCHA.

CON la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguia Don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada vitoria ser el caballero andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo: daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante: tenia en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habian dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses: finalmente decia entre sí, que si él hallara arte, modo ó manera como desencantar á su señora Dulcinea, no invidiara á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el mas venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo: ¿No es bueno, señor, que aun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial? ¿Y crees tú, Sancho, por ventura, que el caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Ce-



cial tu compadre? No sé qué me diga á eso, respondió Sancho, solo sé que las señas que me dió de mi casa, mujer y hijos no me las podria dar otro que él mesmo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi misma casa, y el todo de la habla era todo uno. Estemos á razon, Sancho, replicó Don Quijote: ven acá, ¿en qué consideracion puede caber que el bachiller Sanson Carrasco viniese como caballero andante armado de armas ofensivas y defensivas á pelear conmigo? ¿he sido yo su enemigo por ventura? ¿hele dado yo jamás ocasion para tenerme ojeriza? ¿soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas para tener invidia á la fama que yo por ellas he ganado? ¿Pues qué diremos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no habia en el mundo otros dos á quien se parecieran? Todo es artificio y traza, respondió Don Quijote, de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo habia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo cual ya sabes, oh Sancho, por experiencia que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no ha dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la ví en la fealdad y bajeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca; y mas que el perverso encantador que se atrevió á hacer una transformacion tan mala no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en cualquiera figura que haya sido he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho; y como él sabia que la transformacion de Dulcinea habia sido traza y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar por no decir alguna palabra que descubriese su embuste. En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre que detrás dellos por el mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gaban de paño fino verde gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la gineta, asimismo de morado y verde; traia un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas que por hacer labor con todo el vestido parecian mejor que

si fueran de oro puro. Cuando llegó á ellos el caminante los saludó cortesmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero Don Quijote le dijo: Señor galan, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiria en que nos fuésemos juntos. En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasara tan de largo si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo. Bien puede, señor, respondió á esta sazon Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el mas honesto y bien mirado del mundo; jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó á hacerla la lastamos mi señor y yo con las setenas: digo otra vez que puede vuesa merced detenerse si quisiere, que aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante admirándose de la postura y rostro de Don Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo verde á Don Quijote, mucho mas miraba Don Quijote al de lo verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en el traje y postura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quijote de la Mancha el de lo verde fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le habia visto jamás: admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademan y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra. Notó bien Don Quijote la atencion con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspension su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada le salió al camino diciéndole: Esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos dias que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las mas naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras ó en una sola, digo que yo soy Don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado *el caballero de la Triste Figura;* y puesto que las propias ala-

banzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza, os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesion que hago. Calló en diciendo esto Don Quijote, y el de lo verde segun se tardaba en responderle parecia que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo: Acertastes, señor caballero, á conocer por mi suspension mi deseo; pero no habeis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decis que el saber ya quien sois me la podria quitar, no ha sido así, antes agora que lo sé quedo mas suspenso y maravillado. Cómo ¿y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió Don Quijote, en razon de si son fingidas ó nó las historias de los andantes caballeros. ¿Pues hay quien dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió Don Quijote, y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. Desta última razon de Don Quijote tomó barruntos el caminante de que Don Quijote debia de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase: pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le habia dado parte de su condicion y de su vida. Á lo que respondió el del Verde Gaban: Yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos á comer hoy si Dios fuere servido: soy mas que medianamente rico, y es mi nombre don Diego de Miranda: paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos, mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon ni galgos, sino algun perdigon manso ó algun huron atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latin, de historia algunos, y de devocion otros: los de caballerías aun no han entrado por los umbrales de mis puertas: hojeo mas los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invencion, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no

nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazon á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazon mas recatado: procuro poner en paz los que sé que están desavenidos, soy devoto de nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Atentísimo estuvo Sancho á la relacion de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacia debia de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazon y casi lágrimas le besó los piés una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo le preguntó: ¿Qué haceis, hermano? ¿qué besos son estos? Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la gineta que he visto en todos los dias de mi vida. No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda malencolía de su amo, y causado nueva admiracion á don Diego. Preguntóle Don Quijote que cuántos hijos tenia, y díjole que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor Don Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle quizá me juzgara por mas dichoso de lo que soy, y nó porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que pasase á estudiar otras ciencias halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia) que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras, porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el dia se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la Ilíada, si Marcial anduvo deshonesto ó nó en tal epigrama, si se han de entender de una manera ó otra tales y tales versos de Virgilio: en fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tíbulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene agora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. Á todo lo cual respondió Don Quijote: Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer ó buenos ó malos que sean como se quieren las almas que nos

dan vida: á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso: y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, seria yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que mas le vieren inclinado: y aunque la de la poesía es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonrar á quien las posee. La poesía, señor hidalgo, á mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traida por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hala de tener el que la tuviere á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables trajedias, ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decis, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doime á entender que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta: el grande Homero no escribió en latin, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego porque era latino. En resolucion, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fuéron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razon seria se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta aleman porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque segun es opinion verdadera, el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin mas estudio ni artificio compone cosas que hace verdadero al que dijo: *est Deus in nobis* etc. Tambien digo, que el natu-

ral poeta que se ayudare del arte será mucho mejor y se aventajará al poeta que solo por saber el arte quisiere serlo. La razon es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficiónala: así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfetísimo poeta. Sea pues la conclusion de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mesmo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los obispos, ó como las garnachas á los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á trueco de decir una malicia se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres lo será tambien en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos: y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes. Admirado quedó el del Verde Gaban del razonamiento de Don Quijote, y tanto, que fué perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero á la mitad de esta plática Sancho, por no ser muy de su gusto, se habia desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que allí junto estaban ordeñando unas ovejas: y en esto ya volvia á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion y buen discurso de Don Quijote, cuando alzando Don Quijote la cabeza vió que por el camino por donde ellos iban venia un carro lleno de banderas reales; y creyendo que debia de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada: el cual Sancho oyéndose llamar dejó á los pastores, y á toda priesa picó al rucio, y llegó donde su amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.





CAPÍTULO XVII.

DONDE SE DECLARA EL ÚLTIMO PUNTO Y EXTREMO ADONDE LLEGÓ Y PUDO LLEGAR EL INAUDITO ÁNIMO DE DON QUIJOTE, CON LA FELICEMENTE ACABADA AVENTURA DE LOS LEONES.



UENTA la historia, que cuando Don Quijote daba voces á Sancho que le trujese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendian, y acosado de la mucha priesa de su amo no supo qué hacer dellos ni en qué traerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le queria, el cual en llegando le dijo: Dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras, ó lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar y me necesita á tomar mis armas. El del Verde Gaban, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hácia ellos venia con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron á entender que el tal

carro debia de traer moneda de su Majestad, y así se lo dijo á Don Quijote; pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habian de ser aventuras y mas aventuras, y así respondió al hidalgo: Hombre apercebido medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer; y volviéndose á Sancho le pidió la celada, el cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla Don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venia, con toda priesa se la encajó en la cabeza; y como los requesones se apretaron y exprimieron comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quijote, de lo que recibió tal susto que dijo á Sancho: ¿Qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los piés á la cabeza? y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que agora quiere sucederme: dame, si tienes, con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho y dióle un paño, y dió con él gracias á Dios de que su señor no hubiese caido en el caso. Limpióse Don Quijote, y quitóse la celada por ver qué cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada las llegó á las narices, y en oliéndolas dijo: Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante, y mal mirado escudero. Á lo que con gran flema y disimulacion respondió Sancho: Si son requesones démelos vuesa merced, que yo me los comeré; pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¿Yo habia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced? Halládole habeis el atrevido. Á la fe, señor, á lo que Dios me da á entender tambien debo yo de tener encantadores que me persiguen como á hechura y miembro de vuesa merced, y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me muela como suele las costillas: pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estómago que en la celada. Todo puede ser, dijo Don Quijote; y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando después de haberse limpiado Don Quijote cabeza, rostro y barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dijo: Ahora venga lo que viniere, que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mesmo Satanás en persona. Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venia otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose Don Quijote delante y dijo: ¿Adónde vais, hermanos? ¿qué carro es este? ¿qué llevais en él? y ¿qué banderas son aquestas? Á lo que respondió el carretero: El carro es mio, lo que va en él son

dos bravos leones enjaulados, que el general de Oran envia á la corte presentados á su Majestad, las banderas son del rey nuestro señor en señal que aquí va cosa suya. ¿Y son grandes los leones? preguntó Don Quijote. Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de África á España jamás, y yo soy el leonero, y he pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra y macho, el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás, y ahora van hambrientos porque no han comido hoy, y así vuesa merced se desvie, que es menester llegar presto donde les demos de comer. Á lo que dijo Don Quijote sonriéndose un poco: ¿Leoncitos á mí? ¿á mí leoncitos, y á tales horas? pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envian, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré á conocer quién es Don Quijote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envian. Ta, ta, dijo á esta sazon entre sí el hidalgo, dado ha señal de quién es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos. Llegóse en esto á él Sancho y díjole: Señor, por quien Dios es que vuesa merced haga de manera que mi señor Don Quijote no se tome con estos leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos. ¿Pues tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que temeis y creeis que se ha de tomar con tan fieros animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré que no lo sea, replicó el hidalgo; y llegándose á Don Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo: Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y nó aquellas que de todo en todo la quitan, porque la valentía que se entra en la juridicion de la temeridad, mas tiene de locura que de fortaleza; cuanto mas que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan, van presentados á su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje. Váyase vuesa merced, señor hidalgo, respondió Don Quijote, á entender con su perdigon manso y con su huron atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio: este es el mio, y yo sé si vienen á mí ó nó estos señores leones; y volviéndose al leonero le dijo: Voto á tal, don bellaco, que si no abris luego luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro. El carretero, que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le dijo: Señor mio, vuesa merced sea servido por caridad dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas antes que se desenvainen los leones, porque si me las matan quedaré rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas. Oh hombre de poca fe, respondió Don Quijote, apéate y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia. Apeóse el carretero y desunció á gran priesa, y el leonero dijo á grandes voces: Séanme testigos cuantos aquí están

como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor, que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con mas mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra, que yo seguro estoy que no me han de hacer daño. Otra vez le persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante, que era tentar á Dios acometer tal disparate. Á lo que respondió Don Quijote que él sabia lo que hacia. Respondióle el hidalgo que lo mirase bien, que él entendia que se engañaba. Ahora, señor, replicó Don Quijote, si vuesa merced no quiere ser oyente desta, que á su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo. Oido lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparacion habian sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento, y la temerosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que habia acometido en todo el discurso de su vida. Mire, señor, decia Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de leon verdadero, y saco por ella que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedo á lo menos, respondió Don Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame, y si aquí muriere ya sabes nuestro antiguo concierto, acudirás á Dulcinea, y no te digo mas. Á estas añadió otras razones con que quitó las esperanzas de que no habia de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gaban oponérsele; pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo habia parecido de todo punto Don Quijote, el cual volviendo á dar priesa al leonero, y á reiterar las amenazas, dió ocasion al hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo mas que pudiesen antes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creia que llegaba en las garras de los leones: maldecia su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero nó por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro. Viendo pues el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á Don Quijote lo que ya le habia requerido é intimado, el cual respondió que lo oia, y que no se curase de mas intimaciones y requerimientos, que todo seria de poco fruto, y que se diese priesa. En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera estuvo considerando Don Quijote si seria bien hacer la batalla antes á pié que á caballo, y en fin se determinó de hacerla á pié temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso con maravilloso denuedo y corazon valiente se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazon, y luego á su señora Dulcinea. Y es de sa-

ber, que llegando á este paso el autor de esta verdadera historia exclama y dice: ¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso Don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de Leon, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con qué razones la haré creible á los siglos venideros? ó ¿qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles? Tú á pié, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y nó de las del Perrillo cortadoras, con un escudo, nó de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos mas fieros leones que jamás criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo los dejo aquí en su punto por faltarme palabras con que encarecerlos. Aquí cesó la referida exclamacion del autor, y pasó adelante anudando el hilo de la historia diciendo, que habiendo [21] visto el leonero ya puesto en postura á Don Quijote, y que no podia dejar de soltar al leon macho so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula donde estaba, como se ha dicho, el leon, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula donde venia echado y tender la garra, y desperezarse todo: abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro: hecho esto sacó la cabeza fuera de la jaula y miró á todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademan para poner espanto á la misma temeridad. Solo Don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura; pero el generoso leon, mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado á una y á otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á Don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula: viendo lo cual Don Quijote mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera. Eso no haré yo, respondió el leonero, porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos será á mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna: el leon tiene abierta la puerta, en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el dia: la grandeza del corazon de vuesa merced ya está bien declarada: ningun bravo peleante, segun á mí se me alcanza, está obligado á mas que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Así es verdad, respondió Don Quijote: cierra, amigo, la puerta, y dame por testi-

monio en la mejor forma que pudieres lo que aquí me has visto hacer; conviene á saber, como tú abriste al leon, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo mas, y encantos á fuera, y Dios ayude á la razon y á la verdad, y á la verdadera caballería, y cierra como he dicho, en tanto que hago señas á los huidos y ausentes para que sepan de tu boca esta hazaña. Hízolo así el leonero, y Don Quijote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se habia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño dijo: Que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama. Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacia las señas era Don Quijote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quijote, que los llamaba. Finalmente volvieron al carro, y en llegando dijo Don Quijote al carretero: Volved, hermano, á uncir vuestras mulas y á proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero en recompensa de lo que por mí se han detenido. Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; pero ¿qué se han hecho los leones? ¿son muertos ó vivos? Entonces el leonero menudamente y por sus pausas contó el fin de la contienda, exagerando, como él mejor pudo y supo, el valor de Don Quijote, de cuya vista el leon acobardado no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que habia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y que por haber él dicho á aquel caballero que era tentar á Dios irritar al leon para que por fuerza saliese, como él queria que se irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad habia permitido que la puerta se cerrase. ¿Qué te parece desto, Sancho, dijo Don Quijote, hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible. Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á Don Quijote por la merced recebida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo rey cuando en la corte se viese. Pues si acaso su Majestad preguntare quién la hizo, diréisle, que el CABALLERO DE LOS LEONES: que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del *caballero de la Triste Figura;* y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querian ó cuando les venia á cuento. Siguió su camino el carro, y Don Quijote, Sancho y el del Verde Gaban prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no habia hablado palabra don Diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de Don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No habia aun llegado á su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leido cesara la admiracion en que lo ponian sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su

locura; pero como no la sabia, ya le tenia por cuerdo y ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacia disparatado, temerario y tonto; y decia entre sí: ¿Qué mas locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿y qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones? Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó Don Quijote diciéndole: ¿Quién duda, señor don Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco? y no seria mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa: pues con todo esto quiero que vuesa merced advierta, que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero á los ojos de su rey en la mitad de una gran plaza dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro: bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, ó que lo parezcan, entretienen y alegran, y si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes; pero sobre todos estos parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras con intencion de darles dichosa y bien afortunada cima solo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algun despoblado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva á las damas el cortesano, autorice la corte de su rey con libreas, sustente los caballeros pobres cou el espléndido plato de su mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los mas intricados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos: no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos, que buscar estos, acometer aquellos, y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debajo de la juridicion de mis ejercicios; y así el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante, porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde: que así como es mas fácil venir el pródigo á ser liberal que el avaro, así es mas fácil dar el

temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor don Diego, que antes se ha de perder por carta de mas que de menos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: el tal caballero es temerario y atrevido, que no: el tal caballero es tímido y cobarde. Digo, señor Don Quijote, respondió don Diego, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho va nivelado con el fiel de la misma razon, y que entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarian en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo; y démonos priesa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldea y casa, donde descansará vuesa merced del pasado trabajo, que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, señor don Diego, respondió Don Quijote; y picando mas de lo que hasta entonces, serian como las dos de la tarde cuando llegaron á la aldea y á la casa de don Diego, á quien Don Quijote llamaba *el caballero del Verde Gaban.*





CAPÍTULO XVIII.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE EN EL CASTILLO Ó CASA DEL CABALLERO DEL VERDE GABAN, CON OTRAS COSAS EXTRAVAGANTES.



ALLÓ Don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas á la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea; y sospirando y sin mirar lo que decia, ni delante de quien estaba, dijo:

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!
Dulces y alegres cuando Dios queria.

¡Oh tobosescas tinajas, que me habeis traido á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyóle decir eso el estudiante poeta hijo de don Diego que con

su madre habia salido á recebirle, y madre y hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de Don Quijote, el cual apeándose de Rocinante fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besárselas, y don Diego dijo: Recebid, señora, con vuestro sólito agrado al señor Don Quijote de la Mancha, que es el que teneis delante, andante caballero, y el mas valiente y el mas discreto que tiene el mundo. La señora, que doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y Don Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyéndole hablar Don Quijote le tuvo por discreto y agudo. Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el propósito principal de la historia, la cual mas tiene su fuerza en la verdad que en las frias digresiones. Entraron á Don Quijote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones y en jubon de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas: el cuello era valona á lo estudiantil sin almidon y sin randas, los borceguíes eran datilados, y encerados los zapatos. Ciñóse su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos: que es opinion que muchos años fué enfermo de los riñones: cubrióse un herreruelo de buen paño pardo; pero antes de todo, con cinco calderos ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero: merced á la golosina de Sancho y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su amo. Con los referidos atavíos y con gentil donaire y gallardía salió Don Quijote á otra sala donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponian; que por la venida de tan noble huésped queria la señora doña Cristina mostrar que sabia y podia regalar á los que á su casa llegasen. En tanto que Don Quijote se estuvo desarmando tuvo lugar don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de don Diego) de decir á su padre: ¿Quién diremos, señor, que es este caballero que vuesa merced nos ha traido á casa? que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos. No sé lo que te diga, hijo, respondió don Diego: solo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso á lo que sabe, y pues eres discreto juzga de su discrecion ó tontería lo que mas puesto en razon estuviere, aunque para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo. Con esto se fué don Lorenzo á entretener á Don Quijote, como queda dicho, y entre otras pláticas que los dos pasaron dijo Don Quijote á don Lorenzo: el señor don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y sobre todo que es vuesa merced un gran poeta. Poeta bien podrá ser, respondió

don Lorenzo, pero grande, ni por pensamiento: verdad es que yo soy algun tanto aficionado á la poesía y á leer los buenos poetas; pero nó de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice. No me parece mal esa humildad, respondió Don Quijote, porque no hay poeta que no sea arrogante, y piense de sí que es el mayor poeta del mundo. No hay regla sin excepcion, respondió don Lorenzo, y alguno habrá que lo sea, y no lo piense. Pocos, respondió Don Quijote; pero dígame vuesa merced ¿qué versos son los que agora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaria saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona; el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades; pero con todo esto, gran personaje es el nombre de primero. Hasta ahora, dijo entre sí don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco, vamos adelante, y díjole: Paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas; ¿qué ciencias ha oido? La de la caballería andante, respondió Don Quijote, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos mas. No sé qué ciencia sea esa, replicó don Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mi noticia. Es una ciencia, replicó Don Quijote, que encierra en sí todas ó las mas ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene: ha de ser teólogo, para saber dar razon de la cristiana ley que profesa clara y distintamente adonde quiera que le fuere pedido: ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas; que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quien se las cure: ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla: ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad de ellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, descendiendo á otras menudencias, digo, que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el pejc Nicolás ó Nicolao: ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno; y volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios y á su dama: ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valientc en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante, porque vea vuesa merced, señor don Lorenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las mas

estiradas que en los ginasios y escuelas se enseñan. Si eso es así, replicó don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas. ¿Cómo si es así? respondió Don Quijote. Lo que yo quiero decir, dijo don Lorenzo, es que dudo que haya habido ni que los haya ahora caballeros andantes y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió Don Quijote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme á mí que, si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme agora en sacar á vuesa merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es el rogar al cielo le saque dél, y le dé á entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usaran; pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo. Escapado se nos ha nuestro huésped, dijo á esta sazon entre sí don Lorenzo; pero con todo eso él es loco bizarro, y yo seria mentecato flojo si así no lo creyese. Aquí dieron fin á su plática porque los llamaron á comer. Preguntó don Diego á su hijo qué habia sacado en limpio del ingenio del huésped. Á lo que él respondió: No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos. Fuéronse á comer, y la comida fué tal como don Diego habia dicho en el camino que la solia dar á sus convidados, limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que mas se contentó Don Quijote fué del maravilloso silencio que en toda la casa habia, que semejaba un monasterio de cartujos. Levantados pues los manteles, y dadas gracias á Dios y agua á las manos, Don Quijote pidió ahincadamente á don Lorenzo dijese los versos de la justa literaria. Á lo que él respondió: Por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan sus versos los niegan, y cuando no se los piden los vomitan, yo diré mi glosa, de la cual no espero premio alguno, que solo por ejercitar el ingenio la he hecho. Un amigo y discreto, respondió Don Quijote, era de parecer que no se habia de cansar nadie en glosar versos; y la razon, decia él, era, que jamás la glosa podia llegar al texto, y que muchas ó las mas veces iba la glosa fuera de la intencion y propósito de lo que pedia lo que se glosaba, y mas que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrian interrogantes, ni *dijo*, ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuesa merced debe de saber. Verdaderamente, señor Don Quijote, dijo don Lorenzo, que deseo coger á vuesa merced en un mal latin continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo, respondió Don Quijote, lo que vuesa merced dice ni quiere decir en eso del deslizarme. Yo me daré á entender, respondió don

Lorenzo, y por ahora esté vuesa merced atento á los versos glosados y á la glosa, que dicen desta manera:

Si mi fué tornase á es,
sin esperar mas será,
ó viniese el tiempo ya
de lo que será después.

GLOSA.

Al fin como todo pasa,
se pasó el bien que me dió
fortuna un tiempo no escasa,
y nunca me le volvió,
ni abundante, ni por tasa.
Siglos ha ya que me ves,
fortuna, puesto á tus piés;
vuélveme á ser venturoso,
que será mi ser dichoso,
si mi fué tornase á es.

No quiero otro gusto ó gloria,
otra palma ó vencimiento,
otro triunfo, otra vitoria,
sino volver al contento,
que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
fortuna, templado está
todo el rigor de mi fuego,
y mas si este bien es luego,
sin esperar mas será.

Cosas imposibles pido,
pues volver el tiempo á ser,
después que una vez ha sido,
no hay en la tierra poder
que á tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
ligero, y no volverá,
y erraria el que pidiese,
ó que el tiempo ya se fuese,
ó viniese el tiempo ya.

Vivir en perpleja vida,
ya esperando, ya temiendo,



es muerte muy conocida,
y es mucho mejor muriendo
buscar al dolor salida.
Á mí me fuera interés
acabar; mas no lo es,
pues con discurso mejor,
me da la vida el temor
de lo que será después.

En acabando de decir su glosa don Lorenzo se levantó en pié Don Quijote; y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de don Lorenzo dijo: Viven los cielos donde mas altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que mereceis estar laureado, nó por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta, que Dios perdone, sino por las academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de Paris, Bolonia y Salamanca. Plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asaetee, y las Musas jamás atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio. ¿No es bueno que dicen que se holgó don Lorenzo de verse alabar de Don Quijote, aunque le tenia por loco? ¡Oh fuerza de la adulacion, á cuánto te extiendes, y cuán dilatados límites son los de tu juridicion agradable! Esta verdad acreditó don Lorenzo, pues condescendió con la demanda y deseo de Don Quijote diciéndole este soneto á la fábula ó historia de Píramo y Tisbe:

SONETO.

El muro rompe la doncella hermosa
Que de Píramo abrió el gallardo pecho;
Parte el amor de Chipre, y va derecho
Á ver la quiebra estrecha y prodigiosa.
Habla el silencio allí, porque no osa
La voz entrar por tan estrecho estrecho;
Las almas sí, que amor suele de hecho
Facilitar la mas difícil cosa.
Salió el deseo de compás, y el paso
De la imprudente vírgen solicita
Por su gusto su muerte: ved qué historia,
Que á entrambos en un punto ¡oh extraño caso!
Los mata, los encubre y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria.

Bendito sea Dios, dijo Don Quijote habiendo oido el soneto á don Lorenzo, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta, como lo es vuesa merced, señor mio, que así me lo da á entender el artificio deste soneto. Cuatro dias estuvo Don Quijote regaladísimo en la casa de don Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecia la merced y buen tratamiento que en su casa habia recebido; pero que por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ocio y al regalo, se queria ir á cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenia noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el dia de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota; y que primero habia de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirian con la voluntad posible, que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesion suya. Llegóse en fin el dia de su partida, tan alegre para Don Quijote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de don Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrecheza de sus mal proveidas alforjas: con todo esto las llenó y colmó de lo mas necesario que le pareció, y al despedirse dijo Don Quijote á don Lorenzo: No sé si he dicho á vuesa merced otra vez, y si lo he dicho lo vuelvo á decir, que cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inacesible cumbre del templo de la fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar á una parte la senda de la poesía algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas. Con estas razones acabó Don Quijote de cerrar el proceso de su locura, y mas con las que añadió diciendo: Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor don Lorenzo para enseñarle cómo se han de perdonar los sujetos, y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anejas á la profesion que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, solo me contento con advertirle á vuesa merced, que siendo poeta podrá ser famoso si se guia mas por el parecer ajeno que por el propio; porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quijote, ya discretas ya disparatadas, y del tema y teson que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo Don Quijote y Sancho sobre Rocinante y el rucio se partieron.



CAPÍTULO XIX.

DONDE SE CUENTA LA AVENTURA DEL PASTOR ENAMORADO, CON OTROS EN VERDAD GRACIOSOS SUCESOS.

POCO trecho se habia alongado Don Quijote del lugar de don Diego cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venian caballeros. El uno de los estudiantes traia como en portamanteo en un lienzo de bocací verde envuelto al parecer un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate; el otro no traia otra cosa que dos espadas negras de esgrima nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas que daban indicio y señal que venian de alguna villa grande donde las habian comprado, y las llevaban á su aldea; y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiracion en que caian todos aquellos que la vez primera veian á Don Quijote, y morian por saber qué hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles Don Quijote; y después de saber

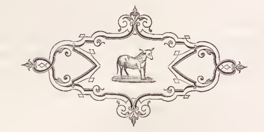
el camino que llevaban, que era el mesmo que él hacia, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban mas sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su oficio y profesion, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Díjoles que se llamaba de nombre propio Don Quijote de la Mancha, y por el apelativo *el caballero de los Leones.* Todo esto para los labradores era hablarles en griego ó en jerigonza; pero nó para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del celebro de Don Quijote; pero con todo eso le miraban con admiracion y con respeto, y uno dellos le dijo: Si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y mas ricas que hasta el dia de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle Don Quijote si eran de algun príncipe, que así las ponderaba. No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora; él el mas rico de toda esta tierra, y ella la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico, ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos: ambos para en uno, aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linajes de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimesmo maheridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer mas memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mesmo lugar de Quiteria, el cual tenia su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasion el Amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe, porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia; y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenia

tantos bienes de fortuna como de naturaleza: pues si va á decir las verdades sin invidia, él es el mas ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota: corre como un gamo, salta mas que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento: canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre todo juega una espada como el mas pintado. Por esa sola gracia, dijo á esta sazon Don Quijote, merecia ese mancebo, no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la mesma reina Ginebra si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran. Á mi mujer con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entonces habia ido callando y escuchando, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refran que dice: cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al revés) los que estorben que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo Don Quijote, quitaríase la eleccion y juridicion á los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben; y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin: que el amor y la aficion con facilidad ciegan los ojos del entendimiento tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse: ¿pues por qué no hará lo mesmo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercaduría que una vez comprada se vuelve, ó se trueca ó cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida: es un lazo, que si una vez le echais al cuello se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas mas cosas pudiera decir en esta materia si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda mas que decir al señor licenciado acerca de la historia de Basilio. Á lo que respondió el estudiante, bachiller ó licenciado como le llamó Don Quijote: De todo no me queda mas que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca mas le han visto reir ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra como animal bruto: mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento,

que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa. En fin él da tales muestras de tener apasionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos que el dar el *sí* mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dijo Sancho, que Dios, que da la llaga, da la medicina: nadie sabe lo que está por venir: de aquí á mañana muchas horas hay, y en una y aun en un momento se cae la casa: y yo he visto llover y hacer sol, todo á un mesmo punto: tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro dia: y díganme, ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja de la fortuna? nó por cierto; y entre el sí y el nó de la mujer no me atreveria yo á poner una punta de alfiler, porque no cabria: denme á mí que Quiteria quiera de buen corazon y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura; que el amor, segun yo he oido decir, mira con unos antojos que hacen parecer al oro cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas. ¿Adónde vas á parar, Sancho, que seas maldito? dijo Don Quijote, que cuando comienzas á ensartar refranes y cuentos no te puede esperar sino el mesmo Judas, que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? ¡Oh! pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mio, siempre es friscal de mis dichos y aun de mis hechos. Fiscal has de decir, dijo Don Quijote, que nó friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda. No se apunte vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocablos. Sí que, válgame Dios, no hay para que obligar al sayagués á que hable como el toledano; y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido. Así es, dijo el licenciado, porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las tenerías y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el dia por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discrecion es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado cánones en Salamanca, y pícome algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas y significantes. Si no os picárades mas de saber mas menear las negras que llevais que la lengua, dijo el otro estudiante, vos llevárades el primero en licencias, como llevastes cola. Mirad, bachiller, respondió el licenciado, vos estais en la mas errada opinion del mundo acerca de la destreza de la espada teniéndola por vana. Para mí no es opinion, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si quereis que os la muestre con la experiencia, espadas traeis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de

mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compás de piés, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de haceros ver estrellas á mediodía con mi destreza moderna y zafia, en quien espero después de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra. En eso de volver ó nó las espaldas no me meto, replicó el diestro; aunque podria ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el pié, allí os abriesen la sepultura: quiero decir, que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza. Ahora se verá, respondió Corchuelo; y apeándose con gran presteza de su jumento tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo. No ha de ser así, dijo á este instante Don Quijote, que yo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada cuestion: y apeándose de Rocinante, y asiendo de su lanza se puso en la mitad del camino á tiempo que ya el licenciado con gentil donaire de cuerpo y compás de piés se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento sin apearse de sus pollinas sirvieron de aspetatores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo eran sin número, mas espesas que hígado, y mas menudas que granizo. Arremetia como un leon irritado, pero salíale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacia besar como si fuera reliquia, aunque nó con tanta devocion como las reliquias deben y suelen besarse. Finalmente el licenciado le contó á estocadas todos los botones de una media sotanilla que traia vestida, haciéndole tiras los faldamentos como colas de pulpo: derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fué por ella, dió después por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartos de legua, el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad como la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho le dijo: Mia fe, señor bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello, que destos á quien llaman diestros he oido decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caido de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan lejos estaba: y levantándose abrazó al licenciado y quedaron mas amigos que de antes, y no quisieron esperar al escribano, que habia ido por la espada, por parecerles que tardaria mucho, y así determinaron seguir por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltaba del camino les fué contando el licenciado las excelencias de la

espada con tantas razones demostrativas, y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anochecido, pero antes que llegasen les pareció á todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de inumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas; y cuando llegaron cerca vieron que los árboles de una enramada, que á mano habian puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendia el viento, que entonces no soplaba sino tan manso, que no tenia fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando, y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecia sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones y danzas que se habian de hacer en aquel lugar dedicado para solenizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quijote, aunque se lo pidieron así el labrador como el bachiller; pero él dió por disculpa bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos, y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que habia tenido en el castillo ó casa de don Diego.





CAPÍTULO XX.

DONDE SE CUENTAN LAS BODAS DE CAMACHO EL RICO, CON EL SUCESO DE BASILIO EL POBRE.



PENAS la blanca aurora habia dado lugar á que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando Don Quijote sacudiendo la pereza de sus miembros se puso en pié y llamó á su escudero Sancho, que aun todavía roncaba: lo cual visto por Don Quijote, antes que le despertase le dijo: Oh tú bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia ni ser invidiado duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamentos.

Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á mas que á pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia. Á todo esto no respondió Sancho, porque dormia, ni despertara tan presto si Don Quijote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó en fin soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes dijo: De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor harto mas de torreznos asados, que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas. Acaba, gloton, dijo Don Quijote: ven, iremos á ver estos desposorios por ver lo que hace el desdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho; no fuera él pobre, y casárase con Quiteria. ¿No hay mas sino no tener un cuarto, y querer casarse por las nubes? Á la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales á Basilio; y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos; pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dijo á esta sazon Don Quijote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaria tiempo para comer ni para dormir, que todo le gastarias en hablar. Si vuesa merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto antes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fué, que me habia de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuesa merced, y hasta agora me parece que no he contravenido contra el tal capítulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondió Don Quijote, del tal capítulo; y puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que ano-

che oimos vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y nó en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rucio subieron los dos, y paso ante paso se fuéron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho fué espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se habia de asar ardia un mediano monte de leña, y seis ollas que al rededor de la hoguera estaban, no se habian hecho en la comun turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabia un rastro de carne: así embebian y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenian número: los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase. Contó Sancho mas de sesenta zaques de mas de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, segun después pareció, de generosos vinos: así habia rimeros de pan blanquísimo como los suele haber de montones de trigo en las eras: los quesos puestos como ladrillos enrejados formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zabullian en otra caldera de preparada miel que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima servian de darle sabor y enternecerle: las especias de diversas suertes no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante que podia sustentar á un ejército. Todo lo miraba Sancho Panza y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques; y últimamente las frutas de sarten, si es que se podian llamar sartenes las tan orondas calderas; y así sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. Á lo que el cocinero respondió: Hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene juridicion la hambre, merced al rico Camacho; apeaos y mirad si hay por ahí un cucharon, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dijo el cocinero, ¡pecador de mí, y qué melindroso y para poco debeis de ser! y diciendo esto asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho: Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora del yantar. No tengo en que echarla, respondió Sancho. Pues llevaos, dijo el cocinero,

la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto pues que esto pasaba Sancho, estaba Don Quijote mirando como por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales en concertado tropel corrieron nó una, sino muchas carreras por el prado con regocijada algazara y grita diciendo: Vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la mas hermosa del mundo. Oyendo lo cual Don Quijote dijo entre sí: Bien parece que estos no han visto á mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quiteria. De allí á poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venia una de espadas de hasta veinte y cuatro zagales de gallardo parecer y brio, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo con sus paños de tocar labrados de varias colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se habia herido alguno de los danzantes. Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos; y luego comenzó á enredarse con los demás compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque Don Quijote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le habia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas que al parecer ninguna bajaba de catorce ni llegaba á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podian tener competencia, sobre los cuales traian guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona; pero mas ligeros y sueltos que sus años prometian. Hacíales el son una gaita zamorana, y ellas llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad y en los piés á la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo. Tras esta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas. Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras: de la una hilera era guia el dios Cupido, y de la otra el Interés; aquel adornado de alas, arco, aljaba y saetas; este vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al Amor seguian traian á las espaldas en pergamino blanco y letras grandes escritos sus nombres. *Poesía* era el título de la primera; el de la segunda *Discrecion;* el de la tercera *Buen linaje;* el de la cuarta *Valentía.* Del modo mesmo venian señaladas las que al Interés seguian. Decia *Liberalidad* el título de la primera; *Dádiva* el de la segunda; *Tesoro* el de la tercera, y el de la cuarta *Posesion pacífica.* Delante de todos venia un castillo de madera, á quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde, tan al natural que por poco espantaran á Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros traia escrito: *Castillo del buen recato.* Hacíanles el son cuatro diestros

tañedores de tamboril y flauta. Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponia entre las almenas del castillo, á la cual desta suerte dijo:

Yo soy el dios poderoso
en el aire y en la tierra,
y en el ancho mar undoso,
y en cuanto el abismo encierra
en su báratro espantoso.
Nunca conocí qué es miedo;
todo cuanto quiero puedo,
aunque quiera lo imposible,
y en todo lo que es posible
mando, quito, pongo y vedo.

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el Interés, y hizo otras dos mudanzas: callaron los tamborinos, y él dijo:

Soy quien puede mas que Amor,
y es Amor el que me guia;
soy de la estirpe mejor
que el cielo en la tierra cria
mas conocida y mayor.
Soy el Interés, en quien
pocos suelen obrar bien,
y obrar sin mí es gran milagro;
y cual soy te me consagro
por siempre jamás amen.

Retiróse el Interés, y hízose adelante la Poesía, la cual después de haber hecho sus mudanzas como los demás, puestos los ojos en la doncella del castillo dijo:

En dulcísimos concetos
la dulcísima Poesía,
altos, graves y discretos,
señora, el alma te envia
envuelta entre mil sonetos.
Si acaso no te importuna
mi porfía, tu fortuna,
de otras muchas invidiada,
será por mí levantada
sobre el cerco de la luna.

Desvióse la Poesía, y de la parte del Interés salió la Liberalidad, y después de hechas sus mudanzas dijo:

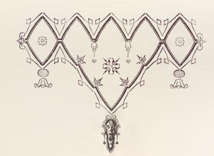
Llaman liberalidad
al dar que el extremo huye
de la prodigalidad,
y del contrario, que arguye
tibia y floja voluntad.
Mas yo por te engrandecer,
de hoy mas pródiga he de ser;
que aunque es vicio, es vicio honrado
y de pecho enamorado,
que en el dar se echa de ver.

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada uno hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y solo tomó de memoria Don Quijote (que la tenia grande) los ya referidos, y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura; y cuando pasaba el Amor por delante del castillo disparaba por alto sus flechas, pero el Interés quebraba en él alcancías doradas. Finalmente después de haber bailado un buen espacio, el Interés sacó un bolson, que le formaba el pellejo de un gran gato romano, que parecia estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interés con las figuras de su valía, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla, lo cual visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademan de quitársela, y todas las demostraciones que hacian eran al son de los tamborinos, bailando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes, los cuales con mucha presteza volvieron á armar y á encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miraban. Preguntó Don Quijote á una de las ninfas que quién la habia compuesto y ordenado. Respondióle que un beneficiado de aquel pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostaré, dijo Don Quijote, que debe de ser mas amigo de Camacho que de Basilio el tal bachiller ó beneficiado, y que debe de tener mas de satírico que de vísperas: bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo: El rey es mi gallo, á Camacho me atengo. En fin, dijo Don Quijote, bien se parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen viva quien vence. No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta que he sacado de las de Camacho,

y enseñóle el caldero lleno de gansos y de gallinas; y asiendo de una comenzó á comer con mucho donaire y gana, y dijo: Á la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decia una agüela mia, que son el tener y el no tener, aunque ella al del tener se atenia, y el dia de hoy, mi señor Don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que vuelvo á decir, que á Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, si viene á mano, y aunque no venga sino al pié, aguachirle. ¿Has acabado tu arenga, Sancho? dijo Don Quijote. Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo que vuesa merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra habia cortada para tres dias. Plega á Dios, Sancho, replicó Don Quijote, que yo te vea mudo antes que me muera. Al paso que llevamos, respondió Sancho, antes que vuesa merced se muera estaré yo mascando barro, y entonces podrá ser que esté tan mudo que no hable palabra hasta la fin del mundo, ó por lo menos hasta el dia del juicio. Aunque eso así suceda, oh Sancho, respondió Don Quijote, nunca llegará tu silencio á do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida; y mas que está muy puesto en razon natural que primero llegue el dia de mi muerte que el de la tuya, y así jamás pienso verte mudo, ni aun cuando estés bebiendo ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer. Á buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero; y á nuestro cura he oido decir, que con igual pié pisaba las altas torres de los reyes, como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora mas de poder que de melindre; no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas, que á todas horas siega y corta así la seca como la verde yerba, y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta, y aunque no tiene barriga, da á entender que está hidrópica y sedienta de beber todas las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria. Nó mas, Sancho, dijo á este punto Don Quijote: tente en buenas, y no te dejes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvieras discrecion, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras tologías. Ni las has menester, dijo Don Quijote; pero yo no acabo de entender ni alcanzar cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes mas á un lagarto que á él, sabes tanto. Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías, respondió Sancho,



y no se meta en juzgar de los temores ó valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino; y déjeme vuesa merced despabilar esta espuma, que lo demás todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida: y diciendo esto comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero con tan buenos alientos que despertó los de Don Quijote, y sin duda le ayudara si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.





CAPÍTULO XXI.

DONDE SE PROSIGUEN LAS BODAS DE CAMACHO, CON OTROS GUSTOSOS SUCESOS.



UANDO estaban Don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recebir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones venian acompañados del cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia dijo: Á buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega: pardiez que segun diviso, que las

patenas que habia de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso: pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo si no son anillos de oro y muy de oro; y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. Oh hideputa, y qué cabellos, que si no son postizos, no los he visto mas luengos ni mas rubios en toda mi vida. Nó sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la compareis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mesmo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes. Rióse Don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza: parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no habia visto mujer mas hermosa jamás. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas. Íbanse acercando á un teatro que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habian de hacer los desposorios, y de donde habian de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazon que llegaban al puesto oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decia: Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa. Á cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido al parecer de un sayo negro gironado de carmesí á llamas. Venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto ciprés, en las manos traia un baston grande. En llegando mas cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habian de parar sus voces y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en sazon semejante. Llegó en fin cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca estas razones dijo: Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenia: pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura: y para que la tenga colmada (y nó como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible ó el inconveniente que pueda estorbársela, quitándome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos; y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura: y diciendo esto asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedándose la mi-

tad dél en la tierra, mostró que servia de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dejando Don Quijote á Rocinante acudió á favorecerle y le tomó en sus brazos, y halló que aun no habia espirado. Quisiéronle sacar el estoque; pero el cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele y el espirar seria todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo: Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo. El cura oyendo lo cual le dijo que atendiese á la salud del alma antes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdon de sus pecados y de su desesperada determinacion. Á lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaria si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad y le daria aliento para confesarse. En oyendo Don Quijote la peticion del herido, en altas voces dijo que Basilio pedia una cosa muy justa y puesta en razon, y además muy hacedera, y que el señor Camacho quedaria tan honrado recibiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber mas de un sí, que no tenga otro efeto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oia Camacho, y todo le tenia suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese partiendo desesperado desta vida, que le movieron y aun forzaron á decir que si Quiteria queria dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones la persuadian que diese la mano al pobre Basilio; y ella mas dura que un mármol, y mas sesga que una estatua, mostraba que ni sabia ni podia ni queria responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que habia de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar inresolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quiteria sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y nó como cristiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y nó por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirán-

dola atentamente le dijo: ¡Oh Quiteria, que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, oh fatal estrella mia, que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas, que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razon que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se habia de llevar el alma consigo. Quiteria toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo: Ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así con la mas libre que tengo te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Sí doy, respondió Basilio, nó turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se deje de requiebros, y que atienda á su alma, que á mi parecer mas la tiene en la lengua que en los dientes. Estando pues asidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura tierno y lloroso los echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado; el cual así como recibió la bendicion, con presta ligereza se levantó en pié, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, mas simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: Milagro, milagro. Pero Basilio replicó: Nó milagro, milagro, sino industria, industria. El cura desatentado y atónito acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla habia pasado nó por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, segun después se supo, de modo que no se helase. Finalmente el cura y Camacho con todos los mas circunstantes se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, antes oyendo decir que aquel casamiento por haber sido engañoso no habia de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se habia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera á caballo Don

Quijote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho, á quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechurías, se acogió á las tinajas donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que habia de ser tenido en respeto. Don Quijote á grandes voces decia: Teneos, señores, teneos, que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace: y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa; y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quisiere. Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta de esta lanza: y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocian; y tan intensamente se fijó en la imaginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, que era varon prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados: en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando mas á la facilidad de Quiteria, que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho, que si Quiteria queria bien á Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia de dar gracias al cielo, mas por habérsela quitado, que por habérsela dado. Consolado pues y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentia la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio ni su esposa ni secuaces, y así se fuéron á la aldea de Basilio; que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. Lleváronse consigo á Don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. Á solo Sancho se le escureció el alma por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdia; y así congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio siguió las huellas de Rocinante.



CAPÍTULO XXII.

DONDE SE DA CUENTA DE LA GRANDE AVENTURA DE LA CUEVA DE MONTESINOS, QUE ESTÁ EN EL CORAZON DE LA MANCHA, Á QUIEN DIÓ FELICE CIMA EL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

GRANDES fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron á Don Quijote obligados de las muestras que habia dado defendiendo su causa, y al par de la valentía le graduaron la discrecion, teniéndole por un Cid en las armas y por un Ciceron en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los cuales se supo que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mesmo suceso que se habia visto: bien es verdad que confesó que habia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion y abonasen su engaño. No se pueden ni deben llamar engaños, dijo Don Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de mas

excelencia, advirtiendo que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad; porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y mas cuando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decia con intencion de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama no le daban dineros, y que atendiese á granjear hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. El pobre honrado (si es que pueda ser honrado un pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrecheza, tambien la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quijote, opinion fué de no sé qué sabio, que no habia en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviria contento. Yo no soy casado, ni hasta agora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atreveria á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que habia de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaria que mirase mas á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que mucho mas dañan á las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, fácil cosa seria conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso. Oia todo esto Sancho y dijo entre sí: Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podria yo tomar un púlpito en las manos, y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á qué quieres boca. Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi ánima que solo podia saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada. Murmuraba esto alto Sancho, [22] y entreoyóle su señor, y preguntóle: ¿Qué murmuras, Sancho? No digo nada ni murmuro de nada, respondió Sancho; solo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oido lo que vuesa merced aquí ha dicho antes que me casara, que quizá dijera yo agora el buey suelto bien se lame.

¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo Don Quijote. No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena, á lo menos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces, Sancho, dijo Don Quijote, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada, respondió Sancho, que tambien ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está zelosa, que entonces súfrala el mesmo Satanás. Finalmente tres dias estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió Don Quijote al diestro licenciado le diese una guia que le encaminase á la cueva de Montesinos, porque tenia gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se decian por todos aquellos contornos. El licenciado le dijo que le daria á un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado á leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondria á la boca de la mesma cueva, y le enseñaria las lagunas de Ruidera, famosas ansimismo en toda la Mancha y aun en toda España: y díjole que llevaria con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabia hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes. Finalmente el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete ó arpillera. Ensilló Sancho á Rocinante y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo asimismo bien proveidas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos. En el camino preguntó Don Quijote al primo, de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesion y estudios. Á lo que él respondió, que su profesion era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república: que el uno se intitulaba *el de las Libreas*, donde pinta setecientas y tres libreas con sus colores, motes y cifras, de donde podian sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones: porque doy al zeloso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán mas justas que pecadoras. Otro libro tengo tambien, á quien he de llamar *Metamorfóseos*, ó *Ovidio español*, de invencion nueva y rara; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quién fué la Giralda de Sevilla y el ángel de la Madalena, quién el caño de Vecinguerra de Córdoba, quiénes los toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño dorado y de la Priora; y esto con sus alegorías, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion y estudio, á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil

estilo. Olvidósele á Virgilio de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pié de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco autores, porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo. Sancho, que habia estado muy atento á la narracion del primo, le dijo: Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresion de sus libros, sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, ¿quién fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adan. Sí seria, respondió el primo, porque Adan no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Así lo creo yo, respondió Sancho; pero dígame ahora, ¿quién fué el primer volteador del mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie; yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que ahora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fué Lucifer cuando le echaron ó arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dijo el primo; y dijo Don Quijote: Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; á alguno las has oido decir. Calle, señor, replicó Sancho, que á buena fe que si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo Don Quijote, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria. En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo á Don Quijote, que desde allí á la cueva de Montesinos no habia mas de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella era menester proveerse de sogas para atarse y descolgarse en su profundidad. Don Quijote dijo, que aunque llegase al abismo habia de ver dónde paraba, y así compraron casi cien brazas de soga, y otro dia á las dos de la tarde llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intricadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola se apearon el primo, Sancho y Don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban y ceñian le dijo Sancho: Mire vuesa merced, señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en algun pozo: sí, que á vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra. Ata y calla, respondió Don Quijote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí

estaba guardada. Y entonces dijo la guia: Suplico á vuesa merced, señor Don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro, quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis transformaciones. En manos está el pandero que le sabrán bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto y acabada la ligadura de Don Quijote (que no fué sobre el arnés, sino sobre el jubon de armar) dijo Don Quijote: Inadvertidos hemos andado en no habernos proveido de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta mesma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que me guie, y luego se hincó de rodillas y hizo una oracion en voz baja al cielo pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella al parecer peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego: Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso, si es posible que lleguen á tus oidos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo que si tú me favoreces no habrá imposible á quien yo no acometa y acabe: y en diciendo esto se acercó á la sima, vió no ser posible descolgarse ni hacer lugar á la entrada si no era á fuerza de brazos ó á cuchilladas; y así poniendo mano á la espada comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa que dieron con Don Quijote en el suelo: y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal, y excusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente se levantó, y viendo que no salian mas cuervos ni otras aves noturnas, como fueron murciélagos, que asimismo entre los cuervos salieron, dándole soga el primo y Sancho se dejó [23] calar al fondo de la caverna espantosa: y al entrar, echándole Sancho su bendicion y haciendo sobre él mil cruces, dijo: Dios te guie y la Peña de Francia junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce: Dios te guie otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo. Iba Don Quijote dando voces que le diesen soga y mas soga, y ellos se la daban poco á poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salian, dejaron de oirse, ya ellos tenian descolgadas las cien brazas de soga. Fueron de parecer de volver á subir á Don Quijote, pues no le podian dar mas cuerda: con todo eso se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron á recoger la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quijote se quedaba dentro; y creyéndolo así

Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando á su parecer á poco mas de las ochenta brazas sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente á las diez vieron distintamente á Don Quijote, á quien dió voces Sancho diciéndole: Sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mio, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta; pero no respondia palabra Don Quijote, y sacándole del todo vieron que traia cerrados los ojos con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose bien como si de algun grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y otra parte como espantado, dijo: Dios os lo perdone, amigos, que me habeis quitado de la mas sabrosa y agradable vida y vista que ningun humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh mal ferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Con grande atencion escuchaban el primo y Sancho las palabras de Don Quijote, que las decia como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto. ¿Infierno le llamais? dijo Don Quijote; pues no le llameis ansí, porque no lo merece, como luego veréis. Pidió que le diesen algo de comer, que traia grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compaña, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera dijo Don Quijote de la Mancha: No se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.





CAPÍTULO XXIII.

DE LAS ADMIRABLES COSAS QUE EL EXTREMADO DON QUIJOTE CONTÓ QUE HABIA VISTO EN LA PROFUNDA CUEVA DE MONTESINOS, CUYA IMPOSIBILIDAD Y GRANDEZA HACE QUE SE TENGA ESTA AVENTURA POR APÓCRIFA.



AS cuatro de la tarde serian cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á Don Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos habia visto, y comenzó en el modo siguiente.

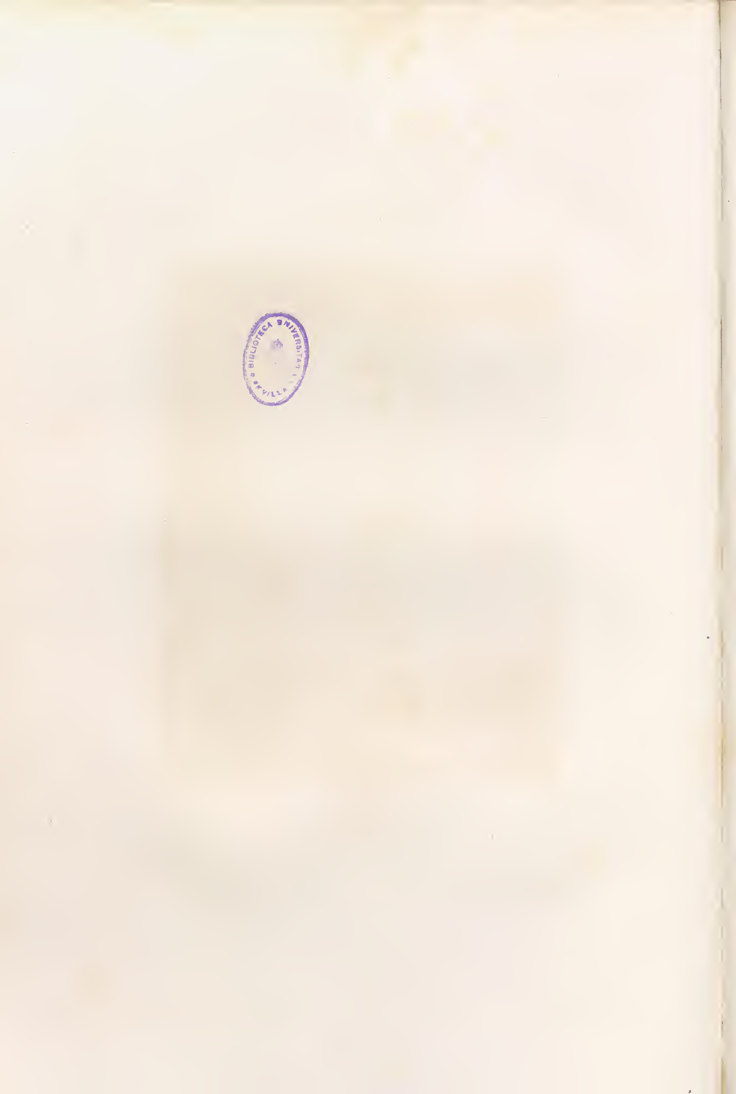
Á obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un

gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio ví yo, á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la soga caminar por aquella escura region abajo sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella y descansar un poco. Dí voces pidiéndoos que no descolgásedes mas soga hasta que yo os lo dijese; pero no debistes de oirme. Fuí recogiendo la soga que enviábades, y haciendo della una rosca ó rimero me senté sobre él pensativo además, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase; y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo me salteó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo nó desperté dél y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado, que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y ví que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecian de transparente y claro cristal fabricados, del cual abriéndose dos grandes puertas ví que por ellas salia y hácia mí se venia un venerable anciano vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba: ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial de raso verde: cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura; no traia arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: Luengos tiempos ha, valeroso caballero Don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte para que dés noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre. Apenas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él habia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo



[illegible]





decian verdad sino en la daga, porque no fué daga ni pequeña, sino un puñal buido mas agudo que una lezna. Debia de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hoces el Sevillano. No sé, prosiguió Don Quijote; pero no seria dese puñalero, porque Ramon de Hoces fué ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia. Así es, respondió el primo: prosiga vuesa merced, señor Don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. Nó con menor lo cuento yo, respondió Don Quijote, y así digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobre modo y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual ví á un caballero tendido de largo á largo, nó de bronce ni de mármol ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon, y antes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo: Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado como me tiene á mí y á otros muchos y muchas Merlin, aquel francés encantador, que dicen que fué hijo del diablo; y lo que yo creo es que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos segun imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto como ahora es de dia, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que después de muerto le saqué el corazon con mis propias manos; y en verdad que debia de pesar dos libras, porque segun los naturales, el que tiene mayor corazon es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y suspira de cuando en cuando como si estuviese vivo? Esto dicho, el mísero Durandarte dando una gran voz dijo:

Oh mi primo Montesinos,
lo postrero que os rogaba,
que cuando yo fuere muerto,
y mi ánima arrancada,
que lleveis mi corazon
adonde Belerma estaba,
sacándomele del pecho,
ya con puñal, ya con daga.

Oyendo lo cual el venerable Montesinos se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo: Ya, señor Durandarte, carísimo primo

mio, ya hice lo que me mandastes en el aciago dia de nuestra pérdida; yo os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho, yo le limpié con un pañizuelo de puntas, yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenian de haberos andado en las entrañas; y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles eché un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliese mal, y fuese, si nó fresco, á lo menos amojamado á la presencia de la señora Belerma, la cual con vos y conmigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos nos tiene aquí encantados el sabio Merlin ha muchos años, y aunque pasan de quinientos no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasion que debió de tener Merlin dellas las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera; las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas de los caballeros de una órden santísima que llaman de San Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo asimesmo vuestra desgracia fué convertido en un rio llamado de su mesmo nombre, el cual cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que agora os digo, oh primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondeis imagino que no me dais crédito ó no me ois, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que teneis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel Don Quijote de la Mancha digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas. Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando así no sea, oh primo, digo, paciencia y barajar; y volviéndose de lado tornó á su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acom-

pañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y ví por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas todas vestidas de luto con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gravedad lo parecia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras: era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras: traia en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venia seco y amojamado. Díjome Montesinos, como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traia el corazon entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro dias en la semana hacian aquella procesion y cantaban, ó por mejor decir lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazon de su primo; y que si me habia parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches y peores dias que en aquel encantamento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza; y no toma ocasion su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas; sino del dolor que siente su corazon por el que de contino tiene en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dije yo entonces, señor don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparacion es odiosa, y así no hay para qué comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aquí. Á lo que él me respondió: Señor Don Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfacion que me dió el gran Montesinos se quietó mi corazon del sobresalto que recebí en oir que á mi señora la comparaban con Belerma. Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas. Nó, Sancho amigo, respondió Don Quijote, no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos aunque no sean caballeros, y principal-

mente á los que lo son y están encantados : yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos. Á esta sazon dijo el primo: Yo no sé, señor Don Quijote, cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allá bajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. ¿Cuánto ha que bajé? preguntó Don Quijote. Poco mas de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicó Don Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y á amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que á nosotros nos parece una hora debe de parecer allá tres dias con sus noches. Así será, respondió Don Quijote. ¿Y ha comido vuesa merced en todo este tiempo, señor mio? preguntó el primo. No me he desayunado de bocado, respondió Don Quijote, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento. ¿Y los encantados comen? dijo el primo. No comen, respondió Don Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinion que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos. ¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho. Nó por cierto, respondió Don Quijote, á lo menos en estos tres dias que yo he estado con ellos ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encaja bien el refran, dijo Sancho, de dime con quién andas, decirte he quién eres : ándase vuesa merced con encantados ayunos y vigilantes; mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdóneme vuesa merced, señor mio, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo cosa alguna. ¿Cómo nó? dijo el primo, ¿pues habia de mentir el señor Don Quijote, que aunque quisiera no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millon de mentiras? Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho. Sino ¿qué crees? le preguntó Don Quijote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicadó allá bajo, le encajaron en el magin ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda. Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó Don Quijote; pero no es así, porque lo que he contado lo ví por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar) me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hube visto cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablamos á la salida del Toboso? Pregunté á Montesinos si las conocia: respondióme que nó; pero que él imaginaba que debian

de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias habia que en aquellos prados habian parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocia él á la reina Ginebra y su dueña Quintañona escanciando el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino. Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo pensó perder el juicio ó morirse de risa, que como él sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él habia sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo: En mala coyuntura y en peor sazon y en aciago dia bajó vuesa merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le habia dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y nó agora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. Como te conozco, Sancho, respondió Don Quijote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho ó por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced ahora que estamos en paz, ¿cómo ó en qué conoció á la señora nuestra ama? y si la habló ¿qué dijo, y qué le respondió? Conocíla, respondió Don Quijote, en que trae los mesmos vestidos que traia cuando tú me la mostraste. Habléla, pero no me respondió palabra, antes me volvió las espaldas, y se fué huyendo con tanta priesa que no la alcanzara una jara. Quise seguirla, y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque seria en balde, y mas porque se llegaba la hora donde me convenia volver á salir de la sima. Díjome asimesmo que andando el tiempo se me daria aviso cómo habian de ser desencantados él y Belerma y Durandarte con todos los que allí estaban; pero lo que mas pena me dió de las que allí ví y noté, fué que estándome diciendo Montesinos estas razones se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas con turbada y baja voz me dijo: Mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber cómo está, y que por estar en una gran necesidad asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin, que aquí traigo de cotonía nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad. Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos le pregunté: ¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? Á lo que él me respondió: Créame vuesa merced, señor Don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adonde quiera se usa y por todo se extiende y á todos alcanza, y aun hasta los encantados

no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso envia á pedir esos seis reales, y la prenda es buena segun parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le dí (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro dia para dar limosna á los pobres que topase por los caminos) y le dije: Decid, amiga mia, á vuesa señora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversacion, y que le suplico cuan encarecidamente puedo sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle tambien que cuando menos se lo piense oirá decir como yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el marqués de Mantua, de vengar á su sobrino Valdovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montiña, que fué de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con mas puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo eso y mas debe vuesa merced á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia hizo una cabriola que se levantó dos varas de medir en el aire. ¡Oh santo Dios! dijo á este tiempo dando una gran voz Sancho: ¡es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! Oh señor, señor, por quien Dios es que vuesa merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito á esas vaciedades, que le tienen menguado y descabalado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dijo Don Quijote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.





CAPÍTULO XXIV.

DONDE SE CUENTAN MIL ZARANDAJAS TAN IMPERTINENTES COMO NECESARIAS AL VERDADERO ENTENDIMIENTO DESTA GRANDE HISTORIA.



ICE el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el márgen dél estaban escritas de mano del mesmo Hamete estas mismas razones:

« No me puedo dar á entender ni me puedo persuadir que al valeroso Don Quijote le pasase »puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La razon es, que todas las »aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles; pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla »por verdadera por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que »Don Quijote mintiese, siendo el mas verdadero hidalgo y el mas noble caballero

»de sus tiempos, no es posible; que no dijera él una mentira si le asaetearan. Por »otra parte considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, »y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si »esta aventura parece apócrifa, yo tengo la culpa, y así sin afirmarla por falsa ó »verdadera, la escribo. Tú, letor, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, »que yo no debo, ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto que al tiempo de »su fin y muerte dicen que se retrató della, y dijo que él la habia inventado por »parecerle que convenia y cuadraba bien con las aventuras que habia leido en sus »historias.» Y luego prosigue diciendo:

Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenia de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacia aquella condicion blanda que entonces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho, que merecian molerle á palos, porque realmente le pareció que habia andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo: Yo, señor Don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas. La primera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio español* que traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo menos ya se usaban en tiempo del emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte cuando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: paciencia y barajar. Y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba en Francia y en tiempo del referido emperador Carlo Magno. Y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las antigüedades;* y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y mas alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor Durandarte. La cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes. Vuesa merced tiene razon, dijo Don Quijote; pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, á quién piensa dirigirlos. Señores y grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dijo el primo. Nó muchos, respondió Don Quijote; y nó porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos por no obligarse á la satisfacion que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un príncipe conozco yo que puede suplir la falta de los demás con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá despertara la invidia en mas de cuatro generosos pechos; pero

quédese esto aquí para otro tiempo mas cómodo, y vamos á buscar adonde recogernos esta noche. No lejos de aquí, respondió el primo, está una ermita, donde hace su habitacion un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen cristiano, y muy discreto y caritativo además. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa; pero con todo, aunque chica es capaz de recibir huéspedes. ¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho. Pocos ermitaños están sin ellas, respondió Don Quijote, porque no son los que agora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma, y comian raíces de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos no lo digo de aquestos, sino que quiero decir que al rigor y estrecheza de entonces no llegan las penitencias de los de agora; pero nó por esto dejan de ser todos buenos, á lo menos yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio, menos mal hace el hipócrita que se finge bueno que el público pecador. Estando en esto vieron que hácia donde ellos estaban venia un hombre á pié, caminando apriesa, y dando varazos á un macho que venia cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos los saludó, y pasó de largo. Don Quijote le dijo: Buen hombre, deteneos, que parece que vais con mas diligencia que ese macho ha menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aquí llevo han de servir mañana, y así me es forzoso el no detenerme, y á Dios. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo, en la venta que está mas arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que haceis este mesmo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas, y á Dios otra vez; y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen, y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita donde quisiera el primo que se quedaran. Hízose así, subieron á caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, á la cual llegaron un poco antes de anochecer. Dijo el primo á Don Quijote, que llegasen á la ermita [24] á beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza cuando encaminó el rucio á ella, y lo mismo hicieron Don Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron. Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenia; pero que si querian agua barata, que se la daria de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah bodas de Camacho y abundancia de la casa de don Diego, y cuántas veces os tengo de echar menos! Con esto dejaron la ermita y picaron hácia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto ó envoltorio al parecer de sus

vestidos, que al parecer debian de ser los calzones ó gregüescos y herreruelo, y alguna camisa, porque traia puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados á uso de corte: la edad llegaria á diez y ocho ó diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecer ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decia:



Á la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros,
no fuera en verdad.

El primero que le habló fué Don Quijote diciéndole: Muy á la ligera camina vuesa merced, señor galan: ¿y adónde bueno? sepamos, si es que gusta decirlo. Á lo que el mozo respondió: El caminar tan á la ligera lo causa el calor y la pobreza, y el adónde voy es á la guerra. ¿Cómo la pobreza? preguntó Don Quijote, que por el calor bien puede ser. Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla; si los gasto en el camino no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con que comprar otros: y así por esto como por orearme voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y mas quiero tener por amo y por señor al rey, y servirle en la guerra, que nó á un pelon en la corte. ¿Y lleva vuesa merced alguna ventaja por ventura? preguntó el primo. Si yo hubiera servido algun grande de España, ó algun principal personaje, respondió el mozo, á buen seguro que yo la llevara, que eso tiene el servir á los buenos, que del tinelo suelen salir á ser alférez ó capitanes, ó con algun buen entretenimiento; pero yo, desventurado, serví siempre á catariberas, y á gente advenediza de racion y quitacion tan mísera y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad della, y seria tenido á milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura. Y dígame por su vida, amigo, preguntó Don Quijote, ¿es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado, respondió el paje; pero así como el que se sale de alguna religion antes de profesar le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvian á mí los mios mis amos, que acabados los negocios á que venian á la corte se volvian á sus casas, y recogian las libreas que por sola ostentacion habian dado. Notable espilorchería, como dice el italiano, dijo Don Quijote; pero con todo eso tenga á felice ventura el haber salido de la corte

con tan buena intencion como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra mas honrada ni de mas provecho que servir á Dios primeramente y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si nó mas riquezas, á lo menos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se balla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos; y es que aparte la imaginacion de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista: y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano, que puesto caso que os maten en la primera faccion y refriega, ó ya de un tiro de artillería, ó volado de una mina, ¿qué importa? todo es morir, y acabóse la obra; y segun Terencio, mas bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo en la buida; y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandar le pueden: y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á pólvora que á algalia, y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo menos no os podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza: cuanto mas que ya se va dando órden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se baga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte: y por ahora no os quiero decir mas, sino que subais á las ancas deste mi caballo basta la venta, y allí cenaréis conmigo, y por la mañana seguiréis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen. El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y á esta sazon dicen que dijo Sancho entre sí: Válate Dios por señor: ¿y es posible que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesinos? Ahora bien, ello dirá; y en esto llegaron á la venta á tiempo que anochecia, y nó sin gusto de Sancho por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y nó por castillo, como solia. No hubieron bien entrado cuando Don Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió que en la caballeriza estaba acomodando el macho: lo mismo bicieron de sus jumentos el primo [25] y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.



CAPÍTULO XXV.

DONDE SE APUNTA LA AVENTURA DEL REBUZNO Y LA GRACIOSA DEL TITERERO, CON LAS MEMORABLES ADIVINANZAS DEL MONO ADIVINO.



O se le cocia el pan á Don Quijote, como suele decirse, hasta oir y saber las maravillas prometidas del hombre condutor de las armas. Fuéle á buscar donde el ventero le habia dicho que estaba, y hallóle, y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le habia de decir después acerca de lo que le habia preguntado en el camino. El hombre le respondió: Mas despacio y nó en pié se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuesa merced, señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren. No quede por eso, respondió Don Quijote, que yo os ayudaré á todo, y así lo hizo

ahechándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedia; y sentándose en un poyo, y Don Quijote junto á él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, á Sancho Panza y al ventero, comenzó á decir desta manera: Sabrán vuesas mercedes que en un lugar, que está cuatro leguas y media desta venta, sucedió que á un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar) le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince dias serian pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos dónde ha parecido. En el monte, respondió el hallador, le ví esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco que era una compasion miralle: quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué á él se fué huyendo y se entró en lo mas escondido del monte: si quereis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. Mucho placer me haréis, dijo el del jumento, y yo procuraré pagároslo en la mesma moneda. Con estas circunstancias todas y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolucion, los dos regidores á pié y mano á mano se fuéron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron. Viendo pues que no parecia, dijo el regidor que le habia visto, al otro: Mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, nó que del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algun tanto decis, compadre? dijo el otro: por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mesmos asnos. Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya, y nos responda si es que está en el monte. Á lo que respondió el dueño del jumento: Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio; y dividiéndose los dos segun el acuerdo, sucedió que casi á un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido, y en viéndose dijo el perdidoso: ¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó: No fué sino yo, respondió el otro. Ahora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni

oido cosa mas propia. Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos que á mí, compadre; que por el Dios que me crió, que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y mas perito rebuznador del mundo; porque el sonido que teneis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compás, los dejos muchos y apresurados, y en resolucion yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera desta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en mas de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decis. Tambien diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas. Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plega á Dios que nos sean de provecho. Esto dicho se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y nó el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto doblando á cada paso los rebuznos rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas. Mas ¿cómo habia de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño: Ya me maravillaba yo de que él no respondia, pues á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto desconsolados y roncos se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos en viendo á alguno de nuestra aldea rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos: y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadron han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana, ó esotro dia han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro

lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercebidos llevo compradas estas lanzas y alabardas que habeis visto. Y estas son las maravillas que dije que os habia de contar; y si no os lo han parecido, no sé otras, y con esto dió fin á su plática el buen hombre: y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubon, y con voz levantada dijo: Señor huésped, ¿hay posada? que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dijo el ventero, que aquí está el señor maese Pedro; buena noche se nos apareja. Olvidábaseme de decir como el tal maese Pedro traia cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde, señal que todo aquel lado debia de estar enfermo, y el ventero prosiguió diciendo: Sea bien venido vuesa merced, señor maese Pedro: ¿adónde está el mono y el retablo, que no los veo? Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado á saber si hay posada. Al mismo duque de Alba se la quitara para dársela al señor maese Pedro, respondió el ventero: llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono. Sea en buen hora, respondió el del parche, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado, y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo; y luego se volvió á salir de la venta. Preguntó luego Don Quijote al ventero qué maese Pedro era aquel, y qué retablo y qué mono traia. Á lo que respondió el ventero: Este es un famoso titerero, que ha muchos dias que anda por esta Mancha de Aragon enseñando un retablo de la libertad de Melisendra dada por el famoso don Gaiferos, que es una de las mejores y mas bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este reino se han visto: trae asimismo consigo un mono de la mas rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres, porque si le preguntan algo, está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándosele al oido le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego, y de las cosas pasadas dice mucho mas que de las que están por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las mas no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él después de haberle hablado al oido; y así se cree que el tal maese Pedro está riquísimo, y es hombre galante, como dicen en Italia, y bon compaño, y dase la mejor vida del mundo; habla mas que seis, y bebe mas que doce, todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo. En esto volvió el maese Pedro, y en una çarreta venia el retablo, y el mono grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero nó de mala cara; y apenas le vió Don Quijote cuando le preguntó: Dígame vuesa merced, señor adivino, ¿qué peje pillamo? ¿qué ha de ser de nosotros? y vea aquí mis dos reales, y mandó á Sancho que se

los diese á maese Pedro, el cual respondió por el mono y dijo: Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes algun tanto. Voto arrús, dijo Sancho, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado, porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mesmo? y pagar yo porque me digan lo que sé, seria una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, hé aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo ¿qué hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene? No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo: No quiero recebir adelantados los premios sin que hayan precedido los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oido daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademan por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandísima priesa se fué maese Pedro á poner de rodillas ante Don Quijote, y abrazándole las piernas dijo: Estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos colunas de Hércules, ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ¡oh no jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caidos, báculo y consuelo de todos los desdichados! Quedó pasmado Don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo: Y tú, oh buen Sancho Panza, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo, alégrate, que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por mas señas tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo. Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser zelosa no la trocara yo por la giganta Andandona, que segun mi señor, fué una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos. Ahora digo, dijo á esta sazon Don Quijote, que el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. Digo esto porque ¿qué persuasion fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? porque yo soy el mesmo Don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha extendido algun tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno. Si yo tuviera dineros, dijo el paje, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinacion que llevo. Á lo que respondió maese Pedro (que ya se habia levantado de los piés de Don Quijote): Ya he dicho que esta bestezuela no responde á lo por venir, que si respondiera no importara no haber dineros, que por servicio del señor Don Qui-



jote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo; y agora porque se lo debo, y por darle gusto, quiero armar mi retablo y dar placer á cuantos están en la venta sin paga alguna. Oyendo lo cual el ventero alegre sobre manera señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fué hecho. Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase ni las de por venir ni las pasadas cosas; y así en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo se retiró Don Quijote con Sancho á un rincon de la caballeriza, donde sin ser oidos de nadie le dijo: Mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro su amo debe de tener hecho pacto tácito ó expreso con el demonio. Si el patio es espeso y del demonio, dijo Sancho, sin duda debe de ser muy sucio patio: ¿pero de qué provecbo le es al tal maese Pedro tener esos patios? No me entiendes, Sancbo: no quiero decir, sino que debe de tener becho algun concierto con el demonio, de que infunda esa babilidad en el mono con que gane de comer, y después que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender á mas: que las por venir no las sabe sino es por conjeturas, y nó todas veces, que á solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni por venir, que todo es presente; y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole, y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no bay mujercilla ni paje ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó á uno destos figureros, que si una perrilla de falda pequeña que tenia, si se empreñaria y pariria, y cuántos y de qué color serian los perros que pariese. Á lo que el señor judiciario, después de baber alzado la figura, respondió que la perrica se empreñaria, y pariria tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condicion que la tal perra se cubriese entre las once y doce del dia ó de la noche, y que fuese en lunes ó en sábado; y lo que sucedió fué que de allí á dos dias se murió la perra de ahita, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos ó los mas levantadores. Con todo eso querria, dijo Sancbo, que vuesa merced dijese á maese Pedro, preguntase á su mono si es verdad lo que á vuesa merced le pasó en la cueva de Montesinos; que yo para mí tengo, con perdon de vuesa merced, que todo fué embeleco y mentira, ó por lo menos cosas soñadas. Todo podria ser, respondió Don

Quijote; pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo. Estando en esto llegó maese Pedro á buscar á Don Quijote y decirle que ya estaba en órden el retablo, que su merced viniese á verle, porque lo merecia. Don Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego á su mono le dijese si ciertas cosas que habia pasado en la cueva de Montesinos habian sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecia que tenian de todo. Á lo que maese Pedro sin responder palabra volvió á traer el mono, y puesto delante de Don Quijote y de Sancho dijo: Mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos, si fueron falsas ó verdaderas; y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole al parecer en el oido dijo luego maese Pedro: El mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vió ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte verisímiles: y que esto es lo que sabe, y nó otra cosa en cuanto á esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber mas, que el viernes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viernes, como dicho tiene. ¿No lo decia yo, dijo Sancho, que no se me podia asentar que todo lo que vuesa merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad? Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió Don Quijote, que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque á la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra: y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad. ¿Cómo alguna? respondió maese Pedro, sesenta mil encierra en sí este mi retablo: dígole á vuesa merced, mi señor Don Quijote, que es una de las cosas mas de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus credite, et non verbis,* y manos á la labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar. Obedeciéronle Don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacian vistoso y resplandeciente. En llegando se metió maese Pedro dentro dél, que era el que habia de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho criado del maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo: tenia una varilla en la mano con que señalaba las figuras que salian. Puestos pues todos cuantos habia en la venta, y algunos en pié frontero del retablo, y acomodados Don Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujaman comenzó á decir lo que oirá y verá el que le oyere, ó viere el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XXVI.

DONDE SE PROSIGUE LA GRACIOSA AVENTURA DEL TITERERO CON OTRAS COSAS EN VERDAD HARTO BUENAS.



ALLARON todos tirios y troyanos: quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo: Esta verdadera historia que aquí á vuesas mercedes se representa, es sacada al pié de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor don Gaiferos á su esposa Me-

lisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza: y vean vuesas mercedes allí como está jugando á las tablas don Gaiferos, segun aquello que se canta:

Jugando está á las tablas don Gaiferos,
Que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos es el emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir: y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo.

Miren vuesas mercedes tambien como el emperador vuelve las espaldas, y deja despechado á don Gaiferos, el cual ya ven como arroja impaciente de la cólera lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á don Roldan su primo pide prestada su espada Durindana, y como don Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar; antes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo centro de la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería, y aquella dama que en aquel balcon parece vestida á lo moro es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponia á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en París y en su esposo se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No ven aquel moro, que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren como la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien como aquel grave moro que está en aquellos corredores es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad con chilladores delante y

envaramiento detrás: y veis aquí donde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecucion la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros. Niño, niño, dijo con voz alta á esta sazon Don Quijote, seguid vuestra historia línea recta, y no os metais en las curvas ó transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas. Tambien dijo maese Pedro desde dentro: Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo mas acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles. Yo lo haré así, respondió el muchacho, y prosiguió diciendo: Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de don Gaiferos, á quien su esposa esperaba, y ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y mas sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algun pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance, que dice:

Caballero, si á Francia ides,
por Gaiferos preguntad.

Las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio: basta ver como don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da á entender que ella le ha conocido, y mas ahora que vemos se descuelga del balcon para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas ¡ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo. Pero veis como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiferos, y sin mirar si se rasgará ó nó el rico faldellin, ase de ella, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías. Veis tambien como los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis como vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de París la via. Vais en paz, oh par sin par de verdaderos amantes; llegueis á salvamento á vuestra deseada patria sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida. Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro, y dijo: Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondió nada el intérprete, antes prosiguió diciendo: No faltaron algunos ociosos ojos, que lo sue-

len ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan. Eso nó, dijo á esta sazon Don Quijote; en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo cual oido por maese Pedro, cesó el tocar, y dijo: No mire vuesa merced en niñerías, señor Don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiracion y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente mas impropiedades que tiene átomos el sol. Así es la verdad, replicó Don Quijote; y el muchacho dijo: Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes, cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, y cuántos atabales y atambores que retumban: témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que seria un horrendo espectáculo. Viendo y oyendo pues tanta morisma y tanto estruendo Don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huian, y levantándose en pié, en voz alta dijo: No consentiré yo que en mis dias y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como don Gaiferos: deteneos, mal nacida canalla, no le sigais ni persigais; sino, conmigo sois en batalla; [26] y diciendo y haciendo desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á este, destrozando á aquel, y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con mas facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan. Daba voces maese Pedro diciendo: Deténgase vuesa merced, señor Don Quijote; y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda. Mas nó por esto dejaba de menudear Don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta: temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mesmo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró después de pasada la borrasca, jamás habia visto á su señor con tan desati-

nada cólera. Hecho pues el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quijote, y dijo: Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen don Gaiferos y de la hermosa Melisendra; á buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algun desaguisado. En resolucion, viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra. Viva en hora buena, dijo á esta sazon con voz enfermiza maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el rey don Rodrigo:

Ayer fuí señor de España,
Y hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mia.

No ha media hora ni aun un mediano momento que me ví señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que á fe que primero que le vuelva á mi poder me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido á faltar su intencion generosa, que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen mas levantados sus asientos. En fin el caballero de la Triste Figura habia de ser aquel que habia de desfigurar las mias. Enterneciόse Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole: No llores, maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazon, porque te hago saber que es mi señor Don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagase el señor Don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced aseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Así es, dijo Don Quijote; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro. ¿Cómo nó? respondió maese Pedro; ¿y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? ¿y cuyos eran sus cuerpos, sino mios? ¿y con quién me sustentaba yo, sino con ellos? Ahora acabo de creer, dijo á este punto Don Quijote, lo que otras muchas veces he creido, que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me ois, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasaba

al pié de la letra, que Melisendra era Melisendra, don Gaiferos don Gaiferos, Marsilio Marsilio, y Carlo Magno Carlo Magno: por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesion de caballero andante quise dar ayuda y favor á los que huian, y con este buen propósito hice lo que habeis visto: si me ha salido al revés, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclinósele maese Pedro diciéndole: No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso Don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen ó podian valer las ya deshechas figuras. El ventero y Sancho dijeron que así lo harian, y luego maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo: Ya se ve cuán imposible es volver á este rey á su ser primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio. Adelante, dijo Don Quijote. Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno, no seria mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo. No es poco, dijo Sancho. Ni mucho, replicó el ventero, médiese la partida, y señálensele cinco reales. Dénsele todos cinco y cuartillo, dijo Don Quijote, que no está en un cuartillo mas á menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dijo maese Pedro, que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís. Aun ahí seria el diablo, dijo Don Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia; porque el caballo en que iban á mí me pareció que antes volaba que corria, y así no hay para qué venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo á pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pié llano y con intencion sana, y prosiga. Maese Pedro, que vió que Don Quijote izquierdeaba, y que volvia á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le dijo: Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian, y así con sesenta maravedís que me den por ella quedaré contento y bien pagado. Desta manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que después lo moderaron los dos jueces árbitros con satisfacion de las partes, que llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos; y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáselos, Sancho, dijo Don Quijote, nó para tomar

el mono, sino la mona, y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dijo maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos. En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de Don Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas; y ya después de amanecido se vinieron á despedir de Don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió Don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en mas dimes ni diretes con Don Quijote, á quien él conocia muy bien, y así madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué tambien á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia á Don Quijote, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente Sancho le pagó muy bien por órden de su señor; y despidiéndose dél casi á las ocho del dia, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa historia.





CAPÍTULO XXVII.

DONDE SE DA CUENTA QUIÈNES ERAN MAESE PEDRO Y SU MONO, CON EL MAL SUCESO QUE DON QUIJOTE TUVO EN LA AVENTURA DEL REBUZNO, QUE NO LA ACABÓ COMO ÈL QUISIERA Y COMO LO TENIA PENSADO.



NTRA Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano;* á lo que su traductor dice, que el jurar Cide Hamete como católico cristiano siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que así como el católico cristiano cuando jura, jura ó debe jurar verdad, y decirla en lo que dijere, así él la decia como si jurara como cristiano católico, en lo que queria escribir de Don Quijote, especialmente en decir quién era maese Pedro, y quién el mono adivino, que traia admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas. Dice

pues, que bien se acordará el que hubiere leido la primera parte desta historia, de aquel Ginés de Pasamonte, á quien entre otros galeotes dió libertad Don Quijote en Sierra Morena, beneficio que después le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, á quien Don Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, fué el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte por culpa de los impresores, ha dado en que entender á muchos, que atribuian á poca memoria del autor la falta de la imprenta. Pero en resolucion Ginés le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando estando Sacripante sobre Albraca le sacó el caballo de entre las piernas, y después le cobró Sancho, como se ha contado. Este Ginés pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volúmen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragon y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero, que esto y el jugar de manos lo sabia hacer por extremo. Sucedió pues, que de unos cristianos ya libres que venian de Berbería compró aquel mono, á quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro, y le murmurase, ó lo pareciese, al oido. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar mas cercano, ó de quien él mejor podia, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y á qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacia era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres, y regocijadas y conocidas. Acabada la muestra proponia las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente; pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia barato, segun tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabia los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacia la seña al mono, y luego decia que le habia dicho tal y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él: otras veces, como era tan discreto, respondia de manera que las respuestas venian bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba á que dijese cómo adevinaba su mono, á todos hacia monas, y llenaba sus escueros. Así como entró en la venta conoció á Don Quijote y á Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiracion á Don Quijote y á Sancho Panza, y á todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro si Don Quijote bajara un poco mas la mano cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo. Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono. Y volviendo á Don Quijote de la Mancha, digo, que después de haber salido de la

venta determinó de ver primero las riberas del rio Ebro y todos aquellos contornos antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí á las justas. Con esta intencion siguió su camino, por el cual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero al subir de una loma oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algun tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos picó á Rocinante y subió la loma arriba, y cuando estuvo en la cumbre vió al pié della, á su parecer, mas de docientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas rodelas. Bajó del recuesto, y acercóse al escuadron, tanto que distintamente vió las banderas, juzgó de los colores, y notó las empresas que en ellas traian, especialmente una que en un estandarte ó giron de raso blanco venia, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua defuera en acto y postura como si estuviera rebuznando: al rededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó Don Quijote que aquella gente debia de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo á Sancho, declarándole lo que en el estandarte venia escrito. Díjole tambien que el que les habia dado noticia de aquel caso se habia errado en decir que dos regidores habian sido los que rebuznaron, porque segun los versos del estandarte no habian sido sino alcaldes. Á lo que respondió Sancho Panza: Señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los regidores que entonces rebuznaron viniesen con el tiempo á ser alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrambos títulos; cuanto mas que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes ó regidores, como ellos una por una hayan rebuznado, porque tan á pique está de rebuznar un alcalde como un regidor. Finalmente conocieron y supieron como el pueblo corrido salia á pelear con otro que le corria mas de lo justo y de lo que se debia á la buena vecindad. Fuése llegando á ellos Don Quijote nó con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del escuadron le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote alzando la visera con gentil brio y continente llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron al rededor todos los mas principales del ejército por verle, admirados con la admiracion acostumbrada en que caian todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quijote, que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase

ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo alzó la voz y dijo:

Buenos señores, cuan encarecidamente puedo os suplico, que no interrumpais un razonamiento que quiero haceros, hasta que veais que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la mas mínima señal que me hagais pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaza á mi lengua. Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharian. Don Quijote con esta licencia prosiguió diciendo: Yo, señores mios, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesion la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Dias ha que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo segun las leyes del duelo, que estais engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar á un pueblo entero, sino es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quién cometió la traicion por que le reta. Ejemplo desto tenemos en don Diego Ordoñez de Lara, que retó á todo el pueblo zamorano, porque ignoraba que solo Vellido Dolfos habia cometido la traicion de matar á su rey, y así retó á todos, y á todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque bien es verdad que el señor don Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenia para qué retar á los muertos, á las aguas, ni á los panes, ni á los que estaban por nacer, ni á las otras menudencias que allí se declaran; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija. Siendo pues esto así, que uno solo no puede afrentar á reino, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es: porque bueno seria que se matasen á cada paso los del pueblo de la Reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berengeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco mas á menos: bueno seria por cierto que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches á cualquier pendencia por pequeña que fuese. Nó, nó, ni Dios lo permita ó quiera: los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas por cuatro cosas han de tomar las armas, y desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y haciendas. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria. Á estas cinco causas como capitales se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas; pero

tomarlas por niñerías, y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso: cuanto mas que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos, y que amemos á los que nos aborrecen: mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y mas de carne que de espíritu: porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro dijo, que su yugo era suave y su carga liviana; y así no nos habia de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuesas mercedes están obligados por leyes divinas y humanas á sosegarse. El diablo me lleve, dijo á esta sazon Sancho entre sí, si este mi amo no es tólogo, y si no lo es, que lo parece como un huevo á otro. Tomó un poco de aliento Don Quijote, y viendo que todavía le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasara si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual viendo que su amo se detenia, tomó la mano por él diciendo: Mi señor Don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó el *caballero de la Triste Figura,* y ahora se llama el *caballero de los Leones,* es un hidalgo muy atentado, que sabe latin y romance como un bachiller; y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña; y así no hay mas que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo erraren: cuanto mas que ello se está dicho que es necedad correrse por solo oir un rebuzno, que yo me acuerdo cuando muchacho que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos del pueblo, y nó por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era invidiado de mas de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida: y luego puesta la mano en las narices comenzó á rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron; pero uno de los que estaban junto á él, creyendo que hacia burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenia, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso á otra cosa dió con Sancho Panza en el suelo. Don Quijote, que vió tan mal parado á Sancho, arremetió al que le habia dado con la lanza sobre mano, pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fué posible vengarle; antes viendo que llovia sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no menos cantidad de arcabuces, volvió las riendas á Rocinante, y á todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazon á Dios, que de aquel peligro le librase, temiendo á cada

paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho, y á cada punto recogia el aliento por ver si le faltaba; pero los del escuadron se contentaron con verle huir sin tirarle. Á Sancho le pusieron sobre su jumento apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, nó porque él tuviese sentido para regirle, pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado pues Don Quijote buen trecho volvió la cabeza y vió que Sancho venia, y atendióle viendo que ninguno le seguia. Los del escuadron se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido á la batalla sus contrarios, se volvieron á su pueblo regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantaran en aquel lugar y sitio un trofeo.





CAPÍTULO XXVIII.

DE COSAS QUE DICE BENENGELI QUE LAS SABRÁ QUIEN LE LEYERE, SI LAS LEE CON ATENCION.



CUANDO el valiente huye, la superchería está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en Don Quijote, el cual dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indignado escuadron, puso piés en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguíale Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del rucio á los piés de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeóse Don Quijote para catarle las feridas; pero como le hallase sano de los piés á la cabeza, con asaz cólera le dijo: Tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho; ¿y dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? Á música de rebuznos ¿qué contrapunto se habia de llevar sino de varapalos? Y dad gracias á

Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje. No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas: subamos, y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos, pero nó en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña ó como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira, respondió Don Quijote; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario mas se atribuyen á la buena fortuna, que á su ánimo; y así yo confieso que me he retirado, pero nó huido; y en esto he imitado á muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas, las cuales por no serte á tí de provecho, ni á mí de gusto, no te las refiero ahora. En esto ya estaba á caballo Sancho, ayudado de Don Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco á poco se fuéron á emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua de allí se parecia. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole Don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del celebro le dolia de manera que le sacaba de sentido. La causa dese dolor debe de ser sin duda, dijo Don Quijote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen, y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos. Cuerpo de mí; ¿tan cubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolian; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. Á la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno de pelo cuelga; y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo; porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos á los manteamientos de marras, y á otras muchacherías, que si ahora me han salido á las espaldas, después me saldrán á los ojos. Harto mejor haria yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida), harto mejor haria yo, vuelvo á decir, en volverme á mi casa y á mi mujer y á mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere [27] servido de darme, y nó andarme tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues tomadme el dormir: contad, hermano escudero, siete piés de tierra, y si quisiéredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestro buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, ó á lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los caballeros an-

dantes pasados: de los presentes no digo nada, que por ser vuesa merced uno dellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto mas que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa. Haria yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo Don Quijote, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya á la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca, que á trueco de que á vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseais volveros á vuestra casa con vuestra mujer y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros teneis mios; mirad cuánto ha que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis y debeis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Cuando yo servia, respondió Sancho, á Tomé Carrasco, el padre del bachiller Sanson Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amen de la comida: con vuesa merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene mas trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve á un labrador; que en resolucion los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido después que ha que sirvo á vuesa merced, si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de don Diego de Miranda, y la gira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas ya de arroyos, ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos. Confieso, dijo Don Quijote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: ¿cuánto parece que os debo dar mas de lo que os daba Tomé Carrasco? Á mi parecer, dijo Sancho, con dos reales mas que vuesa merced añadiese cada mes me tendria por bien pagado: esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una ínsula, seria justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta. Está muy bien, replicó Don Quijote, y conforme al salario que vos os habeis señalado, veinte y cinco dias ha que salimos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano. ¡Oh cuerpo de mí! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la ínsula se ha de contar desde el dia que vuesa merced me la prometió hasta la presente hora en que estamos. ¿Pues que tanto ha, Sancho, que os la prometí? dijo Don Quijote. Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber mas de veinte años, tres dias mas á menos. Dióse Don Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dijo: Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos

meses apenas, ¿y dices, Sancho, que ha veinte años que te prometí la ínsula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio; y si esto es así, y tú gustas dello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga, que á trueco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿dónde has visto tú ó leido que ningun escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en cuanto mas tanto me habeis de dar cada mes porque os sirva? Éntrate, éntrate, malandrin, follon y vestiglo, que todo lo pareces, éntrate digo, por el *mare magnum* de sus historias; y si hallares que algun escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro: vuelve las riendas ó el cabestro al rucio, y vuélvete á tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de pasar mas adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! ¡oh promesas mal colocadas! ¡oh hombre que tiene mas de bestia que de persona! ¿Ahora cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal que á pesar de tu mujer te llamaran señoría, te despides? ¿Ahora te vas, cuando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel etc. Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que antes llegará ella á su último término, que tú caigas y dés en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho á Don Quijote de hito en hito en tanto que los tales vituperios le decia, y compungióse de manera que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo: Señor mio, yo confieso que para ser del todo asno no me falta mas de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuesa merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda. Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interés, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió que sí haria aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y Don Quijote se acomodó al pié de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen piés y nó manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.



CAPÍTULO XXIX.

DE LA FAMOSA AVENTURA DEL BARCO ENCANTADO.



OR sus pasos contados ÿ por contar, dos dias después que salieron de la alameda llegaron Don Quijote y Sancho al rio Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte

mentira, él se atenia mas á las verdaderas que á las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenia por la mesma mentira. Yendo pues desta manera se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró Don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin mas ni mas se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mesmo hiciese del rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento: Respondió Don Quijote: Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican, cuando algun caballero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y aun mas, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan ó por los aires ó por la mar donde quieren y adonde es menester su ayuda: así que, oh Sancho, este barco está puesto aquí para el mesmo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de dia, y antes que este se pase ata juntos al rucio y á Rocinante, y á la mano de Dios que nos guie, que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos. Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refran: haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced que á mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste rio, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo. Esto decia mientras ataba las bestias Sancho, dejándolas á la proteccion y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaria á ellos por tan longincuos caminos y regiones, tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de logicuos, dijo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longincuos, respondió Don Quijote, quiere decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado á saber latin, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran. Ya están atados, replicó Sancho: ¿qué hemos de hacer ahora? ¿Qué? respondió Don Quijote, santiguarnos y levar ferro, quiero decir embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado; y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho

se vió obra de dos varas dentro del rio comenzó á temblar temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le dió mas pena que el oir roznar al rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole á su señor: El rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. Oh carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia; y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que Don Quijote mohino y colérico le dijo: ¿De qué temes, cobarde criatura? ¿de qué lloras, corazon de mantequillas? ¿quién te persigue, ó quién te acosa, ánimo de raton casero? ¿ó qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿por dicha vas caminando á pié y descalzo por las montañas rifeas, sino sentado en una tabla como un archiduque por el sesgo curso de este agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido y caminado por lo menos setecientas ó ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado, aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto por la línea equinocial que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia. Y cuando lleguemos á esa leña que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habremos caminado? Mucho, replicó Don Quijote, porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, segun el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea que he dicho. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto y gafo con la añadidura de meon, ó meo, ó no sé cómo. Rióse Don Quijote de la interpretacion que Sancho habia dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y díjole: Sabrás, Sancho, que los españoles, y los que se embarcan en Cádiz para ir á las Indias orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho, es que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si le pesan á oro; y así puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldremos desta duda; y sino, pasado habemos. Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque allí están Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodíacos, eclípticas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la

esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atrás y vamos dejando ahora. Y tórnote á decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás mas limpio que un pliego de papel liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hácia la corva izquierda, alzó la cabeza, y miró á su amo y dijo: Ó la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice ni con muchas leguas. ¿Pues qué, preguntó Don Quijote, has topado algo? Y aun algos, respondió Sancho; y sacudiéndose los dedos se lavó toda la mano en el rio, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviesen alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua blando entonces y suave. En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del rio estaban; y apenas las hubo visto Don Quijote cuando con voz alta dijo á Sancho: Ves allí, oh amigo, se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido, ó alguna reina, infanta ó princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traido. ¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor? dijo Sancho: ¿no echa de ver que aquellas son aceñas, que están en el rio, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dijo Don Quijote, que aunque parecen aceñas, no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto el barco entrado en la mitad de la corriente del rio comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el rio, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle; y como salian enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes diciendo: Demonios de hombres, ¿dónde vais? ¿venis desesperados? ¿qué, quereis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas? ¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazon Don Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar á do llega el valor de mi brazo? Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro; mira cuántos vestiglos se me oponen; mira cuántas feas cataduras nos hacen cocos: pues ahora lo veréis, bellacos; y puesto en pié en el barco con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros diciéndoles: Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prision teneis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy Don Quijote de la Mancha, llamado el *caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está reservado por órden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura: y diciendo esto echó mano á su espada, y comenzó

á esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas. Púsose Sancho de rodillas pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron, pero nó de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con Don Quijote y con Sancho al través en el agua; pero vínole bien á Don Quijote que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso á entrambos, allí habia sido Troya para los dos. Puestos pues en tierra, mas mojados que muertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habian hecho pedazos las ruedas de las aceñas; y viéndole roto acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á Don Quijote se lo pagase; el cual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores, que él pagaria el barco de bonísima gana con condicion que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas. ¿Qué personas ó qué castillo dices, [28] respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿quiéreste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas? Basta, dijo entre sí Don Quijote, aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al través: Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras; yo no puedo mas: y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas: Amigos, cualesquiera que seais, que en esa prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: Á dos barcadas como estas daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á do se encaminaban las razones y preguntas que Don Quijote les decia, y teniéndolos por locos les dejaron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias Don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.



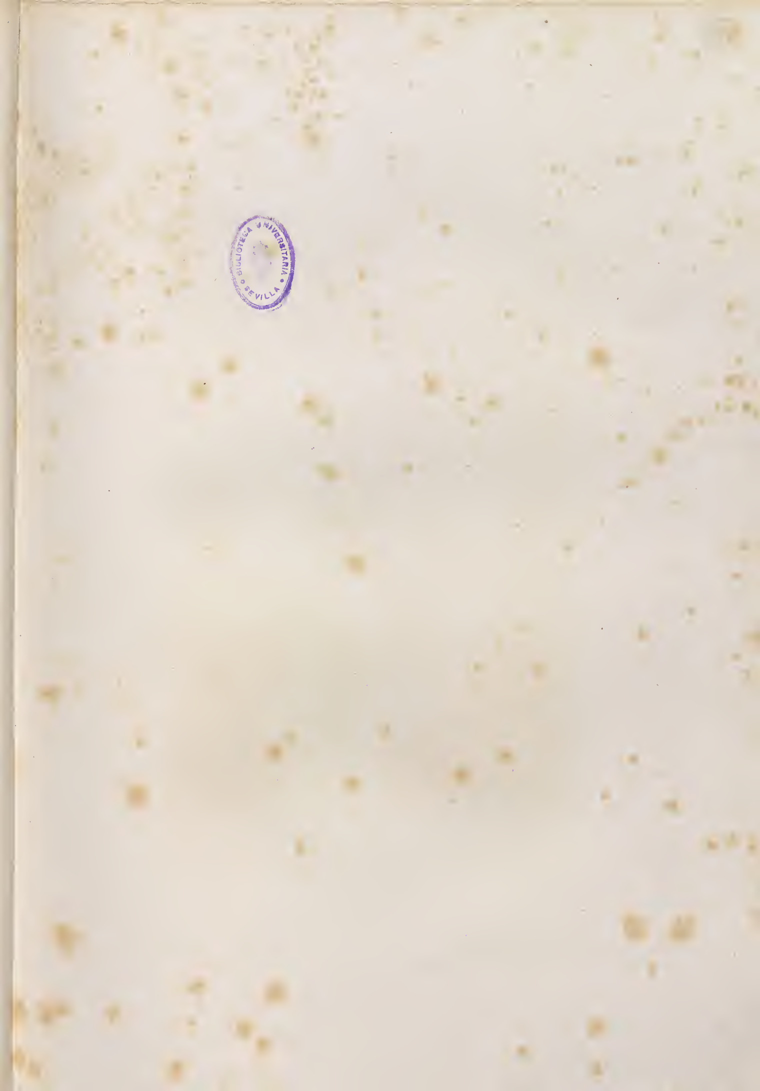
CAPÍTULO XXX.

DE LO QUE LE AVINO Á DON QUIJOTE CON UNA BELLA CAZADORA.



SAZ melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso rio, Don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecia que estaba bien lejos de tenerle, porque magüer era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las mas eran disparates, y buscaba ocasion de que sin entrar en cuentas

ni en despedimientos con su señor, un dia se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temia. Sucedió pues, que otro dia al poner del sol y al salir de una selva tendió Don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse mas, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafren ó hacanea blanquísima adornada de guarniciones verdes y con un sillon de plata. Venia la señora asimismo vestida de verde tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venia transformada en ella. En la mano izquierda traia un azor, señal que dió á entender á Don Quijote ser aquella alguna gran señora, que debia serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad: y así dijo á Sancho: Corre, hijo Sancho, y dí á aquella señora del palafren y del azor, que yo el *caballero de los Leones* beso las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me da licencia, se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare: y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algun refran de los tuyos en tu embajada. Hallado os le habeis el encajador, respondió Sancho: á mí con eso, sí, que no es esta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida. Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó Don Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo menos en mi poder. Así es verdad, respondió Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir, que á mí no hay que decirme ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dijo Don Quijote; vé en buena hora, y Dios te guie. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos le dijo: Hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el *caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza: este tal *caballero de los Leones*, que no ha mucho que se llamaba el *de la Triste Figura*, envia por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que con su propósito y beneplácito y consentimiento él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura, que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento. Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habeis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden: levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el *de la Triste Figura*, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y decid á vuestro señor, que venga mucho en hora buena á servirse de mí y del Duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos. Levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y mas de lo que le habia


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA





dicho, que tenia noticia de su señor el *caballero de la Triste Figura;* y quc si no le habia llamado el *de los Leones* debia de ser por habérsele puesto tan nuevamente. Preguntóle la Duquesa (cuyo título aun no se sabe): Decidme, hermano escudero, ¿este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia, que se llama del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha,* que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mesmo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo que anda ó debe de andar cn la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la Duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor, que él sea el bien llegado y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le habia dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donaire y cortesía. Don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante, y con gcntil denuedo fué á besar las manos á la Duquesa, la cual haciendo llamar al Duque su marido, le contó en tanto que Don Quijote llegaba toda la embajada suya; y los dos por haber leido la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de Don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle, le atendian con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los dias que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballcrías que ellos habian leido, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó Don Quijote alzada la visera, y dando muestras de apearse acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que al apearse del rucio se le asió un pié en una soga del albarda de tal modo, que no fué posible desenredarle, antes quedó colgado dél con la boca y los pcchos en el suclo. Don Quijote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho habia llegado á tenérsele, descargó de golpc el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debia de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo nó sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavía tenia el pié en la corma. El Duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á Don Quijote maltrecho de la caida, y renqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna mancra, antes apeándose de su caballo fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole: Á mí me pesa, señor *caballero de la Triste Figura,* que la primera que vucsa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peorcs sucesos. El que yo he tenido en veros, valcroso príncipe, respondió Don

Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caida no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caido ó levantado, á pié ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía. Pasito, mi señor Don Quijote de la Mancha, dijo el Duque, que adonde está mi señora doña Dulcinea del Toboso no es razon que se alaben otras fermosuras. Ya estaba á esta sazon libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, antes que su amo respondiese dijo: No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso, pero donde menos se piensa se levanta la liebre, que yo he oido decir que esto que llaman naturaleza es como un alcaller que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso, tambien puede hacer dos y tres y ciento: dígolo porque mi señora la Duquesa á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Volvióse Don Quijote á la Duquesa, y dijo: Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero mas hablador ni mas gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí. Á lo que respondió la Duquesa: De que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que las gracias y los donaires, señor Don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes: y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto. Y hablador, añadió Don Quijote. Tanto que mejor, dijo el Duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras: y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran *caballero de la Triste Figura*... *De los Leones* ha de decir vuestra alteza, dijo Sancho, que ya no hay triste figura: el figuro sea el *de los Leones*. Prosiguió el Duque: Digo que venga el señor *caballero de los Leones* á un castillo mio, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la Duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan. Ya en esto Sancho habia aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante; y subiendo en él Don Quijote, y el Duque en un hermoso caballo, pusieron á la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversacion con gran gusto de la Duquesa y del Duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.





CAPÍTULO XXXI.

QUE TRATA DE MUCHAS Y GRANDES COSAS.

SUMA era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose á su parecer en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida, y así tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecia. Cuenta pues la historia que antes que á la casa de placer ó castillo llegasen se adelantó el Duque, y dió órden á todos sus criados del modo que habian de tratar á Don Quijote, el cual como llegó con la Duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron dél dos lacayos ó palafreneros vestidos hasta en piés de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo á Don Quijote en brazos sin ser oido ni visto, le dijeron: Vaya la vuestra grandeza á apear á mi señora la Duquesa. Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfía de la Duquesa, y no quiso decender ó bajar del palafren sino en los brazos del Duque,

diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el Duque á apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los hombros á Don Quijote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces: Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes; y todos ó los mas derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quijote y sobre los Duques, de todo lo cual se admiraba Don Quijote; y aquel fué el primer dia que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y nó fantástico, viéndose tratar del mesmo modo que él habia leido se trataban los tales caballeros en los pasados siglos. Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la Duquesa, y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó á una reverenda dueña que con otras á recebir á la Duquesa habia salido, y con voz baja le dijo: Señora Gonzalez, ó cómo es su gracia de vuesa merced. Doña Rodriguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña, ¿qué es lo que mandais, hermano? Á lo que respondió Sancho: Querria que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mio: vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo, tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que he oido yo decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, *que damas curaban dél, y dueñas del su rocino;* y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocin del señor Lanzarote. Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para adonde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podréis llevar sino una higa. Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quínola de sus años por punto menos. Hijo de puta, dijo la dueña, toda ya encendida en cólera, si soy vieja ó nó, á Dios daré la cuenta, que nó á vos, bellaco, harto de ajos; y esto dijo en voz tan alta, que lo oyó la Duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las habia. Aquí las he, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rocino, y sobre todo por buen término me ha llamado vieja. Eso tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, mas que cuantas pudieran decirme; y hablando con Sancho le dijo: Advertid, Sancho amigo, que doña Rodriguez es muy moza, y

que aquellas tocas mas las trae por autoridad y por la usanza, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto; solo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podia encomendarle á persona mas caritativa que á la señora doña Rodriguez. Don Quijote, que todo lo oia, le dijo: ¿Pláticas son estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere: aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé dél, y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara. Á lo que dijo el Duque: Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada: al rucio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su mesma persona. Con estos razonamientos, gustosos á todos, sino á Don Quijote, llegaron á lo alto, y entraron á Don Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado: seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del Duque y de la Duquesa de lo que habian de hacer, y de cómo habian de tratar á Don Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como caballero andante. Quedó Don Quijote después de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servian con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habian dado), reventaran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecia tan bien en los caballeros andantes como la valentía. Con todo, dijo que diesen la camisa á Sancho, y encerrándose con él en una cuadra donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa; y viéndose solo con Sancho le dijo: Dime, truhan moderno y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonrar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? ¿tiempos eran aquellos para acordarte del rucio, ó señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza, de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira, pecador de tí, que en tanto mas es tenido el señor, cuanto tiene mas honrados y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes á los demás hombres es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de tí, y malaventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano, ó un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algun echacuervos, ó algun caballero de mohatra? Nó, nó, Sancho amigo: huye, huye destos inconvenientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhan desgraciado: enfrena la lengua, considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado á parte donde con el favor de Dios y valor de mi brazo hemos de salir mejorados en tercio

y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca ó morderse la lengua antes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriria quién ellos eran. Vistióse Don Quijote, púsose su tahalí con su espada, echóse el manton de escarlata á cuestas, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas puestas en ala tantas á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle aguamanos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes con el maestresala para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y majestad le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios. La Duquesa y el Duque salieron á la puerta de la sala á recebirle, y con ellos un grave eclesiástico destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que como no nacen príncipes no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos; destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales digo que debia de ser el grave religioso, que con los Duques salió á recebir á Don Quijote. Hiciéronse mil corteses comedimientos, y finalmente cogiendo á Don Quijote en medio se fuéron á sentar á la mesa. Convidó el Duque á Don Quijote con la cabecera de la mesa; y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, y el Duque y la Duquesa á los dos lados. Á todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacian; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el Duque y Don Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: Si sus mercedes me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos. Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando Don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que habia de decir alguna necedad. Miróle Sancho, y entendióle, y dijo: No tema vuesa merced, señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien ó mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quijote; dí lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor Don Quijote, que está presente, no me dejará mentir. Por mí, replicó Don Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo no te iré á la mano; pero mira lo que vas á decir. Tan mirado y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra. Bien será, dijo Don Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas. Por vida del Duque, dijo la Duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quiérole yo mu-

cho, porque sé que es muy discreto. Discretos dias, dijo Sancho, viva vuestra santidad por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este: Convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Álamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fué hija de don Alonso de Marañon, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor Don Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el herrero. ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta ahora, dijo el eclesiástico, mas os tengo por hablador, que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré. Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad: pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dijo la Duquesa, por hacerme á mí placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias, que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida. Digo pues, señores mios, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dijo á esta sazon el religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. Á menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así digo, que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por mas señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que volvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no quereis hacer mas exequias, acabeis vuestro cuento. Es pues el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca..... Gran gusto recebian los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilacion y pausas con que Sancho contaba su cuento, y Don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumia de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera: y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traido fuera de propósito. Púsose Don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le pare-

cian. Los señores disimularon la risa porque Don Quijote no acabase de correrse habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la Duquesa á Don Quijote, que qué nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si le habia enviado aquellos dias algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podia dejar de haber vencido muchos. Á lo que Don Quijote respondió: Señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado; ¿pero adónde la habian de hallar, si está encantada y vuelta en la mas fea labradora que imaginarse puede? No sé, dijo Sancho Panza: á mí me parece la mas hermosa criatura del mundo; á lo menos en la ligereza y en el brincar bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador: á buena fe, señora Duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato. ¿Habeisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el Duque. Y cómo si la he visto, respondió Sancho; ¿pues quién diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre. El eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debia de ser Don Quijote de la Mancha, cuya historia leia el Duque de ordinario, y él se lo habia reprendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dijo: Vuestra excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote, ó Don Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la plática á Don Quijote le dijo: Y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante, y que venceis gigantes, y prendeis malandrines? Andad enhorabuena, y en tal se os diga: volveos á vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo papando viento y dando que reir á cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde nora tal habeis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? Atento estuvo Don Quijote á las razones de aquel venerable varon, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los Duques, con semblante airado y alborotado rostro se puso en pié, y dijo... Pero esta respuesta capítulo por sí merece.





CAPÍTULO XXXII.

DE LA RESPUESTA QUE DIÓ DON QUIJOTE Á SU REPRENSOR, CON OTROS GRAVES Y GRACIOSOS SUCESOS.



EVANTADO pues en pié Don Quijote, temblando de los piés á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo: El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mesmas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con vuesa merced, de quien se debia esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprensiones santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo menos el haberme reprendido en público y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprension, pues las primeras me-

jor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien, sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador sin mas ni mas mentecato y tonto. Sino, dígame vuesa merced, ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay mas sino á troche moche entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrecheza de algun pupilaje, sin haber visto mas mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondon á dar leyes á la caballería, y á juzgar de los caballeros andantes? ¿por ventura es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta inreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy, y caballero he de morir si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambicion soberbia, otros por el de la adulacion servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religion; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero nó la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes, y atropellado vestiglos: yo soy enamorado, no mas de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes. Bien por Dios, dijo Sancho, no diga mas vuesa merced, señor y amo mio, en su abono, porque no hay mas que decir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo: y mas que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo ni los hay caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho? ¿Por ventura, dijo el eclesiástico, sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula? Sí soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien júntate á los buenos, y serás uno dellos; y soy yo de aquellos nó con quien naces, sino con quien paces; y de los quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija: yo me he arrimado á buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo: y viva él y viva yo, que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni á mí ínsulas que gobernar. Nó por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazon el Duque, que yo en

nombre del señor Don Quijote os mando el gobierno de una que tengo de nones de no pequeña calidad. Híncate de rodillas, Sancho, dijo Don Quijote, y besa los piés á su excelencia por la merced que te ha hecho. Hízolo así Sancho; lo cual visto por el eclesiástico se levantó de la mesa mohino además, diciendo: Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra excelencia como estos pecadores: mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras: quédese vuestra excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mia, y me excusaré de reprender lo que no puedo remediar: y sin decir mas ni comer mas se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le habia causado. Acabó de reir, y dijo á Don Quijote: Vuesa merced, señor *caballero de los Leones*, ha respondido por sí tan altamente que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe. Así es, respondió Don Quijote, y la causa es que el que no puede ser agraviado no puede agraviar á nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte sin que afrente. Sea ejemplo: está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espada, y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intencion, que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero nó afrentado; y lo mesmo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro, y dale de palos, y en dándoselos huye y no espera, y el otro le sigue y no le alcanza: este que recibió los palos recibió agravio, mas nó afrenta; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurta cordel, pusiera mano á su espada, y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente; agraviado, porque le dieron á traicion; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que habia hecho, sin volver las espaldas y á pié quedo: y así segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas nó afrentado, porque los niños no sienten ni las mujeres, ni pueden huir, ni tienen para qué esperar, y lo mesmo los constituidos en la sacra religion; porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y así aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo están para ofender á nadie: y aunque poco ha dije que yo podia estar agraviado, agora digo que nó en ninguna manera, porque quien no puede recebir afrenta, menos la puede dar; por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho:

solo quisiera que esperara algun poco para darle á entender en el error en que está en pensar y decir que no ha habido ni los hay caballeros andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadís, ó uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien á su merced. Eso juro yo bien, dijo Sancho; cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba abajo como una granada ó como á un melon muy maduro: bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada, que tengo por cierto que si Reinaldos de Montalvan hubiera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado que no hablara mas en tres años: nó sino tomárase con ellos, y viera cómo escapaba de sus manos. Perecia de risa la Duquesa en oyendo hablar á Sancho, y en su opinion le tenia por mas gracioso y por mas loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer. Finalmente Don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabon napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote; el cual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debia ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas; y así tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en qué habia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le habia acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el señor Don Quijote esperaria. Hízolo así, y quedó Don Quijote con la mas extraña figura y mas para hacer reir que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos; y como le veian con media vara de cuello mas que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabon, fué gran maravilla y mucha discrecion poder disimular la risa: las doncellas de la burla tenian los ojos bajos sin osar mirar á sus señores; á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabian á qué acudir, ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibian de ver á Don Quijote de aquella suerte. Finalmente la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á Don Quijote, y luego la que traia las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querian ir; pero el Duque, porque Don Quijote no ca-

yese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole: Venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha aguda y diligente llegó y puso la fuente al Duque como á Don Quijote, y dándose prisa le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fuéron. Después se supo que habia jurado el Duque que si á él no le lavaran como á Don Quijote, habia de castigar su desenvoltura, la cual habian enmendado discretamente con haberle á él jabonado. Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí: Válame Dios, ¡si será tambien usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros! porque en Dios y en mi ánima que lo he bien menester, y aunque si me las rapasen á navaja lo tendria á mas beneficio. ¿Qué decis entre vos, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió él, que en las cortes de los otros príncipes siempre he oido decir que en levantando los manteles dan agua á las manos, pero nó lejía á las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho, aunque tambien dicen que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio de estos antes es gusto que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho, dijo la Duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada si fuere menester. Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo menos, que andando el tiempo Dios dijo lo que será. Mirad, maestresala, dijo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pié de la letra. El maestresala respondió que en todo seria servido el señor Sancho; y con esto se fué á comer, y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los Duques y Don Quijote hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería. La Duquesa rogó á Don Quijote que le delinease y describiese, pues parecia tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que segun lo que la fama pregonaba de su belleza, tenia por entendido qué debia de ser la mas bella criatura del orbe y aun de toda la Mancha. Sospiró Don Quijote oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dijo: Si yo pudiera sacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué exponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los mios, empresa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla? ¿Qué quiere decir demostina, señor Don Quijote? preguntó la Duquesa, que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida. Retórica demostina, respondió Don Quijote, es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Ciceron, que fueron los dos

mayores retóricos del mundo. Así es, dijo el Duque; y habeis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero con todo eso nos daria gran gusto el señor Don Quijote si nos la pintase, que á buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal que la tengan invidia las mas hermosas. Sí hiciera por cierto, respondió Don Quijote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco ha que le sucedió, que es tal, que mas estoy para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas, que yendo los dias pasados á besarle las manos, y á recebir su bendicion, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago. ¡Válame Dios! dando una gran voz, dijo á este instante el Duque, ¿quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenia, y la honestidad que le acreditaba? ¿Quién? respondió Don Quijote, ¿quién puede ser sino algun maligno encantador de los muchos invidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Perseguido me han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido, y en aquella parte me dañan y hieren donde ven que mas lo siento; porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo hedicho, y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause. No hay mas que decir, dijo la Duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor Don Quijote de pocos dias á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea: y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfeciones que quiso. En eso hay mucho que decir, respondió Don Quijote: Dios sabe si hay Dulcinea ó nó en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con mas grados de perfecion que en las her-

mosas humildemente nacidas. Así es, dijo el Duque; pero hame de dar licencia el señor Don Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leido, de donde se infiere que puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias, que vuesa merced bien sabe. Á eso puedo decir, respondió Don Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: cuanto mas, que Dulcinea tiene un giron que la puede llevar á ser reina de corona y cetro: que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa, á hacer mayores milagros se extiende; y aunque nó formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, señor Don Quijote, dijo la Duquesa, que en todo cuanto vuesa merced dice va con pié de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aun al Duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy dia, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor Don Quijote la sirva, que es lo mas que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algun no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, ahechando un costal de trigo, y por mas señas dice que era rubion, cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje. Á lo que respondió Don Quijote: Señora mia, sabrá la vuestra grandeza, que todas ó las mas cosas que á mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador invidioso; y como es cosa ya averiguada que todos ó los mas caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldan, uno de los doce pares de Francia, de quien se cuenta que no podia ser ferido sino por la planta del pié izquierdo, y que esto habia de ser con la punta de un alfiler gordo, y nó con otra suerte de arma alguna: y así cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podia llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entonces de la muerte que dió Hércules á Anteon, aquel feroz gigante que decian ser hijo de la Tierra. Quiero inferir de lo dicho que podria ser que yo tuviese alguna gracia destas, nó del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas, y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jau-

la, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme si no fuera á fuerzas de encantamentos. Pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca; y así viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que mas quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea por quien yo vivo: y así creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana, y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de ahechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubion ni trigo, sino granos de perlas orientales: y para prueba desta verdad quiero decir á vuestras magnitudes, como viniendo poco ha por el Toboso jamás pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro dia habiéndola visto Sancho mi escudero en su mesma figura, que es la mas bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo: y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpetuas lágrimas hasta verla en su prístino estado. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del ahecho de Dulcinea, que pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. Á buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte quiero que entiendan vuestras señorías, que Sancho Panza es uno de los mas graciosos escuderos que jamás sirvió á caballero andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo, y créelo todo: cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente yo no le trocaria con otro escudero aunque me diesen de añadidura una ciudad, y así estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento se saldria con cualquiera gobierno como el rey con sus alcabalas: y mas que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes: el toque está en que tengan buena intencion y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejaríale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para

utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernare. Á este punto llegaban de su coloquio el Duque, la Duquesa y Don Quijote cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venia con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar: seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar. ¿Qué es esto, hermanos? preguntó la Duquesa: ¿qué es esto? ¿qué quereis á ese buen hombre? ¿cómo? ¿y no considerais que está electo gobernador? Á lo que respondió el pícaro barbero: No quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el Duque mi señor y el señor su amo. Sí quiero, respondió Sancho con mucha cólera, pero querria que fuese con toallas mas limpias, con lejía mas clara y con manos no tan sucias, que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agua de ángeles, y á mí con lejía de diablos: las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el que se llegare á lavarme ni á tocarme á un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos: que estas tales cirimonias y jabonaduras mas parecen burlas que gasajos de huéspedes. Perecida de risa estaba la Duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho; pero no dió mucho gusto á Don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina, y así haciendo una profunda reverencia á los Duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dijo á la canalla: Ola, señores caballeros, vuesas mercedes dejen al mancebo, y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechas y penantes búcaros: tomen mi consejo, y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: No sino lléguense á hacer burla del mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de noche. Traigan aquí un peine ó lo que quisieren, y almohácenme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces. Á esta sazon, sin dejar la risa, dijo la Duquesa: Sancho Panza tiene razon en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere: él es limpio, y como él dice no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: cuanto mas que vosotros, ministros de la limpieza, habeis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personaje y á tales barbas en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas,

artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero en fin sois malos y mal nacidos, y no podeis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los andantes caballeros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala que venia con ellos, que la Duquesa hablaba de veras, y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fuéron y le dejaron, el cual viéndose fuera de aquel á su parecer sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la Duquesa, y dijo: De grandes señoras grandes mercedes se esperan: esta que la vuestra merced hoy me ha fecho no puede pagarse con menos sino es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los dias de la vida en servir á tan alta señora: labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo: si con alguna destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar. Bien parece, Sancho, respondió la Duquesa, que habeis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma cortesía: bien parece, quiero decir, que os habeis criado á los pechos del señor Don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, ó cirimonias como vos decis: bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad: levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el Duque mi señor lo mas presto que pudiere os cumpla la merced prometida del gobierno. Con esto cesó la plática, y Don Quijote se fué á reposar la siesta, y la Duquesa pidió á Sancho que si no tenia mucha gana de dormir viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenia por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad él procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendria obediente á su mandato, y fuése. El Duque dió nuevas órdenes como se tratase á Don Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.





CAPÍTULO XXXIII.

DE LA SABROSA PLÁTICA QUE LA DUQUESA Y SUS DONCELLAS PASARON CON SANCHO PANZA, DIGNA DE QUE SE LEA Y DE QUE SE NOTE.



UENTA pues la historia que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo á ver á la Duquesa, la cual con el gusto que tenia de oirle le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho de puro bien criado no queria sentarse; pero la Duquesa le dijo que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la Duquesa le rodearon, atentas con grandísimo si-

lencio á escuchar lo que diria; pero la Duquesa fué la que habló primero diciendo: Ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querria yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran Don Quijote anda ya impresa: una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo á la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor Don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, ¿cómo se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló ahechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos? Á estas razones sin responder con alguna se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado, y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho se volvió á sentar, y dijo: Ahora, señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor Don Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podria decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato: pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva piés ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis ó ocho dias, que aun no está en historia, conviene á saber, lo del encanto de mi señora doña Dulcinea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo mas verdad que por los cerros de Úbeda. Rogóle la Duquesa que le contase aquel encantamento ó burla, y Sancho se lo contó todo del mesmo modo que habia pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática dijo la Duquesa: De lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oidos que me dice: pues Don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atenido á las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él mas loco y tonto que su amo: y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne, porque el que no sabe gobernarse á sí ¿cómo sabrá gobernar á otros? Par Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígale vuesa merced que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, dias ha que habia de haber dejado á mi amo, pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza: no puedo mas, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda

apartar otro suceso que el de la pala y el azadon: y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios, y podria ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia, que magüera tonto se me entiende aquel refran de por su mal le nacieron alas á la hormiga; y aun podria ser que se fuese mas ahina Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador; tan buen pan hacen aquí como en Francia: y de noche todos los gatos son pardos: y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado: y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno: y las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor y despensero: y mas calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de limiste de Segovia: y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero: y no ocupa mas piés de tierra el cuerpo del papa que el del sacristan, aunque sea mas alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encogemos, ó nos hacen ajustar y encoger mal que nos pese, y á buenas noches: y torno á decir, que si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto: y yo he oido decir que detrás de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Wamba para ser rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trovas de los romances antiguos no mienten). Y como que no mienten, dijo á esta sazon doña Rodriguez la dueña, que era una de las escuchantes, que un romance hay que dice, que metieron al rey Rodrigo vivo vivo en una tumba llena de sapos, culebras y lagartos, y que de allí á dos dias dijo el rey desde dentro de la tumba con voz doliente y baja:

Ya me comen, ya me comen
por do mas pecado habia.

Y segun esto mucha razon tiene este señor en decir que quiere [29] mas ser labrador que rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la Duquesa tener la risa oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirarse en oir las razones y refranes de Sancho, á quien dijo: Ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo aunque le cueste la vida. El Duque mi señor y marido, aunque no es de los andantes, nó por eso deja de ser caballero, y así cumplirá la palabra de la prometida ínsula á pesar de la invidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo, que cuando menos lo piense se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseche: lo que yo le encargo es que mire cómo gobierna sus

vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos. Eso de gobernarlos bien, respondió Sancbo, no bay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasion de los pobres; y á quien cuece y amasa no le burtes bogaza: y para mi santiguada, que no me han de echar dado falso: soy perro viejo, y entiendo todo tus tus, y sé despabilarme á sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé dónde me aprieta el zapato: dígolo porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad, y los malos ni pié ni entrada. Y paréceme á mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar; y podria ser que á quince dias de gobernador me comiese las manos tras el oficio, y supiese mas dél que de la labor del campo en que me he criado. Vos teneis razon, Sancho, dijo la Duquesa, que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los obispos, que nó de las piedras. Pero volviendo á la plática que poco ha tratábamos del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y mas que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar á su señor, y darle á entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocia debia de ser por estar encantada, toda fué invencion de alguno de los encantadores que al señor Don Quijote persiguen; porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso; y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado; y no bay poner mas duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos: y sepa el señor Sancho Panza que tambien tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente sin enredos ni máquinas; y créame Sancbo, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió; y cuando menos nos pensemos la babemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo eso, dijo Sancho Panza, y agora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesinos, donde dice que vió á la señora Dulcinea del Toboso en el mesmo traje y bábito que yo dije que la habia visto cuando la encanté por solo mi gusto; y todo debió de ser al revés, como vuesa merced, señora mia, dice; porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco que con tan flaca y magra persuasion como la mia creyese una cosa tan fuera de todo término; pero, señora, nó por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores: yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor Don Quijote, y nó con intencion de ofenderle; y si ba salido al revés, Dios está en el cielo, que juzga los corazones. Así es la verdad, dijo la Duquesa; pero dígame agora Sancho qué es esto que dice de la cueva de Montesinos, que gustaria saberlo. Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicbo acerca de la tal aventura.

Oyendo lo cual la Duquesa dijo: Deste suceso se puede inferir que pues el gran Don Quijote dice que vió allí á la mesma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasiadamente curiosos. Eso digo yo, dijo Sancho Panza, que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño será, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos: verdad sea que la que yo ví fué una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué; y si aquella era Dulcinea no ha de estar á mi cuenta ni ha de correr por mí, ó sobre ello morena. No sino ándense á cada triquete conmigo á dime y direte, Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó, y Sancho volvió, como si Sancho fuese algun quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza el que anda ya en libros por ese mundo adelante, segun me dijo Sanson Carrasco, que por lo menos es persona bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir sino es cuando se les antoja ó les viene muy á cuento: así que no hay para que nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y segun oí decir á mi señor, que mas vale el buen nombre que las muchas riquezas, encájenme ese gobierno, y verán maravillas, que quien ha sido buen escudero, será buen gobernador. Todo cuanto aquí ha dicho el buen Sancho, dijo la Duquesa, son sentencias catonianas, ó por lo menos sacadas de las mesmas entrañas del mismo Micael Verino, *florentibus occidit annis*. En fin, en fin, hablando á su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor. En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed bien podria ser, porque no tengo nada de hipócrita: bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo, y cuando me lo dan, por no parecer ó melindroso ó mal criado, que á un brindis de un amigo, ¿qué corazon ha de haber tan de mármol que no haga la razon? Pero aunque las calzo no las ensucio: cuanto mas que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino si dan por ella un ojo. Yo lo creo así, respondió la Duquesa; y por ahora váyase Sancho á reposar, que después hablaremos mas largo, y daremos órden como vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno. De nuevo le besó las manos Sancho á la Duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbre de sus ojos. ¿Qué rucio es este? preguntó la Duquesa. Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar el rucio; y á esta señora dueña le rogué cuando entré en este castillo tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo ser mas propio y natural de las dueñas pensar jumentos que autorizar las salas. ¡Oh válame Dios, y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar! Seria algun villano, dijo doña Rodriguez la dueña, que si él fuera hidalgo y bien nacido él las pusiera sobre el cuerno de la luna. Agora



hien, dijo la Duquesa, no haya mas, calle doña Rodriguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho, que sohre las niñas de los ojos de vuestra grandeza ni él ni yo somos dignos de estar solo un momento, y así lo consentiria yo como darme de puñaladas: que aunque dice mi señor que en las cortesías antes se ha de perder por carta de mas que de menos, en las jumentiles y asininas se ha de ir con el compás en la mano y con medido término. Llévele, dijo la Duquesa, Sancho al gohierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun juhilarle del trahajo. No piense vuesa merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dijo Sancho, que yo he visto ir mas de dos asnos á los gohiernos, y que llevase yo el mio no seria cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa y el contento, y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al Duque de lo que con él habia pasado, y entre los dos dieron traza y órden de hacer una burla á Don Quijote, que fuese famosa, y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.





CAPÍTULO XXXIV.

QUE DA CUENTA DE LA NOTICIA QUE SE TUVO DE CÓMO SE HABIA DE DESENCANTAR LA SIN PAR DULCINEA DEL TOBOSO, QUE ES UNA DE LAS AVENTURAS MAS FAMOSAS DESTE LIBRO.



RANDE era el gusto que recebian el Duque y la Duquesa de la conversacion de Don Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que Don Quijote ya les habia contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa; pero de lo que mas la Duquesa se admiraba era que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido

él mesmo el encantador y el embustero de aquel negocio: y así habiendo dado órden á todo lo que habian de hacer, de allí á seis dias le llevaron á caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado. Diéronle á Don Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero Don Quijote no se lo quiso poner, diciendo que otro dia habia de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardaropas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese. Llegado pues el esperado dia armóse Don Quijote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa salió bizarramente aderezada, y Don Quijote de puro cortés y comedido tomó la rienda de su palafren, aunque el Duque no queria consentirlo, y finalmente llegaron á un bosque que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podian oirse, así por el ladrido de los perros, como por el son de las bocinas. Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabia que solian venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el Duque y Don Quijote, y pusiéronse á sus lados: Sancho se puso detrás de todos sin apearse del rucio, á quien no osaba desamparar porque no le sucediese algun desman; y apenas habian sentado el pié y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores vieron que hácia ellos venia un desmesurado jabalí crujiendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca; y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recebirle Don Quijote: lo mesmo hizo el Duque con su venablo; pero á todos se adelantara la Duquesa si el Duque no se lo estorbara. Solo Sancho en viendo al valiente animal desamparó al rucio, y dió á correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; antes estando ya á la mitad della asido de una rama, pugnando subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire asido de un gancho de la encina sin poder llegar al suelo; y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podia alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oian y no le veian creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchillas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza Don Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le habia conocido, vióle pendiente de la encina y la cabeza abajo, y al rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad: y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho: tal era la amis-

tad y buena fe que entre los dos se guardaban. Llegó Don Quijote, y descolgó á Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenia en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre una acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto le llevaron como en señal de vitoriosos despojos á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en órden, y la comida aderezada tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas á la Duquesa de su roto vestido, dijo: Si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo; yo no sé qué gusto se recibe de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo os puede quitar la vida: yo me acuerdo haber oido cantar un romance antiguo, que dice:

De los osos seas comido,
como Favila el nombrado.

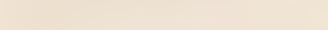
Ese fué un rey godo, dijo Don Quijote, que yendo á caza de montería le comió un oso. Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros á trueco de un gusto, que parece que no lo habia de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno. Antes os engañais, Sancho, respondió el Duque, porque el ejercicio de la caza de monte es el mas conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno. La caza es una imágen de la guerra; hay en ella estratajemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo: padécense en ella frios grandísimos y calores intolerables: menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilítanse los miembros del que la usa, y en resolucion es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que tambien es solo para reyes y grandes señores. Así que, oh Sancho, mudad de opinion, y cuando seais gobernador ocupaos en la caza, y veréis como os vale un pan por ciento. Eso nó, respondió Sancho, el buen gobernador la pierna quebrada y en casa: bueno seria que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose: así enhoramala andaria el gobierno. Mia fe, señor, la caza y los pasatiempos mas han de ser para los holgazanes que para los gobernadores: en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas ni cazos no dicen con mi condicion ni hacen con mi conciencia. Plega á Dios, Sancho, que así sea, porque del dicho al hecho hay gran trecho. Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas; y mas vale al que Dios ayuda

que al que mucho madruga; y tripas llevan piés, que nó piés á tripas; quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte: no sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó nó. Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito, dijo Don Quijote; y ¿cuándo será el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente y concertada? Vuestras grandezas dejen á este tonto, señores mios, que les molerá las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes traidos tan á sazon y tan á tiempo cuanto le dé Dios á él la salud, ó á mí si los querria escuchar. Los refranes de Sancho Panza, dijo la Duquesa, puesto que son mas que los del comendador griego, nó por eso son menos de estimar por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan mas gusto que otros, aunque sean mejor traidos y con mas sazon acomodados. Con estos y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el dia, y se les vino la noche, y nó tan clara ni tan sesga como la sazon del tiempo pedia, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro escuro que trujo consigo ayudó mucho la intencion de los Duques, y así como comenzó á anochecer, un poco mas adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardia, y luego se oyeron por aquí y por allí, y por acá y por acullá infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y los oidos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilíes al uso de moros cuando entran en las batallas: sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífaros, casi todos á un tiempo, tan contino y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él al son confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse Don Quijote, tembló Sancho Panza, y finalmente hasta los mesmos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un postillon que en traje de demonio les pasó por delante tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso son despedia. Ola, hermano correo, dijo el Duque, ¿quién sois? ¿adónde vais? ¿y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa? Á lo que respondió el correo con voz horrísona y desenfadada: Yo soy el diablo, voy á buscar á Don Quijote de la Mancha: la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo francés Montesinos á dar órden á Don Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fuérades diablo como decis, y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero Don Quijote de la Mancha, pues le teneis delante. En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no mi-

raba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal á que venia se me olvidaba. Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque á no serlo no jurara en Dios y en mi conciencia: ahora yo tengo para mí que aun en el mesmo infierno debe de haber buena gente. Luego el demonio sin apearse, encaminando la vista á Don Quijote dijo: Á tí *el caballero de los Leones* (que entre las garras de ellos te vea yo) me envia el desgraciado pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con órden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser para mas mi venida, no ha de ser mas mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores: y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas, y fuése sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiracion en todos, especialmente en Sancho y Don Quijote: en Sancho en ver que á despecho de la verdad querian que estuviese encantada Dulcinea; en Don Quijote por no poder asegurarse si era verdad ó nó lo que le habia pasado en la cueva de Montesinos: y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dijo: ¿Piensa vuesa merced esperar, señor Don Quijote? ¿Pues nó? respondió él, aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese á embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flandes, dijo Sancho. En esto se cerró mas la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fué que parecia verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los lelilíes agarenos. Finalmente las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los carros formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quijote se valiese de todo su corazon para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la Duquesa, la cual le recibió en ellas, y á gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto. Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros: en cada cuerno traian atada y encendida una grande hacha de cera, y en-

cima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el cual venia sentado un venerable viejo con una barba mas blanca que la mesma nieve, y tan luenga que le pasaba de la cintura: su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que por venir el carro lleno de infinitas luces se podia bien divisar y discernir todo lo que en él venia. Guiábanle dos feos demonios vestidos del mesmo bocací, con tan feos rostros que Sancho habiéndolos visto una vez cerró los ojos por no verlos otra. Llegando pues el carro á igualar al puesto se levantõ de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pié, dando una gran voz dijo: Yo soy el sabio Lingardeo, y pasó el carro adelante sin hablar mas palabra. Tras este pasó otro carro de la misma manera con otro viejo entronizado, el cual haciendo que el carro se detuviese, con voz no menos grave que el otro dijo: Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida, y pasó adelante. Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venia sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombron robusto y de mala catadura, el cual al llegar, levantándose en pié como los otros, dijo con voz mas ronca y mas endiablada: Yo soy Arcalaus el encantador, enemigo mortal de Amadís de Gaula y de toda su parentela, y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas; y luego no se oyó otro ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró, y lo tuvo á buena señal, y así dijo á la Duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba: Señora, donde hay música no puede haber cosa mala. Tampoco donde hay luces y claridad, respondió la Duquesa. Á lo que replicó Sancho: Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas. Ello dirá, dijo Don Quijote, que todo lo escuchaba; y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XXXV.

DONDE SE PROSIGUE LA NOTICIA QUE TUVO DON QUIJOTE DEL DESENCANTO DE DULCINEA, CON OTROS ADMIRABLES SUCESOS.



AL compás de la agradable música vieron que hácia ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venia un diciplinante de luz, asimesmo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces y aun tres mayor que los pasados, y los lados y encima dél ocupaban otros doce diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venia sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, si nó rica, á lo menos vis-

tosamente vestida: traia el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella; y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete: junto á ella venia una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los piés, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de Don Quijote cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban, y levantándose en pié la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados y quitándose el velo del rostro descubrió patentemente ser la mesma figura de la muerte, descarnada y fea, de que Don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pié esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta comenzó á decir desta manera:

Yo soy Merlin, aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo
(Mentira autorizada de los tiempos),
Príncipe de la mágica, y monarca
Y archivo de la ciencia zoroástrica,
Émulo á las edades y á los siglos,
Que solapar pretenden las hazañas
De los andantes bravos caballeros,
Á quien yo tuve y tengo gran cariño.
Y puesto que es de los encantadores,
De los magos, ó mágicos contino
Dura la condicion, áspera y fuerte,
La mia es tierna, blanda y amorosa,
Y amiga de hacer bien á todas gentes.
En las cavernas lóbregas de Dite,
Donde estaba mi alma entretenida
En formar ciertos rombos y caráteres,
Llegó la voz doliente de la bella
Y sin par Dulcinea del Toboso.
Supe su encantamento y su desgracia,
Y su transformacion de gentil dama
En rústica aldeana: condolíme,
Y encerrando mi espíritu en el hueco
Desta espantosa y fiera notomía,
Después de haber revuelto cien mil libros

Desta mi ciencia endemoniada y torpe,
Vengo á dar el remedio que conviene
Á tamaño dolor, á mal tamaño.
Oh tú, gloria y honor de cuantos visten
Las túnicas de acero y de diamante,
Luz y farol, sendero, norte y guia
De aquellos que dejando el torpe sueño
Y las ociosas plumas, se acomodan
Á usar el ejercicio intolerable
De las sangrientas y pesadas armas:
Á tí digo, oh varon, como se debe,
Por jamás alabado, á tí valiente
Juntamente y discreto Don Quijote,
De la Mancha esplendor, de España estrella,
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinea del Toboso,
Es menester que Sancho tu escudero
Se dé tres mil azotes y trecientos
En ambas sus valientes posaderas
Al aire descubiertas, y de modo
Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos cuantos
De su desgracia han sido los autores.
Y á esto es mi venida, mis señores.

Voto á tal, dijo á esta sazon Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas. Válate el diablo por modo de desencantar: yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Par Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura. Tomaros he yo, dijo Don Quijote, don villano, harto de ajos, y amarraros he á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados que no se os caigan á tres mil y trecientos tirones; y no me repliqueis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo cual Merlin dijo: No ha de ser así, porque los azotes que ha de recebir el buen Sancho han de ser por su voluntad, y nó por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejacion por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada. Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho, á mí no me ha de tocar alguna

mano. ¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo? abernuncio. Apenas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pié la argentada ninfa, que junto al espíritu de Merlin venia, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal que á todos pareció mas que demasiadamente hermoso, y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza dijo: Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazon de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas, si te mandaran, ladron, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos, y tres de culebras; si te persuadieran á que mataras á tu mujer y á tus hijos con algun truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta á todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo. Pon, oh miserable y endurecido animal, pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas destos mios, comparados á rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo á hilo, y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarron y mal intencionado monstro, que la edad tan florida mia, que aun se está todavía en el diez y..... de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego á veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza: que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodon los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestion indómito, y saca de haron ese brio, que á solo comer y mas comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion, y la belleza de mi faz: y si por mí no quieres ablandarte, ni reducirte á algun razonable término, hazlo por ese pobre caballero que á tu lado tienes, por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.

Tentóse oyendo esto la garganta Don Quijote, y dijo volviéndose al Duque: Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta. ¿Qué decis vos á esto, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abernuncio. Abrenuncio, habeis de decir, Sancho, y nó como decis, dijo el

Duque. Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy agora para mirar en sotilezas ni en letras mas á menos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar ó me tengo de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago. Pero querria yo saber de la señora mi señora doña Dulcinea del Toboso adónde aprendió el modo de rogar que tiene: viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestion indómito, con una tiramira de malos nombres que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce? ¿ó vame á mí algo en que se desencante ó nó? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refran que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas vale un toma que dos te daré? Pues el señor mi amo, que habia de traerme la mano por el cerro y halagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodon cardado, dice que si me coge me amarrará desnudo á un árbol y me doblará la parada de los azotes: y habian de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador, como quien dice, bebe con guindas. Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar y á saber pedir, y á tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen á pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan ajena dello como de volverme cacique. Pues en verdad, amigo Sancho, dijo el Duque, que si no os ablandais mas que una breva madura, que no habeis de empuñar el gobierno. Bueno seria que yo enviase á mis insulanos un gobernador cruel de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolucion, Sancho, ó vos habeis de ser azotado, ó os han de azotar, ó no habeis de ser gobernador. Señor, respondió Sancho, ¿no se me darian dos dias de término para pensar lo que me está mejor? Nó, en ninguna manera, dijo Merlin, aquí en este instante y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio: ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y á su prístino estado de labradora, ó ya en el ser que está será llevada á los elíseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo. Ea, buen Sancho, dijo la Duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habeis comido del señor Don Quijote, á quien todos debemos servir y agradar por su buena condicion y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corazon quebranta mala ventura, como vos bien sabeis. Á estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntó: Dígame vuesa merced, señor Merlin, cuando llegó aquí el diablo correo dió á mi

amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venia á dar órden de que la señora doña Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta agora no hemos visto á Montesinos ni á sus semejas. Á lo cual respondió Merlin: El diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo, pero nó con recado de Montesinos, sino mio, porque Montesinos se está en su cueva atendiendo, [30] ó por mejor decir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por desollar: si os debe algo, ó teneis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos mas quisiéredes: y por agora acabad de dar el sí desta diciplina; y creedme, que os será de mucho provecho así para el alma como para el cuerpo: para el alma por la caridad con que la haréis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexion sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre. Muchos médicos hay en el mundo; hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho; pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con condicion que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo mas presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora doña Dulcinea del Toboso, pues segun parece, al revés de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion, que no he de estar obligado á sacarme sangre con la diciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Iten, que si me errare en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran. De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que no hay de que tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. Ea pues, á la mano de Dios, dijo Sancho, yo consiento en mi mala ventura, digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apenas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimías, y se volvieron á disparar infinitos arcabuces, y Don Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La Duquesa y el Duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recebido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los Duques, y hizo una gran reverencia á Sancho: y ya en esto se venia á mas andar el alba alegre y risueña: las florecillas de los campos se descollaban y erguian, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los rios que los esperaban: la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por

sí y todos juntos daban manifiestas señales que el dia que al aurora venia pisando las faldas habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haber conseguido su intencion tan discreta y felicemente, se volvieron á su castillo con prosupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no habia veras que mas gusto les diesen.





CAPÍTULO XXXVI.

DONDE SE CUENTA LA EXTRAÑA Y JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LA DUEÑA DOLORIDA, ALIAS DE LA CONDESA TRIFALDI, CON UNA CARTA QUE SANCHO PANZA ESCRIBIÓ Á SU MUJER TERESA PANZA.



ENIA un mayordomo el Duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlin, y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo que un paje hiciese á Dulcinea. Finalmente con intervencion de sus señores ordenó otra del mas gracioso y extraño artificio que puede imaginarse. Preguntó la Duquesa á Sancho otro dia si habia comenzado la tarea de la penitencia que habia de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dijo que sí, y que aquella noche se habia dado cinco azotes. Preguntóle la Duquesa que con qué se los habia dado. Respondió que con la mano. Eso, replicó la Duquesa, mas es darse de palmadas, que de azotes:

yo tengo para mí que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura: menester será que el buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos ó de las de canelones, que se dejen sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea por tan poco precio. [31] Á lo que respondió Sancho: Déme vuestra señoría alguna diciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado: porque hago saber á vuesa merced, que aunque soy rústico, mis carnes tienen mas de algodon que de esparto, y no será bien que yo me descrie por el provecho ajeno. Sea en buena hora, respondió la Duquesa: yo os daré mañana una diciplina que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. Á lo que dijo Sancho: Sepa vuestra alteza, señora mia de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á mi mujer Teresa Panza dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido después que me aparté della: aquí la tengo en el seno, que no le falta mas de ponerle el sobrescrito: querria que vuestra discrecion la leyese, porque me parece que va conforme á lo de gobernador, digo al modo que deben de escribir los gobernadores. ¿Y quién la notó? preguntó la Duquesa. ¿Quién la habia de notar sino yo, pecador de mí? respondió Sancho. ¿Y escribístesla vos? dijo la Duquesa. Ni por pienso, respondió Sancho: porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar. Veámosla, dijo la Duquesa, que á buen seguro que vos mostreis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio. Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la Duquesa vió que decia desta manera:

CARTA DE SANCHO PANZA Á TERESA PANZA SU MUJER.

«Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba: si buen gobierno me tengo, »buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa mia, por ahora, otra »vez lo sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en coche, »que es lo que hace al caso, porque todo otro andar es andar á gatas. Mujer de un »gobernador eres, mira si te roerá nadie los zancajos. Ahí te envio un vestido verde »de cazador, que me dió mi señora la Duquesa: acomódale en modo que sirva de sa»ya y cuerpos á nuestra hija. Don Quijote mi amo, segun he oido decir en esta tierra, »es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos »estado en la cueva de Montesinos, y el sabio Merlin ha echado mano de mí para »el desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo. »Con tres mil y trecientos azotes, menos cinco, que me he de dar, quedará desen»cantada como la madre que la parió. No dirás desto nada á nadie, porque pon lo »tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro. De aquí á po»cos dias me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dine»ros, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mesmo

»deseo: tomaréle el pulso, y avisaréte si has de venir á estar conmigo, ó nó. El »rucio está bueno y se te encomienda mucho, y no le pienso dejar aunque me lle»varan á ser gran turco. La Duquesa mi señora te besa mil veces las manos; vuél»vele el retorno con dos mil, que no hay cosa que menos cueste ni valga mas »barata, segun dice mi amo, que los buenos comedimientos. No ha sido Dios ser»vido de depararme otra maleta con otros cien escudos como la de marras: pero »no te dé pena, Teresa mia, que en salvo está el que repica, y todo saldrá en la »colada del gobierno, sino que me ha dado gran pena que me dicen que si una vez »le pruebo, que me tengo de comer las manos tras él, y si así fuese no me costaria »muy barato, aunque los estropeados y mancos ya se tienen su calongía en la »limosna que piden: así que por una via ó por otra tú has de ser rica y de buena »ventura. Dios te la dé como puede, y á mí me guarde para servirte. Deste castillo »á 20 de julio de 1614.

»Tu marido el gobernador

»SANCHO PANZA.»

En acabando la Duquesa de leer la carta dijo á Sancho: En dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador: la una en decir ó dar á entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él, que no lo puede negar, que cuando el Duque mi señor se le prometió no se soñaba haber azotes en el mundo: la otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no querria que orégano fuese, porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada. Yo no lo digo por tanto, señora, respondió Sancho; y si á vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla, y hacer otra nueva, y podria ser que fuese peor si me lo dejan á mi caletre. Nó, nó, replicó la Duquesa, buena está esta, y quiero que el Duque la vèa. Con esto se fuéron á un jardin donde habian de comer aquel dia. Mostró la Duquesa la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandísimo contento. Comieron, y después de alzados los manteles, y después de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho, á deshora se oyó el son tristísimo de un pífaro y el de un ronco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente Don Quijote que no cabia en su asiento de puro alborotado: de Sancho no hay que decir sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refugio, que era el lado ó faldas de la Duquesa, porque real y verdaderamente el son que se escuchaba era tristísimo y malencólico. Y estando todos así suspensos vieron entrar por el jardin adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido, que les arrastraba por el suelo: estos venian tocando dos grandes tambores asimismo cubiertos de negro. Á su lado venia el pífaro negro y pizmiento como los demás. Seguia á los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, nó que vestido

con una negrísima loba, cuya falda era asimismo desaforada de grande. Por encima de la loba le ceñia y atravesaba un ancho tahalí tambien negro, de quien pendia un desmesurado alfanje de guarniciones y vaina negra. Venia cubierto el rostro con un trasparente velo negro, por quien se entreparecia una longísima barba blanca como la nieve. Movia el paso al son de los tambores con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender á todos aquellos que sin conocerle le miraron. Llegó pues con el espacio y prosopopeya referida á hincarse de rodillas ante el Duque, que en pié con los demás que allí estaban le atendia. Pero el Duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hízolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pié alzó el antifaz del rostro, y hizo patente la mas horrenda, la mas larga, la mas blanca y mas poblada barba que hasta entonces humanos ojos habian visto, y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora, y poniendo los ojos en el Duque dijo: Altísimo y poderoso señor, á mí me llaman Trifaldin el de la barba blanca: soy escudero de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, de parte de la cual traigo á vuestra grandeza una embajada, y es que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar á decirle su cuita, que es una de las mas nuevas y mas admirables que el mas cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado: y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamás vencido caballero Don Quijote de la Mancha, en cuya busca viene á pié y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado, cosa que se puede y debe tener á milagro ó á fuerza de encantamento: ella queda á la puerta desta fortaleza ó casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. Dije. Y tosió luego, y manoseóse la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del Duque, que fué: Ya, buen escudero Trifaldin de la blanca barba, ha muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la condesa Trifaldi, á quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida: bien podeis, estupendo escudero, decirle que entre, y que aquí está el valiente caballero Don Quijote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda: y asimismo le podréis decir de mi parte que si mi favor le fuere necesario no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado á dársele el ser caballero, á quien es anejo y concerniente favorecer á toda suerte de mujeres, en especial á las dueñas viudas menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoría. Oyendo lo cual Trifaldin inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífaro y tambores señal que tocasen, al mismo son y al mismo paso que habia entrado se volvió á salir del jardin, dejando á todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el Duque á Don Quijote le dijo: En fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y escurecer la luz

del valor y de la virtud. Digo esto, porque apenas ha seis dias que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen á buscar de lueñes y apartadas tierras, y nó en carrozas ni en dromedarios, sino á pié y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos: merced á vuestras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra. Quisiera yo, señor Duque, respondió Don Quijote, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que á la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo: tocara por lo menos con la mano que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas inormes no van á buscar su remedio á las casas de los letrados ni á las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano, que antes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desman y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolucion de mi animoso espíritu.





CAPÍTULO XXXVII.

DONDE SE PROSIGUE LA FAMOSA AVENTURA DE LA DUEÑA DOLORIDA.



N extremo se holgaron el Duque y la Duquesa de ver cuán bien iba respondiendo á su intencion Don Quijote, y á esta sazon dijo Sancho: No querria yo que esta señora dueña pusiese algun tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo he oido decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que donde interviniesen dueñas no podia suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y qué mal estaba con ellas el tal boticario! de lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de cualquiera calidad y condicion que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta condesa tres faldas ó tres colas? que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas todo es uno. Calla, Sancho amigo, dijo Don Quijote, que pues esta señora dueña de tan lueñes tierras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenia en su número, cuanto mas que esta es condesa, y

cuando las condesas sirven de dueñas será sirviendo á reinas y á emperatrices, que en su casa son señorísimas, que se sirven de otras dueñas. Á esto respondió doña Rodriguez, que se halló presente: Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren reyes: y nadie diga mal de las dueñas, y mas de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda, y quien á nosotras trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano. Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi barbero, cuanto será mejor no menear el arroz aunque se pegue. Siempre los escuderos, respondió doña Rodriguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas, y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro monjil nuestras delicadas ó no delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en dia de procesion. Á fe que si me fuera dado y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender no solo á los presentes, sino á todo el mundo, como no hay virtud que no se encierre en una dueña. Yo creo, dijo la Duquesa, que mi buena doña Rodriguez tiene razon y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demás dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. Á lo que Sancho respondió: Después que tengo humos de gobernador se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahigo. Adelante pasaran con el coloquio dueñesco si no oyeran que el pífaro y los tambores volvian á sonar, por donde entendieron que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la Duquesa al Duque si seria bien ir á recebirla, pues era condesa y persona principal. Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho antes que el Duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recebirla; pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso. ¿Quién te mete á tí en esto, Sancho? dijo Don Quijote. ¿Quién, señor? respondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el mas cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, segun he oido decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de mas como por carta de menos: y al buen entendedor pocas palabras. Así es como Sancho dice, dijo el Duque, veremos el talle de la condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe. En esto entraron los tambores y el pífaro como la vez primera. Y aquí con este breve capítulo dió fin el autor, y comenzó el otro siguiendo la mesma aventura, que es una de las mas notables de la historia.



CAPÍTULO XXXVIII.

DONDE SE CUENTA LA QUE DIÓ DE SU MALA ANDANZA LA DUEÑA DOLORIDA.



ETRÁS de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas que solo el ribete del monjil descubrian. Tras ellas venia la condesa Trifaldi, á quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que á venir frisada descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos: la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes asimesmo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos

tres ángulos acutos que las tres puntas formaban, por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron que por ella se debia llamar la condesa Trifaldi, como si dijésemos la condesa de las tres faldas: y así dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido se llama la condesa Lobuna, á causa que se criaban en su condado muchos lobos; y que si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa ó cosas en que mas sus estados abundan; empero esta condesa por favorecer la novedad de su falda dejó el Lobuna y tomó el Trifaldi. Venian las doce dueñas y la señora á paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y nó trasparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucian. Así como acabó de parecer el dueñesco escuadron, el Duque, la Duquesa y Don Quijote se pusieron en pié, y todos aquellos que la espaciosa procesion miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó sin dejarla de la mano Trifaldin. Viendo lo cual el Duque, la Duquesa y Don Quijote se adelantaron obra de doce pasos á recebirla. Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz antes basta y ronca que sutil y delicada, dijo: Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado, digo á esta su criada, porque segun soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adónde, y debe de ser muy lejos, pues cuanto mas le busco, menos le hallo. Sin él estaria, respondió el Duque, señora condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual, sin mas ver, es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias: y levantándola de la mano la llevó á asentar en una silla junto á la Duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron. Sosegados todos, y puestos en silencio, estaban esperando quién le habia de romper, y fué la Dueña Dolorida con estas palabras: Confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora, y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no menos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles, y á ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los mas endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga á la plaza de vuestros oidos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero Don Quijote de la Manchísima, y su escuderísimo Panza. El Panza, antes que otro respondiese dijo Sancho, aquí está, y el Don Quijotísimo asimismo, y así podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis, que todos estamos prontos, y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos. En esto se levantó

Don Quijote, y encaminando sus razones á la Dolorida Dueña dijo: Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algun valor ó fuerzas de algun andante caballero, aquí están las mias, que aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos; y siendo esto así, como lo es, no habeis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preámbulos, sino á la llana y sin rodeos decir vuestros males, que oidos os escuchan que sabrán, si nó remediarlos, dolerse dellos. Oyendo lo cual la Dolorida Dueña hizo señal de querer arrojarse á los piés de Don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos decia: Ante estos piés y piernas me arrojo, oh caballero invicto, por ser los que son basas y colunas de la andante caballería: estos piés quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡Oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atrás y escurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes y Belianises! Y dejando á Don Quijote se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos le dijo: ¡Oh tú el mas leal escudero que jamás sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, mas luengo en bondad que la barba de Trifaldin mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte que en servir al gran Don Quijote sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote por lo que debes á tu bondad fidelísima me seas buen intercesor con tu dueño para que luego favorezca á esta humilísima y desdichadísima condesa. Á lo que respondió Sancho: De que sea mi bondad, señora mia, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá poco ó nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y mas agora que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere: vuesa merced desembaule su cuita, y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderemos. Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que habian tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulacion de la Trifaldi, la cual volviéndose á sentar dijo: Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas mas allá del cabo Comorin, fué señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon á la infanta Antonomasia, heredera del reino, la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la mas antigua y la mas principal dueña de su madre. Sucedió pues, que yendo dias y viniendo dias, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfecion de hermosura, que no la pudo subir mas de punto la naturaleza. Pues digamos agora que la discrecion era mocosa: así era discreta como bella, y era la

mas bella del mundo, y lo es, si ya los hados invidiosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida; pero no habrán, que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal á la tierra, como seria llevarse en agraz el racimo del mas hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, y nó como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que en la corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio; porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacia hablar, y mas que era poeta y gran bailarin, y sabia hacer una jaula de pájaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida cuando se viera en extrema necesidad: que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, nó que una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donaire, y todas sus gracias y habilidades fueran poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladron desuellacaras no usara del remedio de rendirme á mí primero. Primero quiso el malandrin y desalmado vagamundo granjearme la voluntad y cohecharme el gusto, para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolucion, él me aduló el entendimiento, y me rindió la voluntad con no sé qué dijes y brincos que me dió. Pero lo que mas me hizo postrar y dar conmigo por el suelo fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caia á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo decian:

De la dulce mi enemiga
nace un mal que al alma hiere,
y por mas tormento quiere
que se sienta y no se diga.

Parecióme la troba de perlas, y su voz de almíbar, y después acá, digo desde entonces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habian de desterrar los poetas, como aconsejaba Platon, á lo menos los lascivos, porque escriben unas coplas, nó como las del marqués de Mantua, que entretienen y hacen llorar los niños y á las mujeres, sino unas agudezas, que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me torne á dar la vida.

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. ¿Pues qué cuando se humillan á componer un género de verso que en Candaya se usaba entonces, á quien ellos llamaban seguidillas? Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y así digo, señores mios, que los tales trovadores con justo título los debian desterrar á las islas de los lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena dueña que debia, no me habian de mover sus trasnochados conceptos, ni habia de creer ser verdad aquel decir: vivo muriendo, ardo en el hielo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome, con otros imposibles desta ralea, de que están sus escritos llenos. ¿Pues qué cuando prometen el fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del Sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro, y de Pancaya el bálsamo? Aquí es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamás piensan ni pueden cumplir. ¿Pero dónde me divierto? ¡Ay de mí desdichada! ¿qué locura ó qué desatino me lleva á contar las ajenas faltas teniendo tanto que decir de las mias? ¡Ay de mí otra vez sin ventura! que no me rindieron los versos sino mi simplicidad: no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad: mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de don Clavijo, que este es el nombre del referido caballero: y así siendo yo la medianera, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la por mí y nó por él engañada Antonomasia, debajo del título de verdadero esposo, que aunque pecadora no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira de la suela de sus zapatillas. Nó, nó, eso nó, el matrimonio ha de ir adelante en cualquiera negocio destos que por mí se tratare. Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser don Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos dias estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo á mas andar no sé qué hinchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y salió dél que antes que se saliese á luz el mal recado, don Clavijo pidiese ante el vicario por su mujer á Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el vicario la cédula, tomó el tal vicario la confesion á la señora, confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado. Á esta sazon dijo Sancho: ¿Tambien en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas? por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno; pero dése vuesa merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia. Sí haré, respondió la condesa.



CAPÍTULO XXXIX.

DONDE LA TRIFALDI PROSIGUE SU ESTUPENDA Y MEMORABLE HISTORIA.



E cualquiera palabra que Sancho decia, la Duquesa gustaba tanto como se desesperaba Don Quijote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo: En fin al cabo de muchas demandas y respuestas, como la infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaracion, el vicario sentenció en favor de don Clavijo, y se la entregó por su legítima esposa, de lo que recibió tanto enojo la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterramos. Debió de morir sin duda, dijo Sancho. Claro está, respondió Trifaldin, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado creyendo

ser muerto: y parecíame á mí que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse antes que á morirse, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la infanta que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algun paje suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentil hombre, y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad que aunque fué necedad, no fué tan grande como se piensa; porque segun las reglas de mi señor, que está presente, y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los obispos, se pueden hacer de los caballeros, y mas si son andantes, los reyes y los emperadores. Razon tienes, Sancho, dijo Don Quijote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida, que á mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia. Y cómo si queda lo amargo, respondió la condesa, y tan amargo, que en su comparacion son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas. Muerta pues la reina, y nó desmayada, la enterramos, y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el último vale, cuando *¿quis talia fando temperet à lacrymis?* puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la reina el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel era encantador, el cual con sus artes en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de don Clavijo, y por despecho de la demasía de Antonomasia, los dejó encantados sobre la mesma sepultura, á ella convertida en una jimia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos está un padron asimismo de metal, y en él escritas en lengua siríaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: «No cobrarán su primera forma estos »dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo á las ma»nos en singular batalla, que para solo su gran valor guardan los hados esta nunca »vista aventura.» Hecho esto sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje, y asiéndome á mí por los cabellos hizo finta de querer segarme la gola y cortarme á cercen la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero con todo me esforcé lo mas que pude, y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la ejecucion de tan riguroso castigo. Finalmente hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron estas que están presentes, y después de haber exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo sola tenia, dijo que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas que nos diesen una muerte civil y continua: y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto sentimos todas

que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora veréis; y luego la Dolorida y las demás dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros todos poblados de barbas, cuales rubias, cuales negras, cuales blancas, y cuales albarrazadas, de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque y la Duquesa, pasmados Don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes; y la Trifaldi prosiguió: Desta manera nos castigó aquel follon y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas, que pluguiera al cielo que antes con su desmesurado alfanje nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre: porque si entramos en cuenta, señores mios (y esto que voy á decir agora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor y secos como aristas, y así lo diré sin lágrimas): digo pues, que ¿adónde podrá ir una dueña con barbas? ¿qué padre ó qué madre se dolerá della? ¿quién la dará ayuda? pues aun cuando tiene la tez lisa y el rostro martirizado con mil suertes de menjurjes y mudas, apenas halla quien bien la quiera, ¿que hará cuando descubra hecho un bosque su rostro? ¡Oh dueñas y compañeras mias! en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron; y diciendo esto dió muestras de desmayarse.



CAPÍTULO XL.

DE COSAS QUE ATAÑEN Y TOCAN Á ESTA AVENTURA Y Á ESTA MEMORABLE HISTORIA.

REAL y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como esta deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della, sin dejar cosa por menuda que fuese que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos, finalmente los átomos del mas curioso deseo manifiesta. ¡Oh autor celebérrimo! ¡oh Don Quijote dichoso! ¡oh Dulcinea famosa! ¡oh Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí vivais siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice pues la historia que así como Sancho vió desmayada á la Dolorida dijo: Por la fe de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que

jamás he oido ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Válgate mil satanases, por no maldecirte, por encantador y gigante Malambruno, ¿y no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras sino el de barbarlas? ¿Cómo? ¿y no fuera mejor, y á ellas les estuviera mas á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que nó ponerles barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape. Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos, y así hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra, que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el vello y á pulir las cejas, y hacer otros menjurjes tocantes á mujeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamás quisimos admitirlas, porque las mas oliscan á terceras habiendo dejado de ser primas: y si por el señor Don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura. Yo me pelaria las mias, dijo Don Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras. Á este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: El retintin desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oidos, y ha sido parte para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos; y así de nuevo os suplico, andante ínclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra. Por mí no quedará, respondió Don Quijote: ved, señora, qué es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros. Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al reino de Candaya si se va por tierra hay cinco mil leguas, dos mas á menos; pero si se va por el aire y por la línea recta, hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es tambien de saber, que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaria una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mesmo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada á la linda Magalona, el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza, que parece que los mesmos diablos le llevan. Este tal caballo, segun es tradicion antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlin. Prestósele á Pierres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban, y no le prestaba sino á quien él queria, ó mejor se lo pagaba, y desde el gran Pierres hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia, y otro dia en Potosí: y es lo bueno, que el tal caballo ni come ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un

portante por los aires, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, segun camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él. Á esto dijo Sancho: Para andar reposado y llano mi rucio, puesto que no anda por los aires, pero por la tierra yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo. Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió: Y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó que la señal que me daria por donde yo entendiese que habia hallado el caballero que buscaba, seria enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza. ¿Y cuántos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió: Dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son caballero y escudero cuando falta alguna robada doncella. Querria yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, qué nombre tiene ese caballo. El nombre, respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso, ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué Brilladoro, ni menos Bayarte, que fué el de Reinaldos de Montalvan, ni Frontino, como el de Rugero, ni Bootes, ni Peritoa, como dicen que se llaman los del sol, ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino. Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo Rocinante, que en ser propio excede á todos los que se han nombrado. Así es, respondió la barbada condesa; pero todavía le cuadra mucho, porque se llama *Clavileño el Aligero*, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina; y así en cuanto al nombre bien puede competir con el famoso Rocinante. No me descontenta el nombre, replicó Sancho; pero ¿con qué freno ó con qué jáquima se gobierna? Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija, que volviéndola á una parte ó á otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. Ya lo querria ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda mas blanda que la mesma seda, y querrian ahora que me tuviese en unas ancas de tabla sin cojin ni almohada alguna: pardiez yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie; cada cual se rape como mas le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viaje; cuanto mas que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento destas barbas como lo soy para el desencanto

de mi señora Dulcinea. Sí sois, amigo, respondió la Trifaldi, y tanto, que sin vuestra presencia entiendo que no haremos nada. Aquí del rey, dijo Sancho, ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡cuerpo de mí! aun si dijesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla; pero ¡que escriban á secas: don Paralipomenon de las tres estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente á todo como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de la Duquesa mi señora, y podria ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo. Con todo eso le habeis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos, que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que cierto seria mal caso. Aquí del rey otra vez, replicó Sancho; cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo; pero ¿que lo sufra por quitar las barbas á dueñas? ¡mal año! mas que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada. Mal estais con las dueñas, Sancho amigo, dijo la Duquesa, mucho os vais tras la opinion del boticario toledano; pues á fe que no teneis razon, que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas, que aquí está mi doña Rodriguez, que no me dejará decir otra cosa. Mas que la diga vuestra excelencia, dijo Rodriguez, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas ó malas, barbadas ó lampiñas que seamos las dueñas, tambien nos parieron nuestras madres como á las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y nó á las barbas de nadie. Ahora bien, señora Rodriguez, dijo Don Quijote, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno, que yo sé que no habria navaja que con mas facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno: que Dios sufre á los malos, pero nó para siempre. ¡Ay! dijo á esta sazon la Dolorida, con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos, y socaliñado de pajes, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña: desdichadas de nosotras las dueñas,

que aunque vengamos por línea recta de varon en varon del mismo Héctor el troyano, no dejarán de echarnos un *vos* nuestras señoras si pensasen por ello ser reinas. ¡Oh gigante Malambruno, que aunque eres encantador eres certísimo en tus promesas, envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor, y estas nuestras barbas duran, guay de nuestra ventura! Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho; y propuso en su corazon de acompañar á su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.





CAPÍTULO XLI.

DE LA VENIDA DE CLAVILEÑO, CON EL FIN DESTA DILATADA AVENTURA.

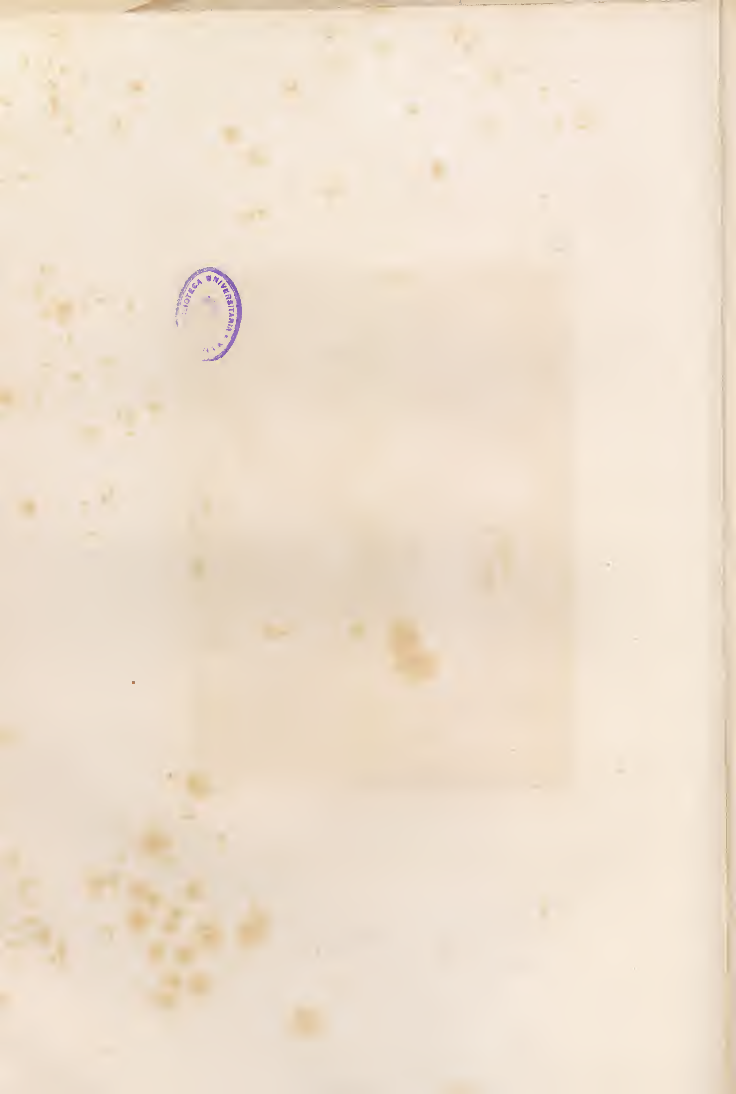
LLEGÓ en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á Don Quijote, pareciéndole que pues Malambruno se detenia en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí cuando á deshora entraron por el jardin cuatro salvajes vestidos todos de verde hiedra, que sobre sus hombros traian un gran caballo de madera. Pusiéronle de piés en el suelo, y uno de los salvajes dijo: Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello. [32] Aquí, dijo Sancho, yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero; y el salvaje prosiguió diciendo: Y ocupe las ancas el escu-

dero, si es que lo tiene, y fíese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay mas que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta que él los llevará por los aires, adonde los atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viaje. Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habian venido. La Dolorida así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á Don Quijote: Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en mas sino en que subas en él con tu escudero, y dés felice principio á vuestro nuevo viaje. Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cojin ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y á todas estas dueñas rasas y mondas. Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo ni de buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires: ¿y qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa mas, que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se cansa ó el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá ínsula ni ínsulos en el mundo que me conozcan: y pues se dice comunmente que en la tardanza va el peligro, y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está san Pedro en Roma, quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador. Á lo que el Duque dijo: Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva, raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones: y pues vos sabeis que sé yo que no hay ningun género de oficio destos de mayor cantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cuál mas, cuál menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais con vuestro señor Don Quijote á dar cima y cabo á esta memorable aventura: que ahora volvais sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, hora la contraria fortuna os traiga y vuelva á pié hecho romero de meson en meson y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra ínsula donde la dejais, y á vuestros insulanos con el mesmo deseo de recebiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la mesma; y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho, que seria hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo. No mas, señor, dijo Sancho, yo soy un po-

bre escudero, y no puedo llevar á cuestas tantas cortesías: suba mi amo, tápenme estos ojos, y encomiéndenme á Dios, y avísenme si cuando vamos por esas altanerías podré encomendarme á nuestro Señor, ó invocar los ángeles que me favorezcan. A lo que respondió Trifaldi: Sancho, bien podeis encomendaros á Dios, ó á quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamentos con mucha sagacidad y con mucho tiento sin meterse con nadie. Ea pues, dijo Sancho, Dios me ayude y la santísima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los batanes, dijo Don Quijote, nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia destos señores os quiero hablar aparte dos palabras; y apartando á Sancho entre unos árboles del jardin, y asiéndole ambas las manos le dijo: Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y así querria que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas. Par Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe de ser menguado: esto es como aquello que dicen, en priesa me ves y doncellez me demandas: ¿ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere vuesa merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad que no tiene vuesa merced razon: vamos ahora á rapar estas dueñas, que á la vuelta yo le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligacion que vuesa merced se contente, y no le digo mas. Y Don Quijote respondió: Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico. No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero aunque fuera de mezcla cumpliera mi palabra. Y con esto se volvieron á subir en Clavileño, y al subir dijo Don Quijote: Tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que quien de tan lueñes tierras envia por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél se fia; y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna. Vamos, señor, dijo Sancho, que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazon, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced, y tápese primero, que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla. Así es la verdad, replicó Don Quijote, y sacando un pañuelo de la faldriquera pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselos cubierto se volvió á descubrir, y dijo: Si mal no me acuerdo, yo he leido en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fué un caballo de madera que

los griegos presentaron á la diosa Palas, el cual iba preñado de caballeros armados, que después fueron la total ruina de Troya, y así será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago. No hay para qué, dijo la Dolorida, que yo le fio, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor: vuesa merced, señor Don Quijote, suba sin pavor alguno, y á mi daño si alguno le sucediere. Parecióle á Don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad seria poner en detrimento su valentía, y así sin mas altercar subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba; y como no tenia estribos, y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz flamenco pintada ó tejida en algun romano triunfo. De mal talante y poco á poco llegó á subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al duque que si fuese posible le acomodasen de algun cojin ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la duquesa, ó del lecho de algun paje, porque las ancas de aquel caballo mas parecian de mármol que de leño. Á esto dijo la Trifaldi, que ningun jaez ni ningun género de adorno sufria sobre sí Clavileño, que lo que podia hacer era ponerse á mujeriegas, y que así no sentiria tanto la dureza. Hízolo así Sancho, y diciendo á Dios, se dejó vendar los ojos, y ya después de vendados se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas ave marías, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen. Á lo que dijo Don Quijote: Ladron, ¿estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, nó á la sepultura, sino á ser reina de Francia, si no mienten las historias? y yo, que voy á tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que tienes, á lo menos en presencia mia. Tápenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende á Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna region de diablos que den con nosotros en Peralvillo? Cubriéronse, y sintiendo Don Quijote que estaba como habia de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces diciendo: Dios te guie, valeroso caballero, Dios sea contigo, escudero intrépido: ya, ya vais por esos aires rompiéndolos con mas velocidad que una saeta, ya comenzais á suspender y admirar á cuantos desde la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no cayas, que será peor tu caida que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del Sol su padre. Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y ciñéndole con los brazos le dijo: Señor, ¿cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que




UNIVERSITARIA

están aquí hablando junto á nosotros? No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres; y no me aprietes tanto, que me derribas, y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los dias de mi vida he subido en cabalgadura de paso mas llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Así es la verdad, respondió Sancho, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando: y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque y la Duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta. Sintiéndose pues soplar Don Quijote, dijo: Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda region del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves: los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera region; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la region del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos. En esto con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho que sintió el calor, dijo: Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos. No hagas tal, respondió Don Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbon, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que habia visto; el cual asimismo dijo, que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse: así que, Sancho, no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva á cargo él dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó neblí sobre la garza, para cogerla por mas que se remonte: y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardin, créeme que debemos de haber hecho gran camino. No sé lo que es, respondió Sancho Panza, solo sé decir que si la señora Magallanes ó Magalona se contentó destas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas pláticas de los dos valientes oian el Duque y la Duquesa y los del jardin, de que recebian extraordinario contento; y queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronado-

res, voló por los aires con extraño ruido, y dió con Don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya se habia desparecido del jardin todo el barbado escuadron de las dueñas, y la Trifaldi y todo; y los del jardin quedaron como desmayados tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron mal trechos, y mirando á todas partes quedaron atónitos de verse en el mesmo jardin de donde habian partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció mas su admiracion cuando á un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

«El ínclito caballero Don Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la »condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida y compañía, con »solo intentarla.

»Malambruno se da por contento y satisfecho á toda su voluntad, y las barbas »de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes don Clavijo y Antonomasia »en su prístino estado; y cuando se cumpliere el escuderil vápulo, la blanca pa»loma se verá libre de los pestíferos girifaltes que la persiguen, y en brazos de su »querido arrullador, que así está ordenado por el sabio Merlin, protoencantador de »los encantadores.»

Habiendo pues Don Quijote leido las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban, y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecian, se fué adonde el Duque y la Duquesa aun no habian vuelto en sí, y trabando de la mano al Duque le dijo: Ea, buen señor, buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada, la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto. El Duque poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa y todos los que por el jardin estaban caidos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podian dar á entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabian fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole ser el mas buen caballero que en ningun siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposicion prometia; pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadron de las dueñas con la Trifaldi habia desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones. Preguntó la Duquesa á Sancho que cómo le habia ido en aquel largo viaje. Á lo cual Sancho respondió: Yo, señora, sentí que íbamos, segun mi señor me dijo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió; mas

yo, que tengo no sé qué briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese por junto á las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hácia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vea cuán altos debíamos de ir entonces. Á esto dijo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decis, que á lo que parece vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo habia de cubrir toda la tierra. Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso la descubrí por un ladito, y la ví toda. Mirad, Sancho, dijo la Duquesa, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira. Yo no sé esas miradas, replicó Sancho, solo sé que será bien que vuestra señoría entienda que pues volábamos por encantamento, por encantamento podia yo ver toda la tierra, y todos los hombres por do quiera que los mirara: y si esto no se me cree, tampoco creerá vuesa merced como descubriéndome por junto á las cejas me ví tan junto al cielo, que no habia de mí á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mia, que es muy grande además: y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas; y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las ví me dió una gana en entretenerme con ellas un rato, y si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo pues, y tomo, y ¿qué hago? sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las cabras, preguntó el Duque, ¿en qué se entretenia el señor Don Quijote? Á lo que Don Quijote respondió: Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del órden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni ví el cielo ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la region del aire, y aun que tocaba á la del fuego; pero que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la última region del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas que Sancho dice sin abrasarnos: y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña. Ni miento ni sueño, respondió Sancho, sino, pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó nó. Dígalas pues, Sancho, dijo la Duquesa. Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de cabras es esa, dijo el Duque, y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores, digo cabras de tales colores. Bien claro está eso, dijo Sancho, sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo. Decidme, Sancho,

preguntó el Duque, ¿vistes allá entre esas cabras algun cabron? Nó, señor, respondió Sancho; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. No quisieron preguntarle mas de su viaje porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardin. En resolucion este fué el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reir á los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar á Sancho siglos si los viviera; y llegándose Don Quijote á Sancho al oido, le dijo: Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que vi en la cueva de Montesinos, y no os digo mas.





CAPÍTULO XLII.

DE LOS CONSEJOS QUE DIÓ DON QUIJOTE Á SANCHO PANZA ANTES QUE FUESE Á GOBERNAR LA ÍNSULA, CON OTRAS COSAS BIEN CONSIDERADAS.



ON el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante viendo el acomodado sujeto que tenian para que se tuviesen por veras; y así habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habian de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro dia, que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque á Sancho que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de mayo. Sancho se le humilló, y le dijo: Después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la tierra, y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenia

tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no habia mas en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese mas de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor ínsula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña, que á solo Dios están reservadas esas mercedes y gracias: lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobre manera fértil y abundosa, donde si vos os sabeis dar maña podeis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser gobernador. Si una vez lo probais, Sancho, dijo el Duque, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. Á buen seguro que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador, que lo será sin duda, segun van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo. Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar aunque sea á un hato de ganado. Con vos me entierren, Sancho, que sabeis de todo, respondió el Duque; y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete, y quédese esto aquí; y advertid que mañana en ese mesmo dia habeis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habeis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida. Vístanme, dijo Sancho, como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza. Así es verdad, dijo el Duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa, que no seria bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitan, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el A. B. C., pero bástame tener el *Christus* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria, dijo el Duque, no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó Don Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se habia de partir á su gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano, y se fué con él á su estancia con intencion de aconsejarle cómo se habia de haber en su oficio. Entrados pues en su aposento cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dijo:

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya

encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á tí á recebir y á encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo nó se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin mas ni mas te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, oh Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recebida, sino que dés gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás á la grandeza que en sí encierra la profesion de la caballería andante. Dispuesto pues el corazon á creer lo que te he dicho, está, oh hijo, atento á este tu Caton, que quiere aconsejarte, y ser norte y guia que te encamine y saque á seguro puerto deste mar proceloso donde vas á engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, oh hijo, has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á tí mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces vendrá á ser feos piés de la rueda de tu locura la consideracion de haber guardado puercos en tu tierra. Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero después algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que nó puercos; pero esto paréceme á mí que no hace al caso, que nó todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. Así es verdad, replicó Don Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuracion maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte, y préciate mas de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran.

Mira, Sancho, si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que los tienen príncipes y señores,

porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte cuando estés en tu ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si trujeres á tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias) enséñala, doctrinala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en tí mas compasion las lágrimas del pobre; pero nó mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algun pleito de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasion propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres las mas veces serán sin remedio, y si le tuvieren será á costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas, y tus oidos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razon en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu juridicion considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto

fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma: escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.





CAPÍTULO XLIII.

DE LOS CONSEJOS SEGUNDOS QUE DIÓ DON QUIJOTE Á SANCHO PANZA.



UIÉN oyera el pasado razonamiento de Don Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta destos segundos documentos que dió á Sancho mostró tener gran donaire, y puso su discrecion y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memo-

ria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos á buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió pues Don Quijote y dijo :

En lo que toca á cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel excremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo antes garras de cernícalo lagartijero : puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que dés librea á tus criados, dásela honesta y provechosa, mas que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres : quiero decir, que si has de vestir seis pajes viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo : y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería : anda despacio, habla con reposo ; pero nó de manera que parezca que te escuchas á tí mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Eso de erutar no entiendo, dijo Sancho, y Don Quijote le dijo : Erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo, y así la gente curiosa se ha acogido al latin, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones : y cuando algunos no entiendan estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan ; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso. En verdad, señor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo. Erutar, Sancho, que nó regoldar, dijo Don Quijote. Erutar diré de aquí adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvide.

Tambien, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que mas parecen disparates que sentencias. Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé mas refranes que un libro,

y viénenseme tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo; mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener seso ha menester. Eso sí, Sancho, dijo Don Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va á la mano: castígame mi madre, y yo trompógelas. Estoite diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refran traido á propósito; pero cargar y ensartar refranes á trochemoche, hace la plática desmayada y baja.

Cuando subieres á caballo no vayas echando el cuerpo sobre el arzon postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo que parezca que vas sobre el rucio, que el andar á caballo á unos hace caballeros, á otros caballerizas.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del dia: y advierte, oh Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria jamás llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es: que jamás te pongas á disputar de linajes, á lo menos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco mas largo, gregüescos ni por pienso, que no les están bien ni á los caballeros ni á los gobernadores.

Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte: andará el tiempo, y segun las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares. Señor, respondió Sancho, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; ¿pero de qué han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magin; pero esotros badulaques y enredos y revoltillos, no se me acuerda ni acordará mas dellos que de las nubes de antaño, y así será menester que se me den por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré á mi confesor para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester. ¡Ah pecador de mí! respondió Don Quijote, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir; porque has de saber, oh Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser

zurdo, arguye una de dos cosas, ó que fué hijo de padres demasiado de humildes y bajos, ó él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querria que aprendieses á firmar siquiera. Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho, que cuando fuí prioste en mi lugar aprendí á bacer unas letras como de marca de fardo, que decian que decia mi nombre, cuanto mas que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y baré que firme otro por mí, que para todo hay remedio sino es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere: cuanto mas que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es mas que ser alcalde, llegaos, que la dejan ver; nó sino popen, y calóñenme, que vendrán por lana, y volverán trasquilados, y á quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siéndolo yo, y siendo gobernador y juntamente liberal como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca: nó sino haceos miel, y paparos han moscas: tanto vales cuanto tienes, decia una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado. ¡Oh maldito seas de Dios, Sancho! dijo á esta sazon Don Quijote: sesenta mil satanases te lleven á tí y á tus refranes: una hora ha que los estás ensartando, y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un dia á la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades. Dime ¿dónde los hallas, ignorante? ¿ó cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno, y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase. Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas. ¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y mas refranes? Y ahora se me ofrecen cuatro, que venian aquí pintiparados ó como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancbo. Ese Sancbo no eres tú, dijo Don Quijote, porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso querria saber qué cuatro refranes te ocurrian ahora á la memoria que venian aquí á propósito, que yo ando recorriendo la mia, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece. Qué mejores, dijo Sancho, que, entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares; y, á idos de mi casa, y qué quereis con mi mujer, no hay responder; y, si da el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro: todos los cuales vienen á pelo. Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas no importa, y á lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como al salíos de mi casa, y qué quereis con mi mujer: pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Así que es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: espantóse la muerta de la degollada; y vuesa

merced sabe bien, que mas sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la ajena. Eso nó, Sancho, respondió Don Quijote, que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, á causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningun discreto edificio; y dejemos esto aquí, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mia la vergüenza; mas consuélome que he hecho lo que debia en aconsejarte con las veras y con la discrecion á mí posible: con esto salgo de mi obligacion y de mi promesa; Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y á mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias. Señor, replicó Sancho, si á vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que mas quiero un solo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y mas, que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa merced mira en ello verá que solo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé mas de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, mas me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno. Por Dios, Sancho, dijo Don Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intencion: quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos; y vámonos á comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.





CAPÍTULO XLIV.

COMO SANCHO PANZA FUÉ LLEVADO AL GOBIERNO, Y DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE EN EL CASTILLO SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE.



ICEN que en el propio original desta historia se lee, que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le habia escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de Don Quijote, por parecerle que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios mas graves y mas entretenidos; y decia que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sujeto, y hablar por las bocas de pocas personas era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor; y que por huir deste incon-

veniente habia usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente*, y la del *Capitan cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que las demás que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo Don Quijote, que no podian dejar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quijote, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de Don Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz: y así en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mesmos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, nó por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir: y luego prosigue la historia diciendo, que en acabando de comer Don Quijote el dia que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscase quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron, y vinieron á manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de Don Quijote; y así llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar, que para él habia de ser ínsula. Acaeció pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del Duque muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discrecion, el cual habia hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se habia de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo pues, que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo se le figuró en su rostro el mesmo de la Trifaldi, y volviéndose á su señor le dijo: Señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del Duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Miró Don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado dijo á Sancho: No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir), que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero nó por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo implicaria contradicion muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intricados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores. No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oidos. Ahora

bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante á ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha. Así lo has de hacer, Sancho, dijo Don Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gaban muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mesmo, sobre un macho á la gineta, y detrás dél, por órden del Duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemaña.

Al despedirse de los Duques les besó las manos, y tomó la bendicion de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos. Deja, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo; y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de jimia, porque los sucesos de Don Quijote ó se han de celebrar con admiracion ó con risa. Cuéntase pues que apenas se hubo partido Sancho, cuando Don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el gobierno lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolía, y preguntóle que de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirian muy á satisfacion de su deseo. Verdad es, señora mia, respondió Don Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demás suplico á vuestra excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dijo la Duquesa, señor Don Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores. Para mí, respondió Don Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y en resolucion, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude. Nó mas, nó mas, señor Don Quijote, replicó la Duquesa: por mí digo que daré órden que ni aun una mosca entre en su estancia, nó que una doncella: no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor Don Quijote, que segun se me ha traslucido, la que mas campea entre sus muchas virtudes es la de

la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vístase á sus solas y á su modo, como y cuando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza nuestro gobernador un deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. Á lo cual dijo Don Quijote: Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala: y mas venturosa y mas conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los mas elocuentes de la tierra. Agora bien, señor Don Quijote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar: venga vuesa merced, y cenemos, y acostaráse temprano, que el viaje que ayer hizo de Candaya no fué tan corto que no haya causado algun molimiento. No siento ninguno, señora, respondió Don Quijote, porque osaré jurar á vuestra excelencia que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin mas ni mas. Á eso se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal, y que mas le traia desasosegado vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran Don Quijote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió Don Quijote á la Duquesa, y en cenando, Don Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadís, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse ¡ oh desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, nó suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía. Afligióse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde una onza de plata; digo seda verde porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dijo: ¡ Oh pobreza, pobreza! no sé yo con qué razon se movió aquel gran poeta cordobés á llamarte dádiva santa desagradecida: yo, aunque moro, bien sé por la comunicacion que he tenido con cristianos que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y po-

breza; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, sino es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: tened todas las cosas como si no las tuviésedes; y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo), ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos mas que con la otra gente? por qué los obligas á dar pantalia á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidro? ¿por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados y nó abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos) y prosiguió: miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle después de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos: miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago. Todo esto se le renovó á Don Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacia, como de la inreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otra color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza. Mató las velas, hacia calor, y no podia dormir: levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardin, y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin: púsose á escuchar atentamente, levantaron la voz los de abajo, tanto que pudo oir estas razones:

No me porfíes, oh Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar, cuanto mas que el sueño de mi señora tiene mas de ligero que de pesado, y no querria que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano seria mi canto si duerme y no despierta para oirle este nuevo Eneas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnida. No dés en eso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la Duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, sino es el señor de tu corazon y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto: canta, lastimada mia, en tono bajo y suave al son de tu arpa, y cuando la Duquesa nos sienta le echaremos la culpa al calor que hace. No está en eso el punto, oh Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor por doncella antojadiza y liviana; pero venga lo que



viniere, que mas vale vergüenza en cara, que mancilla en corazon; y en esto comenzó á tocar una arpa suavísimamente. [33] Oyendo lo cual quedó Don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras, semejantes á aquella, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerías habia leido. Luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar á entender que allí estaba dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que Don Quijote las oyese. Recorrida pues y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance:

Oh tú que estás en tu lecho
   entre sábanas de holanda,
   durmiendo á pierna tendida
   de la noche á la mañana;

Caballero el mas valiente
   que ha producido la Mancha,
   mas honesto y mas bendito
   que el oro fino de Arabia;

Oye á una triste doncella,
   bien crecida y mal lograda,
   que en la luz de tus dos soles
   se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras
   y ajenas desdichas hallas,
   das las feridas, y niegas
   el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso jóven,
   que Dios prospere tus ansias,
   ¿si te criaste en la Libia,
   ó en las montañas de Jaca?

¿Si sierpes te dieron leche?
   ¿si á dicha fueron tus amas
   la aspereza de las selvas
   y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
á una tigre y fiera brava.

Por esto será famosa
desde Henares á Jarama,
desde el Tajo á Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.

Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya
de las mas gayadas mias,
que de oro la adornan franjas.

¡Oh quién se viera en tus brazos,
ó sino junto á tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada:
los piés quisiera traerte,
que á una humilde esto le basta.

¡Oh qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herreruelos de holanda!

¡Qué de finísimas perlas,
cada cual como una agalla,
que á no tener compañeras,
las solas fueran llamadas!

No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
ni le avives con tu saña:

Niña soy, pulcela tierna,
mi edad de quince no pasa,
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima.

No soy renca ni soy coja,
ni tengo nada de manca,
los cabellos como lirios,
que en pié por el suelo arrastran.

Y aunque es mi boca aguileña,
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topacios,
mi belleza al cielo ensalza.

Mi voz ya ves, si me escuchas,
que á la que es mas dulce iguala,
y soy de disposicion
algo menos que mediana.

Estas y otras gracias mias
son despojos de tu aljaba:
desta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido Don Quijote, el cual dando un gran suspiro dijo entre sí: ¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! ¿qué la quereis, reinas? ¿á qué la perseguis, emperatrices? ¿para qué la acosais, doncellas de á catorce á quince años? dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazon, y entregarle mi alma: mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras acíbar: para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje: para ser yo suyo, y nó de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra; y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno.



CAPÍTULO XLV.

DE COMO EL GRAN SANCHO PANZA TOMÓ LA POSESION DE SU ÍNSULA, Y DEL MODO QUE COMENZÓ Á GOBERNAR.



H perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales, y aunque lo parece, nunca te pones. Á tí digo, oh Sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: á tí digo que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del gobierno del gran Sancho Panza, que sin tí yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenia. Diéronle á entender que se llamaba la ínsula Barataria, ó ya porque el lugar se llamaba Baratario, ó ya por el barato con que se le habia dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recebirle, tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron á la iglesia mayor á dar gracias á Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenia admirada á toda la gente que el busilis del cuento no sabia, y aun á todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente en sacándole de la iglesia le llevaron á la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el mayordomo del Duque le dijo: Es costumbre antigua en esta ínsula, señor gobernador, que el que viene á tomar posesion desta famosa ínsula está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intricada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador; y así ó se alegra ó se entristece con su venida. En tanto que el mayordomo decia esto á Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabia leer preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuéle respondido: Señor, allí está escrito y notado el dia en que V. S. tomó posesion desta ínsula, y dice el epitafio: Hoy dia á tantos de tal mes y de tal año tomó la posesion desta ínsula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce. ¿Y á quién llaman don Sancho Panza? preguntó Sancho. Á V. S., respondió el mayordomo, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla. Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de dones ni donas, y yo imagino que en esta ínsula debe de haber mas dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro dias yo escarde estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca ó no se entristezca el pueblo. Á este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque traia unas tijeras en la mano, y el sastre dijo: Señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuesa merced en razon que este buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo con perdon de los presentes soy sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: Señor, ¿habria en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño le respondí que sí: él debióse de imaginar, á

lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinion de los sastres, y replicóme que mirase si habria para dos: adivinéle el pensamiento y díjele que sí, y él, caballero en su dañada y primera intencion, fué añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos á cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas, yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague, ó vuelva su paño. ¿Es todo esto así, hermano? preguntó Sancho. Sí señor, respondió el hombre; pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. De buena gana, respondió el sastre; y sacando incontinente la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: Hé aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso á considerar un poco, y dijo: Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varon, y así yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no haya mas. Si la sentencia pasada [34] de la bolsa del ganadero movió á admiracion á los circunstantes, esta les provocó á risa; pero en fin se hizo lo que mandó el gobernador, ante el cual se presentaron dos hombres ancianos; el uno traia una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo: Señor, á este buen hombre le presté dias ha diez escudos de oro en oro por hacerle placer y buena obra, con condicion que me los volviese cuando se los pidiese: pasáronse muchos dias sin pedírselos por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenia cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, que ya me los ha vuelto: yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: querria que vuesa merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios. ¿Qué decis vos á esto, buen viejo del báculo? dijo Sancho. Á lo que dijo el viejo: Yo, señor, confieso que me los prestó; y baje vuesa merced esa vara, y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente. Bajó el gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habian prestado aquellos diez escudos que se le pedian; pero que él se los habia vuelto de su mano á la suya, y que por no caer en ello se los volvia á pedir por momentos. Viendo lo cual el gran gobernador preguntó al acreedor qué respondia á lo que decia su con-

trario, y dijo que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se le debia de haber olvidado el cómo y cuándo se los habia vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediria nada. Tornó á tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin mas ni mas se iba, y viendo tambien la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se habia ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho, le dijo: Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester. De muy buena gana, respondió el viejo: héle aquí, señor, y púsosele en la mano: tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo le dijo: Andad con Dios, que ya vais pagado. ¿Yo, señor? respondió el viejo; ¿pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Sí, dijo el gobernador, ó sino yo soy el mayor porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino; y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazon della hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomon. Preguntáronle de dónde habia colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos: y respondió, que de haberle visto dar el viejo que juraba á su contrario aquel báculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los habia dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginacion que dentro dél estaba la paga de lo que pedian: de donde se podia colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y mas que él habia oido contar otro caso como aquel al cura de su lugar, y que él tenia tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que queria acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente el un viejo corrido y el otro pagado se fuéron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribia las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendria y pondria por tonto ó por discreto.

Luego acabado este pleito entró en el juzgado una mujer asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venia dando grandes voces diciendo: Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra la iré á buscar al cielo. Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años ha, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme. Aun eso está por averiguar si tiene limpias ó nó

las manos este galan, dijo Sancho, y volviéndose al hombre le dijo ¿qué decia y respondia á la querella de aquella mujer? El cual todo turbado respondió: Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia deste lugar de vender (con perdon sea dicho) cuatro puercos, que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco menos de lo que ellos valian: volvíame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos: paguéle lo soficiente, y ella mal contenta asió de mí, y no me ha dejado hasta traerme á este puesto: dice que la forcé, y miente para el juramento que hago ó pienso hacer; y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Entonces el gobernador le preguntó si traia consigo algun dinero en plata: él dijo que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase así como estaba á la querellante: él lo hizo temblando; tomóla la mujer, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, con esto se salió del juzgado llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazon se iban tras su bolsa: Buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa aunque no quiera, y volved aquí con ella: y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos esperando el fin de aquel pleito, y de allí á poco volvieron el hombre y la mujer mas asidos y aferrados que la vez primera: ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela, mas no era posible segun la mujer la defendia, la cual daba voces diciendo: Justicia de Dios y del mundo: mire vuesa merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado, y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme. ¿Y háosla quitado? preguntó el gobernador. ¿Cómo quitar? respondió la mujer, antes me dejara yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: bonita es la niña, otros gatos me han de echar á las barbas, que nó este desventurado y asqueroso: tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones, antes el ánima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitársela, y dejóla. Entonces el gobernador dijo á la mujer: Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa: ella se la dió luego, y el gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada: Hermana mia, si el mismo aliento y valor que habeis mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza: andad con Dios y mucho de enhoramala, y no pareis en toda esta ínsula, ni en seis leguas á la re-

donda, so pena de docientos azotes: andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora. Espantóse la mujer, y fuése cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre: Buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le quereis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuése, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual notado de su coronista fué luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando: y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo alborozado con la música de Altisidora.





CAPÍTULO XLVI.

DEL TEMEROSO ESPANTO CENCERRIL Y GATUNO QUE RECIBIÓ DON QUIJOTE EN EL DISCURSO DE LOS AMORES DE LA ENAMORADA ALTISIDORA.



EJAMOS al gran Don Quijote envuelto en los pensamientos que le habia causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y como si fueran pulgas no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo cual visto por Don Quijote dejó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su

manton de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahalí de sus hombros con su buena y tajadora espada; asió un gran rosario que consigo contino traia, y con gran prosopopeya y contoneo salió á la antesala, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos y como esperándole, y al pasar por una galería estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga; y así como Altisidora vió á Don Quijote fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho. Don Quijote que lo vió, llegándose á ellas dijo: Ya sé yo de qué proceden estos accidentes. No sé yo de qué, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto ha que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: váyase vuesa merced, señor Don Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere. Á lo que respondió Don Quijote: Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados: y con esto se fué porque no fuese notado de los que allí le viesen. No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora dijo á su compañera: Menester será que se le ponga el laud, que sin duda Don Quijote quiere darnos música, y no será mala siendo suya. Fuéron luego á dar cuenta á la Duquesa de lo que pasaba y del laud que pedia Don Quijote, y ella alegre sobre modo concertó con el Duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese mas risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se habia venido el dia, el cual pasaron los Duques en sabrosas pláticas con Don Quijote: y la Duquesa aquel dia real y verdaderamente despachó á un paje suyo, que habia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea, á Teresa Panza con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que habia dejado para que se le enviase, encargándole le trujese buena relacion de todo lo que con ella pasase. Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche halló Don Quijote una vihuela en su aposento: templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardin, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel dia habia compuesto.

Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio á las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.

Suele el coser y el labrar,
y el estar siempre ocupada,
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.
Las doncellas recogidas,
que aspiran á ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.
Los andantes caballeros,
y los que en la corte andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.
Hay amores de levante,
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al poniente,
porque en el partir se acaban.
El amor recien venido,
que hoy llegó, y se va mañana,
las imágines no deja
bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura,
ni se muestra, ni señala,
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.
Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo,
que es imposible borrarla.
La firmeza en los amantes
es la parte mas preciada,
por quien hace amor milagros,
y asimesmo los levanta.

Aquí llegaba Don Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el Duque y la Duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso desde encima de un corredor, que sobre la reja de Don Quijote á plomo caia, descolgaron un cordel, donde venian mas de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traian cencerros menores atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los Duques habian sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y

temeroso Don Quijote quedó pasmado; y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra parecia que una region de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba: la mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse Don Quijote en pié, y poniendo mano á la espada comenzó á tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces: Afuera, malignos encantadores, afuera, canalla hechiceresca, que yo soy Don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones; y volviéndose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno viéndose tan acosado de las cuchilladas de Don Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor Don Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea: acudió el Duque á despartirla, y Don Quijote dijo á voces: No me le quite nadie, déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quién es Don Quijote de la Mancha. Pero el gato no curándose destas amenazas gruñia y apretaba. Mas en fin el Duque se le desarraigó y le echó por la reja: quedó Don Quijote acribado el rostro, y nó muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habian dejado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrin encantador. Hicieron traer aceite de Aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponérselas con voz baja le dijo: Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues á tálamo con ella, á lo menos viviendo yo, que te adoro. Á todo esto no respondió Don Quijote otra palabra sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, nó porque él tenia temor de aquella canalla gatesca, encantadora y cencerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los Duques le dejaron sosegar, y se fuéron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á Don Quijote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.



CAPÍTULO XLVII.

DONDE SE PROSIGUE CÓMO SE PORTABA SANCHO PANZA EN SU GOBIERNO.



UENTA la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pié un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca tohalla con que estaban cubiertas las frutas y

mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echó la bendicion, y un paje puso un babador randado á Sancho: otro que hacia el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho quedó suspenso, y mirando á todos preguntó si se habia de comer aquella comida como juego de Maesecoral. Á lo cual respondió el de la vara: No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complexion del gobernador para acertar á curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así mandé quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar por ser demasiadamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical donde consiste la vida. Desa manera aquel plato de perdices que están allí asadas, y á mi parecer bien sazonadas, no me harán algun daño. Á lo que el médico respondió: Esas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida. ¿Pues por qué? dijo Sancho. Y el médico respondió: Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdīcis autem pessima.* Quiere decir: toda hartazga es mala, pero la de las perdices malísima. Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará mas provecho y cuál menos daño, y déjeme comer dél, sin que me le apalee, porque por vida del gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él mas me diga, antes será quitarme la vida, que aumentármela. Vuesa merced tiene razon, señor gobernador, respondió el médico, y así es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo: de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aun se pudiera probar, pero no hay para qué. Y Sancho dijo: Aquel platonazo que está mas adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho. *Absit*, dijo el médico, vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida: allá las ollas podridas para los canónigos, ó para los retores

de colegios, ó para las bodas labradorescas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura: y la razon es, porque siempre y á do quiera y de quien quiera son mas estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas: mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion. Oyendo esto Sancho se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba, y dónde habia estudiado. Á lo que él respondió: Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodobar del Campo á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. Á lo que respondió Sancho todo encendido en cólera: Pues, señor doctor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodobar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante; sino voto al sol que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como á personas divinas: y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí, sino tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza; y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república; y denme de comer, ó sino tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas. Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomándose el maestresala á la ventana volvió diciendo: Correo viene del Duque mi señor, algun despacho debe de traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno le puso en las manos del gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decia así: *A don Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano, ó en las de su secretario.* Oyendo lo cual Sancho dijo: ¿Quién es aquí mi secretario? y uno de los que presentes estaban respondió: Yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaíno. Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podeis ser secretario del mismo emperador: abrid ese pliego, y mirad lo que dice. Hízolo así el recien nacido secretario, y habiendo leido lo que decia, dijo que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demás y el médico se fuéron; y luego el secretario leyó la carta, que así decia:

«Á mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que unos enemigos mios y »desa ínsula la han de dar un asalto furioso, no sé qué noche: conviene velar y es»tar alerta, porque no le tomen desapercebido. Sé tambien por espías verdaderas »que han entrado en ese lugar cuatro personas disfrazadas para quitaros la vida, »porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quién llega á hablaros, »y no comais de cosa que os presentaren. Yo tendré cuidado de socorreros si os »viéredes en trabajo, y en todo haréis como se espera de vuestro entendimiento. »Deste lugar á diez y seis de agosto, á las cuatro de la mañana. Vuestro amigo el »Duque.»

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo le dijo: Lo que agora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la de la hambre. Tambien, dijo el maestresala, me parece á mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, detrás de la cruz está el diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por ahora denme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo pasar sin comer: y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos; porque tripas llevan corazon, que nó corazon tripas: y vos, secretario, responded al Duque mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda sin faltar punto; y daréis de mi parte un besamanos á mi señora la Duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi mujer Teresa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino podeis encajar un besamanos á mi señor Don Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido; y vos como buen secretario y como buen vizcaino podeis añadir todo lo que quisiéredes y mas viniere á cuento: y álcense estos manteles, y denme á mí de comer, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula. En esto entró un paje, y dijo: Aquí está un labrador negociante, que quiere hablar á vuestra señoría en un negocio, segun él dice, de mucha importancia. Extraño caso es este, dijo Sancho, destos negociantes: ¿es posible que sean tan necios que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia que si me dura el gobierno (que no durará segun se me trasluce) que yo ponga en pretina á mas de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que entre; pero adviértase primero no sea alguno de los

espías ó matador mio. Nó señor, respondió el paje, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco ó él es tan bueno como el buen pan. No hay que temer, dijo el mayordomo, que aquí estamos todos. ¿Seria posible, dijo Sancho, maestresala, que agora que no está aquí el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla? Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará V. S. satisfecho y pagado, dijo el maestresala. Dios lo haga, respondió Sancho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo fué: ¿Quién es aquí el señor gobernador? ¿Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla? Humíllome pues á su presencia, dijo el labrador, y poniéndose de rodillas le pidió la mano para besársela. Negósela Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hízolo así el labrador, y luego dijo: Yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real. ¿Otro Tirteafuera tenemos? dijo Sancho: decid, hermano, que lo que yo os sé decir es que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo. Es pues el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana: tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado: soy viudo, porque se murió mi mujer, ó por mejor decir me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor, porque no tuviera invidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado. De modo, dijo Sancho, que si vuestra mujer no se hubiera muerto ó la hubieran muerto, vos no fuérades agora viudo. Nó señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados estamos, replicó Sancho: adelante hermano, que es hora de dormir, mas que de negociar. Digo pues, dijo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser bachiller, se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquísimo: y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines; aunque si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo, por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas: y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que

si se usaran aspar labios pudieran hacer dellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberengenado: y perdóneme el señor gobernador si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir, respondió el labrador, pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos; y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que si se pudiera levantar diera con la cabeza en el techo; y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, que está añudada, y con todo en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura. Está bien, dijo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habeis pintado de los piés á la cabeza: ¿qué es lo que quereis ahora? y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras. Querria, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de la naturaleza, porque para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus; y de haber caido una vez en el fuego tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condicion de un ángel, y sino es que se aporrea y se da de puñadas él mesmo á sí mesmo, fuera un bendito. ¿Quereis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho. Otra cosa querria, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; pero vaya, que en fin no se me ha de podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querria que vuesa merced me diese trecientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi bachiller; digo para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por sí, sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros. Mirad si quereis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejeis de decir por empacho ni por vergüenza. Nó por cierto, respondió el labrador: y apenas dijo esto, cuando levantándose en pié el gobernador asió de la silla en que estaba sentado, y dijo: Voto á tal, don patan, rústico y mal mirado, que si no os apartais y ascondeis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza. Hideputa bellaco, pintor del mesmo demonio, ¿y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? ¿y dónde los tengo yo, hediondo? ¿y por qué te los habia de dar aunque los tuviera, socarron y mentecato? ¿y qué se me da á mí de Miguel Turra, ni de todo el linaje de los Perlerines? Va de mí, digo, sino por vida del Duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel

Turra, sino algun socarron, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aun no ha dia y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizo de señas el maestresala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo, y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacon supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos á Don Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho dias; en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas desta historia por mínimas que sean.





CAPÍTULO XLVIII.

DE LO QUE LE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE CON DOÑA RODRIGUEZ LA DUEÑA DE LA DUQUESA, CON OTROS ACONTECIMIENTOS DIGNOS DE ESCRITURA Y DE MEMORIA ETERNA.



DEMÁS estaba mohino y malencólico el mal ferido Don Quijote, vendado el rostro, y señalado, nó por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anejas á la andante caballería. Seis dias estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales estando despierto y desvelado pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fe que guardar debia á su señora Dulcinea del Toboso. Nó, dijo creyendo á su imagina-

cion (y esto con voz que pudiera ser oida), no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazon y en lo mas escondido de mis entrañas, ora estés, señora mia, transformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren, que adonde quiera eres mia, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo. El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pié sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro por los aruños, los bigotes porque no se le desmayasen y cayesen: en el cual traje parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña con unas tocas blancas repulgadas y luengas, tanto que la cubrian y enmantaban desde los piés á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traia una media vela encendida, y con la derecha se hacia sombra porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes antojos: venia pisando quedito, y movia los piés blandamente. Miróla Don Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño y notó su silencio, pensó que alguna bruja ó maga venia en aquel traje á hacer en él alguna mala fechuría, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la vision, y cuando llegó á la mitad del aposento alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces Don Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya; porque así como le vió tan alto y tan amarillo con la colcha y con las vendas que le desfiguraban, dió una gran voz diciendo: ¡Jesús! ¿qué es lo que veo? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viéndose á escuras volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caida. Don Quijote temeroso comenzó á decir: Conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena dímelo, que yo haré por tí todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la órden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende. La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de Don Quijote, y con voz afligida y baja le respondió: Señor Don Quijote (si es que acaso vuesa merced es Don Quijote), yo no soy fantasma ni vision, ni alma de purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado, sino doña Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la Duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar, á vuesa merced vengo. Dígame, señora doña Rodriguez, dijo Don Quijote, ¿por ventura viene vuesa merced á hacer alguna tercería? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie, merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del

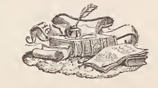
Toboso. Digo en fin, señora doña Rodriguez, que como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que mas mandare y mas en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre. ¿Yo recado de nadie, señor mio? respondió la dueña: mal me conoce vuesa merced: sí que aun no estoy en edad tan prolongada que me acoja á semejantes niñerías, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco, saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contar mis cuitas como á remediador de todas las del mundo: y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó Don Quijote sosegado y pensativo esperándola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura; y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y decíase á sí mismo: ¿Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme agora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? que yo he oido decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede, antes os la dará roma que aguileña; ¿y quién sabe si esta soledad, esta ocasion y este silencio despertará mis deseos, que duermen, y harán que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado? y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho del mundo: ¿por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? afuera pues, caterva dueñesca, inútil para ningun humano regalo: ¡oh cuán bien hacia aquella señora de quien se dice que tenia dos dueñas de bulto con sus antojos y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estatuas como las dueñas verdaderas! Y diciendo esto se arrojó del lecho con intencion de cerrar la puerta y no dejar entrar á la señora Rodriguez; mas cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodriguez volvia, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vió á Don Quijote de mas cerca envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquin temió de nuevo, y retirándose atrás como dos pasos dijo: ¿Estamos seguras, señor caballero? porque no tengo á muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho. Eso mesmo es bien que yo pregunte, señora, respondió Don Quijote: y así pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado. ¿De quién ó á quién pedis, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña. Á vos y de vos la pido, replicó Don Quijote, porque ni yo soy de mármol ni vos de bronce, ni ahora son las diez del dia, sino media noche, y aun un poco mas

segun imagino, y en una estancia mas cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó á la hermosa y piadosa Dido. Pero dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas: y diciendo esto besó su derecha mano, y la asió de la suya, que ella le dió con las mesmas ceremonias. Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que por Mahoma que diera por ver ir á los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenia. Entróse en fin Don Quijote en su lecho, y quedóse doña Rodriguez sentada en una silla algo desviada de la cama, no quitándose los antojos ni la vela. Don Quijote se acorrucó y se cubrió todo, no dejando mas del rostro descubierto: y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fué Don Quijote diciendo: Puede vuesa merced ahora, mi señora doña Rodriguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazon y lastimadas entrañas, que será de mí escuchada con castos oidos, y socorrida con piadosas obras. Así lo creo yo, respondió la dueña, que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced no se podia esperar sino tan cristiana respuesta. Es pues el caso, señor Don Quijote, que aunque vuesa merced me ve sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragon, y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linaje que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo sin saber cómo ni cómo nó, me trujeron á la corte de Madrid, donde por bien de paz y por excusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora; y quiero hacer sabidor á vuesa merced que en hacer vainillas y labor blanca ninguna me ha echado el pié adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo, y se volvieron á su tierra, y de allí á pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran además buenos y católicos cristianos. Quedé huérfana, y atenida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suele dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasion á ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya en dias, barbudo y apersonado, y sobre todo hidalgo eomo el rey, porque era montañés. No tratamos tan secretamente nuestros amores que no viniesen á noticia de mi señora, la cual por excusar dimes y diretes nos casó en paz y en haz de la santa madre Iglesia católica romana, de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia; nó porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazon, sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara: y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: Perdóneme vuesa merced, señor Don Quijote, que no va mas en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Vá-

lame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! que entonces no se usaban coches ni sillas, como agora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos: esto á lo menos no puedo dejar de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella un alcalde de corte con dos alguaciles delante, y así como mi buen escudero le vió volvió las riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le decia: ¿Qué haceis, desventurado, no veis que voy aquí? El alcalde de comedido detuvo la rienda al caballo, y díjole: Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar á mi señora doña Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido con la gorra en la mano á querer ir acompañando al alcalde. Viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzon del estuche, y clavóselo por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara, digo la gente baldía que en ella estaba. Vínose á pié mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo tanto, que los muchachos le corrian por las calles, y por esto y porque él era algun tanto corto de vista, mi señora le despidió, [35] de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada y con hija á cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labrandera, mi señora la Duquesa, que estaba recien casada con el Duque mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragon, y á mi hija ni mas ni menos, adonde yendo dias y viniendo dias creció mi hija y con ella todo el donaire del mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento: de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno mas á menos. En resolucion, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del Duque mi señor, no muy lejos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo nó, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo burló á mi hija, y no se la quiere cumplir: y aunque el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado á él, nó una, sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apenas quiere oirme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningun modo. Querria pues, señor mio, que

vuesa merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas; pues segun todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables: y póngasele á vuesa merced por delante la horfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato: y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desenvuelta y gallarda, puesta en comparacion de mi hija no la llega con dos leguas: porque quiero que sepa vuesa merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene mas de presuncion que de hermosura, y mas de desenvuelta que de recogida: además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto á ella un momento; y aun mi señora la Duquesa..... quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oidos. ¿Qué tiene mi señora la Duquesa por vida mia, señora doña Rodriguez? preguntó Don Quijote. Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor Don Quijote, la hermosura de mi señora la Duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena. ¡Santa María! dijo Don Quijote; ¿y es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzos; pero pues la señora doña Rodriguez lo dice, debe de ser así; pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud. Apenas acabó Don Quijote de decir esta razon cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á doña Rodriguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban gañir, y que otra persona con mucha presteza sin hablar palabra le alzaba las faldas, y con una al parecer chinela le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion: y aunque Don Quijote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia qué podia ser aquello, y estábase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca; y no fué vano su temor, porque en dejando molida á la dueña los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron á Don Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha le pellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que

no pudo dejar de defenderse á puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, saliéronse las fantasmas, recogió doña Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgracia se salió por la puerta afuera sin decir palabra á Don Quijote, el cual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos deseoso de saber quién habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.





CAPÍTULO XLIX.

DE LO QUE LE SUCEDIÓ Á SANCHO PANZA RONDANDO SU ÍNSULA.

DEJAMOS al gran gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarron, el cual industriado del mayordomo, y el mayordomo del Duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenia tiesas á todos, magüera tonto, bronco y rollizo, y dijo á los que con él estaban y al doctor Pedro Recio, que como se acabó el secreto de la carta del Duque habia vuelto á entrar en la sala: Ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas y á todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo solo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y

murmuran, y le roen los huesos, y aun le deslindan los linajes. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera sazon y coyuntura para negociar: no vengas á la hora del comer ni á la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, sino es yo, que no le doy de comer á la mia, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, que así se la dé Dios á él y á todos los de su ralea, digo á la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen. Todos los que conocian á Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian á qué atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador, y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo sin moverse de un lugar, todavía se llegó por él tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicon de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera algo entrada en dias. Entregóse en todo con mas gusto que si le hubieran dado francolines de Milan, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moron, ó gansos de Lavajos, y entre la cena volviéndose al doctor le dijo: Mirad, señor doctor, de aquí adelante no os cureis de darme á comer cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas, y si acaso le dan otros manjares de palacio los recibe con melindre, y algunas veces con asco: lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras mas podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algun dia: y no se burle nadie conmigo, porque, ó somos ó no somos, vivamos todos y comamos en buena paz y compaña, pues cuando Dios amanece para todos amanece; yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho; y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el virote, porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, y que si me dan ocasion han de ver maravillas: nó sino haceos miel, y comeros han moscas. Por cierto, señor gobernador, dijo el maestresala, que vuesa merced tiene mucha razon en cuanto ha dicho; y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos desta ínsula, que han de servir á vuesa merced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde. Yo lo creo, respondió Sancho, y serian ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa

y hace mas al caso; y en siendo hora vamos á rondar, que es mi intencion limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida: porque quiero que sepais, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto á la religion y á la honra de los religiosos. ¿Qué os parece de esto, amigos? ¿digo algo, ó quiébrome la cabeza? Dice tanto vuesa merced, señor gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos: cada dia se ven cosas nuevas en el mundo; las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegó la noche, y cenó el gobernador con licencia del señor doctor Recio. Aderezáronse de ronda, salió con el mayordomo, secretario y maestresala, y el coronista que tenia cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos tantos, que podian formar un mediano escuadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no habia mas que ver, y pocas calles andadas del lugar sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñian, los cuales viendo venir á la justicia se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo: Aquí de Dios y del rey; cómo, ¿y que se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo, y que salgan á saltear en él en la mitad de las calles? Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme qué es la causa desta pendencia, que yo soy el gobernador. El otro contrario dijo: Señor gobernador, yo la diré con toda brevedad: vuesa merced sabrá que este gentil hombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego que está aquí frontero mas de mil reales, y sabe Dios cómo; y hallándome yo presente juzgué mas de una suerte dudosa en su favor contra todo aquello que me dictaba la conciencia: alzóse con la ganancia; y cuando esperaba que me habia de dar algun escudo por lo menos de barato, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa: yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron ni me le dejaron; y el socarron, que es mas ladron que Caco, y mas fullero que Andradilla, [36] no queria darme mas de cuatro reales, porque vea vuesa merced, señor gobernador, qué poca vergüenza y qué poca conciencia; pero á fe que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que habia de saber con cuántas entraba la romana. ¿Qué decis vos á esto? preguntó Sancho. Y el otro respondió que era

verdad cuanto su contrario decia, y no habia querido darle mas de cuatro reales porque se los daba muchas veces; y los que esperan barato han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal que él era hombre de bien, y nó ladron, como decia, ninguna habia mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen. Así es, dijo el mayordomo; vea vuesa merced, señor gobernador, qué es lo que se ha de hacer destos hombres. Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho: vos, ganancioso, bueno ó malo, ó indiferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y mas habeis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel: y vos, que no teneis oficio ni beneficio, y andais de nones en esta ínsula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid desta ínsula desterrado por diez años, so pena si lo quebrantáredes los cumplais en la otra vida colgándoos yo de una picota, ó á lo menos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsó el uno, recibió el otro, este se salió de la ínsula, y aquel se fué á su casa, y el gobernador quedó diciendo: Ahora yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales. Esta á lo menos, dijo un escribano, no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y mas es sin comparacion lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes: contra otros garitos de menor cantía podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que mas daño hacen y mas insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales, y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio comun, mejor es que se juegue en casas principales que nó en la de algun oficial, donde cogen á un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo. Agora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso. Y en esto llegó un corchete, que traia asido á un mozo, y dijo: Señor gobernador, este mancebo venia hácia nosotros, y así como columbró la justicia volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algun delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamás. ¿Por qué huias, hombre? preguntó Sancho. Á lo que el mozo respondió: Señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen. ¿Qué oficio tienes? Tejedor. ¿Y qué tejes? Hierros de lanzas con licencia buena de vuesa merced. ¿Graciosico me sois? ¿de chocarrero os picais? Está bien: ¿y adónde íbades ahora? Señor, á tomar el aire. ¿Y adónde se toma el aire en esta ínsula? Adonde sopla. Bueno, respondeis muy á propósito; discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa, y os encamino á la cárcel. Asilde, ola, y llevadle, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche. Par Dios, dijo el mozo, así me haga [37] vuesa merced dormir en la cárcel como hacerme

rey, ¿Pues por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho; ¿no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere? Por mas poder que vuesa merced tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel. ¿Cómo que nó? replicó Sancho: llevalde luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque mas el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados si te deja salir un paso de la cárcel. Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo: el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven. Dime, demonio, dijo Sancho, ¿tienes algun ángel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar echar? Ahora, señor gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estémos á razon y vengamos al punto. Prosuponga vuesa merced que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, será vuesa merced bastante con todo su poder para hacerme dormir si yo no quiero? Nó por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intencion. ¿De modo, dijo Sancho, que no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y nó por contravenir á la mia? Nó, señor, dijo el mozo, ni por pienso. Pues andad con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burleis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos. Fuése el mozo, y el gobernador prosiguió con su ronda, y de allí á poco vinieron dos corchetes, que traian á un hombre asido, y dijeron: Señor gobernador, este que parece hombre no lo es, sino mujer, y nó fea, que viene vestida en hábito de hombre. Llegáronle á los ojos dos ó tres lanternas, á cuyas luces descubrieron un rostro de una mujer al parecer de diez y seis ó pocos mas años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas: miráronla de arriba abajo, y vieron que venia con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco y rapacejos de oro y aljófar, los gregüescos eran verdes de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla de lo mesmo suelta, debajo de la cual traia un jubon de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre: no traia espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos. Finalmente la moza parecia bien á todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar dijeron que no podian pensar quién fuese, y los consabidores de las burlas que se habian de hacer á Sancho fueron los que mas se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venia ordenado por ellos, y así estaban dudosos esperando en qué pararia el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quién era, adónde iba, y qué ocasion le habia movido para vestirse en aquel hábito. Ella, puestos los ojos en

tierra, con honestísima vergüenza respondió: No puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto: una cosa quiero que se entienda, que no soy ladron ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos zelos ha hecho romper el decoro que á la honestidad se debe. Oyendo esto el mayordomo dijo á Sancho: Haga, señor gobernador, apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere. Mandólo así el gobernador, apartáronse todos, sino fueron el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose pues solos, la doncella prosiguió diciendo: Yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar, el cual suele muchas veces ir en casa de mi padre. Eso no lleva camino, dijo el mayordomo, señora, porque yo conozco muy bien á Pedro Perez, y sé que no tiene hijo ninguno, ni varon ni hembra: y mas, que decis que es vuestro padre, y luego añadis que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. Ya yo habia dado en ello, dijo Sancho. Ahora, señores, yo estoy turbada, y no sé lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuesas mercedes deben de conocer. Aun eso lleva camino, respondió el mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que después que enviudó no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada que no da lugar al sol que la vea, y con todo esto la fama dice que es en extremo hermosa. Así es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo: si la fama miente ó nó en mi hermosura, ya os habréis, señores, desengañado, pues me habeis visto, y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo cual el secretario se llegó al oido del maestresala, y le dijo muy paso: Sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y á tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No hay dudar en eso, respondió el maestresala, y mas que esa sospecha la confirman sus lágrimas. Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que le habia sucedido, que todos procurarian remediarlo con muchas veras y por todas las vias posibles. Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años ha, que son los mismos que á mi madre come la tierra: en casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto que el sol del cielo de dia, y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mio, y de Pedro Perez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento y este negarme el salir de casa siquiera á la iglesia, ha muchos dias y meses que me trae muy desconsolada: quisiera yo ver el mundo, ó á lo menos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben

guardar á sí mesmas. Cuando oia decir que corrian toros y jugaban cañas y se representaban comedias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto: él me lo declaraba por los mejores modos que sabia; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdicion digo que yo rogué y pedí á mi hermano, que nunca tal pidiera ni tal rogara.... y tornó á renovar el llanto. El mayordomo le dijo: Prosiga vuesa merced, señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen á todos suspensos sus palabras y sus lágrimas. Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lágrimas sí que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes. Habíase sentado en el alma del maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su lanterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lágrimas las que lloraba, sino aljófar ó rocío de los prados, y aun las subia de punto, y las llegaba á perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el gobernador de la tardanza que tenia la moza en dilatar su historia, y díjole que acabase de tenerlos mas suspensos, que era tarde, y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella entre interrotos sollozos y mal formados suspiros dijo: No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacase una noche á ver todo el pueblo cuando nuestro padre durmiese: él importunado de mis ruegos condescendió con mi deseo, y poniéndome este vestido, y él vistiéndose de otro mio, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche debe de haber una hora poco mas ó menos nos salimos de casa, y guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso hemos rodeado todo el pueblo, y cuando queríamos volver á casa vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dijo: Hermana, esta debe de ser la ronda, aligera los piés y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo, porque no nos conozcan, que nos será mal contado; y diciendo esto volvió las espaldas, y comenzó, no digo á correr, sino á volar: yo á menos de seis pasos caí con el sobresalto, y entonces llegó el ministro de la justicia, que me trujo ante vuesas mercedes, adonde por mala y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente. En efecto, señora, dijo Sancho, ¿no os ha sucedido otro desman alguno, ni zelos, como vos al principio de vuestro cuento dijistes, no os sacaron de vuestra casa? No me ha sucedido nada, ni me sacaron zelos, sino solo el deseo de ver mundo, que no se extendia á mas que á ver las calles de este lugar: y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decia llegar los corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno dellos cuando se huyó de su hermana. No traia sino un faldellin rico y una mantellina de damasco azul con pasamanos de oro fino, la cabeza sin toca, ni con otra

cosa adornada que con sus mesmos cabellos, que eran sortijas de oro, segun eran rubios y enrizados. Apartáronse con él el gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana le preguntaron cómo venia en aquel traje; y él con no menos vergüenza y empacho contó lo mesmo que su hermana habia contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el gobernador les dijo: Por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapacería, y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros, que con decir: somos fulano y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion solo por curiosidad sin otro designio alguno, se acabara el cuento, y nó gemidicos y lloramicos, y darle. Así es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuesas mercedes que la turbacion que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debia. No se ha perdido nada, respondió Sancho; vamos, y dejaremos á vuesas mercedes en casa de su padre, quizá no los habrá echado menos, y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo, que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa, y la mujer y la gallina por andar se pierden aína; y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digo mas. El mancebo agradeció al gobernador la merced que queria hacerles de volverlos á su casa, y así se encaminaron hácia ella, que no estaba muy lejos de allí. Llegaron pues, y tirando el hermano una china á una reja, al momento bajó una criada, que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando á todos admirados así de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenian de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron á su poca edad. Quedó el maestresala traspasado su corazon, y propuso de luego otro dia pedírsela por mujer á su padre, teniendo por cierto que no se la negaria, por ser él criado del Duque; y aun á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija, y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un gobernador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á dos dias el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.





CAPÍTULO L.

DONDE SE DECLARA QUIÉN FUERON LOS ENCANTADORES Y VERDUGOS QUE AZOTARON Á LA DUEÑA, Y PELLIZCARON Y ARAÑARON Á DON QUIJOTE, CON EL SUCESO QUE TUVO EL PAJE QUE LLEVÓ LA CARTA Á TERESA PANZA, [38] MUJER DE SANCHO PANZA.



ICE Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia, que al tiempo que doña Rodriguez salió de su aposento para ir á la estancia de Don Quijote, otra dueña que con ella dormia lo sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodriguez no lo echó de ver; y así como la dueña la vió entrar en la estancia de Don Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fué á poner en pico á su señora la Duquesa, de

como doña Rodriguez quedaba en el aposento de Don Quijote. La Duquesa se lo dijo al Duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña queria con Don Quijote. El Duque se la dió, y las dos con gran tiento y sosiego paso ante paso llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca que oian todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la Duquesa que la Rodriguez [39] habia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora, y así llenas de cólera y deseosas de venganza entraron de golpe en el aposento, y acrebillaron á Don Quijote, y vapularon á la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presuncion de las mujeres despiertan en ellas en gran manera la ira, y encienden el deseo de vengarse. Contó la Duquesa al Duque lo que le habia pasado [40], de lo que se holgó mucho, y la Duquesa prosiguiendo con su intencion de burlarse y recibir pasatiempo con Don Quijote, despachó al paje que habia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, que tenia bien olvidado Sancho Panza con la ocupacion de su gobierno, á Teresa Panza su mujer con la carta de su marido, y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados. Dice pues la historia, que el paje era muy discreto y agudo, y con deseo de servir á sus señores partió de muy buena gana al lugar de Sancho; y antes de entrar en él vió en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, á quien preguntó si le sabrian decir si en aquel lugar vivia una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado Don Quijote de la Mancha; á cuya pregunta se levantó en pié una mozuela que estaba lavando, y dijo: Esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal caballero nuestro amo. Pues venid, doncella, dijo el paje, y mostradme á vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años poco mas á menos; y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgreñada, saltó delante de la cabalgadura del paje, y dijo: Venga vuesa merced, que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena por no haber sabido muchos dias ha de mi señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el paje, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas. Finalmente saltando, corriendo y brincando llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa dijo á voces desde la puerta: Salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre; á cuyas voces salió Teresa Panza su madre hilando un copo de estopa, con una saya parda (parecia, segun era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lugar),[41] con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada, la cual viendo á su hija y al paje á caballo le dijo: ¿Qué es esto, niña,

qué señor es este? Es un servidor de mi señora doña Teresa Panza, respondió el paje; y diciendo y haciendo se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa diciendo: Déme vuesa merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien así como mujer legítima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la ínsula Barataria. ¡Ay señor mio! quítese de ahí, no haga eso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones, y mujer de un escudero andante, y nó de gobernador alguno. Vuesa merced, respondió el paje, es mujer dignísima de un gobernador archidignísimo: y para prueba desta verdad reciba vuesa merced esta carta y este presente; y sacó al instante de la faldriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello y dijo: Esta carta es del señor gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la Duquesa, que á vuesa merced me envia. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni mas ni menos, y la muchacha dijo: Que me maten si no anda por aquí nuestro señor amo Don Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado que tantas veces le habia prometido. Así es la verdad, respondió el paje, que por respeto del señor Don Quijote es ahora el señor Sancho gobernador de la ínsula Barataria, como se verá por esta carta. Léamela vuesa merced, señor gentil hombre, dijo Teresa, porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja. Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí, que yo iré á llamar quien la lea, ora sea el cura mesmo, ó el bachiller Sanson Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. No hay para qué se llame á nadie, que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré, y así se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aquí; y luego sacó otra de la Duquesa, que decia desta manera:

«Amiga Teresa: las buenas partes de la bondad y del ingenio de vuestro marido »Sancho me movieron y obligaron á pedir á mi marido el Duque le diese un gobierno »de una ínsula de muchas que tiene. Tengo noticia que gobierna como un girifal»te, de lo que yo estoy muy contenta, y el Duque mi señor por el consiguiente, por »lo que doy muchas gracias al cielo de no haberme engañado en haberle escogido »para el tal gobierno; porque quiero que sepa la señora Teresa, que con dificultad »se halla un buen gobernador en el mundo, y tal me haga á mí Dios como Sancho »gobierna. Ahí le envio, querida mia, una sarta de corales con extremos de oro: »yo me holgara que fuera de perlas orientales; pero quien te da el hueso no te »querria ver muerta: tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuniquemos, »y Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchica su hija, y dígale de mi parte »que se apareje, que la tengo de casar altamente cuando menos lo piense. Dí»cenme que en ese lugar hay bellotas gordas, envíeme hasta dos docenas, que las »estimaré en mucho por ser de su mano; y escríbame largo, avisándome de su

»salud y de su bien estar, y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer »mas que boquear, que su boca será medida: y Dios me la guarde. Deste lugar, »su amiga que bien la quiere,

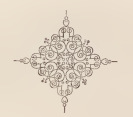
»La Duquesa.»

Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y qué buena y qué llana y qué humilde señora! con estas tales señoras me entierren á mí, y nó las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasía, como si fuesen las mesmas reinas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora; y veis aquí donde esta buena señora con ser duquesa me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mio, yo le enviaré á su señoría un celemin, que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor; pon en órden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta tocino adunia, y démosle de comer como á un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traido, y la buena cara que él tiene lo merece todo, y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre cura y á maese Nicolás el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre. Sí haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta, que no tengo yo por tan boba á mi señora la Duquesa que se la habia de enviar á ella toda. Todo es para tí, hija, respondió Teresa; pero déjamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazon. Tambien se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo, que el gobernador solo un dia llevó á caza, el cual todo le envia para la señora Sanchica. Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni mas ni menos, y aun dos mil si fuera necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero, y encontrándose acaso con el cura y Sanson Carrasco comenzó á bailar y á decir: Á fe, que agora que no hay pariente pobre, gobiernito tenemos; nó sino tómese conmigo la mas pintada hidalga, que yo la pondré como nueva. ¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿qué locuras son estas, y qué papeles son esos? No es otra la locura, sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos, las ave marías y los padrenuestros son de oro de martillo, y yo soy gobernadora. De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decis. Ahí lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el cura de modo que las oyó Sanson Carrasco; y Sanson y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habian leido; y preguntó el bachiller quién habia traido aquellas cartas. Respondió

Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verian al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traia otro presente, que valia mas de tanto. Quitóle el cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos tornó á admirarse de nuevo, y dijo: Por el hábito que tengo, que no sé qué me diga ni qué me piense de estas cartas y destos presentes: por una parte veo y toco la fineza de estos corales, y por otra leo que una duquesa envia á pedir dos docenas de bellotas. Aderézame esas medidas, dijo entonces Carrasco: agora bien, vamos á ver el portador deste pliego, que dél nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hiciéronlo así, y volvióse Teresa con ellos. Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos; y después de haberle saludado cortesmente, y él á ellos, le preguntó Sanson les dijese nuevas así de Don Quijote como de Sancho Panza, que puesto que babian leido las cartas de Sancho y de la señora Duquesa, todavía estaban confusos y no acababan de atinar qué seria aquello del gobierno de Sancho, y mas de una ínsula, siendo todas ó las mas que hay en el mar mediterráneo de su Majestad. Á lo que el paje respondió: De que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea ínsula ó nó la que gobierna, en eso no me entremeto; pero basta que sea un lugar de mas de mil vecinos; y en cuanto á lo de las bellotas digo, que mi señora la Duquesa es tan llana y tan humilde, que no decia el enviar á pedir bellotas á una labradora, pero que le acontecia enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya: porque quiero que sepan vuesas mercedes, que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas; con mas llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad destas pláticas salió Sanchica con un halda de huevos, [42] y preguntó al paje: Dígame, señor, ¿mi señor padre trae por ventura calzas atacadas después que es gobernador? No he mirado en ello, respondió el paje; pero sí debe de traer. ¡Ay Dios mio! replicó Sanchica, y ¡qué será de ver á mi padre con pedorreras! ¿no es bueno sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas? Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el paje. Par Díos, términos lleva de caminar con papahigo con solos dos meses que le dure el gobierno. Bien echaron de ver el cura y el bachiller que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba lo deshacia todo (que ya Teresa les habia mostrado el vestido), y no dejaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas cuando Teresa dijo: Señor cura, eche cata por ahí si hay álguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere; que en verdad, en verdad que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun, que si me enojo me tengo de ir á esa corte, y echar un

coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar. Y cómo, madre, dijo Sanchica, pluguiese á Dios que fuese antes hoy que mañana, aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y cómo va sentada y tendida en el coche como si fuera una papesa. Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche levantados los piés del suelo. Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo: y ándeme yo caliente, y ríase la gente. ¿Digo bien, madre mia? Y cómo que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas estas venturas y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tú, hija, como no para hasta hacerme condesa, que todo es comenzar á ser venturosas; y como yo he oido decir muchas veces á tu buen padre (que así como lo es tuyo lo es de los refranes): cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te dieren un condado, agárrale; y cuando te hicieren tus tus con alguna buena dádiva, envásala: nó sino dormíos, y no respondais á las venturas y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa. ¿Y qué se me da á mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere, cuando me vea entonada y fantasiosa: vióse el perro en bragas de cerro, y lo demás? Oyendo lo cual el cura dijo: Yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno dellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen. Así es la verdad, dijo el paje, que el señor gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto, y mi señora la Duquesa y el Duque los celebran mucho. ¿Que todavía se afirma vuesa merced, señor mio, dijo el bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay duquesa en el mundo que le envie presentes y le escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leido las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de Don Quijote nuestro compatriota, que todas piensa que son hechas por encantamento; y así estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced por ver si es embajador fantástico, ó hombre de carne y hueso. Señores, yo no sé mas de mí, respondió el paje, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores Duque y Duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oido decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamento ó nó, vuesas mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho. Bien podrá ello ser así, replicó el bachiller; pero *dubitat Augustinus*. Dude quien dudare, respondió el paje, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua, y sino *operibus credite, et non verbis:* véngase alguno de vuesas mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen

por los oidos. Esa ida á mí toca, dijo Sanchica: lléveme vuesa merced, señor, á las ancas de su rocin, que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre. Las hijas de los gobernadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes. Par Dios, respondió Sanchica, tambien me vaya yo sobre una pollina como sobre un coche: hallado la habeis la melindrosa. Calla mochacha, dijo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento: cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora, y no sé si digo algo. Mas dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el paje, y denme de comer y despáchenme luego, porque pienso volverme esta tarde. Á lo que dijo el cura: Vuesa merced se vendrá á hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa mas tiene voluntad, que alhajas para servir á tan buen huésped. Rehusólo el paje; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora, y el cura le llevó consigo de buena gana por tener lugar de preguntarle de espacio por Don Quijote y sus hazañas. El bachiller se ofreció de escribir las cartas á Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenia por algo burlon, y así dió un bollo y dos huevos á un monacillo que sabia escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.





CAPÍTULO LI.

DEL PROGRESO DEL GOBIERNO DE SANCHO PANZA, CON OTROS SUCESOS TALES COMO BUENOS.

AMANECIÓ el dia que se siguió á la noche de la ronda del gobernador, la cual el maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brío y belleza de la disfrazada doncella, y el mayordomo ocupó lo que della faltaba en escribir á sus señores lo que Sancho Panza hacia y decia, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse en fin el señor gobernador, y por órden del doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fria, cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era mas fuerza que voluntad, pasó por ello

con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que mas convenia á las personas constituidas en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofistería padecia hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecia el gobierno y aun á quien se le habia dado; pero con su hambre y con su conserva se puso á juzgar aquel dia, y lo primero que se le ofreció fué una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes á todo el mayordomo y los demás acólitos, que fué: Señor, un caudaloso rio dividia dos términos de un mismo señorío (y esté vuesa merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso); digo pues, que sobre este rio estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario habia cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del rio, de la puente y del señorío, que era en esta forma: si alguno pasare por esta puente de una parte á otra, ha de jurar primero adónde y á qué va; y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra sin remision alguna. Sabida esta ley y la rigurosa condicion della, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decian verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió pues, que tomando juramento á un hombre, juró y dijo que para el juramento que hacia, que iba á morir en aquella horca que allí estaba, y nó á otra cosa. Repararon lòs jueces en el juramento, y dijeron: Si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídese á vuesa merced, señor gobernador, ¿qué harán los jueces del tal hombre, que aun hasta agora están dudosos y suspensos? y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuesa merced de su parte diese su parecer en tan intricado y dudoso caso. Á lo que respondió Sancho: Por cierto que esos señores jueces que á mí os envian lo pudieran haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo mas de mostrenco que de agudo; pero con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda, quizá podria ser que diese en el hito. Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero habia dicho, y Sancho dijo: Á mi parecer este negocio en dos paletas le declararé yo, y es así: ¿el tal hombre jura que va á morir en la horca, y si muere en ella juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente, y si no le ahorcan juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen? Así es como el señor gobernador dice, dijo el mensajero; y cuanto á la entereza y entendimiento del caso, no hay mas que pedir ni que dudar. Digo yo pues agora, replicó Sancho, que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen, y desta manera se cumplirá al pié

de la letra la condicion del pasaje. Pues, señor gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera, y si se divide, por fuerza ha de morir: y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella. Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho, este pasajero que decis, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razon para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digais á esos señores que á mí os enviaron, que pues están en un fil las razones de condenarle ó asolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado mas el hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre si supiera firmar: y yo en este caso no he hablado de mio, sino que se me vino á la memoria un precepto, entre otros muchos, que me dió mi amo Don Quijote la noche antes que viniese á ser gobernador desta ínsula, que fué, que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese á la misericordia; y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde. Así es, respondió el mayordomo; y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dió leyes á los lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado; y acábese con esto la audiencia desta mañana, y yo daré órden como el señor gobernador coma muy á su gusto. Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho, denme de comer, y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo las despabilaré en el aire. Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto gobernador, y mas que pensaba concluir con él aquella misma noche haciéndole la burla última que traia en comision de hacerle. Sucedió pues, que habiendo comido aquel dia contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de Don Quijote para el gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hízolo así el secretario, y repasándola primero dijo: Bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor Don Quijote escribe á vuesa merced merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

CARTA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Á SANCHO PANZA, GOBERNADOR DE LA ÍNSULA BARATARIA.

«Cuando esperaba oir nuevas de tus descuidos é impertinencias, Sancho amigo, »las oí de tus discreciones, de que dí por ello gracias particulares al cielo, el cual »del estiércol sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer discretos. Dícenme »que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, »segun es la humildad con que te tratas: y quiero que adviertas, Sancho, que mu-

»chas veces conviene y es necesario por la autoridad del oficio ir contra la humil»dad del corazon; porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves »cargos ha de ser conforme á lo que ellos piden, y nó á la medida de lo que su hu»milde condicion le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo: »no digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino »que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien »compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de »hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo »he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay »cosa que mas fatigue el corazon de los pobres que la hambre y la carestía.

»No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres procura que sean buenas, y »sobre todo que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan, lo »mismo es que si no lo fuesen; antes dan á entender que el príncipe que tuvo dis»crecion y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen: y »las leyes que atemorizan, y no se ejecutan, vienen á ser como la viga, rey de las »ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se su»bieron sobre ella. Sé padre de las virtudes, y padrastro de los vicios. No seas »siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extre»mos, que en esto está el punto de la discrecion. Visita las cárceles, las carnice»rías y las plazas; que la presencia del gobernador en lugares tales es de mucha »importancia, consuela á los presos que esperan la brevedad de su despacho, es »coco á los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y es espantajo á las »placeras por la misma razon. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo cual »yo no creo) codicioso, mujeriego ni gloton, porque en sabiendo el pueblo y los »que te tratan tu inclinacion determinada, por allí te darán batería hasta derri»barte en el profundo de la perdicion. Mira y remira, pasa y repasa los consejos y »documentos que te dí por escrito antes que de aquí partieses á tu gobierno, y ve»rás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa, que te sobrelleve »los trabajos y dificultades que á cada paso á los gobernadores se les ofrecen. Es»cribe á tus señores, y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la »soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe; y la persona que es agrade»cida á los que bien le han hecho, da indicio que tambien lo será á Dios, que tantos »bienes le hizo y de contino le hace.

»La señora Duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente á tu mu»jer Teresa Panza: por momentos esperamos respuesta. Yo he estado un poco mal »dispuesto de un cierto gateamiento que me sucedió no muy á cuento de mis na»rices; pero no fué nada, que si hay encantadores que me maltraten, tambien los »hay que me defiendan. Avísame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver »en las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo lo que te sucediere

»me irás dando aviso, pues es tan corto el camino; cuanto mas que yo pienso dejar »presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella. Un negocio se me ha »ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia destos señores; pero aunque »se me da mucho, no se me da nada, pues en fin en fin tengo de cumplir antes con »mi profesion que con su gusto, conforme á lo que suele decirse: *amicus Plato*, »*sed magis amica veritas*. Dígote este latin, porque me doy á entender que después »que eres gobernador lo habrás aprendido. Y á Dios, el cual te guarde de que nin»guno te tenga lástima.

»Tu amigo

»DON QUIJOTE DE LA MANCHA.»

Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo mas quiso responder luego á su señor Don Quijote; y dijo al secretario, que sin añadir ni quitar cosa alguna fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

«La ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme »la cabeza, ni aun para cortarme las uñas, y así las traigo tan crecidas cual Dios »lo remedie. Digo esto, señor mio de mi alma, porque vuesa merced no se espante »si hasta agora no he dado aviso de mi bien ó mal estar en este gobierno, en el »cual tengo mas hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los »despoblados.

»Escribióme el Duque mi señor el otro dia dándome aviso que habian entrado en »esta ínsula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra »que un cierto doctor, que está en este lugar asalariado para matar á cuantos go»bernadores aquí vinieren: llámase el doctor Pedro Recio, y es natural de Tir»teafuera, porque vea vuesa merced qué nombre para no temer que he de morir á »sus manos. Este tal doctor dice él mismo de sí mismo, que él no cura las enfer»medades cuando las hay, sino que las previene para que no vengan, y las mede»cinas que usa son dieta y mas dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, »como si no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura. Finalmente él me va ma»tando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho, pues cuando pensé venir »á este gobierno á comer caliente y á beber frio, y á recrear el cuerpo entre sá»banas de holanda sobre colchones de pluma, he venido á hacer penitencia como

»si fuera ermitaño, y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo »me ha de llevar el diablo.

»Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en »qué va esto, porque aquí me han dicho que los gobernadores que á esta ínsula »suelen venir, antes de entrar en ella, ó les han dado, ó les han prestado los del »pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usanza en los demás que van á »gobiernos, no solamente en este.

»Anoche andando de ronda topé una muy hermosa doncella en traje de varon, »y un hermano suyo en hábito de mujer: de la moza se enamoró mi maestresala, y »la escogió en su imaginacion para su mujer, segun él ha dicho, y yo escogí al mozo »para mi yerno: hoy los dos pondremos en plática nuestros pensamientos con el »padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano viejo »cuanto se quiere.

»Yo visito las plazas, como vuesa merced me lo aconseja, y ayer hallé una ten»dera que vendia avellanas nuevas, y averigüéle que habia mezclado con una ha»nega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas: apliquélas todas para »los niños de la doctrina, que las sabrian bien distinguir, y sentenciéla que por »quince dias no entrase en la plaza; hanme dicho que lo hice valerosamente: lo que »sé decir á vuesa merced es, que es fama en este pueblo que no hay gente mas »mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevi»das, y yo así lo creo por las que he visto en otros pueblos.

»De que mi señora la Duquesa haya escrito á mi mujer Teresa Panza, y enviádole »el presente que vuesa merced dice, estoy muy satisfecho, y procuraré de mos»trarme agradecido á su tiempo: bésele vuesa merced las manos de mi parte, di»ciendo que digo yo, que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por la obra. »No querria que vuesa merced tuviese trabacuentas de disgusto con esos mis se»ñores; porque si vuesa merced se enoja con ellos, claro está que ha de redundar »en mi daño, y no será bien que pues se me da á mí por consejo que sea agrade»cido, que vuesa merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y »con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

»Aquello del gateado no entiendo; pero imagino que debe de ser alguna de las »malas fechorías que con vuesa merced suelen usar los malos encantadores; yo lo »sabré cuando nos veamos. Quisiera enviarle á vuesa merced alguna cosa; pero »no sé qué envie, sino es algunos cañutos de jeringas, que para con vejigas los »hacen en esta ínsula muy curiosos; aunque si me dura el oficio, yo buscaré qué »enviar de haldas ó de mangas. Si me escribiere mi mujer Teresa Panza, pague »vuesa merced el porte, y envíeme la carta, que tengo grandísimo deseo de saber »del estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Y con esto Dios libre á vuesa »merced de mal intencionados encantadores, y á mí me saque con bien y en paz

»deste gobierno, que lo dudo, porque le pienso dejar con la vida, segun me trata »el doctor Pedro Recio.

»Criado de vuesa merced

»SANCHO PANZA EL GOBERNADOR.»

Cerró la carta el secretario, y despachó luego al correo, y juntándose los burladores de Sancho dieron órden entre sí cómo despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio segun su estimacion, bondad y fama, y el que lo aguase ó le mudase el nombre perdiese la vida por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia: puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interese: puso gravísimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de dia: ordenó que ningun ciego cantase milagro en coplas si no trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los mas que los ciegos cantan son fingidos en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un alguacil de pobres, nó para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran; porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolucion, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: *las constituciones del gran gobernador Sancho Panza.*





CAPÍTULO LII.

DONDE SE CUENTA LA AVENTURA DE LA SEGUNDA DUEÑA DOLORIDA Ó ANGUSTIADA, LLAMADA POR OTRO NOMBRE DOÑA RODRIGUEZ.



UENTA Cide Hamete, que estando ya Don Quijote sano de sus aruños le pareció que la vida que en aquel castillo tenia era contra toda la órden de caballería que profesaba, y así determinó de pedir licencia á los Duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnés, que en las tales fiestas se conquista. Y estando un dia á la mesa con los Duques, y comenzando á poner en obra su intencion y pedir la licencia, veis aquí á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como después pareció, cubiertas

de luto de los piés á la cabeza, y la una dellas llegándose á Don Quijote se le echó á los piés, tendida de largo á largo, la boca cosida con los piés de Don Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusion á todos los que la oian y miraban: y aunque los Duques pensaron que seria alguna burla que sus criados querian hacer á Don Quijote, todavía viendo con el ahinco que la mujer suspiraba, gemia y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que Don Quijote compasivo la levantó del suelo, y hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo así, y mostró ser lo que jamás se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de doña Rodriguez, la dueña de casa; y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocian, y mas los Duques que ninguno, que puesto que la tenian por boba y de buena pasta, nó por tanto que viniese á hacer locuras. Finalmente doña Rodriguez volviéndose á los señores les dijo: Vuesas excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El Duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor Don Quijote cuanto le viniese en deseo. Ella enderezando la voz y el rostro á Don Quijote dijo: Dias ha, valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon y alevosía que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida y amada fija, que es esta desdichada que aquí está presente, y vos me habedes prometido de volver por ella, enderezándole el tuerto que le tienen fecho, y agora ha llegado á mi noticia que os queredes partir deste castillo en busca de las buenas venturas que Dios os depare; y así querria que antes que os escurriésedes por esos caminos desafiásedes á este rústico indómito, y le hiciésedes que se casase con mi hija, en cumplimiento de la palabra que le dió de ser su esposo antes y primero que yogase con ella; porque pensar que el Duque mi señor me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya á vuesa merced en puridad tengo declarada: y con esto nuestro Señor dé á vuesa merced mucha salud, y á nosotras no nos desampare. Á cuyas razones respondió Don Quijote con mucha gravedad y prosopopeya: Buena dueña, templad vuestras lágrimas, ó por mejor decir, enjugadlas y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija, á la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las cuales por la mayor parte son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir; y así con licencia del Duque mi señor, yo me partiré luego en busca dese desalmado mancebo, y le hallaré, y le desafiaré, y le mataré cada y cuando que se excusare de cumplir la prometida palabra: que el principal asunto de mi profesion es perdonar á los humildes, y castigar á los soberbios: quiero decir, acorrer á los miserables, y destruir á los rigurosos. No es menester, respondió el Duque, que vuesa merced se ponga en trabajo de buscar al rústico, de quien esta

buena dueña se queja, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida á mí licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafío, y que le acete, y venga á responder por sí á este mi castillo, donde á entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia á cada uno, como están obligados á guardarla todos aquellos príncipes que dan campo franco á los que se combaten en los términos de sus señoríos. Pues con ese seguro y con buena licencia de vuestra grandeza, replicó Don Quijote, desde aquí digo que por esta vez renuncio mi hidalguía, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo; y así, aunque ausente, le desafío y repto en razon de que hizo mal en defraudar á esta pobre, que fué doncella, y ya por su culpa no lo es, y que le ha de cumplir la palabra que le dió de ser su legítimo esposo, ó morir en la demanda. Y luego descalzándose un guante le arrojó en mitad de la sala, y el Duque le alzó, diciendo que, como ya habia dicho, él acetaba el tal desafío en nombre de su vasallo, y señalaba el plazo de allí á seis dias, y el campo en la plaza de aquel castillo, y las armas las acostumbradas de los caballeros, lanza y escudo y arnés tranzado con todas las demás piezas, sin engaño, superchería ó supersticion alguna, examinadas y vistas por los jueces del campo; pero ante todas cosas es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor Don Quijote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará á debida ejecucion el tal desafío. Yo sí pongo, respondió la dueña: y yo tambien, añadió la hija, toda llorosa, y toda vergonzosa y de mal talante. Tomado pues este apuntamiento, y habiendo imaginado el Duque lo que habia de hacer en el caso, las enlutadas se fuéron, y ordenó la Duquesa que de allí adelante no las tratasen como á sus criadas, sino como á señoras aventureras, que venian á pedir justicia á su casa; y así les dieron cuarto aparte, y las sirvieron como á forasteras, nó sin espanto de las demás criadas, que no sabian en qué habia de parar la sandez y desenvoltura de doña Rodriguez y de su mal andante hija. Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin á la comida, veis aquí donde entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes á Teresa Panza, mujer del gobernador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los Duques, deseosos de saber lo que le habia sucedido en su viaje; y preguntándoselo, respondió el paje que no lo podia decir tan en público ni con breves palabras, que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para á solas, y que entre tanto se entretuviesen con aquellas cartas; y sacando dos cartas las puso en manos de la Duquesa: la una decia en el sobrescrito: *Carta para mi señora la Duquesa tal, de no sé dónde;* y la otra: *A mi marido Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, que Dios prospere mas años que á mí.* No se le cocia el pan, como suele decirse, á la Duquesa hasta leer su carta; y abriéndola,



y leido para sí, y viendo que la podia leer en voz alta para que el Duque y los circunstantes la oyesen, leyó desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á LA DUQUESA.

«Mucho contento me dió, señora mia, la carta que vuesa grandeza me escribió, »que en verdad que la tenia bien deseada. La sarta de corales es muy buena, y el »vestido de caza de mi marido no le va en zaga. De que vuestra señoría haya hecho »gobernador á Sancho mi consorte, ha recebido mucho gusto todo este lugar, »puesto que no hay quien lo crea, principalmente el cura y maese Nicolás el bar»bero, y Sanson Carrasco el bachiller; pero á mí no se me da nada, que como ello »sea así, como lo es, diga cada uno lo que quisiere; aunque si va á decir verdad, »á no venir los corales y el vestido, tampoco yo lo creyera, porque en este pueblo »todos tienen á mi marido por un porro, y que sacado de gobernar un hato de ca»bras, no pueden imaginar para qué gobierno pueda ser bueno: Dios lo haga, y »lo encamine como ve que lo han menester sus hijos. Yo, señora de mi alma, estoy »determinada, con licencia de vuesa merced, de meter este buen dia en mi casa, »yéndome á la corte á tenderme en un coche, para quebrar los ojos á mil envidio»sos que ya tengo: y así suplico á vuesa excelencia mande á mi marido me envie »algun dinerillo, y que sea algo que, porque en la corte son los gastos grandes, »que el pan vale á real, y la carne la libra á treinta maravedís, que es un juicio; y »si quisiere que no vaya, que me lo avise con tiempo, porque me están bullendo »los piés por ponerme en camino; que me dicen mis amigas y mis vecinas, que si »yo y mi hija andamos orondas y pomposas en la corte vendrá á ser conocido mi »marido por mí mas que yo por él, siendo forzoso que pregunten muchos: ¿Quién »son estas señoras deste coche? y un criado mio responder: La mujer y la hija de »Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria; y desta manera será cono»cido Sancho, y yo seré estimada, y á Roma por todo.

»Pésame cuanto pesarme puede que este año no se han cogido bellotas en este »pueblo; con todo eso envio á vuesa alteza hasta medio celemin, que una á una las »fuí yo á coger y á escoger al monte, y no las hallé mas mayores; yo quisiera que »fueran como huevos de avestruz.

»No se le olvide á vuestra pomposidad de escribirme, que yo tendré cuidado de »la respuesta, avisando de mi salud y de todo lo que hubiere que avisar deste lu»gar, donde quedo rogando á nuestro Señor guarde á vuestra grandeza, y á mí no »olvide. Sancha mi hija y mi hijo besan á vuesa merced las manos.

»La que tiene mas deseo de ver á V. S. que de escribirla,

»Su criada

»TERESA PANZA.»

Grande fué el gusto que todos recibieron de oir la carta de Teresa Panza, principalmente los Duques: y la Duquesa pidió parecer á Don Quijote si seria bien abrir la carta que venia para el gobernador, que imaginaba debia de ser bonísima. Don Quijote dijo que él la abriria por darles gusto, y así lo hizo, y vió que decia desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á SANCHO PANZA SU MARIDO.

»Tu carta recibí, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo y juro como católica »cristiana, que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento. Mira, her»mano, cuando yo llegué á oir que eres gobernador, me pensé allí caer muerta de »puro gozo, que ya sabes tú que dicen, que así mata la alegría súbita como el do»lor grande. Á Sanchica tu hija se le fuéron las aguas sin sentirlo de puro contento. »El vestido que me enviaste tenia delante, y los corales que me envió mi señora la »Duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador dellas allí presente, y »con todo eso creia y pensaba que era todo sueño lo que veia y lo que tocaba; »porque ¿quién podia pensar que un pastor de cabras habia de venir á ser gober»nador de ínsulas? Ya sabes tú, amigo, que decia mi madre, que era menester »vivir mucho para ver mucho: dígolo porque pienso ver mas si vivo mas, porque »no pienso parar hasta verte arrendador ó alcabalero, que son oficios que aunque »lleva el diablo á quien mal los usa, en fin en fin siempre tienen y manejan dine»ros. Mi señora la Duquesa te dirá el deseo que tengo de ir á la corte: mírate en »ello, y avísame de tu gusto, que yo procuraré honrarte en ella andando en coche.

»El cura, el barbero, el bachiller y aun el sacristan no pueden creer que eres »gobernador, y dicen que todo es embeleco, ó cosas de encantamento, como son »todas las de Don Quijote tu amo; y dice Sanson que ha de ir á buscarte y á sacarte »el gobierno de la cabeza, y á Don Quijote la locura de los cascos: yo no hago sino »reirme, y mirar mi sarta, y dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo á »nuestra hija. Unas bellotas envié á mi señora la Duquesa, yo quisiera que fueran »de oro. Envíame tú algunas sartas de perlas si se usan en esa ínsula. Las nuevas »deste lugar son, que la Berrueca casó á su hija con un pintor de mala mano, que »llegó á este pueblo á pintar lo que saliese. Mandóle el concejo pintar las armas de »su Majestad sobre las puertas del ayuntamiento, pidió dos ducados, diéronselos »adelantados, trabajó ocho dias, al cabo de los cuales no pintó nada, y dijo que »no acertaba á pintar tantas baratijas: volvió el dinero, y con todo eso se casó á »título de buen oficial: verdad es que ya ha dejado el pincel y tomado el azada, »y va al campo como gentil hombre. El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenado de »grados y corona con intencion de hacerse clérigo: súpolo Minguilla, la nieta »de Mingo Silvato, y hale puesto demanda de que la tiene dada palabra de casa-

»miento: malas lenguas quieren decir que ha estado en cinta dél; pero él lo niega »á piés juntillas. Ogaño no hay aceitunas, ni se halla una gota de vinagre en todo »este pueblo. Por aquí pasó una compañía de soldados, lleváronse de camino tres »mozas deste pueblo: no te quiero decir quién son, quizá volverán, y no faltará »quien las tome por mujeres con sus tachas buenas ó malas. Sanchica hace puntas »de randas, gana cada dia ocho maravedís horros, que los va echando en una »alcancía para ayuda á su ajuar; pero ahora que es hija de un gobernador, tú le »darás la dote sin que ella lo trabaje. La fuente de la plaza se secó: un rayo cayó »en la picota, y allí me las den todas. Espero respuesta desta y la resolucion de mi »ida á la corte: y con esto Dios te me guarde mas años que á mí, ó tantos, porque »no querria dejarte sin mí en este mundo.

»Tu mujer

»TERESA PANZA.»

Las cartas fueron solenizadas, reidas, estimadas y admiradas; y para acabar de echar el sello llegó el correo, el que traia la que Sancho enviaba á Don Quijote, que asimesmo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del gobernador. Retiróse la Duquesa para saber del paje lo que le habia sucedido en el lugar de Sancho, el cual se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refiriese: dióle las bellotas, y mas un queso que Teresa le dió por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchon: recibiólo la Duquesa con grandísimo gusto, con el cual la dejaremos, por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.





CAPÍTULO LIII.

DEL FATIGADO FIN Y REMATE QUE TUVO EL GOBIERNO DE SANCHO PANZA.



ENSAR que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo á la redonda. Á la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera, y así torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin ligera, mas que el tiempo, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético: porque esto de entender la ligereza é instabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera, muchos sin lumbre

de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho, el cual estando la séptima noche de los dias de su gobierno en su cama, nó harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño á despecho y pesar de la hambre le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecia sino que toda la ínsula se hundia. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, pero añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó mas confuso y lleno de temor y espanto, y levantándose en pié se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobreropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores mas de veinte personas con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desenvainadas, gritando todos á grandes voces: Arma, arma, señor gobernador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos, si vuestra industria y valor no nos socorre. Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba atónito y embelesado de lo que oia y veia, y cuando llegaron á él uno le dijo: Ármese luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta ínsula se pierda. ¿Qué me tengo de armar, respondió Sancho, ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo Don Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro; que yo, pecador fuí á Dios, no se me entiende nada destas priesas. Ah, señor gobernador, dijo otro, ¿qué relente es ese? ármese vuesa merced, que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestra guia y nuestro capitan, pues de derecho le toca el serlo siendo nuestro gobernador. Ármenme norabuena, replicó Sancho, y al momento le trujeron dos paveses, que venian proveidos dellos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traian hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pié. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase, y animase á todos, que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrian buen fin sus negocios. ¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pié en algun postigo, que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo. Ande, señor gobernador, dijo otro, que mas el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y me-

nécse, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga. Por cuyas persuasiones y vitupcrios probó el pobre gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se habia hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien así como barca que da al través en la arena: y nó por verle caido aquella gente burladora le tuvieron compasion alguna, antes apagando las antorchas tornaron á reforzar las voces, y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual en aquella estrecheza recogido sudaba y trasudaba, y de todo corazon se encomendaba á Dios que de aquel peligro le sacase. Unos tropezaban en él, otros caian, y tal hubo que se puso encima un buen espacio, y desde allí como desde atalaya gobernaba los ejércitos, y á grandes voces decia: Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan mas los enemigos: aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranqueen, vengan alcancías, pez y resina en calderas de aceite ardiendo, trinchécnse las calles con colchones. En fin él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad; y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufria todo, decia entre sí: ¡Oh si mi señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula, y me viese yo ó muerto ó fuera desta grande angustia! Oyó el cielo su peticion, y cuando menos lo esperaba oyó voces que decian: Vitoria, vitoria, los enemigos van de vencida: ea, señor gobernador, levántese vuesa merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor dese invencible brazo. Levántenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudáronle á levantar, y puesto en pié dijo: El enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente: yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algun amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua. Limpiáronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les habia dado su desmayo. Preguntó qué hora era: respondiéronle que ya amanecia. Calló, y sin decir otra cosa comenzó á vestirse todo sepultado en silencio, y todos le miraban, y esperaban en qué habia de parar la priesa con que se vestia. Vistióse en fin, y poco á poco, porque estaba molido y no podia ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rucio le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y nó sin lágrimas en los ojos le dijo: Venid vos acá, compañero mio y amigo mio, y conllevador de mis trabajos y mise-

rias: cuando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis dias y mis años; pero después que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambicion y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimesmo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado pues el rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y á Pedro Recio cl doctor, y á otros muchos que allí presentes estaban, dijo: Abrid camino, señores mios, y dejadme volver á mi antigua libertad: dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite dc esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende á mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Bien se está san Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mí una hoz cn la mano, que un cetro de gobernador: mas quiero hartarme de gazpachos, quc estar sujeto á la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre; y mas quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujecion del gobierno entre sábanas de holanda, y vestirme de martas cebollinas. Vuesas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas: y apártense, déjenme ir, que me voy á bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced á los enemigos que esta nochc se han paseado sobre mí. No ha dc ser así, scñor gobernador, dijo el doctor Recio, quc yo le daré á vuesa merced una bebida contra caidas y molimicntos, que luego lc vuelva en su prístina entereza y vigor, y en lo de la comida yo prometo á vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache, respondió Sancho: así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quede en este, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunquc sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire, para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo con pié llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordoban no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja, y nadie tienda mas la pierna de cuanto fuere larga la sábana: y déjenme pasar, que se me hace tarde. Á lo que

el mayordomo dijo: Señor gobernador, de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á desearle; pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia; déla vuesa merced de los diez dias que ha que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el Duque mi señor: yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde: cuanto mas, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dijo el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía, y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no queria mas de un poco de cebada para el rucio, y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no habia menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinacion tan resoluta y tan discreta.





CAPÍTULO LIV.

QUE TRATA DE COSAS TOCANTES Á ESTA HISTORIA, Y NÓ Á OTRA ALGUNA.

RESOLVIÉRONSE el Duque y la Duquesa de que el desafío que Don Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde se habia ido huyendo por no tener por suegra á doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascon, que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que habia de hacer. De allí á dos dias dijo el Duque á Don Quijote, como desde allí á cuatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo, armado como caballero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió á sí mismo de hacer maravillas en el

caso, y tuvo á gran ventura habérsele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se extendia el valor de su poderoso brazo; y así con alborozo y contento esperaba los cuatro dias, que se le iban haciendo á la cuenta de su deseo cuatrocientos siglos. Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste venia caminando sobre el rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba mas que ser gobernador de todas las ínsulas del mundo. Sucedió pues, que no habiéndose alongado mucho de la ínsula del su gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era ínsula, ciudad, villa ó lugar la que gobernaba) vió que por el camino por donde él iba venian seis peregrinos con sus bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando, los cuales en llegando á él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, sino fué una palabra que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió que era limosna la que en su canto pedian, y como él, segun dice Cide Hamete, era caritativo además, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venia proveido, y dióselo diciéndoles por señas que no tenia otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana y dijeron: Güelte, güelte. No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedis, buena gente. Entonces uno de ellos sacó una bolsa del seno, y mostrósela á Sancho, por donde entendió que le pedian dineros; y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta, y extendiendo la mano arriba les dió á entender que no tenia ostugo de moneda, y picando al rucio rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atencion, arremetió á él echándole los brazos por la cintura, en voz alta y muy castellana dijo: Válame Dios, ¿qué es lo que veo? ¿es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Sí tengo sin duda, porque yo ni duermo, ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del extranjero peregrino, y después de haberle estado mirando sin hablar palabra con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension el peregrino le dijo: ¿Cómo? ¿y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar? Entonces Sancho le miró con mas atencion, y comenzó á refigurarle, y finalmente le vino á conocer de todo punto, y sin apearse del jumento le echó los brazos al cuello, y le dijo: ¿Quién diablos te habia de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime ¿quién te ha hecho franchote, y cómo tienes atrevimiento de volver á España, donde si te cogen y conocen tendrás harta mala ventura? Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy, que en este traje no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente; yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido después que me partí de nues-

tro lugar por obedecer el bando de su Majestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nacion amenazaba, segun oiste. Hízolo así Sancho, y hablando Ricote á los demás peregrinos se apartaron á la alameda que se parecia, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traian alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveidas, á lo menos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamon, que si no se dejaban mascar, no defendian el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre: no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas; pero lo que mas campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se habia transformado de morisco en alemán ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy de espacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecia sino que ponian en él la puntería; y desta manera meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recebian, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolia; antes por cumplir con el refran que él muy bien sabia, de cuando á Roma fueres haz como vieres, pidió á Ricote la bota, y tomó su puntería como los demás, y nó con menos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas, pero la quinta no fué posible, porque ya estaban mas enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habian mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decia: Español y tudesqui tuto uno bon compaño; y Sancho respondia: Bon compaño jura Di, y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le habia sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdicion suelen tener los cuidados. Finalmente el acabárseles el vino fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habian comido mas y bebido menos; y apartando Ricote á Sancho se sentaron al pié de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

Bien sabes, oh Sancho Panza, vecino y amigo mio, como el pregon y bando que

su Majestad mandó publicar contra los de mi nacion puso terror y espanto en todos nosotros: á lo menos en mí le puso de suerte que me parece que antes del tiempo que se nos concedia para que hiciésemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené pues á mi parecer como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse), ordené, digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, y ir á buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demás salieron; porque bien ví y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes, que se habian de poner en ejecucion á su determinado tiempo; y forzábame á creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales, que me parece que fué inspiracion divina la que movió á su Majestad á poner en efecto tan gallarda resolucion, nó porque todos fuésemos culpados, que algunos habia cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la mas terrible que se nos podia dar. Do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural: en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de África, donde esperábamos ser recebidos, acogidos y regalados, allí es donde mas nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los mas de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven á ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podia vivir con mas libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta, juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos dellos cada año á visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias y por certísima granjería y conocida ganancia. Ándanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo menos en dineros, y al cabo de su viaje salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino, y los pasan á sus tierras á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde

se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir ó pasar desde Valencia á mi hija y á mi mujer, que sé que están en Argel, y dar traza como traerlas á algun puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros: que en resolucion, Sancho, yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo mas de cristiano que de moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer cómo le tengo de servir: y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fué mi mujer y mi hija antes á Berbería que á Francia, adonde podia vivir como cristiana. Á lo que respondió Sancho: Mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo el hermano de tu mujer; y como debe de ser fino moro, fuése á lo mas bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que habian quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar. Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algun desman: y así si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré docientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas. Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada codicioso, que á serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata: y así por esto, como por parecerme haria traicion á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes docientos escudos, me dieras aquí de contado cuatrocientos. ¿Y qué oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote. He dejado de ser gobernador de una ínsula, respondió Sancho, y tal, que á buena fe que no hallen [43] otra como ella á tres tirones. ¿Y dónde está esa ínsula? preguntó Ricote. Adónde? respondió Sancho, dos leguas de aquí, y se llama la ínsula Barataria. Calla, Sancho, dijo Ricote, que las ínsulas están allá dentro de la mar, que no hay ínsulas en la tierra firme. ¿Cómo nó? replicó Sancho: dígote, Ricote amigo, que esta mañana me partí della, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario; pero con todo eso la he dejado por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores. ¿Y qué has ganado en el gobierno? preguntó Ricote. He ganado, respondió Sancbo, el haber conocido que no soy bueno para gobernar sino es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son á costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento, porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud. Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate: que ¿quién te habia de dar á tí ínsulas que gobernases? ¿faltaban

hombres en el mundo mas hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en tí, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicbo, á ayudarme á sacar el tesoro que dejé escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he dicho. Ya te be dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño. No quiero porfiar, Sancho, dijo Ricote; pero dime ¿hallástete en nuestro lugar cuando se partió dél mi mujer, mi bija y mi cuñado? Sí hallé, respondió Sancho, y séte decir que salió tu bija tan hermosa, que salieron á verla cuantos habia en el pueblo, y todos decian que era la mas bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedia la encomendasen á Dios y á nuestra Señora su madre: y esto con tanto sentimiento, que á mí me bizo llorar, que no suelo ser muy lloron: y á fe que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir á quitársela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del rey los detuvo: principalmente se mostró mas apasionado don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la queria mucho; y después que ella se partió, nunca mas él ba parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien, que ya babrás oido decir, Sancho, que las moriscas pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija, que á lo que yo creo atendia á ser mas cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dese señor mayorazgo. Dios lo haga, replicó Sancho, que á entrambos les estaria mal; y déjame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor Don Quijote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino; y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron.





CAPÍTULO LV.

DE COSAS SUCEDIDAS Á SANCHO EN EL CAMINO, Y OTRAS QUE NO HAY MAS QUE VER.



L haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del Duque, puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche algo escura y cerrada; pero como era verano no le dió mucha pesadumbre, y así se apartó del camino con intencion de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte que buscando lugar donde mejor acomodarse cayeron él y el rucio en una honda y escurísima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendó á Dios de todo corazon pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; y no fué así, porque á poco mas de tres estados dió fondo el rucio, y él

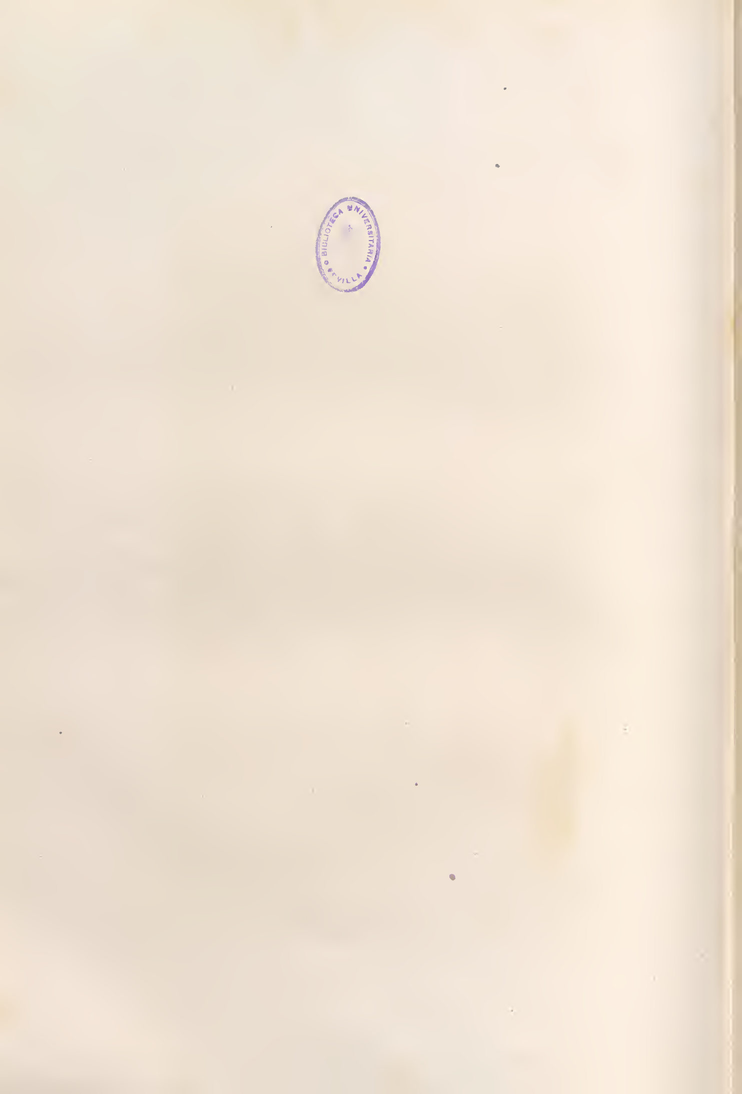
se halló encima dél sin haber recebido lision ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento por ver si estaba sano ó agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud no se hartaba de dar gracias á Dios nuestro señor de la merced que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima por ver si seria posible salir della sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente; y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que á la verdad no estaba muy bien parado. ¡Ay, dijo entonces Sancho Panza, y cuán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se habia de ver sepultado en una sima sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso: á lo menos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor Don Quijote de la Mancha cuando decendió y bajó á la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raidos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quién somos, á lo menos de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo ¡miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien della se doliera, y en la hora última de nuestro pasamiento [44] nos cerrara los ojos. ¡Oh compañero y amigo mio, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados. Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces por ver si alguno le oia; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el

rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pié, que apenas se podia tener; y sacando de las alforjas, que tambien habian corrido la mesma fortuna de la caida, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera: Todos los duelos con pan son buenos. En esto descubrió á un lado de la sima un agujero capaz de caber por él una persona si se agobiaba y encogia. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él, y vió que por de dentro era espacioso y largo, y púdolo ver porque por lo que se podia llamar techo entraba un rayo de sol, que lo descubria todo. Vió tambien que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo cual volvió á salir adonde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo, y cogiéndole del cabestro comenzó á caminar por aquella gruta adelante por ver si hallaba alguna salida por otra parte: á veces iba á escuras, y á veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo. ¡Válame Dios todopoderoso! decia entre sí: esta que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo Don Quijote. Él sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y esperara salir de esta escuridad y estrecheza á algun florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debajo de los piés de improviso se ha de abrir otra sima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas mal si vienes solo. Desta manera y con estos pensamientos le pareció que habria caminado poco mas de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida. Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de Don Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que habia de hacer con el robador de la honra de la hija de doña Rodriguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado, que malamente le tenian fecho. Sucedió pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que habia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon ó arremetida á Rocinante llegó á poner los piés tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayó, y llegándose algo mas cerca, sin apearse miró aquella hondura, y estándola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente pudo percebir y entender que el que las daba decia: Ha de arriba, ¿hay algun cristiano que me escuche? ¿ó algun caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida? ¿de un desdichado desgobernado gobernador? Parecióle á Don Quijote que oia la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo dijo: ¿Quién está allá abajo? ¿quién se queja? ¿Quién puede estar aquí, ó quién se ha de quejar, respondieron, sino el asende-

reado de Sancho Panza, gobernador por sus pecados, y por su mala andanza, de la ínsula Barataria, escudero que fué del famoso caballero Don Quijote de la Mancha? Oyendo lo cual Don Quijote se le dobló la admiracion, y se le acrecentó el pasmo viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado desta imaginacion dijo: Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por tí, que pues es mi profesion favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, tambien lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios. Desa manera, respondieron, vuesa merced que me habla debe de ser mi señor Don Quijote de la Mancba, y aun en el órgano de la voz no es otro sin duda. Don Quijote soy, replicó Don Quijote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso dime quién eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia católica romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo que lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare: por eso acaba de declararte y dime quién eres. Voto á tal, respondieron, y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor Don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester mas espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde yago, el rucio conmigo, [45] que no me dejará mentir, pues por mas señas está aquí conmigo. Y hay mas, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba. Famoso testigo, dijo Don Quijote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho mio: espérame, iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. Vaya vuesa merced, dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dejóle Don Quijote, y fué al castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debia de haber caido por la correspondencia de aquella gruta que de tiempos inmemoriales estaba allí hecha; pero no podian pensar cómo habia dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas, y á costa de mucha gente y de mucho trabajo sacaron al rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Vióle un estudiante, y dijo: Desta manera habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca á lo que yo creo. Oyólo San-

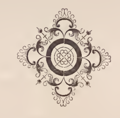





BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

cho, y dijo: Ocho dias ó diez ha, hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me ví harto de pan siquiera un hora: en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos: y siendo esto así, como lo es, no merecia yo, á mi parecer, salir de esta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone; y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno; y cual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga desta agua no beberé, que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas: y Dios me entiende y basta, y no digo mas, aunque pudiera. No te enojes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren, y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mesmo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno dicen dél que ha sido un ladron, y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato. Á buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tonto que por ladron. En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente al castillo adonde en unos corredores estaban ya el Duque y la Duquesa esperando á Don Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir á ver al Duque sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza, porque decia que habia pasado muy mala noche en la posada; y luego subió á ver á sus señores, ante los cuales puesto de rodillas dijo: Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningun merecimiento mio fuí á gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo: que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolucion, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba: y así antes que diese conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al través, y ayer de mañana dejé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenia cuando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metídome en granjerías: y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habian de guardar, que es lo mesmo hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula sin otro acompañamiento que el de mi rucio: caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del sol ví la salida; pero nó tan fácil, que á no depararme el cielo á mi señor Don Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Así que, mis señores Duque y Du-

quesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez dias que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, nó que de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuesas mercedes los piés, imitando al juego de los muchachos, que dicen: salta tú, y dámela tú, doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor Don Quijote, que en fin en él, aunque como el pan con sobresalto, hártome á lo menos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias, que de perdices. Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre Don Quijote que habia de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos dió en su corazon gracias al cielo, y el Duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haria de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos carga y de mas provecho. Abrazóle la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.





CAPÍTULO LVI.

DE LA DESCOMUNAL Y NUNCA VISTA BATALLA QUE PASÓ ENTRE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Y EL LACAYO TOSILOS EN LA DEFENSA DE LA HIJA DE LA DUEÑA DOÑA RODRIGUEZ.



O quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y mas, que aquel mismo dia vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias; y finalmente les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Después desto cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada; y habiendo el Duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos cómo se habia de avenir con Don Qui-

jote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á Don Quijote que no permitia la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo concilio que prohibe los tales desafíos, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuese servido, que él le obedeceria en todo. Llegado pues el temeroso dia, y habiendo mandado el Duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadalso, donde estuviesen los jueces del campo, y las dueñas, madre y hija demandantes, habia acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habian visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian ni los que habian muerto. El primero que entró en el campo y estacada fué el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algun engaño, ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese: luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente Don Quijote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encambronado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frison, ancho y de color tordillo: de cada mano y pié le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor de cómo se habia de portar con el valeroso Don Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban se puso algun tanto á mirar á la que por esposo le pedia: llamó el maese de campo á Don Quijote, que ya se habia presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló á las dueñas, preguntándoles si consentian que volviese por su derecho Don Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en una galería que caia sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condicion de los combatientes que si Don Quijote vencia, su contrario se habia de casar con la hija de doña Rodriguez; y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedia, sin dar otra satisfacion alguna. Partióles el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habian de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los piés la tierra: estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo

unos, y esperando otros el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente Don Quijote, encomendándose de todo su corazon á Dios nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenia diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que agora diré. Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la mas hermosa mujer que habia visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario amor por esas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazon de parte á parte: y púdolo hacer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues, que cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya habia hecho señora de su libertad, y así no atendió al son de la trompeta, como hizo Don Quijote, que apenas la hubo oido, cuando arremetió, y á todo el correr que permitia Rocinante partió contra su enemigo; y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces: Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros: Dios te dé la vitoria, pues llevas la razon de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á Don Quijote no se movió un paso de su puesto; antes con grandes voces llamó al maese de campo, el cual venido á ver lo que queria, le dijo: Señor, ¿esta batalla no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora? Así es, le fué respondido. Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondríala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y así digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose Don Quijote en la mitad de su carrera viendo que su enemigo no le acometia. El Duque no sabia la ocasion porque no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué á declarar lo que Tosilos decia, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde doña Rodriguez estaba, y dijo á grandes voces: Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso Don Quijote, y dijo: Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense en hora buena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, san Pedro se la bendiga. El Duque habia bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosilos le dijo: ¿Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella? Sí señor, respondió Tosilos. Él hace muy bien, dijo á esta sazon Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y sacarte ha de cui-

dado. Íbase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitáronsela apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo. Viendo lo cual doña Rodriguez y su hija, dando grandes voces dijeron: Este es engaño, engaño es este; á Tosilos el lacayo del Duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo: justicia de Dios y del rey de tanta malicia, por no decir bellaquería. No vos acuiteis, señoras, dijo Don Quijote, que ni esta es malicia ni es bellaquería; y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decis que es lacayo del Duque: tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo. El Duque, que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo: Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña: dilatemos el casamiento quince dias si quieren, y tengamos encerrado á este personaje que nos tiene dudosos, en los cuales podria ser que volviese á su prístina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor Don Quijote, y mas yéndoles tan poco en usar estos embelecos y transformaciones. ¡Oh señor! dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo. Un caballero que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora, y así imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida. Á lo que dijo la hija de Rodriguez: [46] Séase quien fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco, que mas quiero ser mujer legítima de un lacayo, que nó amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es. En resolucion, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese hasta ver en qué paraba su transformacion. Aclamaron todos la vitoria por Don Quijote, y los mas quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los mochachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el Duque y Don Quijote al castillo, encerraron á Tosilos, quedaron doña Rodriguez y su hija contentísimas de ver que por una via ó por otra aquel caso habia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.



CAPÍTULO LVII.

QUE TRATA DE COMO DON QUIJOTE SE DESPIDIÓ DEL DUQUE, Y DE LO QUE LE SUCEDIÓ CON LA DISCRETA Y DESENVUELTA ALTISIDORA, DONCELLA DE LA DUQUESA.

YA le pareció á Don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites, que como á caballero andante aquellos señores le hacian, y parecíale que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento, y así pidió un dia licencia á los Duques para partirse. Diéronsela con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la Duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo: ¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo Don Quijote de la Mancha?

Con todo esto me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es enviando las bellotas á la Duquesa, que á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo dél, y asi podré decir con segura conciencia, que no es poco: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pasaba entre sí Sancho el dia de la partida; y saliendo Don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los Duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y repuesto contentísimo, porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le habia dado un bolsico con docientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabia Don Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo:

Escucha, mal caballero,
deten un poco las riendas,
no fatigues las ijadas
de tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla,
que está muy lejos de oveja.
Tú has burlado, monstruo horrendo,
la mas hermosa doncella
que Diana vió en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Tú llevas ¡llevar impío!
en las garras de tus cerras
las entrañas de una humilde,
como enamorada tierna.
Llévaste tres tocadores
y unas ligas de unas piernas,

que al mármol puro se igualan
en lisas, blancas y negras.
Llévaste dos mil suspiros,
que á ser de fuego, pudieran
abrasar á dos mil Troyas,
si dos mil Troyas hubiera.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

De ese Sancho tu escudero
las entrañas sean tan tercas
y tan duras, que no salga
de su encanto Dulcinea.
De la culpa que tú tienes,
lleve la triste la pena:
que justos por pecadores
tal vez pagan en mi tierra.
Tus mas finas aventuras
en desventuras se vuelvan,
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso
desde Sevilla á Marchena,
desde Granada hasta Loja,
de Londres á Inglaterra.
Si jugares al reinado,
los cientos, ó la primera,
los reyes huyan de tí,
ases ni sietes no veas.
Si te cortares los callos,
sangre las heridas viertan,
y quédente los raigones,
si te sacares las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando Don Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho le dijo: Por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad: dime ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? Á lo que Sancho respondió: Los tres tocadores sí llevo; pero las ligas, como por los cerros de Úbeda. Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa y desenvuelta, nó en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas; y como no estaba advertida desta burla, creció mas su admiracion. El Duque quiso reforzar el donaire, y dijo: No me parece bien, señor caballero, que habiendo recebido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo menos, sí por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama: volvedle las ligas, sino yo os desafio á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, respondió Don Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recebido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recebido, ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor Duque, jamás he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, como ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de qué pedirle perdon, ni á ella ni á vuestra excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Déosle Dios tan bueno, dijo la Duquesa, señor Don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechurías, y andad con Dios, que mientras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mia yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches, oh valeroso Don Quijote, dijo entonces Altisidora, y es, que te pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas, y he caido en el descuido del que yendo sobre el asno, le buscaba. ¿No lo dije yo? dijo Sancho; bonico soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasion en mi gobierno. Abajó la cabeza Don Quijote, y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.





CAPÍTULO LVIII.

QUE TRATA DE COMO MENUDEARON SOBRE DON QUIJOTE AVENTURAS TANTAS, QUE NO SE DABAN VAGAR UNAS Á OTRAS.



UANDO Don Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho le dijo: La libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abun-

dancia que en este castillo que dejamos hemos tenido: pues en metad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve me parecia á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran mios: que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recebidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo. Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el mayordomo del Duque, que como pítima y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere, que nó siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen. En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero cuando vieron, habiendo andado poco mas de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde encima de sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á sí tenian unas como sábanas blancas con que cubrian alguna cosa que debajo estaba: estaban empinadas y tendidas y de trecho á trecho puestas. Llegó Don Quijote á los que comian, y saludándolos primero cortesmente les preguntó, què qué era lo que aquellos lienzos cubrian. Uno dellos le respondió: Señor, debajo destos lienzos están unas imágines de relieve y entalladura que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren. Si sois servidos, respondió Don Quijote, holgaria de verlas, pues imágines que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y cómo si lo son, dijo otro, sino dígalo lo que cuestan, que en verdad que no hay ninguna que no esté en mas de cincuenta ducados: y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced, y verla ha por vista de ojos; y levantándose dejó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imágen, que mostró ser la de san Jorge puesto á caballo con una serpiente enroscada á los piés, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imágen parecia una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola Don Quijote dijo: Este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse don san Jorge, y fué ademas defendedor de doncellas. Veamos esta otra. Descubrióla el hombre, y pareció ser la de san Martin puesto á caballo, que partia la capa con el pobre; y apenas la hubo visto Don Quijote cuando dijo: Este caballero tambien fué de los aventureros cristianos, y creo que fué mas liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debia de ser entonces invierno, que sino él se la diera toda, segun era de caritativo. No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener al refran que dicen, que para dar y tener, seso es menester. Rióse Don Quijote, y pidió

que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imágen del Patron de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y en viéndola dijo Don Quijote: Este sí que es caballero y de las escuadras de Cristo; este se llama don san Diego Matamoros, uno de los mas valientes santos y caballeros que tuvo el mundo, y tiene agora el cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caida de san Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse. Cuando le vido tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba y Pablo respondia: Este, dijo Don Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás: caballero andante por la vida, y santo á pié quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo. No habia mas imágines, y así mandó Don Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban: Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fueron santos, y pelearon á lo divino, y yo soy pecador, y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta agora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura, y adobándoseme el juicio, podria ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo. Dios lo oiga, y el pecado sea sordo, dijo Sancho á esta ocasion. Admiráronse los hombres así de la figura como de las razones de Don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer, cargaron con sus imágines, y despidiéndose de Don Quijote siguieron su viaje. Quedó Sancho de nuevo como si jamás hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabia, pareciéndole que no debia de haber historia en el mundo, ni suceso, que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole: En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos. Tú dices bien, Sancho, dijo Don Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte: y esto que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la órden del bienaventurado san Francisco, y como si hubiera en-

contrado con un grifo vuelve las espaldas, y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipion á África, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él abrazándose con el suelo dijo: No te me podrás huir, África, porque te tengo asida y entre mis brazos. Así que, Sancho, el haber encontrado con estas imágines ha sido para mí felicísimo acontecimiento. Yo así lo creo, respondió Sancho, y querria que vuesa merced me dijese ¿qué es la causa porque dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel san Diego Matamoros: Santiago y cierra España? ¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester cerrarla? ¿ó qué ceremonia es esta? Simplicísimo eres, Sancho, respondió Don Quijote, y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios á España por patron y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y así le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones: y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan. Mudó Sancho plática, y dijo á su amo: Maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora la doncella de la Duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas. He oido decir tambien que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora mas parece que se aguzan, que despuntan. Advierte, Sancho, dijo Don Quijote, que el amor ni mira respetos, ni guarda términos de razon en sus discursos, y tiene la misma condicion que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza, y así sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusion que lástima. ¡Crueldad notoria! dijo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la mas mínima razon amorosa suya. Hideputa, ¡y qué corazon de mármol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuesa merced que así la rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas ó todas juntas le enamoraron? Que en verdad, en verdad que muchas veces me paro á mirar á vuesa merced desde la punta del pié hasta el último cabello de la cabeza, y

que veo mas cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo tambien oido decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre. Advierte, Sancho, respondió Don Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma, y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y nó en la del cuerpo, suelen hacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero tambien conozco que no soy disforme: y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y á deshora, sin pensar en ello, se halló Don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas, y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello dijo á Sancho: Paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las mas nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido: pues mándoles yo que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde fueran de durísimos diamantes, ó mas fuertes que aquella con que el zeloso dios de los herreros enredó á Venus y á Marte, así la rompiera como si fuera de juncos marinos ó de hilachas de algodon: y queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado: digo que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro: traian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas: la edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué esta que admiró á Sancho, suspendió á Don Quijote, hizo parar al sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro. En fin, quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo á Don Quijote: Detened, señor caballero, el paso, y no rompais las redes, que nó para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahí están tendidas: y porque sé que nos habeis de preguntar para qué se han puesto, y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas, y

los mancebos de pastores: traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camóes en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta agora no hemos representado: ayer fué el primero dia que aquí llegamos: tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el márgen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza: tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles para engañar los simples pajarillos, que ojeados con nuestro ruido vinieren á dar en ellas. Si gustais, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortesmente, porque por agora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía. Calló, y no dijo mas: á lo que respondió Don Quijote: Por cierto, hermosísima señora, que no debió de quedar mas suspenso ni admirado Anteon cuando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podeis mandar, porque no es otra la profesion mia sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representa; y si como estas redes, que deben de ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas: y porque deis algun crédito á esta mi exageracion, ved que os lo promete por lo menos Don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oidos este nombre. ¡Ay amiga de mi alma, dijo entonces la otra zagala, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? pues hágote saber que es el mas valiente, y el mas enamorado, y el mas comedido que tiene el mundo, si no es que nos miente y nos engaña [47] una historia que de sus hazañas anda impresa y yo he leido. Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen. Así es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo, el mismo Don Quijote de la Mancha, historiado y referido. ¡Ay! dijo la otra, supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello, que tambien he oido yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho, y sobre todo dicen dél que es el mas firme y mas leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dijo Don Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canseis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dejan reposar en ningun cabo. Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y galas que á las de las zagalas correspondia: contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso Don Quijote de

la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia por haber leido su historia. Ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas, húbolo de conceder Don Quijote, y así lo hizo. Llegó en esto el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que engañados de la color de las redes caian en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran Don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenian dél noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias: honraron á Don Quijote dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos, y admirábanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó Don Quijote la voz y dijo: Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon, y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando estos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensará con otras si pudiera; porque por la mayor parte los que reciben son inferiores á los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia, y esta estrecheza y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y así digo que sustentaré dos dias naturales en metad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están, son las mas hermosas doncellas y mas corteses que hay en el mundo, excetando solo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos: con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan. Oyendo lo cual Sancho, que con grande atencion le habia estado escuchando, dando una gran voz dijo: ¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco? Digan vuesas mercedes, señores pastores, ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho? ¿ni hay caballero andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido? Volvióse Don Quijote á Sancho, y encendido el rostro y colérico le dijo: ¿Es posible, oh Sancho, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te mete á tí en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está

desensillado Rocinante: vamos á poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que va de mi parte puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla: y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar si le podian tener por loco ó por cuerdo. Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian: con todo esto salió Don Quijote con su intencion, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no lejos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento. Puesto pues Don Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras: Oh vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pié y de á caballo, que por este camino pasais, ó habeis de pasar en estos dos dias siguientes, sabed que Don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender, que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso: por eso el que fuere de parecer contrario, acuda, que aquí le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oidas de ningun aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con Don Quijote estaban, cuando volviendo las espaldas se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que si esperaban les podia suceder algun peligro: solo Don Quijote con intrépido corazon se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos que venia mas delante, á grandes voces comenzó á decir á Don Quijote: Apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros. Ea, canalla, respondió Don Quijote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado, sino, conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el vaquero, ni Don Quijote le tuvo de desviarse aunque quisiera, y así el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro dia habian de correrse, pasaron sobre Don Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado Don Quijote, aporreado el rucio, y no

muy católico Rocinante; pero en fin se levantaron todos, y Don Quijote á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces: Deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero os espera, el cual no tiene condicion, ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata. Pero nó por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron mas caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á Don Quijote, y mas enojado que vengado se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con mas vergüenza que gusto siguieron su camino.





CAPÍTULO LIX.

DONDE SE CUENTA EL EXTRAORDINARIO SUCESO, QUE SE PUEDE TENER POR AVENTURA, QUE LE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE.



L polvo y al cansancio que Don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el márgen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solia llamar condumio: enjuagóse la boca, lavóse Don Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados: no comia Don Quijote de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que llevado de sus imagi-

naciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dijo Don Quijote, sustenta la vida, que mas que á mí te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo: y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas, al cabo, al cabo cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los piés de animales inmundos y soeces. Esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer: de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes. Desa manera, dijo Sancho sin dejar de mascar apriesa, no aprobará vuesa merced aquel refran que dicen: muera Marta, y muera harta: yo á lo menos no pienso matarme á mí mismo; antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced: y créame, y después de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá como cuando despierte se halla algo mas aliviado. Hízolo así Don Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho mas eran de filósofo que de mentecato, y díjole: Si tú, oh Sancho, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes, y es, que mientras yo duermo obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lejos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña, que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia. Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho: durmamos por ahora entrambos, y después Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre á sangre fria es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando menos se cate me verá hecho una criba de azotes, y hasta la muerte todo es vida: quiero decir, que aun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciéndoselo Don Quijote comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrío y sin órden alguna pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dándose priesa para llegar á una venta que al parecer una

legua de allí se descubria: digo que era venta, porque Don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos. Llegaron pues á ella: preguntaron al huésped si habia posada. Fuéles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostería en un aposento, de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que Don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar, recogiéronse á su estancia, preguntó Sancho al huésped que qué tenia para darles de cenar. Á lo que el huésped respondió, que su boca seria medida, y así que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos asen tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy traganton en demasía. Respondióle el huésped que no tenia pollos, porque los milanos los tenian asolados. Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla que sea tierna. ¡Polla, mi padre! respondió el huésped, en verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender mas de cincuenta; pero fuera de pollas pida vuesa merced lo que quisiere. Desa manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito. En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra. Medrados estamos con eso, respondió Sancho: yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos. Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene: pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas, ¿y quiere que tenga huevos? discurra si quisiere por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mí, dijo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos. Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera, que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: cómeme, cómeme. Por mias las marco desde aquí, dijo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daria nada que fuesen manos como fuesen uñas. Nadie las tocará, dijo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y repostería. Si por principales va, dijo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nísperos. Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le habia preguntado qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse pues la hora del cenar,

recogióse á su estancia Don Quijote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de Don Quijote estaba, que no le dividia mas que un sutil tabique, oyó decir Don Quijote: Por vida de vuesa merced, señor don Gerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de Don Quijote de la Mancha. Apenas oyó su nombre Don Quijote, cuando se puso en pié, y con oido alerto escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Gerónimo referido respondió: ¿Para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leido la primera parte de la historia de Don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo eso, dijo el don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mí en este mas desplace es que pinta á Don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo cual Don Quijote, lleno de ira y de despecho alzó la voz y dijo: Quien quiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido: su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna. ¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento. ¿Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo Don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere, que al buen pagador no le duelen prendas? Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecian, y uno dellos echando los brazos al cuello de Don Quijote le dijo: Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero Don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego: y poniéndole un libro en las manos, que traia su compañero, le tomó Don Quijote, y sin responder palabra comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió diciendo: En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprension. La primera es algunas palabras que he leido en el prólogo: la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es que yerra y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia. Á esto dijo Sancho: Donosa cosa de historiador por cierto; bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi mujer Mari Gutierrez: torne á tomar el libro, señor, y mire si ando

yo por ahí, y si me ha mudado el nombre. Por lo que os he oido hablar, amigo, dijo don Gerónimo, sin duda debeis de ser Sancho Panza el escudero del señor Don Quijote. Sí soy, respondió Sancho, y me precio dello. Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: píntaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dijo Sancho; dejárame en mi rincon sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está san Pedro en Roma. Los dos caballeros pidieron á Don Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabian que en aquella venta no habia cosas pertenecientes para su persona. Don Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio, sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no menos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó don Juan á Don Quijote qué nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se habia casado, si estaba parida ó preñada, ó si estando en su entereza se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor Don Quijote. Á lo que él respondió: Dulcinea se está entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora transformada; y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le habia sucedido en la cueva de Montesinos, con la órden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oir contar á Don Quijote los extraños sucesos de su historia, y así quedaron admirados de sus disparates como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenian por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darian entre la discrecion y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho equis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando dijo: Que me maten, señores, si el autor deste libro que vuesas mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos: yo querria que ya que me llama comilon, como vuesas mercedes dicen, no me llamase tambien borracho. Sí llama, dijo don Gerónimo; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y además mentirosas, segun yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho que está presente. Créanme vuesas mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el Don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado, y yo simple, gracioso, y nó comedor ni borracho. Yo así lo creo, dijo don Juan, y si fuera posible se habia de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quijote, sino fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno



fuese osado á retratarle sino Apeles. Retráteme el que quisiere, dijo Don Quijote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias. Ninguna, dijo don Juan, se le puede hacer al señor Don Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque don Juan quisiera que Don Quijote leyera mas del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leido, y lo confirmaba por todo necio, y que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leido, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto mas los ojos. Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje. Respondió, que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnés, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díjole don Juan que aquella nueva historia contaba como Don Quijote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondió Don Quijote, no pondré los piés en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el Don Quijote que él dice. Hará muy bien, dijo don Gerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor. Así lo pienso hacer, dijo Don Quijote, y vuesas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. Y á mí tambien, dijo Sancho, quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á don Juan y á don Gerónimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos Don Quijote y Sancho, y nó los que describia su autor aragonés. Madrugó Don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.





CAPÍTULO LX.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE YENDO Á BARCELONA.



RA fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimesmo el dia en que Don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el mas derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales yendo fuera de camino le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dejó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero Don Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la ham-

bre, no podia pegar sus ojos, antes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creia solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban, y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: Si nudo gordiano cortó el Magno Alejandro diciendo: tanto monta cortar como desatar, y nó por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni mas ni menos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo: que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, qué se me da á mí que se los dé él, ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren. Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodádolas [48] en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinion que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos; pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo: ¿Qué es esto, quién me toca y desencinta? Yo soy, respondió Don Quijote, que vengo á suplir tus faltas, y á remediar mis trabajos: véngote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando, y así desatácate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad por lo menos dos mil azotes. Eso nó, dijo Sancho, vuesa merced se esté quedo; sino, por Dios verdadero, que nos han de oir los sordos: los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios y nó por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme; basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere. No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo Don Quijote, porque eres duro de corazon, y aunque villano, blando de carnes; y así procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo cual Sancho Panza se puso en pié, y arremetiendo á su amo se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba: púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decia: ¿Cómo, traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿con quien te da su pan te atreves? Ni quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí, que soy mi señor: vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,

Aquí morirás, traidor,
Enemigo de doña Sancha.

Prometióselo Don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaria en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese. Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo á arrimarse á otro árbol sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos topó con dos piés de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió á otro árbol, y sucedióle lo mesmo: dió voces llamando á Don Quijote que le favoreciese. Hízolo así Don Quijote, y preguntándole qué le habia sucedido, y de qué tenia miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de piés y de piernas humanas. Tentólos Don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser, y díjole á Sancho: No tienes de qué tener miedo, porque estos piés y piernas que tientas y no ves, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta, por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona: y así era la verdad, como él lo habia imaginado. Al amanecer [49] alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecia, y si los muertos los habian espantado, no menos los atribularon mas de cuarenta bandoleros vivos que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos, y se detuviesen hasta que llegase su capitan. Hallóse Don Quijote á pié, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente sin defensa alguna, y así tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza guardándose para mejor sazon y coyuntura. Acudieron los bandoleros á espulgar al rucio, y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traia: y avínole bien á Sancho, que en una ventrera [50] que tenia ceñida venian los escudos del Duque y los que habian sacado de su tierra, y con todo eso aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido si no llegara en aquella sazon su capitan, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave y color morena. Venia sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman pedreñales, á los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza: mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo y á Don Quijote armado y pensativo, con la mas triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él diciéndole: No esteis tan triste, buen hombre, porque no habeis caido en las manos de algun cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart que tienen mas de compasivas que de rigurosas. No es mi tristeza, respondió Don Quijote, haber caido en tu poder, oh valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido que me hayan cogido tus soldados sin el freno,

estando yo obligado, segun la órden de la andante caballería que profeso, á vivir contino alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo: porque te hago saber, oh gran Roque, que si me hallaran sobre mi caballo con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy Don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de Don Quijote tocaba mas en locura que en valentía, y aunque algunas veces le habia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazon de hombre; y holgóse en extremo de haberle encontrado para tocar de cerca lo que de lejos dél habia oido, y así le dijo: Valeroso caballero, no os despecheis, ni tengais á siniestra fortuna esta en que os hallais, que podria ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase, que el cielo por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caidos y enriquecer los pobres. Ya le iba á dar las gracias Don Quijote cuando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el cual venia á toda furia un mancebo al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la walona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la cual en llegando á él dijo: En tu busca venia, oh valeroso Roque, para hallar en tí, si nó remedio, á lo menos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quién soy: yo soy Claudia Gerónima, hija de Simon Forte tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando; y ya sabes que este Torrellas tiene un hijo, que don Vicente Torrellas se llama, ó á lo menos se llamaba no ha dos horas. Este pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecucion y efecto sus atropellados deseos. Finalmente él me prometió de ser mi esposo, y yo le dí la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer que olvidado de lo que me debia se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia, y por no estar mi padre en el lugar le tuve yo de ponerme en el traje que ves, y apresurando el paso á este caballo alcancé á don Vicente obra de una legua de aquí, y sin ponerme á dar quejas ni á oir disculpas le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que creo le debí de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra. Allí le dejo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte para

que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimesmo á rogarte defiendas á mi padre, porque los muchos de don Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza. Roque, admirado de la gallardía, bizarría, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, le dijo: Ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo, que después veremos lo que mas te importare. Don Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia habia dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dijo: No tiene nadie para qué tomar trabajo en defender á esta señora, que lo tomo yo á mi cargo: denme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí, que yo iré á buscar á ese caballero, y muerto ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude de esto, dijo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos dias que hizo casar á otro que tambien negaba á otra doncella su palabra; y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo y mozo, no las entendió, y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo cuanto le habian quitado del rucio, mandóles asimesmo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian estado alojados, y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y diéronse á entender, como era la verdad, que debia de ser don Vicente, á quien sus criados ó muerto ó vivo llevaban, ó para curarle ó para enterrarle: diéronse priesa á alcanzarlos, que como iban de espacio con facilidad lo hicieron. Hallaron á don Vicente en los brazos de sus criados, á quien con cansada y debilitada voz rogaba que le dejasen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentia que mas adelante pasase. Arrojáronse de los caballos Claudia y Roque, llegáronse á él, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó en ver la de don Vicente: y así entre enternecida y rigurosa se llegó á él, y asiéndole de las manos le dijo: Si tú me dieras estas conforme á nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso. Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero, y conociendo á Claudia le dijo: Bien veo, hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto: pena no merecida ni debida á mis deseos, con los cuales ni con mis obras jamás quise ni supe ofenderte. ¿Luego no es verdad, dijo Claudia, que ibas esta mañana á desposarte con Leonora, la hija del rico Balvastro? Nó por cierto, respondió don Vicente; mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas para que zelosa me quitases la vida, la cual, pues la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa: y para asegurarte desta verdad, aprieta la mano y recíbeme por esposo si quisieres, que no tengo otra mayor satisfacion que darte del agravio que pien-

sas que de mí has recebido. Apretóle la mano Claudia, y apretósele á ella el corazon de manera, que sobre la sangre y pecho de don Vicente se quedó desmayada, y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabia qué hacerse. Acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros, y trujéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia; pero nó de su parasismo don Vicente, porque se le acabó la vida. Visto lo cual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivia, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. ¡Oh cruel é inçonsiderada mujer, decia, con qué facilidad te moviste á poner en ejecucion tan mal pensamiento! ¡Oh fuerza rabiosa de los zelos, á qué desesperado fin conducis á quien os da acogida en su pecho! ¡Oh esposo mio, cuya desdichada suerte por ser prenda mia te ha llevado del tálamo á la sepultura! Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente Roque Guinart ordenó á los criados de don Vicente que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo á Roque que queria irse á un monasterio, donde era abadesa una tia suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y mas eterno acompañada. Alabóle Roque su buen propósito, ofreciósele de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender á su padre de los parientes de don Vicente, [51] y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió dél llorando. Los criados de don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos: y este fin tuvieron los amores de Claudia Gerónima. ¿Pero qué mucho si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los zelos? Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les habia ordenado, y á Don Quijote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadia dejasen aquel modo de vivir tan peligroso así para el alma como para el cuerpo; pero como los mas eran gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de Don Quijote. Llegado que fué Roque preguntó á Sancho Panza si le habian vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del rucio le habian quitado. Sancho respondió que sí, sino que le faltaban tres tocadores, que valian tres ciudades. ¿Qué es lo que dices, hombre? dijo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales. Así es, dijo Don Quijote; pero estímalos mi escudero en lo que ha dicho por habérmelos dado quien me los dió. Mandóselos volver al punto Roque Guinart, y mandando poner los suyos en ala mandó traer allí delante todos los ves-

tidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última reparticion habian robado; y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á Don Quijote: Si no se guardase esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos. Á lo que dijo Sancho: Segun lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se use aun entre los mesmos ladrones. Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual sin duda le abriera la cabeza á Sancho si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno ó algunos de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y este dijo: Señor, no lejos de aquí, por el camino que va á Barcelona viene un gran tropel de gente. Á lo que respondió Roque: ¿Has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos? Nó sino de los que buscamos, respondió el escudero. Pues salid todos, replicó Roque, y traédmelos aquí luego sin que se os escape ninguno. Hiciéronlo así, y quedándose solos Don Quijote, Sancho y Roque, aguardaron á ver lo que los escuderos traian, y en este entre tanto dijo Roque á Don Quijote: Nueva manera de vida le debe de parecer al señor Don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos: y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir mas inquieto ni mas sobresaltado que el nuestro. Á mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo: y como un abismo llama á otro y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que no solo las mias, pero las ajenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro. Admirado quedó Don Quijote de oir hablar á Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear no podia haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle: Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena: vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ó Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y nó de repente y por milagro: y mas que los pecadores discretos están mas cerca de enmendarse que los simples; y pues vuesa

merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia: y si vuesa merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, véngase conmigo, que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia en dos paletas le pondrán en el cielo. Rióse Roque del consejo de Don Quijote, á quien mudando plática contó el trágico suceso de Claudia Gerónima, de que le pesó en extremo á Sancho, que no le habia parecido mal la belleza, desenvoltura y brío de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa trayendo consigo dos caballeros á caballo y dos peregrinos á pié, y un coche de mujeres con hasta seis criados, que á pié y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traian. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros que quién eran, y adónde iban, y qué dinero llevaban. Uno dellos le respondió: Señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española, tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en cuatro galeras, que dicen están en Barcelona con órden de pasar á Sicilia: llevamos hasta docientos ó trecientos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntó Roque á los peregrinos lo mesmo que á los capitanes: fuéle respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos podian llevar hasta sesenta reales. Quiso saber tambien quién iba en el coche y adónde y el dinero que llevaban: y uno de los de á caballo dijo: Mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del regente de la vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña son las que van en el coche: acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dijo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales: mis soldados deben de ser hasta sesenta; mírese á cómo le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador. Oyendo decir esto los salteadores levantaron la voz diciendo: Viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres que su perdicion procuran. Mostraron afligirse los capitanes, entristecióse la señora regenta, y no se holgaron nada los peregrinos viendo la confiscacion de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podia conocer á tiro de arcabuz, y volviéndose á los capitanes dijo: Vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconduto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar á soldados, ni á mujer alguna, especialmente á las que

son principales. Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los piés y las manos del gran Roque, pero él no lo consintió en ninguna manera, antes le pidió perdon del agravio que le habia hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habian repartido, y ya los capitanes habian desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos, y volviéndose á los suyos les dijo: Destos escudos dos tocan á cada uno y sobran veinte, los diez se den á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura: y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveido Roque, les dió por escrito un salvoconduto para los mayorales de sus escuadras, y despidiéndose dellos los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion y extraño proceder, teniéndole mas por un Alejandro Magno, que por ladron conocido. Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana: Este nuestro capitan mas es para frade que para bandolero: si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y nó con la nuestra. No lo dijo tan paso el desventurado que dejase de oirlo Roque, el cual echando mano á la espada le abrió la cabeza casi en dos partes diciéndole: Desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos. Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona, dándole aviso como estaba consigo el famoso Don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decian; y que le hacia saber que era el mas gracioso y el mas entendido hombre del mundo, y que de allí á cuatro dias, que era el de san Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia desto á sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen, que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells sus contrarios; pero que esto era imposible á causa que las locuras y discreciones de Don Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podian dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba.



CAPÍTULO LXI.

DE LO QUE LE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE EN LA ENTRADA DE BARCELONA, CON OTRAS COSAS QUE TIENEN MAS DE LO VERDADERO QUE DE LO DISCRETO.



RES dias y tres noches estuvo Don Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años no le faltara que mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian, acullá comian: unas veces huian sin saber de quién, y otras esperaban sin saber á quién. Dormian en pié, interrompiendo el sueño mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el visorey de Barcelona habia echado sobre su vida le traian inquieto y teme-

roso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le babian de matar ó entregar á la justicia: vida por cierto miserable y enfadosa. En fin por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas partieron Roque, Don Quijote y Sancbo con otros seis escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de San Juan en la nocbe, y abrazando Roque á Don Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los habia dado, los dejó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se bicieron. Volvióse Roque, quedóse Don Quijote esperando el dia así á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mesmo instante alegraron tambien el oido el son de muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecer de la ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que con un rostro mayor que el de una rodela por el mas bajo horizonte poco á poco se iba levantando. Tendieron Don Quijote y Sancbo la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces dellos no visto: parecióles espaciosísimo y largo, harto mas que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales abatiendo las tiendas se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrian el agua: dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos: comenzaron á moverse, y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondian los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompia los vientos, á quien respondian los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, solo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos piés aquellos bultos que por el mar se movian. En esto llegaron corriendo con grita, lililíes y algazara los de las libreas adonde Don Quijote suspenso y atónito estaba; y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz á Don Quijote: Bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde mas largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quijote de la Mancha: nó el falso, nó el ficticio, nó el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos ban mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores. No respondió Don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demás que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al derredor de Don Quijote, el cual volvién-

dose á Sancho dijo: Estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leido nuestra historia, y aun la del aragonés recien impresa. Volvió otra vez el caballero que habló á Don Quijote, y díjole: Vuesa merced, señor Don Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart. Á lo que Don Quijote respondió: Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de las del gran Roque: llevadme do quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad: al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas aumentaron su disgusto de manera, que dando mil corcovos dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de su rucio. Quisieran los que guiaban á Don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian. Volvieron á subir Don Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin como de caballero rico, donde le dejaremos por agora, porque así lo quiere Cide Hamete.





CAPÍTULO LXII.

QUE TRATA DE LA AVENTURA DE LA CABEZA ENCANTADA, CON OTRAS NIÑERÍAS QUE NO PUEDEN DEJAR DE CONTARSE.



DON Antonio Moreno se llamaba el huésped de Don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable, el cual viendo en su casa á Don Quijote, andaba buscando modos como sin su perjuicio sacase á plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar á Don Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcon que salia á una calle de las mas principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo

delante dél los de las libreas, como si para él solo, nó para alegrar aquel festivo dia, se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentísimo por parecerle que se habia hallado sin saber cómo ni cómo nó otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á Don Quijote como á caballero andante, de lo cual hueco y pomposo no cabia en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oian. Estando á la mesa dijo don Antonio á Sancho: Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran las guardais en el seno para el otro dia. Nó señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo mas de limpio que de goloso; y mi señor Don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho dias: verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla: quiero decir, que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y nó limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dijera esto si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa. Por cierto, dijo Don Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre parece algo tragon, porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fué gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y aun los granos de la granada. ¡Cómo! dijo don Antonio, ¿gobernador ha sido Sancho? Sí, respondió Sancho, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez dias la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo: salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro. Contó Don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles, y tomando don Antonio por la mano á Don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no habia otra cosa de adorno que una mesa al parecer de jaspe, que sobre un pié de lo mesmo se sostenia, sobre la cual estaba puesta al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseóse don Antonio con Don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, después de lo cual dijo: Agora, señor Don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las mas raras aventuras, ó por mejor decir novedades que imaginarse pueden, con condicion que lo que á vuesa merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto. Así lo juro, respondió Don Quijo-

te, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad; porque quiero que sepa vuesa merced, señor don Antonio (que ya sabia su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oidos para oir, no tiene lengua para hablar: así que con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fe desa promesa, respondió don Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiracion con lo que viere y oyere, y darme á mí algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba Don Quijote esperando en qué habian de parar tantas prevenciones. En esto tomándole la mano don Antonio se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, y por el pié de jaspe sobre que se sostenia, y luego dijo: Esta cabeza, señor Don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nacion, y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan, el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á cuantas cosas al oido le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente la sacó con la perfecion que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde. Admirado quedó Don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á don Antonio; pero por ver cuán poco tiempo habia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que le agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta don Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demás caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido. Aquella tarde sacaron á pasear á Don Quijote, nó armado, sino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho de modo que no le dejasen salir de casa. Iba Don Quijote, nó sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandran, y en las espaldas sin que lo viese le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Este es Don Quijote de la Mancha.* En comenzando el paseo llevaba el rétulo los ojos de cuantos venian á verle, y como leian: este es Don Quijote de la Mancha, admirábase Don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocian; y volviéndose á don Antonio, que iba á su lado, le dijo: Grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; sino, mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad sin nunca haberme visto

me conocen. Así es, señor Don Quijote, respondió don Antonio; que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras. Acaeció pues que yendo Don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rétulo de las espaldas alzó la voz diciendo: Válgate el diablo por Don Quijote de la Mancha; cómo ¿que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes á cuestas? Tú eres loco, y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican: sino, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades, que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento. Hermano, dijo don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor Don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros que le acompañamos no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare, y andad enhoramala, y no os metais donde no os llaman. Par diez, vuesa merced tiene razon, respondió el castellano, que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el aguijon; pero con todo eso me da muy gran lástima que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato se le desagüe por la canal de su andante caballería; y la enhoramala que vuesa merced dijo sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy mas, aunque viviese mas años que Matusalen, diere consejo á nadie aunque me lo pida. Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenia leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar don Antonio como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche, volviéronse á casa, hubo sarao de damas; porque la mujer de don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped, y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas habia dos de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honestas eran algo descompuestas por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Estas dieron tanta priesa en sacar á danzar á Don Quijote, que le molieron no solo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la figura de Don Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo no nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él tambien como á hurto las desdeñaba; pero viéndose apretar de requiebros alzó la voz y dijo: *Fugite, partes adversæ:* dejadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos; allá os avenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es reina de los mios, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan: y diciendo esto se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio. Hizo

don Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió dél fué Sancho diciéndole: Nora en tal, señor nuestro amo, lo habeis bailado: ¿pensais que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensais, que estais engañado: hombre hay que se atreverá á matar á un gigante antes que hacer una cabriola: si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapateo como un girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada. Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile. Otro dia le pareció á don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con Don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habian molido á Don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habian quedado con la mujer de don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenia, encargóles el secreto, y díjoles que aquel era el primero dia donde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y si no eran los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabia el busilis del encanto; y aun si don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demás cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal órden estaba fabricada. El primero que se llegó al oido de la cabeza fué el mismo don Antonio, y díjole en voz sumisa, pero nó tanto que de todos no fuese entendida: Dime, cabeza, por la virtud que en tí se encierra, ¿qué pensamientos tengo yo agora? Y la cabeza le respondió sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida, esta razon: Yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo cual todos quedaron atónitos, y mas viendo que en todo el aposento ni al derredor de la mesa no habia persona humana que responder pudiese. ¿Cuántos estamos aquí? tornó á preguntar don Antonio, y fuéle respondido por el propio tenor, paso: Estais tú y tu mujer con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y un caballero famoso llamado Don Quijote de la Mancha, y un su escudero que Sancho Panza tiene por nombre. Aquí sí que fué el admirarse de nuevo: aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos de puro espanto. Y apartándose don Antonio de la cabeza dijo: Esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y pregúntele lo que quisiere: y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de don Antonio, y lo que le preguntó fué: Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa? y fuéle respondido: Sé muy honesta. No te pregunto mas, dijo la preguntanta. Llegó luego la compañera y dijo: Querria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó nó. Y respondiéronle: Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóse la casada diciendo: Esta respuesta no tenia necesidad de pregunta, porque en efecto las obras que se hacen declaran la voluntad que

tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio, y preguntóle: ¿Quién soy yo? Y fuéle respondido: Tú lo sabes. No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas si me conoces tú? Sí conozco, le respondieron, que eres don Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender, oh cabeza, que lo sabes todo. Y apartándose llegó el otro amigo y preguntóle: Dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo? Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo eso te sé decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Eso es, dijo el caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto mas. Llegóse la mujer de don Antonio, y dijo: Yo no sé, cabeza, qué preguntarte, solo querria saber de tí si gozaré muchos años de mi buen marido. Y respondiéronle: Sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego Don Quijote, y dijo: Dime tú el que respondes, ¿fué verdad ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea? Á lo de la cueva, respondieron, hay mucho que decir, de todo tiene: los azotes de Sancho irán de espacio: el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecucion. No quiero saber mas, dijo Don Quijote, que como yo vea á Dulcinea desencantada haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear. El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué: Por ventura, cabeza, ¿tendré otro gobierno? ¿saldré de la estrecheza de escudero? ¿volveré á ver á mi mujer y á mis hijos? Á lo que le respondieron: Gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella verás á tu mujer y á tus hijos, y dejando de servir dejarás de ser escudero. Bueno par Dios, dijo Sancho Panza; esto yo me lo dijera, no dijera mas el profeta Perogrullo. Bestia, dijo Don Quijote, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta? Sí basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara mas, y me dijera mas. Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio, que el caso sabian. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba: y así dice que don Antonio Moreno, á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid fabricada por un estampero, hizo esta en su casa para entretenerse y suspender á los ignorantes, y la fábrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pié sobre que se sostenia era de lo mesmo, con cuatro garras de águila que dél salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia. El pié de la tabla era ansimismo hue-

co, que respondia á la garganta y pechos de la cabeza; y todo esto venia á responder á otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pié, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponia el que habia de responder, pegada la boca con el mesmo cañon, de modo que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abajo, y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el cual estando avisado de su señor tio de los que habian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta: á las demás respondió por conjeturas, y como discreto discretamente. Y dice mas Cide Hamete, que hasta diez ó doce dias duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondia, temiendo no llegase á los oidos de las despiertas centinelas de nuestra fe, habiendo declarado el caso á los señores inquisidores le mandaron que la deshiciese, y no pasase mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinion de Don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, mas á satisfacion de Don Quijote que de Sancho. Los caballeros de la ciudad por complacer á don Antonio y por agasajar á Don Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis dias, que no tuvo efecto por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á Don Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pié, temiendo que si iba á caballo le habian de perseguir los mochachos, y así él y Sancho con otros dos criados que don Antonio le dió salieron á pasearse. Sucedió pues que yendo por una calle alzó los ojos Don Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros;* de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no habia visto emprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y finalmente toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase Don Quijote á un cajon, y preguntaba qué era aquello que allí se hacia: dábanle cuenta los oficiales, admirábase, y pasaba adelante. Llegó entre otros á uno y preguntóle qué era lo que hacia. El oficial le respondió: Señor, este caballero que aquí está (y enseñóle á un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estoile yo componiendo para darle á la estampa. ¿Qué título tiene el libro? preguntó Don Quijote. Á lo que el autor respondió: Señor, el libro en toscano se llama *Le bagatelle*. ¿Y qué responde *Le bagatelle* en nuestro castellano? preguntó Don Quijote. *Le bagatelle*, dijo el autor, es como si en castellano

dijésemos los juguetes; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales. Yo, dijo Don Quijote, sé algun tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mio (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no mas), ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *pignata?* Sí, muchas veces, respondió el autor. ¿Y cómo la traduce vuesa merced en castellano? preguntó Don Quijote. ¿Cómo la habia de traducir, replicó el autor, sino diciendo olla? ¡Cuerpo de tal, dijo Don Quijote, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piace*, dice vuesa merced en el castellano place, y adonde diga *più*, dice mas, y el *su* declara con arriba, y el *giù* con abajo. Sí declaro por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias. Osaré yo jurar, dijo Don Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡qué de ingenios arrinconados! ¡qué de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel: y nó por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre, y que menos provecho le trujesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su *Pastor Fido*, y el otro don Juan de Jáuregui en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda cuál es la traducion, ó cuál el original. Pero dígame vuesa merced, ¿este libro imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados por lo menos con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. Bien está vuesa merced en la cuenta, respondió Don Quijote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el libro es un poco avieso y no nada picante. ¿Pues qué, dijo el autor, quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres maravedís, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras; provecho quiero, que sin él no vale un cuatrin la buena fama. Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió Don Quijote, y pasó adelante á otro cajon, donde vió que estaban corri-

giendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma*, y en viéndole dijo: Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados. Pasó adelante, y vió que asimesmo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su título le respondieron que se llamaba *la segunda parte del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal vecino de Tordesillas. Ya yo tengo noticia deste libro, dijo Don Quijote; y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San Martin se le llegará como á cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son mas verdaderas: y diciendo esto, con muestras de algun despecho se salió de la emprenta, y aquel mesmo dia ordenó don Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las habia visto. Avisó don Antonio al cuatralvo de las galeras como aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped el famoso Don Quijote de la Mancha, de quien ya el cuatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenian noticia, y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.





CAPÍTULO LXIII.

DE LO MAL QUE LE AVINO Á SANCHO PANZA CON LA VISITA DE LAS GALERAS, Y LA NUEVA AVENTURA DE LA HERMOSA MORISCA.



RANDES eran los discursos que Don Quijote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venia, y se alegraba entre sí mismo creyendo que habia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde don Antonio Moreno su huésped y sus dos amigos, con Don Quijote y Sancho, fuéron á las galeras. El cuatralvo, que estaba avisado de su

buena venida, por ver á los dos tan famosos Quijote y Sancho, apenas llegaron á la marina cuando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimías: arrojaron luego el esquife al agua cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los piés en él Don Quijote disparó la capitana el cañon de crujía, y las otras galeras hicieron lo mesmo, y al subir Don Quijote por la escala derecha toda la chusma le saludó, como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: hu, hu, hu, tres veces. Dióle la mano el general, que con este nombre le llamaremos, que era un principal caballero valenciano: abrazó á Don Quijote diciéndole: Este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida habiendo visto al señor Don Quijote de la Mancha: tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería. Con otras no menos corteses razones le respondió Don Quijote, alegre sobre manera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines: pasóse el cómitre en crujía, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fueraropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y mas cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espalder [52] de la mano derecha, el cual ya avisado de lo que habia de hacer asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pié y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando sin poder imaginar qué fué lo que sucedido le habia. Don Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al general si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuese, él, que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le habia de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto se levantó en pié y empuñó la espada. Á este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios y venia á dar sobre su cabeza, y agobiándola lleno de miedo la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo Don Quijote, que tambien se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habian amainado, y todo esto callando como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbacho ó rebenque comenzó á mosquear las

espaldas de la chusma, y á largarse poco á poco á la mar. Cuando Sancho vió á una moverse tantos piés colorados (que tales pensó él que eran los remos) dijo entre sí: Estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y nó las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que ansí los azotan? ¿y cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo que este es infierno, ó por lo menos el purgatorio. Don Quijote, que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo: ¡Ah Sancho amigo, y con qué brevedad, y cuán á poca costa os podíades vos si quisiésedes desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra: y mas, que podria ser que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote destos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habeis de dar. Preguntar queria el general qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero: Señal hace Monjuí de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente. Esto oido saltó el general en la crujía, y dijo: Ea, hijos, no se nos vaya: algun bergantin de cosarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras tres galeras á la capitana á saber lo que se les ordenaba. Mandó el general que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iria tierra á tierra, porque ansí el bajel no se les escaparia. Apretó la chusma los remos impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel cuando descubrió las galeras se puso en caza con intencion y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera capitana era de los mas ligeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantin conocieron que no podian escaparse, y así el arraez quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no irritar á enojo al capitan que nuestras galeras regia; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca que podian los del bajel oir las voces que desde ella les decian que se rindiesen, dos toraquis, que es como decir dos turcos borrachos, que en el bergantin venian con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo cual, juró el general de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase, y llegando á embestir con toda furia se le escapó por debajo de la palamenta. Pasó la galera adelante un buen trecho: los del bajel se vieron perdidos; hicieron vela en tanto que la galera volvia, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento, porque alcanzándoles la capitana á poco mas de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa

volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traian. Dió fondo el general cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el virey de la ciudad. Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar luego luego al arraez y á los demás turcos que en el bajel habia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escopeteros turcos. Preguntó el general quién era el arraez del bergantin, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que después pareció ser renegado español): Este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro arraez, y mostróle uno de los mas bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el general: Dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió á matarme mis soldados, pues veias ser imposible el escaparte? ¿Ese respeto se guarda á las capitanas? ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero nó temerarios. Responder queria el arraez, pero no pudo el general por entonces oir la respuesta por acudir á recebir al virey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caza, señor general, dijo el virey. Y tan buena, respondió el general, cual la verá vuestra excelencia agora colgada de esta entena. ¿Cómo ansí? replicó el virey. Porque me han muerto, respondió el general, contra toda ley y contra toda razon y usanza de guerra dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á cuantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el arraez del bergantin; y enseñóle al que ya tenia atadas las manos y echado el cordel á la garganta esperando la muerte. Miróle el virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó: Dime, arraez, ¿eres turco de nacion, ó moro, ó renegado? Á lo cual el mozo respondió en lengua asimesmo castellana: Ni soy turco de nacion, ni moro, ni renegado. ¿Pues qué eres? replicó el virey. Mujer cristiana, respondió el mancebo. ¿Mujer y cristiana, y en tal traje y en tales pasos? mas es cosa para admirarla que para creerla. Suspended, dijo el mozo, oh señores, la ejecucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida. ¿Quién fuera el de corazon tan duro que con estas razones no se ablandara, ó á lo menos hasta oir las que el triste y lastimado mancebo decir queria? El general le dijo que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó á decir desta manera: De aquella nacion mas desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fuí yo por dos tios mios llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y nó de las fingidas ni

aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenian á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira y por invencion para quedarme en la tierra donde habia nacido, y así por fuerza mas que por grado me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano ni mas ni menos: mamé la fe católica en la leche, criéme con buenas costumbres: ni en la lengua ni en ellas jamás, á mi parecer, dí señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero llamado don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar otro suyo tiene. Cómo me vió, cómo nos hablamos, cómo se vió perdido por mí, y cómo yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza, y así solo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme don Gregorio. Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de dos tios mios, que consigo me traian; porque mi padre, prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro se salió del lugar, y se fué á buscar alguno en los reinos extraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera si acaso antes que él volviese nos desterraban. Hícelo así, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos á Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traia. Díjele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas le llegaron á decir como venia conmigo uno de los mas gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendí que lo decian por don Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atrás las mayores que encarecerse pueden. Turbéme considerando el peligro que don Gregorio corria, porque entre aquellos bárbaros turcos en mas se tiene y estima un mochacho ó mancebo hermoso, que una mujer por bellísima que sea. Mandó luego el rey que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decian. Entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacia saber que no era varon, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural traje, para que de todo en

todo mostrase su belleza, y con menos empacho pareciese ante su presencia. Díjome que fuese en buena hora, y que otro dia hablaríamos en el modo que se podia tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con don Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre: vestíle de mora, y aquella mesma tarde le truje á la presencia del rey, el cual en viéndole quedó admirado, y hizo designio de guardarla para hacer presente della al gran señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podia tener y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero) se deje á la consideracion de los que se apartan, si bien se quieren. Dió luego traza el rey de que yo volviese á España en este bergantin, y que me acompañasen dos turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino tambien conmigo este renegado español, señalando al que habia hablado primero, del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en España, que de volver á Berbería: la demás chusma del bergantin son moros y turcos, que no sirven de mas que de bogar al remo. Los dos turcos codiciosos é insolentes, sin guardar el órden que traíamos de que á mí y á este renegado en la primer parte de España, en hábito de cristianos de que venimos proveidos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algun accidente que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantin en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas cuatro galeras fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habeis visto. En resolucion, don Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida que ya me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejeis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido: y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchas de los que presentes estaban. El virey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En tanto pues que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino que entró en la galera cuando entró el virey; y apenas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arrojó á sus piés, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros, le dijo: Oh Ana Félix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que volvia á buscarte, por no poder vivir sin tí, que eres mi alma. Á cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenia pensando en la desgracia de su paseo, y mirando al

peregrino conoció ser el mismo Ricote, que topó el dia que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual ya desatada abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas: el cual dijo al general y al virey: Esta, señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mi riqueza: yo salí de mi patria á buscar en reinos extraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino en compañía de otros alemanes á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo, y agora por el extraño rodeo que habeis visto he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entonces dijo Sancho: Bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto. Admirados del extraño caso todos los presentes, el general dijo: Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron, y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura que valentía habia sido la suya. Hizo el general lo que el virey le pedia, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre helada: procuraron luego dar traza de sacar á don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba: ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados que en perlas y en joyas tenia: diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabia dónde, cómo y cuándo podia y debia desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba: dudaron el general y el virey el fiarse del renegado, ni confiar dél los cristianos que habian de bogar el remo: fióle Ana Félix, y Ricote su padre dijo que salia á dar el rescate de los cristianos si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer se desembarcó el virey, y don Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.



CAPÍTULO LXIV.

QUE TRATA DE LA AVENTURA QUE MAS PESADUMBRE DIÓ Á DON QUIJOTE DE CUANTAS HASTA ENTONCES LE HABIAN SUCEDIDO.



A mujer de don Antonio Moreno, cuenta la historia que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla. Dijo Don Quijote á don Antonio que el parecer que habian tomado en la libertad de don Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaria á pesar de toda la morisma, como habia hecho don Gaiferos á su esposa

Melisendra. Advierta vuesa merced, dijo Sancho oyendo esto, que el señor don Gaiferos sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos á don Gregorio, no tenemos por donde traerle á España, pues está la mar en medio. Para todo hay remedio, sino es para la muerte, respondió Don Quijote, pues llegando el barco á la marina nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho; pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. Don Antonio dijo que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaria el expediente de que el gran Don Quijote pasase en Berbería. De allí á dos dias partió el renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el general al visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de don Gregorio y en el caso de Ana Félix. Quedó el visorey de hacerlo así como se lo pedia: y una mañana, saliendo Don Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hácia él un caballero armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traia pintada una luna resplandeciente, el cual llegándose á trecho que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones á Don Quijote, dijo: Insigne caballero, y jamás como se debe alabado, Don Quijote de la Mancha, yo soy *el caballero de la Blanca Luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traido á la memoria: vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparacion mas hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela: y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacion sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvacion de tu alma: y si tú me vencieres, quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el dia traigo de término para despachar este negocio. Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna, como de la causa porque le desafiaba; y con reposo y ademan severo le respondió: Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta agora no han llegado á mi noticia, yo os haré jurar que jamás habeis visto á la ilustre Dulcinea; que si visto la hubiérades, yo sé que procurárades no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya



[illegible]





compararse pueda: y así no diciéndoos que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que habeis referido aceto vuestro desafío, y luego, porque no se pase el dia que traeis determinado; y solo exceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean: con las mias me contento, tales cuales ellas son. Tomad pues la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mesmo, y á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga. Habian descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y díchoselo al visorey que estaba hablando con Don Quijote de la Mancha. El visorey, creyendo seria alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno, ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, á tiempo cuando Don Quijote volvia las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movia á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que habia dicho á Don Quijote, con la acetacion de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegóse el visorey á don Antonio, y preguntóle paso si sabia quién era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á Don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabia quién era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al visorey en si les dejaria ó nó pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó diciendo: Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor Don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios y dense. Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al visorey la licencia que se les daba, y Don Quijote hizo lo mesmo; el cual encomendándose al cielo de todo corazon, y á su Dulcinea, como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió que su contrario hacia lo mesmo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mesmo punto las riendas á sus caballos; y como era mas ligero el de la Blanca Luna, llegó á Don Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con Don Quijote por el suelo una peligrosa caida. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera le dijo: Vencido sois, caballero, y aun muerto si no confesais las condiciones de nuestro desafío. Don Quijote molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa mujer del mundo, y yo el mas desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza

defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra. Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran Don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el visorey y don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que Don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliria como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el visorey á don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron á Don Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante de puro malparado no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia qué decirse ni qué hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veia á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas como se deshace el humo con el viento. Temia si quedaria ó nó contrecho Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente con una silla de manos, que mandó traer el visorey, le llevaron á la ciudad, y el visorey se volvió tambien á ella con deseo de saber quién fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á Don Quijote.





CAPÍTULO LXV.

DONDE SE DA NOTICIA QUIÉN ERA EL DE LA BLANCA LUNA, CON LA LIBERTAD DE DON GREGORIO, Y DE OTROS SUCESOS.



IGUIÓ don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien y aun persiguiéronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad. Entró en él don Antonio con deseo de conocerle: salió un escudero á recebirle y á desarmarle: encerróse en una sala baja, y con él don Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quién fuese. Viendo pues el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo: Bien sé, señor, á lo que venis, que es á saber quién soy; y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma os lo diré sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que

á mí me llaman el bachiller Sanson Carrasco. Soy del mesmo lugar de Don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, dí traza para hacerle estar en ella, y así habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea que el vencido quedase á discrecion del vencedor: y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caida, que fué además peligrosa; pero nó por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna: suplícoos no me descubrais, ni le digais á Don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería. ¡Oh señor! dijo don Antonio, Dios os perdone el agravio que habeis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al mas gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de Don Quijote á lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad diria que nunca sane Don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco. El cual respondió que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso: y habiéndose ofrecido don Antonio de hacer lo que mas le mandase, se despidió dél, y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el caballo con que entró en la batalla se salió de la ciudad aquel mismo dia, y se volvió á su patria sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó don Antonio al visorey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de Don Quijote se perdia el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis dias estuvo Don Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginacion en el desdi-

chado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entre otras razones le dijo: Señor mio, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese si puede, y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el mas perdidoso, aunque es vuesa merced el mas malparado. Yo que dejé con el gobierno los deseos de ser mas gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamás tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey dejando el ejercicio de su caballería, y así vienen á volverse en humo mis esperanzas. Calla, Sancho, pues ves que mi reclusion y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane y algun condado que darte. Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir que mas vale buena esperanza que ruin posesion. En esto estaban cuando entró don Antonio diciendo con muestras de grandísimo contento: Albricias, señor Don Quijote, que don Gregorio y el renegado que fué por él está en la playa; ¿qué digo en la playa? ya está en casa del visorey, y será aquí al momento. Alegróse algun tanto Don Quijote, y dijo: En verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al revés, porque me obligara á pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no solo á don Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero ¿qué digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿no soy yo el derribado? ¿no soy yo el que no puede tomar armas en un año? Pues ¿qué prometo? ¿de qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada? Déjese deso, señor, dijo Sancho: viva la gallina aunque con su pepita, que hoy por tí mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, sino es que se quiera estar en la cama, quiero decir que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pendencias: y levántese vuesa merced agora para recebir á don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa. Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta don Gregorio y el renegado al visorey de su ida y vuelta, deseoso don Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el renegado á casa de don Antonio; y aunque don Gregorio cuando le sacaron de Argel fué con hábitos de mujer, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo; pero en cualquiera que viniera mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobre manera, y la edad al parecer de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recebirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de don Gre-

gorio y Ana Félix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á don Gregorio. Contó don Gregorio los peligros y aprietos en que se habia visto con las mujeres con quien habia quedado, nó con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente Ricote pagó y satisfizo liberalmente así al renegado como á los que habian bogado al remo. Reincorporóse y redújose el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento. De allí á dos dias trató el visorey con don Antonio qué modo tendrian para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre al parecer tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir á la corte á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella por medio del favor y de las dádivas muchas cosas dificultosas se acaban. No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática, hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió su Majestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, nó promesas, nó dádivas, nó lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa, que del ungüento que molifica; y así con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecucion el peso desta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que contino tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raíz escondida, con el tiempo venga después á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia. ¡Heróica resolucion del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco! Una por una yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que mas fuere servido, dijo don Antonio: don Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia: Ana Félix se quedará con mi mujer en mi casa ó en un monasterio, y yo sé que el señor visorey gustará se quede en la suya el buen Ricote hasta ver cómo yo negocio. El visorey consintió en todo lo propuesto; pero don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podia ni queria dejar á doña Ana Félix; pero teniendo intencion de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la mujer de don Antonio, y Ricote en casa del visorey. Llegóse el dia de la partida de don Antonio, y el de Don Quijote y Sancho, que fué de

allí á otros dos, que la caida no le concedió que mas presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á don Gregorio mil escudos si los queria; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó don Antonio, prometiendo la paga dellos en la corte. Con esto se partieron los dos, y Don Quijote y Sancho después, como se ha dicho: Don Quijote desarmado y de camino, Sancho á pié, por ir el rucio cargado con las armas.





CAPÍTULO LXVI.

QUE TRATA DE LO QUE VERÁ EL QUE LO LEYERE, Ó LO OIRÁ EL QUE LO ESCUCHARE LEER.



L salir de Barcelona volvió Don Quijote á mirar el sitio donde habia caido, y dijo: Aquí fué Troya, aquí mi desdicha, y nó mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí finalmente cayó mi ventura para jamás levantarse. Oyendo lo cual Sancho dijo: Tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades: y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á pié, no estoy triste: porque he oido decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo cie-

ga, y así no ve lo que hace, ni sabe á quién derriba ni á quién ensalza. Muy filósofo estás, Sancho, respondió Don Quijote, muy á lo discreto hablas, no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mia, pero nó con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y agora cuando soy escudero pedestre acreditaré mis palabras cumpliendo la que dí de mi promesa. Camina pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pié, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algun árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los piés del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere, que pensar que tengo de caminar á pié, y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado. Bien has dicho, Sancho, respondió Don Quijote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pié dellas ó al rededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito:

Nadie las mueva,
Que estar no pueda
Con Roldan á prueba.

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dejarle colgado. Pues ni él ni las armas, replicó Don Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio, mal galardon. Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho, porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda: y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis piés, queriendo que caminen mas de lo justo. En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia y aun otros cuatro sin sucederles cosa que estorbase su camino, y al quinto dia á la entrada de un lugar hallaron á la puerta de un meson mucha gente, que por ser fiesta se estaba allí solazando. Cuando llegaba á ellos Don Quijote un labrador alzó la voz diciendo: Alguno destos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes,

dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta. Sí diré por cierto, respondió Don Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla. Es pues el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino que no pesa mas que cinco. Fué la condicion que habian de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales; y habiéndole preguntado al desafiador cómo se habia de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestas, y así se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Eso nó, dijo á esta sazon Sancho antes que Don Quijote respondiese: y á mí, que ha pocos dias que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleito. Responde en buen hora, dijo Don Quijote, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traigo alborotado y trastornado el juicio. Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores, que estaban muchos al rededor dél la boca abierta, esperando la sentencia de la suya: Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna; porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que este las escoja tales, que le impidan ni estorben el salir vencedor: y así es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere, y desta manera quedando en cinco arrobas de peso se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente. Voto á tal, dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo; pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto mas seis arrobas. Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne, y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva. Yo, señores, respondió Don Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés, y caminar mas que de paso: y así dando de las espuelas á Rocinante pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado así su extraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho: y otro de los labradores dijo: ¿Si el criado es tan discreto, cuál debe de ser el amo? Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcaldes de corte, que todo es burla, sino estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y cuando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza. Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierto, y otro dia siguiendo su camino vieron que hácia ellos venia un hombre de á pié, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio

talle de correo de á pié, el cual como llegó junto á Don Quijote adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á mas, le dijo con muestras de mucha alegría: ¡Oh mi señor Don Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la Duquesa! No os conozco, amigo, respondió Don Quijote, ni sé quién sois, si vos no me lo decis. Yo, señor Don Quijote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del Duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de doña Rodriguez. ¡Válame Dios! dijo Don Quijote; ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en ese lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al virey, que le envia mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchon, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo. Quiero el envite, dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias. En fin, dijo Don Quijote, tú eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho: quédate con él, y hártate, que yo me iré adelante poco á poco, esperándote á que vengas. Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compaña despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas solo porque olia á queso. Dijo Tosilos á Sancho: Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco. ¿Cómo debe? respondió Sancho, no debe nada á nadie, que todo lo paga, y mas cuando la moneda es locura: bien lo veo yo, y bien se lo digo á él; pero ¿qué aprovecha? y mas agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna. Rogóle Tosilos le contase lo que le habia sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase, que otro dia, si se encontrasen, habria lugar para ello: y levantándose después de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo á Dios, dejó á Tosilos y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.



CAPÍTULO LXVII.

DE LA RESOLUCION QUE TOMÓ DON QUIJOTE DE HACERSE PASTOR Y SEGUIR LA VIDA DEL CAMPO EN TANTO QUE SE PASABA EL AÑO DE SU PROMESA, CON OTROS SUCESOS EN VERDAD GUSTOSOS Y BUENOS.



I muchos pensamientos fatigaban á Don Quijote antes de ser derribado, muchos mas le fatigaron después de caido. Á la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí como moscas á la miel le acudian y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosilos. ¿Es posible, le dijo Don Quijote, que todavía, oh Sancho, pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y transformada en labradora, y al caballero de los Espejos en el bachiller Carrasco:

obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime agora, ¿preguntaste á ese Tosilos que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban? No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí! señor, ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos? Mira, Sancho, dijo Don Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien, al parecer, Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldíjome, vituperóme, quejóse á despecho de la vergüenza públicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle ni tesoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y solo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio empero de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remision que tienes en azotarte, y en castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos: si os duele la cabeza, untaos las rodillas: á lo menos yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leido, que tratan de la andante caballería, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por sí ó por nó, yo me los daré cuando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió Don Quijote, y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mio. En estas pláticas iban siguiendo su camino cuando llegaron al mesmo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconocióle Don Quijote, y dijo á Sancho: Este es el prado donde topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querian renovar é imitar á la pastoral Arcadia: pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á tí te parece bien, querria, oh Sancho, que nos convirtiésemos en pastores siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los

sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes sino en los venideros siglos. Pardiez, dijo Sancho, que me ha cuadrado y aun esquinado tal género de vida; y mas que no la ha de haber aun bien visto el bachiller Sanson Carrasco y maese Nicolás el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros; y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse. Tú has dicho muy bien, dijo Don Quijote, y podrá llamarse el bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascon: el barbero Nicolás se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscan se llamó Nemoroso: al cura no sé qué nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres, y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres. No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y mas que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo, y si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su palma. ¡Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oidos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas, y qué de rabeles! ¿Pues qué si entre estas diferencias de músicas resuena la de los albogues? [53] Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales. ¿Qué son albogues? preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar, ni los he visto en toda mi vida. Albogues son, respondió Don Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco hace un son, si nó muy agradable ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborin; y este nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al:* conviene á saber, *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhucema*, *almacen*, *alcancía*, y otros semejantes, que deben ser pocos mas, y solos tres tiene nuestra lengua, que son moriscos y acaban en *í*, y son *borceguí*, *zaquizamí* y *maravedí: alhelí* y *alfaquí*, tanto por el *al* primero como por el *í* en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso por habérmelo reducido á la memoria la ocasion de haber nombrado albogues: y hanos de ayudar mucho á poner en perfecion este ejercicio [54] el ser yo algun tanto poeta, como tú sabes, y el serlo

tambien en extremo el bachiller Sanson Carrasco. Del cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares de poeta, y que las tenga tambien maese Nicolás no dudo en ello, porque todos ó los mas son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascon de desdeñado, y el cura Curiambro de lo que él mas puede servirse, y así andará la cosa que no haya mas que desear. Á lo que respondió Sancho: Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal ejercicio me vea. ¡Oh qué polidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles! que, puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato. ¡Pero guarda! que es de buen parecer, y hay pastores mas maliciosos que simples, y no querria que fuese por lana, y volviese trasquilada; y tambien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios, y quitada la causa se quita el pecado, y ojos que no ven corazon que no quiebra, y mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos. No mas refranes, Sancho, dijo Don Quijote, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto: y, castígame mi madre, y yo trompógelas. Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: dijo la sarten á la caldera, quítate allá ojinegra. Estáme reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos. Mira, Sancho, respondió Don Quijote, yo traigo los refranes á propósito, y vienen cuando los digo como anillo en el dedo; pero tráeslos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guias; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sabios; y el refran que no viene á propósito, antes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y pues ya viene la noche retirémonos del camino real algun trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas así de don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche, y así pasó aquella durmiendo, y su amo velando.



CAPÍTULO LXVIII.

DE LA CERDOSA AVENTURA QUE LE ACONTECIÓ Á DON QUIJOTE.



RA la noche algo escura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero nó en parte que pudiese ser vista, que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles escuros. Cumplió Don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion y pocos cuidados. Los de Don Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo: Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me

desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desvíate algun trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Después que te hayas dado pasaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde agora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea. Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me dicipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo, nó que al de mis carnes. ¡Oh alma endurecida! ¡oh escudero sin piedad! ¡oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas mas de cuanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem.* No entiendo eso, replicó Sancho; solo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, segun he oido decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia. Nunca te he oido hablar, Sancho, dijo Don Quijote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refran que tú algunas veces sueles decir: nó con quien naces, sino con quien paces. ¡Ah pesia tal, replicó Sancho, señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que tambien á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, sino que debe de haber entre los mios y los suyos esta diferencia, que los de vuesa merced vendrán á tiempo, y los mios á deshora; pero en efecto todos son refranes. En esto estaban cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido que por todos aquellos valles se extendia. Levantóse en pié Don Quijote y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio poniéndose á los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado Don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos: á lo menos al uno, que al otro ya se sabe su

valentía. Es pues el caso que llevaban unos hombres á vender á una feria mas de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oidos de Don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de Don Quijote ni á la de Sancho pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando no solo á Don Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos puso en confusion y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á Don Quijote. Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que queria matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos; que ya habia conocido que lo eran. Don Quijote le dijo: Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es, que un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas, y le huellen puercos. Tambien debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos los punceu moscas, los coman piojos, y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generacion. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos. Duerme tú, Sancho, respondió Don Quijote, que naciste para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al dia daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas anoche compuse en la memoria. Á mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas no deben de ser muchos: vuesa merced coplee cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere; y luego tomando en el suelo cuanto quiso se acurrucó, y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase. Don Quijote arrimado á un tronco de una haya ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era) al son de sus mesmos suspiros cantó de esta suerte:

Amor, cuando yo pienso
En el mal que me das terrible y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso:
Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso.

Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna á dar la vida.
¡Oh condicion no oida,
La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazon tenia traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el dia, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho: despertó, y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habian hecho los puercos en su repostería, y maldijo la piara y aun mas adelante. Finalmente volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hácia ellos venian hasta diez hombres de á caballo, y cuatro ó cinco de á pié. Sobresaltóse el corazon de Don Quijote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traia lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra. Volvióse Don Quijote á Sancho, y díjole: Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podria ser fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas sin hablar palabra alguna rodearon á Don Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos amenazándole de muerte. Uno de los de á pié, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demás de á pié, antecogiendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á Don Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó qué querian; pero apenas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas; y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pié con un aguijon le punzaba, y al rucio ni mas ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que de cuando en cuando les decian: Caminad, trogloditas, callad, bárbaros, pagad, antropófagos, no os quejeis, scitas, ni abrais los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros, y otros nombres semejantes á estos con que atormentaban los oidos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: ¿Nosotros tortolitas, nosotros barberos ni estropajos, nosotros perritas, á quien dicen cita, cita? No me contentan nada estos nombres, á mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto como al perro los palos, y ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba Don Quijote embelesado, sin poder atinar con cuantos discursos hacia qué serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto un hora casi de

la noche á un castillo, que bien conoció Don Quijote que era el del Duque, donde habia poco que habian estado. ¡Válame Dios! dijo así como conoció la estancia, ¿y qué será esto? Sí que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiracion y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.





CAPÍTULO LXIX.

DEL MAS RARO Y MAS NUEVO SUCESO QUE EN TODO EL DISCURSO DESTA GRANDE HISTORIA AVINO Á DON QUIJOTE.



PEÁRONSE los de á caballo, y junto con los de á pié, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y á Don Quijote los entraron en el patio, al rededor del cual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, al rededor del cual por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo se

mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte. Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. Á un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales los que trujeron los presos sentaron á Don Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos que asimismo callasen; pero sin que se lo señalaran callaran ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando les tenia atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de Don Quijote ser el Duque y la Duquesa sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecian reyes. ¿Quién no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido Don Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el Duque y la Duquesa en el teatro se levantaron Don Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los Duques hicieron lo mismo inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de través un ministro, y llegándose á Sancho le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza le puso en la cabeza una coroza, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y díjole al oido que no descosiese los labios, porque le echarian una mordaza ó le quitarian la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo, veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban no las estimaba en dos ardites. Quitóse la coroza, vióla pintada de diablos, volviósela á poner diciendo entre sí: Aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábale tambien Don Quijote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir, al parecer, debajo del túmulo un son sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mesmo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra, junto á la almohada del al parecer cadáver, un hermoso mancebo vestido á lo romano, que al son de una arpa, que él mismo tocaba, cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias:

En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de Don Quijote,
Y en tanto que en la corte encantadora
Se vistieren las damas de picote,

Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de bayeta y de anascote,
Cantaré su belleza y su desgracia
Con mejor plectro que el cantor de Tracia.

Y aun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerta y fria en la boca
Pienso mover la voz á tí debida:
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.

Nó mas, dijo á esta sazon uno de los dos que parecian reyes: nó mas, cantor divino, que seria proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, nó muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente: y así, oh tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite, pues sabes todo aquello que en los inexcrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dilo, y declároslo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos. Apenas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pié Radamanto dijo: Ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo cual Sancho Panza rompió el silencio y dijo: Voto á tal, así me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara como volverme moro. ¡Cuerpo de mí! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurreccion desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos: encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante: muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar hacerme á mí veinte y cuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus tus. Morirás, dijo en alta voz Radamanto: ablándate, tigre, humíllate, Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; sino, por la fe de hombre de bien que habeis de ver para lo que nacisteis. Parecieron en esto que por el patio venian hasta seis dueñas en procesion una tras otra, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos

derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho cuando bramando como un toro dijo: Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo; pero consentir que me toquen dueñas, eso nó. Gatéenme el rostro, como hicieron á mi amo en este mesmo castillo: traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenácenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, ó serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré si me llevase el diablo. Rompió tambien el silencio Don Quijote diciendo á Sancho: Ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho cuando él mas blando y mas persuadido, poniéndose bien en la silla dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Menos cortesía, menos mudas, señora dueña, dijo Sancho, que por Dios que traeis las manos oliendo á vinagrillo. Finalmente todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fué el punzamiento de los alfileres, y así se levantó de la silla al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida que junto á él estaba dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos diciendo: Afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martirios. En esto Altisidora, que debia de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado: visto lo cual por los circunstantes casi todos á una voz dijeron: Viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Así como Don Quijote vió rebullir á Altisidora se fué á poner de rodillas delante de Sancho diciéndole: Agora es tiempo, hijo de mis entrañas, nó que escudero mio, que te dés algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo que es el tiempo donde tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de tí se espera. Á lo que respondió Sancho: Esto me parece argado sobre argado, y nó miel sobre hojuelas: bueno seria que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes: no tienen mas que hacer sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaria mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme; sino por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece aunque no se venda. Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: Viva Altisidora, Altisidora viva. Levantáronse los Duques y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos con Don Quijote y Sancho fueron á recebir á Altisidora, y á bajarla del túmulo, la cual haciendo de la desmayada se inclinó á los Duques y á los reyes, y mirando de través á Don Quijote le

dijo: Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo á mi parecer mas de mil años: y á tí, oh el mas compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando, para que hagas otras seis para tí, y si no son todas sanas, á lo menos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho con la coroza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque que le dejasen la ropa y mitra, que las queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió que sí dejarian, que ya sabia él cuán grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio, y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á Don Quijote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya se sabian.





CAPÍTULO LXX.

QUE SIGUE AL DE SESENTA Y NUEVE, Y TRATA DE COSAS NO EXCUSADAS PARA LA CLARIDAD DESTA HISTORIA.



URMIÓ Sancho aquella noche en una carriola en el mesmo aposento de Don Quijote, cosa que él quisiera excusarla si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua, y viniérale mas á cuento dormir en una choza solo, que nó en aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho cuando dijo: ¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como

por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, nó con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado. Muriérase ella en hora buena cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar cómo sea, que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Agora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar: con todo esto suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte mas si no quiere que me arroje por una ventana abajo. Duerme, Sancho amigo, respondió Don Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recebidos y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, nó por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean: y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea así, dijo Don Quijote, y Dios te acompañe. Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á los Duques á levantar el edificio de la máquina referida: y dice, que no habiéndosele olvidado al bachiller Sanson Carrasco cuando el caballero de los Espejos fué vencido y derribado por Don Quijote, cuyo vencimiento y caida borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano esperando mejor suceso que el pasado: y así, informándose del paje que llevó la carta y presente á Teresa Panza, mujer de Sancho, adónde Don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y nó Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de Don Quijote. Llegó pues al castillo del Duque, que le informó el camino y derrota que Don Quijote llevaba con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Díjole asimismo las burlas que le habia hecho con la traza del desencanto de Dulcinea, que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin dió cuenta de la burla que Sancho habia hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y transformada en labradora, y como la Duquesa su mujer habia dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea, de que no poco se rió y admiró el bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de Don Quijote. Pidióle el Duque que si le hallase y le venciese ó nó, se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hízolo así el bachiller: partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del Duque, y contóselo todo con las condiciones de la batalla, y que ya Don Quijote volvia á cumplir como buen ca-

ballero andante la palabra de rctirarse un año en su aldea en el cual tiempo podia ser, dijo el bachiller, que sanase de su locura, que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como Don Quijote fuese loco. Con esto se despidió del Duque, y se volvió á su lugar, esperando en él á Don Quijote, que tras él venia. De aquí tomó ocasion el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de Don Quijote, y haciendo tomar los caminos cerca y lejos del castillo por todas las partes que imaginó que podria volver Don Quijote, con muchos criados suyos de á pié y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trujesen al castillo, si le hallasen, halláronle, dieron aviso al Duque, el cual ya prevenido de todo lo que habia de hacer, así como tuvo noticia de su llegada mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos habia bien poca diferencia: y dice mas Cide Hamete, que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y qué no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos, los cuales el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamás dieron gusto á Don Quijote. Altisidora, en la opinion de Don Quijotc vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tcnia, y vestida una tunicela dc tafetan blanco sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano entró en el aposento de Don Quijote, con cuya presencia turbado y confuso se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y después de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: Cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor Don Quijote de la Mancha, soy una destas, apretada, vencida y enamorada; pero con todo esto sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto reventó mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos dias ha que por la consideracion del rigor con que mc has tratado, ¡oh mas duro que mármol á mis quejas, empedernido caballero! he estado muerta, ó á lo menos juzgada por tal de los que me han visto: y si no fuera porquc el amor condoliéndose de mí depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo. Bicn pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno, quc yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo, ¿qué es lo que vió en el otro

mundo? ¿qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero. La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno; que si allá entrara, una por una no pudiera salir dél aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que les servian de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos mas largas, en las cuales tenian unas palas de fuego: y lo que mas me admiró fué que les servian en lugar de pelotas libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañaban y todos se maldecian. Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos, jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen. Así debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa, que tambien me admira (quiero decir me admiró entonces), y fué que al primer boleo no quedaba pelota en pié, ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. Á uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro: Mirad qué libro es ese, y el diablo le respondió: Esta es la *segunda parte de la historia de Don Quijote de la Mancha*, nó compuesta por Cide Hamete su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitádmele de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. ¿Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara. Prosiguieron su juego peloteando otros libros, y yo por haber oido nombrar á Don Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision. Vision debió de ser sin duda, dijo Don Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pié. Yo no me he alterado en oir que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino. Iba Altisidora á proseguir en quejarse de Don Quijote, cuando le dijo Don Quijote: Muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayais colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los mios antes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso; y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este para que os

retireis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible. Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: Vive el Señor, don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, mas terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos. ¿Pensais por ventura, don vencido, y don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habeis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo mujer que por semejantes camellos habia de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto mas morirme. Eso creo yo muy bien, dijo Sancho, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Judas. Estando en estas pláticas entró el músico cantor y poeta, que habia cantado las dos ya referidas estancias, el cual haciendo una gran reverencia á Don Quijote dijo: Vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque ha muchos dias que le soy muy aficionado, así por su fama, como por sus hazañas. Don Quijote le respondió: Vuesa merced me diga quién es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos. El mozo respondió que era el músico y panegírico de la noche antes. Por cierto, replicó Don Quijote, que vuesa merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito; porque ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora? No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico, que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento; y ya no hay necedad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poética. Responder quisiera Don Quijote, pero estorbáronlo el Duque y la Duquesa, que entraron á verle, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los Duques, así con su simplicidad, como con su agudeza. Don Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia, pues á los vencidos caballeros como él mas les convenia habitar una zahurda que nó reales palacios. Diéronsela de muy buena gana, y la Duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. Él le respondió: Señora mia, sepa vuestra señoría, que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginacion la imágen ó imágines de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer, y este es mi consejo. Y el mio, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida randera que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi oislo, digo de mi Teresa Panza, á quien quiero mas que á las pestañas de mis ojos. Vos

decis muy bien, Sancho, dijo la Duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo. No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí por no ver delante de mis ojos, ya nó su triste figura, sino su fea y abominable catadura. Eso me parece, dijo el Duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores se salió del aposento. Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con una alma de esparto y con un corazon de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse Don Quijote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde.





CAPÍTULO LXXI.

DE LO QUE Á DON QUIJOTE LE SUCEDIÓ CON SU ESCUDERO SANCHO YENDO Á SU ALDEA.

IBA el vencido y asendereado Don Quijote pensativo además por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo habia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrúpulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecia ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto dijo á su amo: En verdad, señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que con matar al enfermo que curan quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátalo cantusado; y á mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y

azotes, no me dan un ardite: pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias, que el abad de donde canta yanta; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis. Tú tienes razon, Sancho amigo, respondió Don Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recebir martirios en tu persona: de mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros mios. Á cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazon á azotarse de buena gana, y dijo á su amo: Agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea con provecho mio: que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuánto me dará por cada azote que me diere. Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió Don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tiento á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote. Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trecientos y tantos: de ellos me he dado hasta cinco, quedan los demás: entren entre los tantos estos cinco, y vengamos á los tres mil y trecientos, que á cuartillo cada uno, que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trecientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trecientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas..... y no digo mas. ¡Oh Sancho bendito! ¡oh Sancho amable! respondió Don Quijote, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los dias que el cielo nos diere de vida. Si ella vuelve al ser perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la diciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. ¿Cuándo? replicó Sancho, esta noche sin falta: procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de Don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado, y que el dia se alargaba mas de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamás ajustan la

cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho, el cual haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. Don Quijote, que le vió ir con denuedo y con brío, le dijo: Mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento; quiero decir, que no te dés tan recio, que te falte la vida antes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de mas ni de menos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho; yo pienso darme de manera, que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel comenzó á darse, y comenzó Don Quijote á contar los azotes. Hasta seis ó ocho se habria dado Sancho cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della, y deteniéndose un poco dijo á su amo que se llamaba á engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, nó que á cuartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo Don Quijote, que yo doblo la parada del precio. Dese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes; pero el socarron dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecia que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de Don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo: Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en un hora. Mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado; bastan por agora, que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas nó la sobrecarga. Nó, nó, señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mí: á dineros pagados brazos quebrados: apártese vuesa merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera, que á dos levadas destas habremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa. Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dijo Don Quijote, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo, que ya habia quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dijo: Aquí morirá Sanson, y cuantos con él son. Acudió Don Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servia de corbacho á Sancho, le dijo: No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos:

espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propincua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues vuesa merced, señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querria resfriarme, que los nuevos diciplinantes corren este peligro. Hízolo así Don Quijote, y quedándose en pelota abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un meson, que por tal le reconoció Don Quijote, y nó por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza: que después que le vencieron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como agora se dirá. Alojáronle en una sala baja, á quien servian de guadameciles unas sargas viejas pintadas, como se usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena cuando el atrevido huésped se la llevó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas, ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una fragata ó bergantin se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reia á socapa y á lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual Don Quijote dijo: Estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya: [55] si yo encontrara aquestos señores ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara á Paris se excusaran tantas desgracias. Yo apostaré, dijo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegon, venta ni meson ó tienda de barbero donde no ande pintada la bistoria de nuestras hazañas; pero querria yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á estas. Tienes razon, Sancho, dijo Don Quijote, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondia: Lo que saliere; y si por ventura pintaba un gallo escribia debajo: *Este es gallo*, porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor, que todo es uno, que sacó á luz la historia deste nuevo Don Quijote que ha salido, que pintó ó escribió lo que saliere; ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la corte llamado Mauleon, el cual respondia de repente á cuanto le preguntaban; y preguntándole uno qué queria decir *Deum de Deo*, respondió: Dé donde diere. Pero dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado ó al cielo abierto. Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa, que en el campo; pero con todo eso querria que fuese entre árboles, que parece que me acompañan, y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de

ser así, Sancho amigo, respondió Don Quijote, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra aldea, que á lo mas tarde llegaremos allá después de mañana. Sancho respondió que hiciese su gusto, pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas valia un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que el buitre volando. No mas refranes, Sancho, por un solo Dios, dijo Don Quijote, que parece que te vuelves al *sicut erat:* habla á lo llano, á lo liso, á lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento. No sé qué mala ventura es esta mia, respondió Sancho, que no sé decir razon sin refran, ni refran que no me parezca razon; pero yo me emendaré si pudiere; y con esto cesó por entonces su plática.





CAPÍTULO LXXII.

DE COMO DON QUIJOTE Y SANCHO LLEGARON Á SU ALDEA.



ODO aquel dia esperando la noche estuvieron en aquel lugar y meson Don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su diciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistia el de su deseo. Llegó en esto al meson un caminante á caballo con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecia: Aquí puede vuesa merced, señor don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto Don Quijote le dijo á Sancho: Mira, Sancho, cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe. Bien podrá ser,



respondió Sancho, dejémosle apear, que después se lo preguntaremos. El caballero se apeó, y frontero del aposento de Don Quijote la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenia la estancia de Don Quijote. Púsose el recien venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del meson, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba Don Quijote, le preguntó: ¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentil hombre? Y Don Quijote le respondió: Á una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural: ¿y vuesa merced dónde camina? Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria. Y buena patria, replicó Don Quijote: pero dígame vuesa merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo mas de lo que buenamente podré decir. Mi nombre es don Álvaro Tarfe, respondió el huésped. Á lo que replicó Don Quijote: Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la historia de Don Quijote de la Mancha, recien impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno. El mismo soy, respondió el caballero, y el tal Don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mio, y yo fuí el que le sacó de su tierra, ó á lo menos le moví á que viniese á unas justas que se hacian en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido. Y dígame vuesa merced, señor don Álvaro, ¿parezco yo en algo á ese tal Don Quijote que vuesa merced dice? Nó por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera. Y ese Don Quijote, dijo el nuestro, ¿traia consigo á un escudero llamado Sancho Panza? Sí traia, respondió don Álvaro, y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese. Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazon Sancho, porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentil hombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frion y ladron juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias que llovidas: y sino haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reir á cuantos me escuchan; y el verdadero Don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedòr de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo cualquier otro Don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondió don Álvaro, porque mas gracias habeis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habeis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas: mas tenia de comilon que de bien hablado, y mas de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á

Don Quijote el bueno han querido perseguirme á mí con Don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro Don Quijote, aunque bien diferente del mio. Yo, dijo Don Quijote, no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo: para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza; antes por haberme dicho que ese Don Quijote fantástico se habia hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira; y así me pasé de claro á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella solo por haberla visto. Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy Don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y nó ese desventurado, que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. Á vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaracion ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta agora, y de que yo no soy el Don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuesa merced conoció. Eso haré yo de muy buena gana, respondió don Álvaro, puesto que cause admiracion ver dos Don Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones: y vuelvo á decir y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado. Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea del Toboso, y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interés alguno. No entiendo eso de azotes, dijo don Álvaro: y Sancho le respondió, que era largo de contar; pero que él se lo contaria si acaso iban un mesmo camino. Llegóse en esto la hora de comer, comieron juntos Don Quijote y don Álvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el meson con un escribano, ante el cual alcalde pidió Don Quijote por una peticion, de que á su derecho convenia de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocia á Don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas.* Finalmente el alcalde proveyó jurídicamente: la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debian hacerse; con lo que quedaron Don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostrara claro la diferencia de los dos Don Quijotes, y la de los dos

Sancbos, sus obras y sus palabras. Mucbas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre don Álvaro y Don Quijote, en las cuales mostró el gran Manchego su discrecion, de modo que desengañó á don Álvaro Tarfe del error en que estaba, el cual se dió á entender que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios Don Quijotes. Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de Don Quijote, y el otro el que habia de llevar don Álvaro. En este poco espacio le contó Don Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion á don Álvaro, el cual abrazando á Don Quijote y á Sancbo siguió su camino, y Don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche á costa de las cortezas de las hayas harto mas que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca aunque la tuviera encima. No perdió el engañado Don Quijote un solo golpe de la cuenta, y balló que con los de la noche pasada eran tres mil y veinte y nueve. Parece que babia madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de don Álvaro, y de cuán bien acordado habia sido tomar su declaracion ante la justicia, y tan auténticamente. Aquel dia y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué que en ella acabó Sancbo su tarea, de que quedó Don Quijote contento sobre modo, y esperaba el dia por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora; y siguiendo su camino no topaba mujer ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo: Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á tí Sancho Panza tu bijo, si nó muy rico muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe tambien á tu hijo Don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que segun él me ha dicho es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba. Déjate desas sandeces, dijo Don Quijote, y vamos con pié derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar. Con esto bajaron de la cuesta, y se fuéron á su pueblo.





CAPÍTULO LXXIII.

DE LOS AGÜEROS QUE TUVO DON QUIJOTE AL ENTRAR DE SU ALDEA, CON OTROS SUCESOS QUE ADORNAN Y ACREDITAN ESTA GRANDE HISTORIA.



LA entrada del cual, segun dice Cide Hamete, vió Don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro: No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo Don Quijote, y dijo á Sancho: ¿No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, no la has de ver en todos los dias de tu vida? Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho? Qué? replicó Don Quijote, ¿no ves tú que aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar que no tengo de ver mas á Dulcinea? Queríale responder Sancho, cuando se lo es-

torbó ver que por aquella campaña venia huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino á recoger y á agazapar debajo de los piés del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á Don Quijote, el cual estaba diciendo: *Malum signum, malum signum:* liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. Extraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre ės Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí? Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñian. Y fuéle respondido por el que habia dicho no la verás mas en toda tu vida, que él habia tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos á Don Quijote diciendo: Hé aqui, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño: y si no me acuerdo mal, he oido decir al cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuesa merced mismo me lo dijo los dias pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea. Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y diósela Don Quijote: pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza habia echado sobre el rucio y sobre el lio de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocací pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del Duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle tambien la coroza en la cabeza, que fué la mas nueva transformacion y adorno con que se vió jamás jumento en el mundo. Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse Don Quijote, y abrazólos estrechamente; y los mochachos, que son linces no excusados, divisaron la coroza del jumento, y acudieron á verle, y decian unos á otros: Venid, mochachos, y veréis el asno de Sancho Panza mas galan que Mingo, y la bestia de Don Quijote mas flaca hoy que el primer dia. Finalmente rodeados de mochachos, y acompañados del cura y del bachiller entraron en el pueblo, y se fuéron á casa de Don Quijote, y hallaron á la puerta della al ama y á su sobrina, á quien ya habian llegado las nuevas de su venida. Ni mas ni menos se las habian dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido, y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que habia de estar un gobernador, le dijo: ¿Cómo venis así,

marido mio, que me parece que venis á pié y despeado, y mas traeis semejanza de desgobernado que de gobernador? Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos; y vámonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie. Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí, que como quiera que los hayais ganado no habréis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traia algo, que le estaba esperando como el agua de mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio se fuéron á su casa, dejando á Don Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del cura y del bachiller. Don Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligacion en que habia quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pié de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y órden de la andante caballería; y que tenia pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podia dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio: y que les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios mas importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraria ovejas y ganado suficiente, que les diese nombre de pastores: y que les hacia saber que lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres que les vendrian como de molde. Díjole el cura que los dijese. Respondió Don Quijote que él se habia de llamar el pastor Quijotiz, y el bachiller el pastor Carrascon, y el cura el pastor Curiambro, y Sancho Panza el pastor Pancino. Pasmáronse todos de ver la nueva locura de Don Quijote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podria ser curado, concedieron con su nueva intencion, [56] y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio: y mas, dijo Sanson Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles ó cortesanos, ó como mas me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar: y lo que mas es menester, señores mios, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol por duro que sea donde no la retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores. Eso está de molde, respondió Don Quijote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y finalmente sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea. Así es ver-

dad, dijo el cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos cuadraren, nos esquinen. Á lo que añadió Sanson Carrasco: Y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas de quien está lleno el mundo, Fílidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francenia, y si Lucía, Lucinda, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de Teresaina. Rióse Don Quijote de la aplicacion del nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno. Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la plática de los tres, y así como se fuéron se entraron entrambas con Don Quijote, y la sobrina le dijo: ¿Qué es esto, señor tio? ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvia á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos haciéndose pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas? pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas. Á lo que añadió el ama: ¿Y podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno y el aullido de los lobos? Nó por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere. Callad, hijas, les respondió Don Quijote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que ahora sea caballero andante, ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra: y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama y sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.





CAPÍTULO LXXIV.

DE COMO DON QUIJOTE CAYÓ MALO, Y DEL TESTAMENTO QUE HIZO, Y SU MUERTE.



OMO las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba, porque ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su

deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenia de aquella suerte, por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller, que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una écloga, que mal año para cuantas Sanazaro habia compuesto; y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butron, que se los habia vendido un ganadero del Quintanar. Pero nó por esto dejaba Don Quijote sus tristezas. Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que por sí ó por nó atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo Don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico, que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó Don Quijote que le dejasen solo, porque queria dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tiron, como dicen, mas de seis horas, tanto que pensaron el ama y la sobrina que se habia de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo: Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina á las razones del tio, y pareciéronle mas concertadas que él solia decirlas, á lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle: ¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿tenemos algo de nuevo? ¿qué misericordias son estas, ó qué pecados de los hombres? Las misericordias, respondió Don Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, á punto de muerte; querria hacerla de tal modo que diese á entender que no habia sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco: que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el cura, el bachiller Sanson Carrasco, y á maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento. Pero de este trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió Don Quijote cuando dijo: Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje: ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería: ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leido: ya por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino.

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le habia tomado. Y Sanson le dijo: ¿Ahora, señor Don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso? ¿y agora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos. Los de hasta aquí, replicó Don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa; déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma: y así suplico que en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano. Miráronse unos á otros admirados de las razones de Don Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moria, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo, porque á las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él, y confesóle. El bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con él y con Sancho Panza, el cual Sancho (que ya sabia por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor) hallando á la ama y á la sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesion, y salió el cura diciendo: Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujon á los ojos preñados de ama, sobrina y de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que Don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fué Don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condicion y de agradable trato, y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocian. Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma Don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas dijo: Iten, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si como estando yo loco fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora estando cuerdo darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condicion y fidelidad de su trato lo merece: y volviéndose á Sancho le dijo: Perdóname, amigo, de la ocasion que te

he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caido de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo. Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin mas ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron: cuanto mas que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana. Así es, dijo Sanson, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos. Señores, dijo Don Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño: yo fuí loco, y ya soy cuerdo; fuí Don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenia, y prosiga adelante el señor escribano. Iten, mando toda mi hacienda á puerta cerrada á Antonia Quijana mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo mas bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfacion que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y mas veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sanson Carrasco, que están presentes. Iten, es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion que no sabe qué cosa sean libros de caballerías: y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pias á su voluntad. Iten, suplico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trujere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron á su remedio, y en tres dias que vivió después deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo comia la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razon

que deje el muerto. En fin llegó el último de Don Quijote, después de recebidos todos los sacramentos, y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca habia leido en ningun libro de caballerías que algun caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron dió su espíritu: quiero decir que se murió. Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente Don Quijote de la Mancha, habia pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedia para quitar la ocasion de que algun otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero. Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de Don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso este:

Yace aquí el hidalgo fuerte,
que á tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco;
fué el espantajo y el coco
del mundo en tal coyuntura,
que acreditó su ventura,
morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: Aquí quedarás colgada desta espetera, y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mia, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que á tí lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,
de ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen Rey,
para mí estaba guardada.

Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de Don Quijote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos: y con esto cumplirás con tu cristiana profesion, aconsejando bien á quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. VALE.



TABLA

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTA SEGUNDA PARTE.

TABLA.

TABLA.



VARIANTES.

1 (pág. 7.) «Pintar y *describir* todos cuantos caballeros andan en las historias *en el* orbe.» Así en la primera edicion de 1615, solo que en lugar de *describir* se imprimió *descubrir*. Pellicer fué el primero que hizo esta correccion; pero tanto en su edicion como en todas las demás se lee «*del orbe*.»

2 (8.) «Por la gala, brio y donaire que debia *de* tener el morillo.» En las ediciones posteriores á la de 1615 se suprimió el *de*.

3 (id.) «De sus damas fingidas, ó no fingidas, en efeto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos.» Así corrigió Pellicer, este pasaje; correccion que adoptó la Academia. En la primera edicion decia: «De sus damas fingidas, ó fingidas en efeto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos.» Clemencin califica de defectuosa la correccion de Pellicer.

4 (16.) «De manera que no *enfaden*.» Así en la edicion de 1668. En todas las demás: «De manera que no *enfadan*.»

5 (20.) «Y á qué se atiene el autor? *dijo Don Quijote*.» La Academia añadió las palabras *dijo Don Quijote*, que faltaban en la primera edicion.

6 (26.) «Que no la alcancen sino con llamarla *señoría*.» Así en la edicion de 1668 y posteriores: en la primera se dijo: «Que no la alcancen sino con llamarla *señora*.»

7 (27.) «Y *casaré* á Mari-Sancha con quien yo quisiere.» Así en la edicion de 1668. En todas las demás: «Y *casase* á Mari-Sancha con quien yo quisiere.»

8 (id.) «Y no puedo ver entonos sin *fundamento*.» Así en la edicion de 1668 y en la de Pellicer. En las demás: «Y no puedo ver entonos sin *fundamentos*.»

9 (32.) «En voz y en *grito*.» Así en la edicion de 1668 y en la de Pellicer. En las demás: «En voz y en *grita*.»

10 (34.) «Dos caminos hay, hijos, por donde pueden ir los hombres *y* llegar á ser ricos y honrados.» Así corrigió la Academia en su edicion de 1819 este pasaje, que en las demás se leia: «Dos caminos hay, hijos, por donde pueden ir los hombres *á* llegar á ser ricos y honrados.»

11 (id.) «Que son anejos *á la* andante caballería.» Así en la edicion de 1668. En todas las demás: «Que son anejos *al* andante caballería.»

12 (40.) «Ni jamás se les cumpla lo que *mal* desearen.» En la edicion de 1668: «Ni jamás se les cumpla lo que *mas* desearen.»

13 (id.) «Y si fuere necesidad servir á *su* magnificencia de escudero.» En la primera edicion, en la de 1668 y en la de Pellicer: «Y si fuere necesidad servir á *tu* magnificencia de escudero.»

14 (50.) «Que ó yo veo poco, *ó* aquel bulto grande....» Así en la edicion de 1668; en la primera se lee: «que yo veo poco *que* aquel bulto grande....»; y en todas las demás: «que ó yo veo poco, *ó que* aquel bulto grande....»

15 (69.) «Á lo menos todo el tiempo que les *dejaba* ó no les compelia la hambre.» En la primera edicion y en la grande de la Academia, se lee: «á lo menos todo el tiempo que les *dejaban*, ó no les compelia la hambre.»

16 (71.) «¿Es por ventura de la del número de los contentos, ó *de la* de los afligidos?» Así en la edicion de 1668 y en la de Pellicer. En todas las demás se lee: «¿es por ventura de la del número de los contentos, ó *la del* de los afligidos?

17 (73.) «Se nos pasa un dia y dos sin desayunarnos, sino es *del* viento que sopla.» Así en todas las ediciones, excepto en la de la Academia (1819) y en la de Clemencin, en las cuales se lee: «se nos pasa un dia y dos sin desayunarnos, sino es *el* viento que sopla.»

18 (82.) «Sin que andemos buscando *apetitos* para que se acaben antes de llegar su sazon y término.» En la de 1668 se lee: «sin que andemos buscando *apetitos* para que se acaben antes de llegar *á* su sazon y término.» En todas las demás: «sin que andemos buscando *apetites* para que se acaben antes de llegar su sazon y término.»

19 (84.) «Ya *la* sé, respondió Don Quijote.» En la edicion de 1668 se lee: «Ya *lo* sé, respondió Don Quijote.»

20 (88.) «Donde *les* sucedió todo lo que el prudente ha leido.» En la edicion de 1668 y en las de la Academia se lee: «donde *le* sucedió todo lo que el prudente ha leido.»

21 (101.) «Que *habiendo* visto el leonero.» La Academia en su edicion de 1819 añadió la palabra *habiendo* que no se halla en ninguna de las ediciones anteriores.

22 (134.) «Murmuraba esto *alto* Sancho.» Así en la edicion de 1668. En todas las demás se lee: «Murmuraba esto *algo* Sancho.»

23 (137.) «Dándole soga el primo y Sancho *se dejó* calar.» Así en la edicion de 1668. En la primera se lee: «dándole soga el primo y Sancho y *le dejó* calar.» En las demás: «dándole soga el primo y Sancho *le dejaron* calar.»

24 (149.) «Dijo el primo á Don Quijote que llegasen á la *ermita* á beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza cuando encaminó el rucio á *ella.*» Así corrigió la Academia este pasaje: en las primeras ediciones se lee: «Dijo el primo á Don Quijote que llegasen á *ella* á beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza cuando encaminó el rucio á la *ermita.*»

25 (151.) «Lo mismo hicieron de sus jumentos el *primo* y Sancho.» Pellicer corrigió este pasaje sustituyendo la palabra *primo* á la de *sobrino* que se lee en las primeras ediciones.

26 (164.) «Sino conmigo sois en batalla.» Así en la edicion de 1668. En todas las demás se lee: «sino conmigo sois en *la* batalla.»

27 (176.) «Con lo que Dios *fuere* servido de darme.» Así en las ediciones de 1668, de la Academia y de Clemencin. En la primera y en la de Pellicer: «con lo que Dios *fué* servido de darme.»

28 (183.) «¿Qué personas ó qué castillo *dices*, respondió uno de los molineros.» En la primera edicion y en las de la Academia se lee: «¿Qué personas ó qué castillo *dice*, respondió uno de los molineros.»

29 (207.) «Que quiere *mas* ser labrador que rey.» En la primera edicion se lee: «que quiere *mas* ser *mas* labrador que rey.» En todas las demás: «que quiere ser *mas* labrador que rey.»

30 (222.) «Montesinos se está en su cueva *atendiendo*, ó por mejor decir, esperando su desencanto.» Pellicer fué el primero que indicó que debia leerse *atendiendo* en lugar de *entendiendo* que pusieron todas las ediciones anteriores: correccion que adoptó la Academia en la de 1819.

31 (226.) En la primera edicion seguia en este lugar una proposicion que por haber sido condenada no se ha continuado en ninguna de las posteriores.

32 (249.) «Y suba sobre esta máquina el *caballero* que tuviere ánimo para ello.» Pellicer indicó que debia añadirse la palabra *caballero*, y la Academia en su edicion de 1819 adoptó la enmienda.

33 (274.) «Y en esto *comenzó á* tocar una arpa suavísimamente.» En las ediciones antiguas se lee: «y en esto *sintió* tocar una arpa suavísimamente.»

34 (279.) «Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero....» La Academia hizo ya observar que aquí sufrió una equivocacion Cervantes, pues la sentencia del ganadero fué la tercera, y nó la primera como lo manifiestan estas palabras.

35 (299.) «Mi señora le despidió.» En las primeras ediciones se dijo: «Mi señora *la Duquesa* le despidió.» Pellicer fué el primero que propuso esta enmienda, que luego fué adoptada por la Academia.

36 (305.) «Y el socarron, que es mas ladron que Caco, y mas fullero que Andradilla.» En las primeras ediciones se lee: «y el socarron, que *no* es mas ladron que Caco, *ni* mas fullero que Andradilla.» Pellicer fué el primero que propuso esta variacion, que adoptó luego la Academia.

37 (306.) «Par Dios, dijo el mozo, así me *haga* vuesa merced dormir en la cárcel....» En la edicion de 1668 se lee: «Par Dios, dijo el mozo, así me *hará* vuesa merced dormir en la cárcel....»

38 (311) «Teresa *Panza*, mujer de Sancho Panza.» En la primera edicion se decia: «Teresa *Sancha*, mujer de Sancho Panza.» En la de 1668 se corrigió este yerro; correccion que la Academia y Pellicer hicieron igualmente.

39 (312.) «*La* Rodriguez.» En todas las ediciones anteriores á la de la Academia (1819) no se halla el *la*.

40 (id.) «Contó la Duquesa al Duque lo que *le* habia pasado.» Así en todas las ediciones anteriores á la de la Academia (1819), en la cual se omitió el *le*.

41 (id.) «Con una saya parda (parecia, segun era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lugar), con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos.» Así puntuó Pellicer este párrafo. En las primeras ediciones lo que puso Pellicer entre paréntesis está entre comas; pero en todas las demás está puntuado de la manera siguiente: «....con una saya parda. Parecia, segun era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lugar, con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos.»

42 (315.) «Estando en la mitad destas pláticas *salió* Sanchica con un halda de huevos.» En todas las ediciones se leia: «Estando en la mitad destas pláticas *saltó* Sanchica con un halda de huevos.» Pellicer hizo esta enmienda, que tambien fué adoptada por la Academia.

43 (343.) «Y tal que no *hallen* otra como ella á tres tirones.» Así en la primera edicion, en la de 1668 y en la de Pellicer: en las de la Academia y en la de Clemencin se lee: «Y tal que no *halle* otra como ella á tres tirones.»

44 (346.) «Y en la hora última de nuestro *pasamiento* nos cerrara los ojos.» Así en todas las ediciones, excepto en la de la Academia (1819) y en la de Clemencin, en las cuales se lee: «y en la hora última de nuestro *pensamiento* nos cerrara los ojos.»

45 (348.) «Donde yago, el rucio conmigo, que no me dejará mentir.» Así en la primera edicion. En la de 1668: «donde *cayó* el rucio conmigo, que no me dejará mentir.» La Academia, adoptando la correccion hecha en la edicion de Londres de 1738, puso: «donde yago, *y* el rucio conmigo, que no me dejará mentir. Pellicer impugnó esta correccion, y leyó: «donde yago: el rucio conmigo, que no me dejará mentir.»

46 (354.) «Á lo que dijo la hija de Rodriguez.» Así en



las ediciones antiguas. La Academia en su edicion de 1819 corrigió: Á lo que dijo la hija de *la* Rodriguez;» correccion que habia sido indicada por Pellicer.

47 (364.) «Si no es que nos *miente* y nos *engaña* una historia que....» Así en la primera edicion. En todas las demás se lee: «Si no es que nos *mienta* y nos *engañe* una historia que....»

48 (376.) «Y *acomodádolas* en modo que pudiese azotarle con ellas.» Así en la primera edicion y en la de Pellicer: en las demás: «y *acomodándolas* en modo que pudiese azotarle con ellas.»

49 (377.) «Al *amanecer* alzaron los ojos.» En las ediciones antiguas se decia: «Al *parecer* levantaron los ojos.» La Academia hizo esta enmienda en su grande edicion de 1780.

50 (id.) «*Ventrera.*» En la primera edicion se decia *ventiera*. La Academia en la de 1780 notó ya que en la de Valencia de 1616 decia *ventrera*. Pellicer y luego la Academia en su edicion de 1819 pusieron tambien *ventrera*.

51 (380.) «De los parientes *de don Vicente.*» En la primera edicion, en la de 1668 y en la de Pellicer no hay las palabras *de don Vicente*, que añadió la Academia.

52 (400.) «Junto al *espalder.*» En la primera edicion se dijo: «junto al *espaldar.*» La Academia hizo esta correccion.

53 (423.) «¿Pues qué si *entre estas* diferencias de músicas resuena la de los albogues?» En la primera edicion se lee: «¿Pues qué si *destas* diferencias de músicas resuena la de los albogues?» La Academia hizo esta enmienda en su edicion de 1780.

54 (id.) «Á *poner* en perfecion este ejercicio.» Así en las ediciones de Pellicer, de la Academia (1819) y de Clemencin. En las antiguas se dijo: «al *parecer* en perfecion este ejercicio.» La Academia en su edicion de 1780 habia corregido: «*á practicar con* perfecion este ejercicio.»

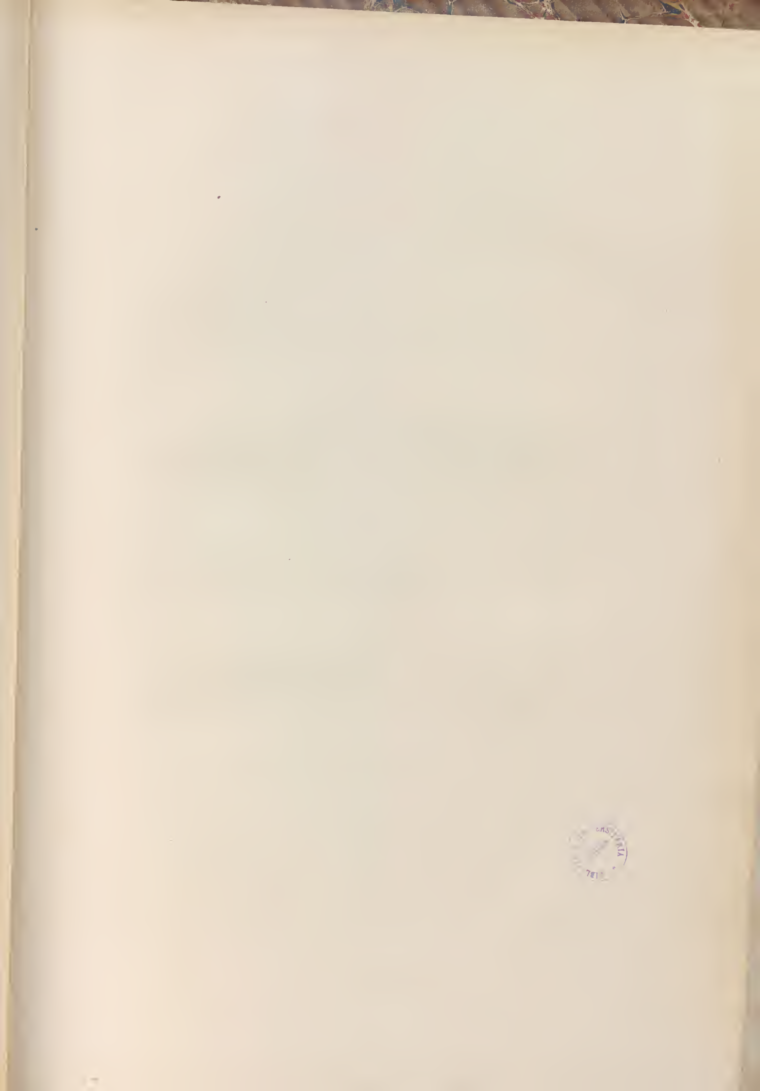
55 (446.) «Y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya: *si yo* encontrara aquestos señores ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara á Paris se excusaran tantas desgracias.» Así en la edicion de 1668. El faltar en la primera edicion las palabras *si yo* dió lugar á que se añadiera la partícula *pues*, sin advertir (como lo critica Clemencin atribuyéndolo á Cervantes) que habiendo luego otro *pues*, esta adicion perjudicaba la fluidez del lenguaje.

56 (455.) «Conecdieron con su *nueva* intencion.» Así en la primera edicion, en la de 1668, en la de la Academia (1780) y en la de Pellicer. En la de la Academia (1819) y en la de Clemencin se lee: «Concedieron con su *buena* intencion.»



FIN.







INDICACION

DE LOS SITIOS Y AVENTURAS

Á QUE SE REFIEREN LOS NÚMEROS CONTENIDOS EN ESTE MAPA.

PRIMERA SALIDA

de Don Quijote, solo, por el campo de Montiel.

1. Argamasilla de Alba, patria de Don Quijote.
2. Venta donde fué armado caballero.
3. Aventura del mozo Andrés.
4. Aventura de los mercaderes toledanos, de la que quedó molido á palos, conduciéndole á su lugar Pedro Alonso, su vecino.

SEGUNDA SALIDA

con su escudero Sancho Panza, por el mismo camino.

5. Aventura de los molinos de viento.
6. Aventura de los monjes benitos y el vizcaino.
7. Bosque donde durmió con los cabreros, y asistió al entierro de Grisóstomo.
8. Aventura de los yangueses.
9. Venta que Don Quijote tuvo por encantada, donde le curaron la ventera y su hija, mantearon á Sancho y acaecieron otros mil sucesos.
10. Batalla de los dos ejércitos de ovejas y carneros.
11. Aventura del cuerpo muerto.
12. Aventura de los batanes.
13. Aventura del barbero á quien quitó el yelmo de Mambrino Don Quijote.
14. Sitio donde Don Quijote dió libertad á los galeotes.
15. Sitio donde hizo penitencia en el corazon de Sierra Morena.
16. Aventura de la hermosa Dorotea, ó la doncella menesterosa.

Nota. Desde este sitio condujeron á Don Quijote á la venta, y desde ella enjaulado á su lugar.

TERCERA SALIDA.

17. Aventura de las aldeanas, y encanto de Dulcinea.
18. Aventura del carro de las cortes de la muerte.
19. Aventura del caballero del Bosque.
20. Aventura de los leones, de donde tomó el nombre de *el caballero de los Leones*.
21. Sitio donde se celebraron las bodas de Camacho.
22 y 23. Cueva de Montesinos, y lagunas de Ruidera.
24. Sitio donde encontró al paje y mozo de las alabardas.
25. Venta donde maese Pedro hizo sus habilidades con los títeres y el mono adivino.
26. Aventura del rebuzno.
27. Mansion de Don Quijote en el campo de Cariñena.
28. Aventura del barco encantado.
29. Palacio de los Duques que hospedaron á Don Quijote.
30. Insula Barataria.
31. Sitio donde encontró los santos de talla.
32. Aventura de las redes.
33. Sitio donde los toros atropellaron á Don Quijote y á Sancho.
34. Venta donde don Juan y don Gerónimo le dijeron que Avellaneda habia escrito la historia de otro Don Quijote.
35. Aventura del barco encantado.
36. Tropieza Sancho con los piés de los ahorcados, y aventura de Roque Guinart.
37. Llega Don Quijote á Barcelona.
38. Vence á Don Quijote el caballero de la Blanca Luna.
39. El caso del desafío del gordo y el flaco.
40. Sitio donde encontró Don Quijote al lacayo Tosilos.
41. Resuelve Don Quijote hacerse pastor.
42. Don Quijote es preso y llevado al palacio del Duque.
43. Azótase Sancho por el desencanto de Dulcinea.
44. Encuentra Don Quijote á don Alvaro Tarfe.
45. Acaba de azotarse Sancho: queda desencantada Dulcinea, y llegan á su lugar el caballero y el escudero.

CARTA GEOGRAFICA
de los viages
de
DON QUIJOTE
Y SITIOS
de sus aventuras.

Delineada por D. Manuel Ant.º Rodrig.ᶻ segun las observaciones historicas de D. Juan Ant.º Pellicer, Bibliotec.º de S.M.

Longitud oriental del Pico de Teyde.

CASTILLA LA VIEJA

CASTILLA LA NUEVA

LA MANCHA DE ARAGON

REINO DE ARAGON

REINO DE CATALUÑA

REINO DE VALENCIA

REINO DE MURCIA

CAMPO DE MONTIEL

CAMPO DE CALATRAVA

SIERRA MORENA

MAR MEDITERRANEO

Leguas Españolas de 20 al grado

